

*Planearon la gran estafa,
pero...*

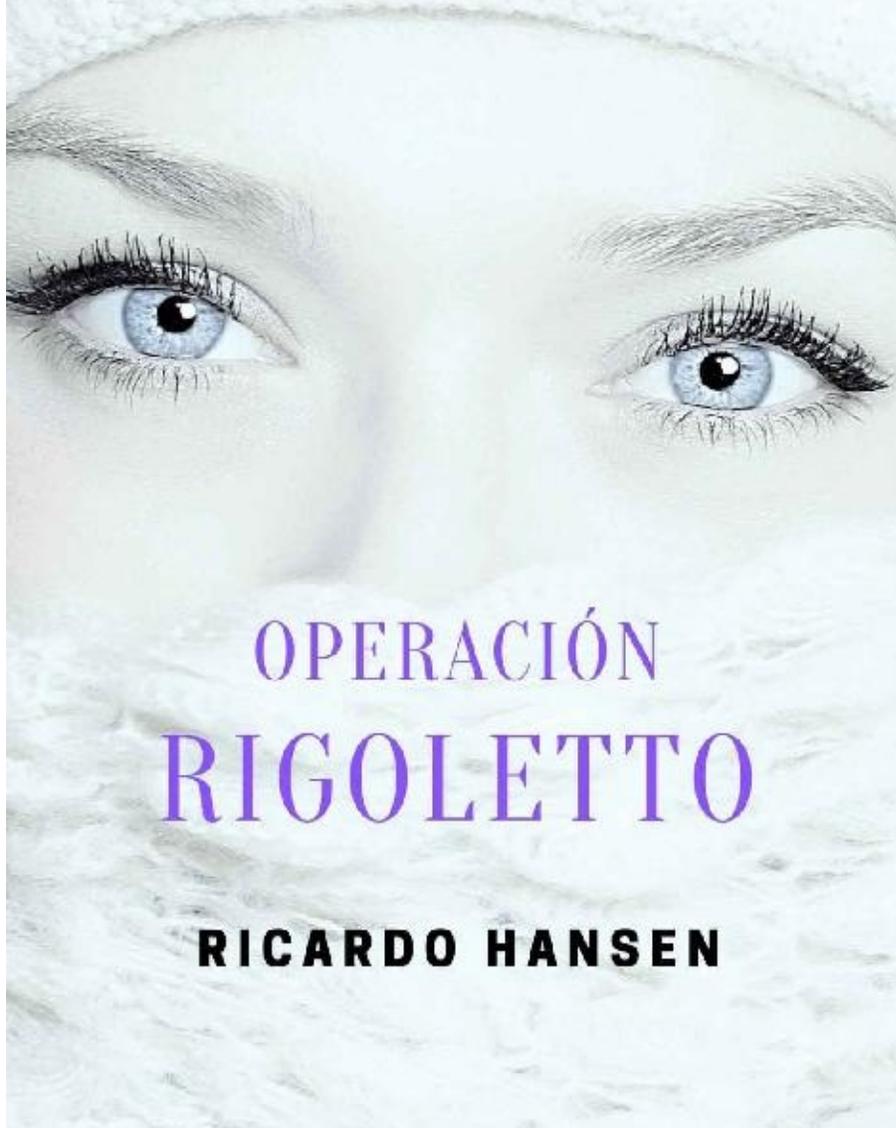
A close-up photograph of a person's face, focusing on their blue eyes and the top of their head. They are wearing a white surgical cap. The background is a soft, out-of-focus white fabric.

OPERACIÓN
RIGOLETTO

RICARDO HANSEN

D.J.57

*Planearon la gran estafa,
pero...*



Ricardo Hansen

OPERACIÓN RIGOLETTO

Hansen, Ricardo

Operación Rigoletto / Ricardo Hansen; editado por Ricardo Hansen. - 1a ed. - Ingeniero Maschwitz: Ricardo Hansen, 2019.

Derechos exclusivos reservados para todos los territorios.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, pueden ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del autor.

ÍNDICE

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIII 2](#)

[CAPÍTULO XIII 3](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XIV 2](#)

[CAPÍTULO XIV 3](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVII 2](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XX 2](#)

[CAPÍTULO XX 3](#)

[CAPÍTULO XX 4](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXI 2](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

CAPÍTULO I

“Ciertamente, éste, no será el mejor de mis días” —pensó Sofía Thorsen con

una angustiosa sensación de tristeza al observar la inocente expresión de regocijo en su Bulldog francés después de haber deshilachado sus almohadones predilectos de pana y chiffon. Aun flotaban en el aire algunas plumas esquivas que no se habían adherido al hocico del perro que, impávido, la observaba moviendo levemente su rabo y aguardando un gesto de aprobación para continuar con la diversión. Pero el pequeño sabueso, pronto comprendería su error y a duras penas logró escapar de los rayos hirientes que despedían los ojos de quien había sido, hasta ahora, su incondicional camarada de juegos. Sus cortas patas entorpecían su huida y sobre los pisos, el exceso de cera remataba su dramático y endeble equilibrio. Esquivar los muebles y doblar las esquinas nunca fue tan trabajoso para él. Pero además de los cojines, todo aquello que a su paso iba derribando, sumaba causas en su contra para cuando el gran jurado lo sentara en el banquillo de los acusados. Otto, que de él se trata, pensó que más tarde habría tiempo para preocuparse por ello y ahora solo debe hallar alguna salida rápida para ocultarse en el gigantesco jardín que rodea a la mansión. Allí seguramente encontrará mil escondites y esperar así, a que mengüe en algo la furia de su dueña.

Mientras tanto, Sofía, algo tanática y con la congoja anudándole la glotis, levanta del piso uno a uno los restos de lo que fue el último recuerdo de su amada tía Raquel, a quien había perdido tan solo dos meses atrás. Ella fue su alma matter, su amiga y confidente y el refugio de todos sus tormentos, fue la única que la comprendió cuando decidió dejar a su hombre simplemente porque ya no lo amaba, la única que la amparó cuando, por ese motivo, se ganó el menosprecio de todos sus familiares y amigos porque, según ellos, *él es un hombre con todas las letras, el esposo ideal conque toda mujer sueña, y el futuro padre de hijos quiméricos que todas anhelan tener*, pero del que nadie sabía absolutamente nada, ni sobre su manera de ganarse la vida, ni sobre sus gustos personales por las películas triple x con extremo sadismo con las que se inspiraba a solas en la intimidad de su despacho para después poner en práctica con ella, ni de los sospechosos arrumacos con sus amigos, a quienes continuamente solía ridiculizar en público con manoseos subidos de tono. Pocas

personas o casi ninguna, conocían detalles de su vida íntima y mucho menos sobre las interminables horas que le dedicaba a su figura enfrente de cuanto espejo viera, motivo por el cual nunca tuvo tiempo para complacerla ni con el más simple antojo aun cuando estuvo encinta del niño que nunca fue.

Siempre ostentaba tener poder, aunque jamás pudo comprobarlo y se jactaba de

poseer dinero que no le era propio. Él fue para ella, ni más ni menos, que el cruel motivo de su atribulada existencia.

Sofía, tantas veces pensó en desenmascararlo, pero su orgullo pudo más y optó por guardar su secreto en los baúles de su sufrimiento. Después de todo, él no siempre había sido así y nada ganaría con hacerlo y, además, aún no había cometido ningún delito. Pero ahora, todo aquello ya nada importaba; finalmente se había librado de aquella esa y solo lo une a él un lento y tedioso juicio de divorcio.

Pero, quedó sola, sin amigos ni familia y, por si fuera poco, sin su tía Raquel... solo Otto.

— *Hablando de Otto... ¿dónde se habrá metido ese rufián?* — se preguntó.

Se acercó a una de las ventanas, corrió sus cortinados y la abrió. Desde allí podía divisar todo el sector umbrío del jardín. Se asomó y sin sospechar que estaba siendo observada, sacó parte de su torso afuera para ver con mayor claridad, pero nada vio. Creyó que el perro se había ocultado para evitar un castigo que, de hecho, nunca llegaría porque el amor entre ellos es total, absoluto, es como un lazo que aprieta, pero no estruja.

Aquella no había sido la única vez que su mascota destruía algo de valor en la casa, aunque últimamente se había ensañado con saltar insistentemente sobre una pared dejando marcadas las huellas de sus patas sobre la pintura recién aplicada. Nunca supo por qué lo hacía, es una pared lisa, sin aditamentos, aunque, conociéndolo seguramente tendría motivos suficientes. Pero, aun así, el único castigo que recibe cada vez que lo hace, es una reprimenda a la que el perro, por supuesto, ignora. Otto, de ella, nada debía temer y si se ocultó fue por su propio sentimiento de culpa.

Sonrió avergonzada por la futilidad de sus pensamientos imaginando aquella lógica aplicada a un animal y entonces se alejó de allí... ; *Cuando se canse de creerse una víctima, regresará!* — concluyó.

Aquel día había comenzado fatal, un embotellamiento de tránsito impidió que llegara a tiempo a la cita de negocios más importante de su vida; en el estacionamiento, un poco avezado e impaciente conductor le hizo trizas una de las ópticas delanteras de su automóvil, le abolló el guarda fangos derecho y,

además, rayó la puerta delantera del lado opuesto. Pero, sus desgracias aún no habían concluido, porque en su afán por ultimar rápido a aquellos tediosos trámites del seguro automotor, extravió su licencia de conducir. El policía que la detuvo en el control de tránsito le labró un acta de infracción y le secuestró el vehículo y de nada sirvieron sus excusas y ruegos para evitarlo. Esa mañana, nada podía salir peor y entonces decidió subir a un taxi, regresar y refugiarse en la seguridad de su hogar. Otto, en su ausencia, se ocupó de demostrarle cuan equivocada había estado al tomar esa decisión.

Es verano y hace calor ; *una ducha fría quizás sea lo mejor para relajarme*, pensó. Pero mira hacia arriba y cuenta los interminables peldaños de la escalera que hoy, más que nunca le parece infinita. Llegar hasta el primer piso será una tarea titánica y entonces desiste de su afán.

Se siente abatida, desganada y entonces se recompensa con un trago para saborearlo recostada en una de las reposeras al borde de la piscina. No siente deseos de sumergirse en ella, pero el lugar la reconforta y el susurro melancólico del agua al ondear, le ayuda a relajarse.

Finalmente, la tarde llega a su fin y las luces de las inmediaciones comienzan a encenderse al tiempo en que los sonidos del día se apagan de a poco. Una o dos cigarras han iniciado sus cantos de seducción aún a sabiendas de que ésta será la última vez que vean a las estrellas brillar. *Son las leyes de la naturaleza*, piensa ella. Pero, de pronto sus planes de descanso se vieron interrumpidos por los insistentes ladridos de Otto. Sofía se sobresaltó y fue en su busca. Lo escucha, pero aún no lo ve. El sol se ha ocultado y el lugar desde donde provienen los ladridos está ya en penumbras.

— *Otto, amiguito, ¿dónde estás?* —preguntó con angustia en su voz. *Es poco habitual que el perro ladre así. No es un gran cazador y mucho menos curioso y solo lo hace cuando pretende jugar o pedir su ración de alimento.*

Entonces, lo vio salir por detrás de unos arbustos y entre sus dientes trae orgulloso a su presa. Se detuvo frente de ella, levantó la vista, la miró y luego la depositó, cual ofrenda, ante sus pies. Ella no logra distinguir qué es y encendió una linterna para ayudarse. Lo que vio la cubrió de espanto; era una mano humana seccionada, de aspecto nacarado y con las uñas oscurecidas por su estado cadavérico y sucias, en parte, por la tierra con que han estado cubiertas.

Sofía quedó inmóvil y sin poder reaccionar. El perro la observa intrigado y cada tanto emite un pequeño gruñido. Aún sorprendida y estupefacta, el pánico comienza a apoderarse de ella. Alza en brazos al pequeño animal y huye presurosa de allí. Su corazón bombea sangre a raudales, toda su piel se ha erizado y por primera vez en mucho tiempo, el miedo dominó a sus sentidos.

Busca refugio en la casa y una vez que ingresó, cierra presurosa y con trancas cada una de las puertas y aseguró las ventanas. También corre los cortinados y enciende todas las luces del exterior, más deja el interior en tinieblas. Con nerviosismo, atisba los alrededores a través de cuanta hendidura encontró; desde allí cualquier movimiento anormal en el parque será detectado.

Aunque, después de un rato de hacerlo, pensó que quizás sus temores fueran infundados, porque todo en derredor está quieto; no ve ni oye nada, aun así, no cesa en su exacerbada búsqueda yendo de una ventana a otra.

El silencio es absoluto y tanto, que hiere sus oídos. Ha perdido el apetito y todo su cansancio, desapareció de repente. No logra comprender que es lo que sucedió allí. Tampoco imagina a quién llamar para pedir auxilio. Cualesquiera sean sus allegados o familiares seguramente minimizarían los hechos o, lo que es peor, sospecharían de ella. ¿La policía?, ni pensarlo. Los restos de esa mano con seguridad serán parte un cuerpo que puede estar sepultado en sus tierras y sería muy difícil de explicar cómo llegaron hasta allí.

Los minutos pasan lentos, también las horas y su atención se diluye más y más. Pronto, el sueño la envuelve mansamente y pierde el interés por la vigilia; el amanecer del día siguiente la sorprende recostada sobre el sofá. Otto, acurrucado a sus pies, duerme profundamente, aunque lo invaden las pesadillas y a juzgar por sus gemidos y los movimientos histriónicos de sus patas, está librando una batalla desigual en contra de sus fantasmas.

Un sonido estridente la despertó de súbito. Aún somnolienta, intentó abrir sus ojos, pero las legañas nublan demasiado a su visión; confundida, buscó entre sus ropas, a tientas, a su teléfono móvil. Y lo halló, pero, una vez más, escuchó el mismo timbre y comprendió que el alboroto provenía de otro lugar, alguien está llamando a su puerta de calle.

Se acercó al visor del portero eléctrico y antes de responder, observó la pantalla. Era un hombre uniformado y entonces...

—*¡Policía, Señora! Necesito hacerle unas preguntas...*

—*¡Un momento, por favor!*

Antes de salir, Sofía se detiene enfrente del espejo del tocador, arregla con la punta de los dedos a sus desordenados cabellos, y recién entonces va a su encuentro. Unos cuantos metros separan a la casa de la entrada y mientras camina hacia allí imagina mil respuestas a las preguntas que el policía pudiere hacerle. Aún rondan en su mente las imágenes de aquella misteriosa mano y solo pensar que aún no se deshizo de ella, aumenta más su nerviosismo. El perro, cual fiel ladero, la acompaña algunos pasos detrás. Ella no lo advirtió hasta que llegó al lugar.

La puerta de calle es de madera antigua y con herrajes de hierro y en la parte superior tiene una mirilla de bronce suficientemente amplia para poder observar al hombre y, por precaución, le exige una identificación. La verifica, corre el cerrojo y abre.

El policía se quita la gorra, la coloca debajo de su brazo izquierdo y algo meloso la saluda con inusual galantería.

—*¡Tenga usted muy buenos días! ¿Le molesta si grabo sus respuestas?* —Y

le muestra un pequeño grabador que extrajo de entre sus ropas.

—*¡Sí, no veo el motivo por el que usted deba hacer eso, señor! Dijo que necesitaba hacerme unas cuantas preguntas, no que me iba a interrogar.*

—*Está bien, señora, está usted en su derecho. No lo voy a encender, entonces.* — Y guarda el aparato en el mismo bolsillo.

— *Le pido que sea breve, por favor.* —Lo apuró Sofía.

— *Está bien, señora* —*Respondió el oficial.*

Sin apuro aparente, el policía abre un maletín de color negro y saca una libreta desde su interior. Lo cierra y mira en todas direcciones buscando un lugar donde apoyarlo, pero sin éxito y entonces se encoje de hombros y la sostiene ente sus rodillas. Necesita tener sus manos libres para tomar notas. Se demora y Sofía, al

ver que el hombre disimuladamente observa el interior de la propiedad, comienza a sospechar que aquello no es casual y le dice...

— *Oficial, usted parece disponer de mucho tiempo, algo que a mí no me sobra. ¿Puede apresurarse, por favor?*

— *Sí, sí, perdón, pero soy un oficial de calle y por la falta de personal me enviaron a investigar y no estoy ducho en esto de los cuestionarios. Le pido disculpas. Bueno, ¡al diablo con las anotaciones! Vayamos a las preguntas, entonces...dígame, señora, en las últimas horas..., ¿escuchó o vio algo anormal en la zona?*

— *Algo, ¿cómo qué?* —preguntó Sofía

— *No lo sé, algún ruido extraño, no habitual, ¿vio personas ajenas al barrio, fisgones o automóviles estacionados de manera sospechosa, algo que haya captado su atención?*

— *¡Nnoo, no!* —Y no puede evitar el titubeo— *¿Por qué me lo pregunta?* —

Y en seguida agrega...—Éste es un lugar muy tranquilo y no recuerdo que haya habido hechos de inseguridad. Llevo más de treinta años viviendo aquí y jamás escuché ni vi nada extraño. Los vecinos disponemos de seguridad privada...

¿preguntó usted a ellos?

— *No, señora, la policía investiga por sus propios medios.*

— *No me refiero a la agencia de seguridad sino a los vecinos...*

— *¡No, aún no! ¿Le molesta si inspecciono su propiedad?*

— *¡Sí, claro que me molesta! ¡Usted aún no me ha dicho por qué hace tantas preguntas y si ya terminó con ellas, le pido que se retire que tengo cosas que hacer!*

— *¡Sí, claro señora!... Entonces...no ha escuchado ni visto nada raro,*

¿verdad?

—¡Ya le dije que no! Escúcheme, oficial, soy una persona ocupada y mejor será que usted hable con mi abogado, es el Doctor Marco Mitchell, en la guía encontrará su número

—Ok, señora, muchas gracias por su tiempo y discúlpeme las molestias que le causé. ¡Tenga usted muy buenos días! —Y toma su gorra, se la coloca, hace un saludo a modo de venia y golpea sus talones al mismo tiempo que una insignificante reverencia y busca la salida. Sofía creyó que todo había acabado allí, pero antes de que ella pudiera cerrar la puerta, el agente se voltea y pregunta nuevamente...

—El Licenciado Heriberto Salomón, fue su esposo, ¿verdad?

—¡Sí, así es! ¿Qué hay con él?

—¿Conoce usted a John Patrick Leven?

—No, ¿Quién es él?

—¡Quien era, dirá! Hemos hallado restos de su cuerpo diseminados en una milla a la redonda y me pregunto si usted vio o escuchó algo.

Sofía tragó saliva y ese gesto no pasó desapercibido para el policía, que parece estar distraído, pero sus ojos inquisidores van permanentemente de un lado hacia otro como si quisiera grabar en sus retinas todo lo que ocurre a su alrededor.

—¡Nooo, por Dios! ¿Cómo voy a ocultarle algo tan horroroso? —dijo intentando parecer sorprendida. —Además, Señor ¿qué tiene que ver mi ex esposo con Leven? —preguntó intentando disimular

—Señora, al parecer entre ellos había algo más que una relación de amistad, pero no soy yo quien deba juzgarlos.

—¡Oh, por Dios! No lo sabía, discúlpeme...a propósito, mi ex esposo ¿está involucrado en su desaparición?

—No, por el momento solo se lo ha vinculado sentimentalmente. Por favor llámeme si tiene alguna novedad al respecto. Aquí tiene mi número. —Y le

extiende una tarjeta que ella toma sin siquiera mirarla y que a duras penas evitó

estrujarla entre sus dedos. El policía la saludó rozando la visera de la gorra con la punta de dos dedos, giró sobre sus talones y desapareció de su vista. Sofía, cerró la puerta y se apoyó sobre ella. Había quedado estupefacta por lo que acababa de escuchar, tanto que ni siquiera advirtió cuando se encendió el motor de la patrulla policial. Y así permaneció por largos minutos hasta que decidió regresar a la casa. Pero al mirar hacia abajo, donde pacientemente la aguarda Otto, el terror la invadió de repente. La mano estaba frente a él que, sentado sobre sus patas traseras, la mira expectante aguardando la orden de comenzar a jugar. El perro la había traído en su boca, como si fuera un juguete, aunque no sabe en qué momento. Quizás fue unos segundos antes o quizás estuvo allí, a la vista del policía todo el tiempo. El terror se apoderó de ella y mil preguntas se cruzaron por su mente... ¿la habrá visto? y si lo hizo, ¿por qué no dijo nada?

Quizás no y yo estoy imaginando cosas...o ¡Quizás sí y no dijo nada para ver mi reacción! Diablos, ¿Cómo saberlo? Tal vez deba llamarlo y aclarar todo esto de una buena vez... ¡No! Sofía, piensa...piensa. Si lo haces seguramente serás sospechosa de asesinato por tu relación con Heriberto, por aquello del juicio de divorcio.

CAPÍTULO II

Heriberto y Sofía han estado litigando por tres largos años y las últimas veces que se vieron, fueron frente al juez y para mal de males en algunas ocasiones ella perdió los estribos y lo amenazó con vengarse después de escuchar las demandas exigidas como derechos de resarcimiento por los daños que, según él, le habría ocasionado la difusión pública de sus aventuras extramaritales. El juicio, hasta ahora, solo sirvió para que se ventilaran todas sus cuitas y del mismo modo para divulgar en todos los medios gráficos las noticias sobre las penurias económicas resultantes de aquella desafortunada relación amorosa. Ella, de su padre solo heredó “Atenea”, la mansión cuyo nombre hace honor a su difunta madre, y una parte de su empobrecida empresa, pero los aires de grandeza de Heriberto la convirtieron de la noche a la mañana en una mujer insolvente. En su época de esplendor, La Atenea supo emplear a más de once asistentes que, bajo la dirección de Abelardo, el mayordomo, sirvieron a Sofía hasta aquel fatídico día en que se declaró en bancarrota. Había perdido a su empresa, a su esposo y por si fuera poco a todas las amistades que se jactaban de ser fieles hasta que sobrevino la hecatombe.

Indignada hasta el hartazgo, se lo enrostró en cuanta oportunidad tuvo y recordar

aquel error no hace más que incrementar su preocupación y ahora teme que alguien, maliciosamente, la relacione a este crimen aduciendo despecho femenino. Sofía idea una estrategia y concluye en que su mejor opción será deshacerse de esa mano cuanto antes y guardar silencio absoluto. Lleva a Otto hacia la casa y cierra las puertas para que no escape. Eso le dará tiempo para hacer lo que debe hacer. Protege sus manos con guantes de látex y levanta los restos para luego depositarlos adentro de una bolsa de polietileno. La cierra herméticamente y a su vez, la introduce adentro de otra y así sucesivamente tres veces más para minimizar los riesgos de que escapen olores o fluidos orgánicos.

Ahora debe decidir qué hacer con ellos. Pensó en subirse a su automóvil y arrojarlos por la ventanilla en medio de la autovía, pero éste había sido retenido por la policía y hasta tanto pague la contravención no le será restituido. No tiene amigos ni familiares a quien recurrir. Enterrarlos es una opción, pero Otto los descubrirá en un santiamén. Sofía se encontraba en una verdadera encrucijada, algo así como un ovillo cerrado por un nudo gordiano. Fue así cuando creyó

hallar la solución a su incordio; debe entremezclarlos entre los residuos domiciliarios y esperar a que los recolectores se los lleven. Así, nadie podrá vincularla con el hecho y todo quedaría en una anécdota. Se sentía aliviada.

Debe poner manos a la obra de inmediato porque el camión pasará bien entrada la noche y hasta tanto ocurra, la mano debe estar oculta de la vista de todos, incluso Otto. Todos sus movimientos deben ser bien calculados. La serenidad de la noche le permitirá escuchar cuando los recolectores se estén aproximando y esa será la señal para dejar las bolsas en el depósito de residuos.

Mientras tanto, el último estante en el garaje, será un buen escondite para ellas, pensó. Y así lo hizo, escondió la tétrica mano entre los recipientes de pintura. Luego, regresó a la casa y para distraerse, decidió ver algo de televisión.

Pero, su corazón late demasiado aprisa y sus nervios le impiden relajarse.

Recorre la grilla de programación de un extremo a otro, una y otra vez y sin detenerse en ningún canal, hasta que de pronto algo atrajo su atención. Era una vieja serie de detectives protagonizada por el actor Peter Falk y la escena la puso en alerta...el inspector Columbo está husmeando la basura de un sospechoso para estudiar sus costumbres. Supo de inmediato que su fantástica idea de deshacerse de la mano en medio de sus desperdicios sería muy riesgosa. Pensó

que, quizás, el curioso policía que la había visitado unas horas antes podría estar al acecho esperando observar sus movimientos y eso sería fatal para sus objetivos. Debía descartar la idea y pensar en otra alternativa. En eso suena el timbre de su teléfono móvil.

—¿Aló? —contesta

—¿Sofía? Habla Nelly, la asistente del Dr. Mitchell

—Hola Nelly, que raro que me llames a estas horas de la noche, ¿pasó algo?

—Sí, sobre mi escritorio tengo un citatorio para que declare como testigo en la desaparición de Patrick Leven y el Doctor Mitchell quiere reunirse con usted para hablar de ello. ¿Puede encontrarlo aquí, mañana en el horario habitual o prefiere que el doctor se corra hasta su casa?

Sofía tuvo un primer impulso de sinceridad y deseos de contarle que ya le había visitado la policía por ese asunto, pero se contuvo a último momento. Le sorprendió la rapidez con que este hombre se había movido.

— Nelly, dile al Doctor Mitchell que prefiero que venga a mi casa. Explícale que estoy sin movilidad por unos días.

—Mañana a las diez ¿está bien?

—Sí, a esa hora lo espero.

A pesar de su juventud, Marco es un profesional avezado y sagaz y tantas

veces ha salido victorioso en juicios considerados imposibles de ganar que ya ha perdido la cuenta. Sofía se siente protegida por su perspicacia, pero, aunque jamás lo reconoció, su masculinidad es la particularidad que más la inquieta.

Toda vez que él se aproxima, los poros de su piel se abren todos y sus vellos se erizan tanto que hasta le provocan cierta incomodidad. Tantas veces su instinto femenino quiso apoderarse de sus sentidos y doblegarlos hasta perder la cordura, pero la prudencia y formalidad de su rancio abolengo se lo impidieron a tiempo.

Imagina la cita de mañana y el solo hecho de saberse a solas con él y sin testigos, la predisponen placenteramente, aunque sus exquisitas sensaciones no evitan que

se proyecte por sobre los oscuros presagios que signan a su porvenir.

Pero ahora, no es momento de sensiblerías ni de pensar en amantes imposibles; debe resolver como deshacerse de aquella fatídica extremidad.

Aunque, una tras otra van quedando descartadas todas las opciones que cruzaron por su mente. Pronto su aplomo comienza a zozobrar y se apodera de ella un sentimiento de intranquilidad que afecta a todos sus pareceres. Repetidamente amaga con ir hasta el garaje y tomar la mano para arrojarla por encima del cerco vivo hacia la calle o, *por qué no, hacia la finca de su vecino y dejar que se haga cargo de la culpa...total— pensó— siempre me negó hasta el saludo...es un ser desagradable y engreído y quién sabe si no fue él quien la arrojó antes para inculparme. ¡Solo sería devolverle la atención! —se justificó ante la obviedad de sus espurios pensamientos. Decide, entonces, ir al garaje, pero al momento de tomar el picaporte para abrir de la puerta, algo la detuvo. Un fuerte olor, fétido y repugnante, proviene del interior: la mano había entrado en su faz primaria de descomposición. Ya no le caben dudas y supo que la decisión de deshacerse de ella no puede demorar ni un solo minuto más. Corre hasta su dormitorio, elige un pañuelo de tela y lo rocía con una suave fragancia de perfume marroquí.*

Luego lo sostuvo sobre su nariz para menguar el asco que le producirá ingresar al garaje. Abrió la puerta y una oleada de aire viciado se apoderó de sus fosas nasales, el Soir de Marraquech apenas pudo evitar el soponcio que por un momento amenazó su estabilidad. Oprimió la tecla de comando y el portón empezó a levantarse permitiendo que ingrese aire fresco y luego, sin encender las luces, fue en busca de los restos humanos. Se calzó guantes descartables y sobre ellos otros dos. Ubicó desde lejos una referencia para tomarlos sin abrir sus ojos. No podría soportar el asco que le daría tener entre sus manos algo tan desagradable. Finalmente lo consiguió. Observó la hora: 2:35 A.M.

Aprovechando la escasa luminosidad de la noche, y cerciorándose de no ser vista, se acercó al límite de su propiedad y en el momento en que calculaba la potencia que debía emplear para arrojarlos por encima del cerco vivo, se detuvo.

Reflexionó sobre la conveniencia de tomar muestras de sus huellas dactilares, pero imaginarse en esa situación le produjo tal asco que sus pensamientos lógicos rápidamente quedaron sin efecto. Una vez más, se dispuso a efectuar el lanzamiento, pero repentinamente le asaltó una duda, y se contuvo de hacerlo. Y

pensó — ¿Qué habrá del otro lado del cerco? Una piscina, un solárium, una glorieta de glicinas ¿Y, si la mano cae sobre alguno de estos sitios?

Sin dudas que, si eso ocurre, quedará en franca evidencia; nadie dudará que fueron arrojados desde su lado y eso será fatal para sus propósitos de pasar desapercibida. Planeó regresar a la casa, subir a la planta alta y desde allí elegir el lugar indicado para arrojar el maloliente resto humano. Pero, luego comprendió que de tanto especular y medir consecuencias, solo logrará que la noche se haga día, con el consiguiente perjuicio para sus intenciones. Fue entonces que tomó coraje y sin dudarlo, los arrojó. Dos segundos después oyó el ruido seco, casi inaudible, de la mano estrellándose contra el suelo.

Es un área de grandes espacios verdes y las edificaciones, generalmente, se encuentran muy alejadas de los límites perimetrales. Las probabilidades de que alguien escuche algo así, desde tanta distancia, son prácticamente inexistentes.

Pero Sofía olvidó que, en sitios así, todos los vecinos son muy afectos a tener perros y ellos sí escuchan. No transcurrieron ni cinco segundos cuando tres mastines ingleses delataron su presencia allí y la obligaron a huir a toda carrera.

Al mismo tiempo, las luces exteriores de la casa del señor Largher se encendieron y convirtieron la noche cerrada en un vergel de luces y sombras.

Sofía, a duras penas logró guarecerse y corrió escaleras arriba hasta su dormitorio y, a través de los cristales, observó cómo cuatro personas emergieron con potentes reflectores a inspeccionar los alrededores de la finca. Desde la protección que le brinda la oscuridad en que está sumida, podía ver todo cuanto ocurría allí afuera. Uno de los hombres se acercó hasta la alambrada e iluminó a uno de los perros que enfervorizado sacudía su cabeza de un lado a otro como queriendo deshacer en mil pedazos lo que había atrapado. Solo necesitó de un grito enfervorizado y el perro soltó a su presa. El hombre alumbró aquello por unos instantes y alertó a los demás que corrieron a su encuentro. Se movían en el terreno con profesionalismo y sus vestimentas parecían uniformadas.

Cuchichearon algo entre ellos y de pronto alumbraron hacia la casa de Sofía.

Aquel potente haz de luz la obligó a ocultarse detrás de las cortinas, pero sospecha que no lo hizo a tiempo. Permaneció inmóvil por varios minutos hasta que dejaron de alumbrar la ventana. Fue entonces cuando se asomó y vio que la

finca vecina se encuentra en tinieblas, habían apagado todas las luces, inclusive las de cortesía. Pero, aunque tenues, algunas sombras evidencian movimientos fugaces, subrepticios, aún en plena oscuridad. Alguien la observa y por lo tanto sabe que no debe encender ni un mísero cerillo. Pronto se cansarán, pensó.

CAPÍTULO III

A tuestas, se higienizó y poco más tarde fue a dormir las pocas horas que le quedaban antes de que llegara Marco Mitchell, su abogado.

9:00 AM, el timbre de la puerta de calle la sobresaltó.

—¿Quién es? —preguntó por el portero eléctrico

—¡Policía!

—¿Qué necesita?

—Traigo un citatorio a su nombre, señora.

—No estoy presentable ahora, ¿puede regresar en una hora?

Sofía, extrañada, intentó ganar tiempo. Era la segunda vez en menos de veinticuatro horas que alguien menciona la palabra citatorio y le resultó extraño.

—No, señora, debo regresar al destacamento de inmediato.

—Claro, claro, entonces no tendrá inconvenientes en esperar a que me vista adecuadamente, ¿verdad?

—Y ¿cuánto tiempo necesita, señora?

—Bueno, usted sabe, ¡soy mujer! —respondió Sofía sin darle precisiones.

—¡Quince minutos, señora! ¡Tengo órdenes de llevarla a comparecer si no firma el citatorio!

—¿Citatorio? ¿Y a nombre de quién?

—...

Entonces se produce un largo silencio...

— *Señor...señor, ¿está ahí?* —pregunta Sofía

Nadie responde. Sofía se intranquiliza y se pone en alerta. Se asoma por una ventana, pero no alcanza a divisar lo que ocurre del otro lado del muro. La calle parece desierta. Enciende las cámaras de seguridad e inspecciona todo el perímetro de la propiedad... nada se mueve, nada extraño se observa, ni siquiera enfrente de la puerta de entrada, donde debería estar el policía que acaba de timbrar en su casa. Decide alertar al 911 y en contados minutos dos patrullas se acercaron al lugar justo en el momento en que llega el Dr. Mitchell.

—*¡Hola Sofía, ¿qué diablos sucede aquí?* — preguntó sorprendido...

— *Marco, es la segunda vez que viene alguien que dice ser policía y que quiere entrar a mi casa.*

Los policías revisan toda el área, pero no hallaron nada que les resultara sospechoso. El oficial a cargo, se acerca a ellos y...

—*Señora, preventivamente voy a ordenar a uno de mis hombres que permanezca como centinela enfrente de su puerta. No vimos nada que resulte anormal, pero para su tranquilidad estará apostado todo el día y si usted lo considera necesario, también toda la noche.*

Sofía luce compungida pero la presencia de su abogado, le da serenidad.

Mientras caminan hasta la casa, pensó sobre la conveniencia de contarle sobre la extraña mano y su misterioso vecino, pero por alguna razón se contuvo de hacerlo. Quizás fue porque su proximidad desestabiliza sus emociones y no quiso arruinar ese momento, o quizás porque la vida le enseñó que a veces guardar silencio es la mejor de las consejeras.

—*Sofía, debo confesarte que me sorprendió haber recibido este citatorio. Es del mismo juez que atiende el caso del pleito que mantienen tú y Heriberto y, a decir verdad, me resulta extraño que provenga del mismo magistrado que lleva adelante la investigación de la desaparición del amante de tu ex esposo.*

¿Coincidencia? ¿Qué sabes tú de eso?

—Nada, absolutamente nada y tampoco me importa mucho. No sabía que él tenía amoríos homosexuales, pero no me sorprende. Últimamente actuaba raro cada vez que se acercaba algún hombre, especialmente si era atractivo. Y no estoy hablando de celos hacia mí, precisamente. Y, además, hay algo que no recuerdo si te lo mencioné: el policía que vino ayer refirió a que habían hallado restos del cuerpo de Leven diseminados por toda la zona y ¿ahora tú me dices que el juez habla de una simple desaparición? ¿Qué está ocurriendo aquí?

—No me lo habías contado y si eso es verdad creo que debes tener mucho cuidado. ¿Quieres que me queda esta noche contigo?

—No, no creo que sea necesario. Además, el sargento dijo que dejaría un centinela y espero que esta noche también esté ahí.

—Ok, ¡si me necesitas me llamas! Mientras tanto voy a investigar qué hay en eso de los restos que me acabas de mencionar. A propósito de ello, ¿alguno de tus vecinos te ha comentado algo al respecto?

—¡Noo, y me sorprende que lo preguntes! ¿No crees que si supiera algo te lo diría? — Exclamó demostrando su disgusto.

—Sofía, debo saber todo si pretendes que te defienda bien. Respecto del citatorio, te diré que haremos: voy a redactar un escrito, que más tarde le haré llegar al magistrado, donde expresas tu desconocimiento de las causas en las que pretende involucrarte. Así evitas tener que responder preguntas capciosas y seguramente alguno que otro momento incómodo. No hay nada en la causa que

te incrimine y no tiene sentido que te hayan llamado a testificar. Si confías en mí, puedes firmar este documento en blanco para evitarte las molestias de hacerlo más tarde, caso contrario, puedo enviártelo con Nelly.

—No lo tomes a mal, pero siempre me has aconsejado no firmar ningún papel en blanco.

—¡Touché! Es verdad. Más tarde te llamo para avisarte cuando tenga todo listo. Ahora, te sugiero que descanses un poco. ¡Hasta pronto!

Antes de cerrar la puerta, Sofía comprueba que efectivamente haya un policía como vigía, tal como le prometió el oficial. Se acercó a él y le ofreció un café, pero el agente la rechazó aduciendo que eso podría distraerlo en su vigilancia.

Ella le agradeció su presencia allí y regresó al interior de la finca. Se siente protegida y algo más calma. Camina lentamente, disfrutando de la suave brisa de verano que, a pesar de la hora, es sofocante. Al pasar cerca de la piscina, observa al agua ondearse levemente, es una imagen de frescura y placer que invita a disfrutar; piensa en darse un chapuzón, pero de pronto advirtió que Otto pasó delante suyo a toda velocidad sin siquiera mirarla.

—¡Guau amiguito, cuanta prisa llevas! —le dijo, pero el perro pareció no haberla escuchado y se ocultó debajo de una mesa ratona, en medio de la galería donde ella suele pasar largos ratos de meditación, especialmente en las tardes calurosas de verano. Y desde allí, la observa acercarse, agitado e inquieto.

—Otto, mi amor, ¿qué haces allí? —le preguntó como si fuera posible obtener de él una respuesta hablada.

Ella se arrodilló y mientras le acaricia la cabeza, volvió a hablarle, pero el perro ni siquiera le presta cuidado; su mirada está fija en otro lugar.

Sofía se pone de pie e intenta ver qué es aquello que tanto atrae su atención.

Otto no suele comportarse de esa manera y le intriga. Es un perro valiente y solo retrocede ante un perro de mayor tamaño. Ante esta eventualidad, su instinto maternal la llevó a ponerlo a resguardo; lo alzó en brazos y lo introdujo en la casa y cerró la puerta detrás de ella. Pensó que quizás alguno de los mastines del vecino había atravesado la cerca y eso lo asustó.

—¡Aquí nadie te hará daño, mi amor! —le dice mientras le acaricia el morro.

Sofía no teme por su seguridad, pero últimamente han sucedido demasiadas cosas extrañas y cree que tomar precauciones nunca está de más. Corre hasta la planta alta y sale al balcón que circunda toda la casa. Desde allí puede ver casi toda la propiedad y si hubiera algún intruso lo detectará de inmediato. Por

primera vez en toda su vida, maldijo el momento en que sus padres decidieron poblar el jardín con semejante vegetación, que sin dudas es el edén mismo, pero ahora es un verdadero fastidio porque su frondosidad impide ver más allá de unos pocos metros. No obstante, Sofía conoce cada rincón de su finca y detectará cualquier cosa que esté fuera de lugar. Busca un perro de gran porte y lo imagina agazapado detrás de algún arbusto esperando pacientemente para

atacar. Pero, a simple vista nada ve. Regresa al interior de la vivienda y abre el placar de su dormitorio. Sobre la base superior hay un estuche de cuero. Lo baja, lo abre y extrae de él unos binoculares añejos que su padre utilizaba de joven y de inmediato la invadieron las imágenes del pasado de cuando de niña lo acompañaba a los safaris de avistamientos. Sonríe y se deja llevar por aquellas remembranzas hasta que recordó que la llevó hasta allí...debe hallar qué asustó tanto a su Otto.

Quita las cubiertas de los lentes y se apresta para la observación. Primero busca en la parte baja del follaje; sabe que, si fue un perro, allí hallará los primeros indicios. Uno tras otro recorre cada uno de los arbustos que hay disgregados por todo el jardín, pero sin fortuna.

De pronto, un brillo tenue captó su atención y ajusta el foco de las lentes; fue entonces cuando lo vio... a poco menos de cincuenta metros de distancia, un hombre camuflado con ramas y hojas que la observa a su vez, a través de otros prismáticos confiado de su supuesta invisibilidad.

Su corazón se paralizó, sin embargo, mantuvo la calma y aun sabiéndose acechada, no se detuvo en él y continuó aparentando buscar en otras direcciones, aunque, por el rabillo del ojo mantiene vigilado sus movimientos. Aquel funesto descubrimiento la aterró, está sola e indefensa en la inmensidad de la mansión.

—Debo serenarme... ¡vamos, piensa, Sofía, piensa! — se alienta —si él sabe que lo descubrí, seguramente huirá... o quizás no, quizás al verse descubierto sepa que ya no cuenta con esa ventaja y entonces decida atacar. ¡No, mejor, no!

No voy a arriesgarme. Debo continuar simulando hasta que él haga un movimiento. Pero, ¿Quién es? Debo ver su rostro. Y vuelve a hacer un paneo y disimuladamente lo enfoca para procurar identificarlo. Pero, esta vez, vio que el extraño parece estar hablando por teléfono con alguien. Una corriente helada le recorrió el espinazo, sus pensamientos se desordenan aún más. ¿con quién habla? ¿con alguien que está afuera o quizás, alguien que ya está adentro de la casa? Ya no hubo espacio para lucubraciones, Otto había comenzado a ladrar insistentemente hacia la puerta y ella supo que el tiempo se le estaba acabando.

Corrió hasta ella y la cerró con tranca y lo mismo hizo con las ventanas y los

postigos de toda la habitación y aunque lentamente el pánico se apoderaba de ella, decidió a enfrentar a su desventura con valor. No debe cometer errores. Está

sola en la casa, pero quizás él aún no lo sepa y esa será su ventaja.

Tiene que alertar al centinela de la puerta de calle, pero, ¿cómo hacerlo?

Llegar hasta él significa atravesar el sector en donde descubrió al intruso; ella se sabe ágil y veloz, pero cualquier error que cometa y caerá en sus manos. ¿Y, además, el policía, estará aún allí? —se preguntó. Demasiado riesgo. Solo le queda un recurso, llamar al 911. Recordó, con angustia, que su teléfono móvil había quedado sobre la mesa de la cocina, en la planta baja y para llegar hasta allí debe abandonar aquel improvisado refugio. Su corazón late a velocidad inusitada y está tan aterrada que no logra ordenar sus pensamientos. Se encierra junto a su mascota en la habitación. Otto no deja de ladrar hacia la puerta. Ella lo calma con caricias, necesita poder escuchar, pero los jadeos del animal son tan ruidosos que le impiden hacerlo. Una parte de su yo le aconseja ponerse a resguardo e intentar llegar hasta la calle y gritar por ayuda, pero otra, más conservadora, la insta a permanecer encerrada y ocultarse tanto como pueda. Pero, en ambos casos, el peligro estará latente.

Pasan las horas y el sol comienza a desaparecer; las calles están desiertas, desiertas de día y aún más cuando llega la noche; con la oscuridad pronto será presa fácil, pero permanecer allí, sin intentar nada, es capitular por una batalla que nunca dio. Sofía es una mujer valiente y en ocasiones sus reacciones rayan con lo insensato, pero jamás se entregará sin luchar. Debe intentar llegar hasta la cocina y recuperar su teléfono para pedir auxilio. Se acerca sigilosa hasta la puerta y apoya suavemente la oreja en ella. Y así permanece por largo rato. No oye nada e imagina que si alguien la aguarda del otro lado será su fin, pero decide arriesgarse y entonces corre el cerrojo y sin hacer ruido baja el picaporte.

Lentamente abre la puerta y se asoma. Al parecer, no hay moros en la costa y sale al pasillo caminando de puntillas. Otto, intrigado por los movimientos cautelosos de Sofía, la imita en el más absoluto silencio y ni siquiera jadea. Sofía da dos pasos y se detiene. Escucha el silencio y antes de avanzar un poco más, busca con la mirada a su perro; él, sentado sobre sus patas traseras, la observa intrigado. Y, entonces, da otros dos pasos, para enseguida detenerse y volver a escuchar.

Las habitaciones de la planta superior están todas comunicadas por un largo pasillo que balconea sobre el living y el comedor. Unos pasos a su izquierda está la escalera que desemboca en el centro mismo del balcón interno; Sofía se asoma

por encima de la barandilla e intenta ver si el camino está despejado y entonces baja, despacio, escalón por escalón y con el más absoluto sigilo y deteniéndose cada tanto para asomarse por si algún peligro la aguarda más adelante. Entonces sorteando al último de los peldaños; ahora solo le resta llegar a la cocina y recuperar el teléfono. Otto, la sigue dos pasos atrás, cauteloso, como si intuyera que aquello no era un juego. Si ella se detiene, él también y mueve su rabo en señal de aprobación si ella lo mira. La puerta de la cocina está abierta y le permite ver adentro, lo suficiente como para aventurarse y continuar. Desde allí divisa a su teléfono móvil, sobre la mesa, y siente la tentación de correr hacia él, pero la prudencia la detiene en su afán. Avanza lento, con pausas de algunos segundos, hasta que por fin lo alcanza. Desliza uno de sus dedos sobre la pantalla y recién allí comprende que está apagado. O alguien lo hizo o quedó sin carga en la batería y en cualquiera de los casos está nuevamente en problemas. Intenta encenderlo, pero nada, el aparato no emite ni un pitido. “*Al menos*” —pensó—

“*ahora sé que nadie lo apagó*”— se consoló a sí misma. Cargar sus baterías le insumirá varios minutos de un tiempo que no dispone. Prueba entonces, el teléfono de línea. No hay tono. *Alguien habrá cortado los cables*, pensó.

Revisó las puertas que dan al exterior y comprobó que todas estaban cerradas por dentro y ninguna de las ventanas parecían haber sido abiertas. Saberlo, le dio cierta calma, no obstante, debe cerciorarse de que sea así. No saldrá de la casa hasta tanto haya amanecido. Por precaución, toma una de sus cuchillas más afiladas y la sopesa para sentirla cómoda en su mano. Y comienza una inspección palmo a palmo de cada rincón de la planta baja, el área del comedor, detrás de los sillones del living, la toilette y también el cuarto de los enseres de limpieza. Examina la puerta del sótano, está cerrada, ve la llave colocada del lado externo y supone que allí nadie pudo haber ingresado. De pronto, un ruido sordo provino desde el piso de arriba y su corazón se paralizó. Quedó inmóvil durante varios minutos, escuchando atentamente, pero el sonido no se repitió.

— “*quizás fue un gato en el tejado*” —pensó dándose ánimos. Más, no se confía y continúa su periplo hacia la escalera. Se aleja de ella para mejorar el ángulo de visión de la planta alta. Presume que así evitará sorpresas al momento de llegar al último escalón. Uno tras otro, sube cada uno de los peldaños. Su corazón late cada vez más rápido. Imagina que, si ella fuera un intruso, aquel sería el lugar elegido para una emboscada eficaz. Extrema sus precauciones y se prepara para un ataque sorpresivo. Mira el cuchillo y lo ase firmemente con su mano listo

para dar una estocada de frente. Pero se arrepiente y cambia a otra posición.

Ahora lo ha tomado desde el mango, pero con el filo hacia abajo. Así podría usarlo emulando a un hacha. Ha visto muchas películas donde el atacante utiliza ese método y cree que así el golpe será mucho más enérgico. Ya está presta para la acción. Ahora puede continuar el ascenso. Llega al final de la escalera y se asoma lentamente. Se detiene para escuchar. Y lo hace por largo rato. Cree que el intruso se cansará de esperar y dará el primer paso. Así ella estará en una mejor posición para repeler el ataque. Pero nada se escucha y nada se mueve allí.

Avanza unos cuantos metros y se detiene para observar. Desde allí ve que todas las puertas de los dormitorios están cerradas. Se lamenta por ello, detrás de cada una de ellas puede haber una trampa mortal. Pero se da ánimos palmeándose suavemente las mejillas y baja el picaporte de la puerta de su alcoba. Sabe es la única que no chirria al abrirse. La puerta se abre y su corazón parece querer saltarse fuera de su pecho. Toma coraje y entra en un solo movimiento, decidido, veloz y sorpresivo. Y...nadie, allí nadie ha ingresado. Solo restan cuatro puertas más...y repitió la acción con la siguiente. Una tras otra examina cada una de las habitaciones. Ya no le preocupa delatar su presencia. Tampoco sabe por qué actúa así; tal vez solo sea la única manera que halló para enfrentar a su desgracia. Ya no siente temor; está harta de temer. Todos los cuartos están vacíos y ahora solo resta inspeccionar la buhardilla. A ella se accede únicamente por una escalera angosta que primero hay que bajar tirando de una cuerda que destraba un cerrojo. Sofía observa que la falleba está cerrada. — *Nadie puede entrar allí y cerrar la falleba desde adentro. Aquí no hay peligro. —pensó aliviada. No obstante, este es el último sitio sin revisar y debe verificar que esté vacío. Tiró confiada de la cuerda, destrabó la cerradura y así bajó la escalera.*

Casi sin tomar recaudos, subió.

Y ese fue su error...no bien se asomó, recibió un puñetazo en su rostro que la arrojó escaleras abajo y la dejó semiinconsciente en el piso. Nunca pudo ver a su agresor. Pero Otto sí y al comprobar que el intruso estaba huyendo, le cerró el paso y se aferró de las pantorrillas con todas sus fuerzas, pero para su desgracia, también recibió un golpe que lo hizo trastabillar. No obstante, el valeroso animalito se recuperó e insistió. Corrió detrás del hombre y antes que este pudiera tomar el picaporte de la puerta de salida, lo alcanzó y volvió a morderlo.

Pero esta vez, la suerte lo abandonó...un estruendoso disparo lo detuvo definitivamente. Sofía, había recuperado en algo su conciencia y alcanzó a escuchar el lastimoso aullido de dolor de su mascota y a duras penas se puso de pie y corrió escaleras abajo. Y allí lo encontró, derrumbado sobre unos de sus costados, con un hilo de sangre que emanaba desde su boca y respirando con dificultad. El corazón de Sofía se detuvo por un instante y se arrojó sobre el perro para abrazarlo sin importarle el riesgo que aún podía correr.

—¡Otto, mi amor, resiste...resiste! ¡Te llevaré a que te curen...no me dejes...

no me dejes, por favor...!

Y lo alzó en brazos y corrió hasta la calle para buscar ayuda. Nada más que él importaba en ese momento. De pronto olvidó a aquel intruso y solo se preocupó en salvarle la vida a su único y real amigo. Buscó la salida y gritando con todas sus fuerzas rogó para que alguien la auxiliara, pero nadie se apiadó de ella. Las calles estaban desiertas...todo el barrio parecía desierto, todos estaban allí, pero metidos en sus asuntos, ni siquiera los perros ladraban, todo signo de vida se había esfumado de repente. Ella siguió corriendo sin dirección fija con su mascota en brazos, pero pronto sus fuerzas comenzaron a flaquear y entonces se detuvo y se dejó caer, pero en ningún momento lo soltó. Otto ya respiraba con dificultad, de a intervalos, sus ojos la buscaron una y otra vez, pero difícilmente pudieran verla, la sangre que emanaba de su cabeza los había cubierto. Sofía, lo abrazó con todas sus fuerzas sabiendo que aquello sería lo último que podía hacer por él y el perro respondió lamiendo sus manos con la poca energía que le quedaba. Y así, dejó caer su cabeza hacia uno de los costados y finalmente expiró. Había librado su última batalla. Ella lo miró con la vista nublada por las lágrimas y rompió en llanto desconsolado. Nunca supo cuánto tiempo estuvo así, con su perro muerto en brazos, con sus ropas cubiertas de suciedad y sus manos y rostro teñidos de rojo, hamacándose de adelante hacia atrás balbuceando maldiciones a diestra y siniestra. El mundo se había detenido para ella y su odio hacia la humanidad entera se desató de repente. Ya nada importaba, ni siquiera su propia vida, solo quería venganza, solo quería hallar a ese malnacido que se llevó al único ser que la amó desinteresadamente.

Algunas personas comenzaron a aparecer y lentamente la fueron rodeando, pero ninguno se atrevió a hablar ni a consolarla, solo la miraban en silencio como si ella fuera parte de un espectáculo de circo. Ella tardó unos cuantos minutos en advertirlo y cuando lo hizo, los miró directo a los ojos...

—¿Qué hacen aquí? ¡Ya no los necesito, cobardes hijos de puta! ¡Váyanse...

váyanse, desaparezcan de mi vista!

Sin precipitarse y sin decir palabra alguna, los vecinos comenzaron a alejarse y pronto nadie quedó a su lado. Ninguno intentó siquiera esbozar una sola palabra de aliento ni de disculpas por su poquedad de valor. Sofía quedó allí, arrodillada en medio de la calle, sola y abrazando a su amado perro. Era la viva imagen de una madre que había perdido a su único hijo. No tenía consuelo, su vida se había detenido de golpe y todo el glamour que de su figura emanaba, se diluyó en un santiamén. Perdió la noción del tiempo que estuvo allí, acariciando

y besando su cabeza mientras sus lágrimas empapaban el suave pelaje del animal.

Pronto amaneció y ella continuaba allí, aferrada al cuerpo inerte de su amado Otto.

Pronto un lustroso automóvil de origen germano se estacionó a unos metros de ella. Una mujer, vestida de impoluto blanco y haciendo equilibrio sobre un par de stiletos del mismo color, se bajó presurosa al ver semejante escena...

—¿Por Dios, Sra. Thorsen, que le pasó? Permítame ayudarla, por favor.

—¿Quién es usted? —preguntó Sofía sin siquiera mirarla.

—Nelly, Sra. Thorsen, la asistente del Dr. Mitchell, ¿me recuerda?

—Ah... sí, sí ¿qué quieres Nelly?

—El Dr. Mitchell me envió con la declaración para que usted la firme y así, más tarde la presentamos en el juzgado.

—Ah, ok, déjala por ahí, que después la firmo. ¿Necesitas algo más?

—preguntó Sofía displicentemente.

—Es que...el Dr. me pidió lleve el documento firmado de vuelta. Aquí tengo una lapicera, si usted quiere firmarlo aquí mismo. Le prometo que ya no la molestaré más.

Sofía levanta su cabeza y la mira fijo a los ojos...

—*Nelly, ¿qué parte de déjala por ahí, no entendiste?*

Nelly sintió la frialdad de su mirada atravesándola de lado a lado y supo que no debía insistir. La mujer estaba sufriendo e imaginó que no existe nada más peligroso en este mundo que enfrentarse con alguien en su estado. Miró hacia todos lados donde apoyarlo, pero solo vio césped y asfalto y creyó que un documento de este tenor no podía quedar olvidado y al alcance de cualquiera.

Entonces...

—*¿A usted le molesta si entro a la casa y se lo dejo allí?* —preguntó Nelly

—*¡Haz lo que quieras!*

—*Ok, entonces eso es lo que haré, Sra. Thorsen. ¿Está bien arriba de la mesa de la cocina?*

—*¡Nelly, déjala donde te plazca, arriba de la mesa, arriba de la escalera, arriba de la cama...o adentro del inodoro, pero déjala y vete de una buena vez!*

—*¡Sí, sí, Sra. Thorsen! ¡Muchas gracias por su atención!*

Sofía no le respondió, sin mirarla le hizo un gesto con una de sus manos para que se alejara de ella, pero no fue descortés, solo expresaba una necesidad de soledad. Nelly ingresó a la casa por el living y no advirtió la sangre que había derramada en el piso. Aquello y sus finos zapatos de taco aguja hicieron el

resto...todo su esplendoroso trasero blanco se tiñó de rojo cuando estalló estrepitosamente sobre el piso. Su elegancia y el sobre con los documentos, volaron por los aires.

Algo adolorida en sus asentaderas, pero más en su orgullo, quedó inmóvil por unos cuantos segundos antes de poder reaccionar. Con bastante dificultad, se puso de pie. Renqueando se acercó hasta su teléfono móvil, que en la caída también salió despedido y lo recogió junto con los documentos. Los apoyó sobre una de las mesas ratonas que hay debajo del ala descubierta de la escalera.

Enseguida buscó una toilette. Encendió la luz y se miró en el espejo y vio un

enorme lamparón de suciedad roja en la parte posterior de la pollera.

—*¡Por Dios!* —exclamó. —*¿Y ahora cómo limpio esto?* — Se preguntó en voz alta.

—*¡Quítatela!* —Escuchó a sus espaldas. Era Sofía que había escuchado el grito de ella al caer y fue en su auxilio creyendo que el asesino de Otto aún estaba adentro de la casa. A decir verdad, no había concurrido en su auxilio sino a vengar a su mascota. Creyó que esa era su única oportunidad de atraparlo. Pero pronto entendió que aquello solo fue una ilusión. —*Esa es una tela de algodón y puedo lavarla y secarla en unos cuantos minutos. ¡Dámela que en poco tiempo estarás conduciendo de regreso a la ciudad!*

La mujer, viendo que Sofía aún tenía el cuchillo en su mano, obedeció y se la entregó. Sin decir palabra, Sofía la introdujo en una de sus lavadoras. Eligió un programa ultrarrápido de limpieza y en pocos minutos escuchó el pitido de final del ciclo de lavado. La prenda aún estaba caliente por efectos del secado. La apoyó sobre una tabla de planchar y alisó sus pliegues arrugados. Mientras tanto, Sofía había leído el documento y lo había firmado. Nelly, en ningún momento dijo palabra alguna por temor a una respuesta dura. Le agradeció cuando Sofía le entregó la prenda limpia y planchada y no pudo evitar elogiar la máquina lavadora.

—*¡Esto es genial! ¡Debo comprarme una igual! No sé qué hubiera hecho sin ella. Muchas gracias, Sra. Thorsen.*

—*¡Ya, ya... vete de una buena vez!* —fue su única respuesta.

Sofía regresó a la calle a donde había dejado a Otto cuando escuchó el grito de Nelly. Lo levantó con suavidad y regresó. Algunos vecinos la observaban desde atrás de los cortinados, confiados en que su opacidad los mantuviera invisibles a los ojos de aquella desamparada mujer. Pronto sabrían cuan equivocados estaban. Antes de cerrar la puerta de calle, Sofía dio media vuelta y los saludó con su dedo medio levantado. Algunos se vieron sorprendidos y se

ocultaron tan rápido que no pudieron evitar que las cortinas se movieran delatando su presencia.

Sofía desanda el sendero que la conduce de regreso a la casa, camina despacio, como si el tiempo se hubiera detenido. Aún sostiene sobre sus brazos al perro

que fue su única compañía los últimos tiempos. Sabe que debe darle sepultura, pero no quiere apresurarse. Con extremo cuidado lo deposita sobre una de las mesas que hay en la galería, donde tantas tardes compartieron el canto de los pájaros y vieron caer tantas veces el sol. En sus recuerdos aparecen imágenes de Otto corriendo de un lado a otro intentando atrapar a cuanta mariposa volara cerca de él y sonrío con tristeza. Lo mira con ternura, con admiración. Una y otra vez pasa su mano sobre su cabecita inerte; siente deseos de acariciarlo, de besarlo y rodearlo con sus brazos en un abrazo eterno.

Pronto, algunas moscas se ven atraídas por el olor a sangre y comienzan a volar cerca de su cadáver. Sofía no va a permitir que se posen sobre él y con gran pena lo cubre con una fina sábana de seda que reservaba para alguna noche pasional. Aquello ahora ya no iba a ocurrir.

—¡ Esta será tu sagrada mortaja, mi príncipe valiente! —le dijo por lo bajo.

Permaneció allí, a su lado, largas horas, velándolo, llorando su despedida.

Hasta que finalmente se puso de pie, fue hasta el cuarto de herramientas y buscó una pala de trinchera y más tarde eligió un lugar apropiado para su descanso eterno. Estará en medio de los rosales cuyas fragancias tantas veces lo deleitaron. Otto no parecía un perro, sino un pequeño muchachito en cuerpo ajeno, porque disfrutaba de los aromas de aquella finca como cualquier ser humano identificado con la naturaleza. Y entonces, comenzó a cavar su tumba.

Sofía no estaba habituada a este tipo de tareas, pero el jardinero no llegaría hasta dos días después y para entonces ya sería tarde. Demoró un par de horas hasta que finalmente la dio por concluida. Regresó a la galería en busca de su tierno amigo; lo alzó y volvió caminando lento mientras le cantaba una canción de cuna. Se arrodilló frente al hoyo con la mascota sobre sus rodillas y allí quedó hasta bien entrada la tarde.

Y entonces, lo besó largamente en su cabeza y finalmente lo depositó adentro. Lo hizo con extremo cuidado de no golpearlo, más no supo cuánto tiempo fue, pero quedó observándolo allí hasta que sus lágrimas se agotaron.

Tantas veces cargó la pala con tierra para arrojar la primera descarga, pero algo la detenía antes de hacerlo. No tenía el coraje de ver su cuerpecito enterrado y cada vez que lo intentaba rompía en llanto desconsolado. Hasta que, por fin, dejó la pala a un lado y con sus propias manos comenzó a deslizar algunos terrones

hasta que completó aquella desagradable tarea. Eligió y cortó cada una de las flores que depositaría sobre la tumba y ató en forma de cruz un par de estacas de madera y la incrustó en la cabecera. Ella no era creyente, pero pensó que así Otto estaría protegido en su descanso definitivo. Miró por última vez la sepultura y se alejó de allí. No soporta ver ese montículo de tierra húmeda y entonces, consumida por la pena, caminó de un lugar a otro sin detenerse.

El terreno de su propiedad es parte de una ladera rocosa de un cerro que se eleva por unos cuantos metros por sobre las propiedades adyacentes y desde allí podía observar la finca de los vecinos y gran parte de sus edificaciones. Subió hasta la cúspide misma del cerro y nunca supo por qué, pero hasta que se ocultaron los últimos vestigios de luz diurna, estuvo parada allí en un claro mensaje desafiante hacia ellos. Quiso que la vieran todos. Está absolutamente convencida que algo tienen que ver con lo que le sucedió a Otto. Pero, a diferencia de ayer, hoy ya no siente temor. La valentía de su mascota la ha contagiado y está decidida a vengarlo.

CAPÍTULO IV

El sol cae sobre el firmamento y la noche se aproxima lentamente. Rato después, escucha el timbre de su teléfono móvil...es Marco...

—Vine tan rápido como pude y no bien me enteré — le dijo — estoy afuera de tu casa, ¿puedo pasar?

—¡Hola...espérame un momento, por favor, enseguida voy!

Un par de minutos después, ella descorrió el cerrojo de la puerta y la dejó así. Y comenzó a caminar hacia la casa sin siquiera mirarlo. Espera que él la siga. Marco entra, cierra la puerta tras de sí y apura su paso para alcanzarla. Iba a hacer un comentario, pero vio la expresión de tristeza en su rostro y se mantuvo en silencio. Ella lo miró y esbozó una tímida sonrisa a modo de agradecimiento.

Ingresaron a la casa y ella se dirigió a la cocina.

—¿Deseas beber un café?

—Sí, gracias...— y se tentó a pedirle que agregara una pizca de crema, pero se abstuvo de hacerlo.

Sofía se sentó junto a él en la mesa del comedor de diario, pero sin decir nada, y con la mirada clavada en su pocillo. Marco hizo lo mismo. Supo que, en ese momento, ella solo necesitaba alguien que la acompañara en silencio. Y así permanecieron por algo más de quince minutos hasta que...

—¿Quizás tú puedas decirme que es lo que está ocurriendo aquí? En cuarenta y ocho horas me han sucedido más cosas que en todo un año...un estúpido destrozó mi auto en un estacionamiento, luego me lo secuestran solo porque no hallé mi licencia de conducir a tiempo, luego me visita un policía y me hace preguntas sobre la aparición de restos humanos que supuestamente pertenecieron al amante de mi ex esposo, del que no tengo noticias desde más de un año, luego a ti que te llega un citatorio para declarar sobre la desaparición del mismo tipo que teóricamente cortaron en pedacitos que arrojaron por todas partes y además quieren llevarme a declarar a la fuerza otros policías que más tarde desaparecen, me dejan un centinela que cuando lo necesito se esfumó y finalmente encuentro adentro de mi casa a un desgraciado mal nacido que acribilló a mi perrito solo porque quiso defenderme. Dime, ¿Qué es lo que está pasando? ¿en quién puedo confiar?

—Perdóname Sofía, pero no tengo respuestas a ello. Ni bien me enteré de lo que te había sucedido di parte a la fiscalía y prometieron enviar una patrulla de inmediato, pero resulta que yo llego antes que ellos. ¡No, no tengo respuestas!

Perdón, pero es la verdad. Solo puedo ofrecerte quedarme aquí todo el tiempo que necesites o en su defecto hospedarte en mi casa hasta tanto se aclaren las cosas. No creo conveniente que te quedes sola aquí bajo estas circunstancias.

—Gracias Marco, pero no quiero incomodarte y tampoco creo que sea justo que tengas que ocuparte de mí como si fuera una lisiada.

—Eso no sería un problema para mí.

—Igualmente, no quiero ser una carga para nadie —agregó Sofía

—Te propongo que me quede aquí esta noche y mañana resolvemos como seguir. ¿Estás de acuerdo?

—Está bien. No creo que nadie se atreva a nada esta noche, pero si no te es inconveniente, me gustaría que te quedes. Quizás así pueda descansar.

—Hecho, que no se hable más. Esta noche tendrás compañía.

—¿Conoces algo de armas?

—Algo, ¿por qué lo preguntas?

—Ven que quiero mostrarte algo que heredé de mi padre. Quizás sirva para defendernos si eventualmente alguno de estos cobardes regresa.

Sofía se dirige a la biblioteca y abre uno de los cajones laterales del viejo escritorio de madera de roble americano que, en vida, usaba su padre. Saca una caja azul y la abre ante la atenta mirada de Marco. Y, prolijamente acomodada en un hueco con la forma exacta para encastrar, aparece una lustrosa arma de fuego.

Marco, la mira a los ojos y con su mirada le pide autorización para sacarla de su caja. Ella asiente.

—¡Uau, este es un Colt Bisley modelo 1873! Es una de las armas más buscadas por los coleccionistas y estoy seguro que dispara tan bien como cuando salió de fábrica. ¿Tienes municiones?

—Sí, claro, y la pólvora con que están armadas no es tan antigua como el revólver. Mi padre me dijo que las municiones suelen estropearse con el tiempo y mandaba a cambiársela cada dos años como máximo. Quería que, si alguna vez tenía que dispararla, que el plomo no se trabara en el cañón, aunque creo que jamás lo hizo porque su amor por las armas era solo un hobby. ¿Quieres cargarla y tenerla esta noche para protección?

—No creo que sea necesario. Dejémosla en su caja y con las municiones cerca... si escuchamos algún ruido extraño, entonces la cargo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, ya hubo demasiados disparos aquí.

Aún destrozada por la pena de haber perdido a su Otto, Sofía lo invita a conocer el lugar a dónde le dio sepultura. Marco accede. Ella no puede evitar una lágrima cuando se paró frente al montículo de tierra aún húmeda. Él lo advierte y le cruza el brazo por sobre su hombro y la trae hacia sí para darle algo de consuelo. El hecho de sentirse protegida la liberó de sus emociones y rompió a llorar desconsoladamente.

—*¡Tan chiquito...tan valiente...tan hermoso y compañero...no puedo creer que ese cobarde malnacido lo haya matado así! Quiera Dios, si existe, que me dé la oportunidad de tenerlo frente a mí una sola vez, nada más que eso quiero... una sola oportunidad de tenerlo al alcance de mis manos...voy a...*

— balbuceó entre sollozos.

Marco no respondió, solo la apretujó contra su pecho y acarició sus espaldas, con sutilidad. Sabe que ella es pacífica y nada hará de lo que dijo. Ahora solo habla el odio que la invade, nada más. Y así permanecieron por largos minutos hasta que por fin se alejaron de allí. Ella necesita distenderse y lo invitó a caminar por el parque que rodea a la mansión. Son cuantiosos los senderos que serpentean entre árboles añejos, pequeños arbustos y canteros floridos que cubren frondosamente los pocos terrenos yermos que tiene la propiedad.

Caminaron largamente sin soltarse de las manos, en silencio y sin percatarse de que alguien vigilaba todos sus movimientos agazapado y oculto detrás de unos bejucos de bignonia a tan solo unos cuantos metros de distancia. Las penumbras y la espesa vegetación son sus aliadas, pero, sobre todo, un evidente entrenamiento a juzgar por lo sigiloso de sus pasos en medio de las sombras.

Parece un monje Shaolín, deslizándose de un lugar a otro, invisible a los ojos de cualquiera y, silencioso como si lo hiciera sin tocar el suelo con sus pies. De pronto, Marco la desvió del camino y ante su atónita mirada, la condujo con celeridad disimulada hasta el interior de la casa. Ella, aunque sorprendida, no se resistió; en su imaginario más remoto, creyó por un momento que Marco buscaba intimidad para dar rienda suelta a sus instintos de seducción y aunque la pena la consumía por dentro, se había mantenido célibe desde su separación matrimonial y se excitó de solo pensarlo. La proximidad con este hombre le produce sensaciones confinadas en el olvido y pensó que, quizás, él se valdría de sus defensas bajas para seducirla.

Pronto comprendería cuán lejos de sus deseos estaba. Marco Mitchell provenía de una familia de casta rancia de Irlanda y como tal tuvo que cumplir estrictamente con los designios que la heráldica familiar le imponía a cada uno de sus integrantes varones. Todos debían enrolarse en las filas de las fuerzas

armadas de Irlanda y servir, al menos, en alguna contienda militar, sea dentro o fuera del país. Marco dejó su entrenamiento con el cargo de Teniente, pero a

pesar de su bravura nunca tuvo la oportunidad de combatir en ningún frente. Sus congéneres militares afirmaban que, entre sus capacidades extraordinarias, podía ver en la completa oscuridad y los más exagerados aseguraban que también lo hacía a través de las paredes, aunque cada vez que alguien lo afirmaba en alguna reunión de camaradería era presa fácil de los bromistas y el hazmerreír de todos.

Pero más allá de las mofas, Marco se había ganado el respeto de todos y nadie en su sano juicio se atrevía a enfrentarlo en combate cuerpo a cuerpo y de igual a igual.

Marco, cierra la puerta detrás de sí y la toma con ambas manos desde las mejillas. Se acercó hasta casi tocarla con los labios y entonces ella cerró sus ojos esperando ese tan esperado primer beso, pero en su lugar solo escuchó...

—Quédate aquí y en silencio, por favor. Me pareció ver algo y quiero investigar qué es —Ella, abrió sus ojos algo avergonzada por su torpeza. Todo el erotismo que cubría la escena que imaginaba, desapareció de golpe y le respondió...

—¡Voy contigo, porque si es el maldito que mató a Otto, se las verá conmigo!

Marco se lleva el dedo índice a la boca y...

—¡Ssshhh, baja la voz!... No, Sofía, tú te quedas aquí...esto no es un juego

—le espetó. Fue una orden estricta. Ya la expresión en su rostro no admitía réplicas y ella comprendió que debía obedecerle. No obstante, cuando él la soltó para regresar al exterior de la casona, ella lo retuvo con un...

—Marco...

—¿Sí?

—¡Ten cuidado, por favor! —Y se acercó a él buscando con los labios su boca, pero Marco desvió su intención con un beso sobre la frente. Sofía exhaló frustrada, pero, para cuando quiso reaccionar, él ya había desaparecido de su vista. De pronto recordó, con angustia, que había salido desarmado. Y ya era tarde para remediar ese error. Aseguró con tranca la puerta y fue en busca del revolver de su padre. Temerosa lo sacó del estuche y lo sostuvo con ambas manos sin saber bien qué hacer con él. Recordó que estaba descargada y buscó, entonces, la municiones que guardaba celosamente adentro de uno de los

cajones de la cómoda de su habitación. Estaba a oscuras, pero se las ingenió para llegar hasta la planta alta sin tropezarse ni caer escaleras abajo. Se sentó sobre la cama y una a una las fue extrayendo de la caja de cartón y las apoyó

sobre el acolchado. Recordó las veces que vio a su padre destrabar el tambor e introducirle las balas, pero sus movimientos habían sido demasiado rápidos y nunca logró ver cómo lo había hecho. Inspeccionó toda el arma, pero nada le resultaba familiar, hasta que, sin saber cómo, una pequeña tapa detrás del tambor cayó hacia su derecha y dejó al descubierto seis orificios por donde introducir las municiones. Ahora, el revólver ya estaba cargado. Presurosa, bajó nuevamente y se sentó en una silla a esperar el regreso de Marco. Apoyó el arma sobre su regazo, pero nunca quitó su mano de ella. Quería estar presta para responder de inmediato. Sofía detesta las armas y jamás disparó una.

Conoce la técnica porque su padre la instruyó en ello, pero probablemente, de tener que hacerlo, la utilice más un como elemento contundente para golpear que para dispararla. Unos minutos después, se puso de pie y la regresó a la misma caja azul de donde la extrajo. Cree que en sus manos es aún más peligrosa. Regresó de la cocina con un cuchillo de hoja ancha y volvió a ocupar la misma silla.

Afuera, todo es oscuridad con sombras tenues y casi imperceptibles producidas por el resplandor de las luces lejanas de la ciudad y la exigua luminiscencia de las farolas de la finca vecina. Marco Mitchell, antes de salir había cortado el suministro eléctrico de toda la propiedad. Si debía pelear, lo haría bajo sus propias condiciones y sin dar ventajas. Durante su instrucción militar había aprendido que el romanticismo de una lucha cuerpo a cuerpo solo existe en las películas de bajo presupuesto, pero en la vida real las cosas eran distintas. Un error...es la muerte. Permaneció oculto unos minutos hasta que sus pupilas se dilataron por la oscuridad y recién allí comenzó a avanzar. Cada paso es meticulosamente calculado. Una rama seca o una simple hoja, por diminuta que sea, podría crujir más de la cuenta y delatar su presencia. El aire cálido que sopló durante toda la tarde, cesó de repente. Todo es quietud, todo es silencio, hasta la naturaleza parece escuchar, no se oyen grillos ni las histriónicas luciérnagas y el agua del arroyo que surca la finca ya no rumorea, ni siquiera cimbran los danzarines juncos a su vera, nada se mueve, el silencio se volvió pesado y aciago. Marco, agazapado, agudiza los sentidos y ni siquiera pestañea.

Otea en todas direcciones, pero sus movimientos son casi imperceptibles, es

como una fiera al acecho en la sabana africana, esperando a su presa, deseosa y hambrienta, con sus músculos tensos y prestos. Pero no está solo; a escasos metros de allí, alguien aguarda, paciente y expectante a que él cometa el primer error y se delate. Marco sabe que el intruso le lleva la delantera porque seguramente estuvo vigilando sus movimientos y lo vio salir, pero ahora las

fuerzas se han equilibrado. Su adiestramiento le permitió escabullirse en la espesura sin hacer ruido. El intruso ya no lo ve y tampoco lo escucha, solo intuye que está cerca y entonces, la sangre le corre más rápido por sus venas y su pulso se acelera. Antes, creyó que quien tenía enfrente sería una presa fácil, pero ahora sabe que no es un novato, nadie que lo fuera se mantendría por tanto tiempo invisible. Está tenso e inquieto y busca con desesperación reconocer sombras en la oscuridad, pero nada se mueve, hasta el tiempo parece haber desaparecido. — *“¿Quién es este maldito? ¡Dijeron que solo era un estúpido mancha tintas!”*— Pensó molesto con quienes lo habían enviado a aquella misión. Esta debiera ser una tarea sencilla, sin riesgos y altamente provechosa, solo entrar, asustar y salir. En su desesperación, intenta ver y solo ve oscuridad, intenta escuchar y escucha silencio, intenta oler a su presa y no huele más que el perfume de la noche, entonces sube despacio su mano hasta su pecho y acaricia la culata de su Smith & Wesson 500 calibre 44 que descansa en su sobaquera de cuero. Precisa comprobar que aún está ahí, quizás podría necesitar de su poderío.

Pero de pronto, algo lo inmovilizó... venteó el aire y olfateó un perfume que reconoció de inmediato y antes que pudiera reaccionar, sintió el frío metálico que se apoyó en su nuca y lo hizo trastabillar y aún más cuando escuchó a sus espaldas...

—*¡Chito, chito, amigo! ¡Quédate quietito, así como estás! Ni un solo pestañeo o te vuelo la cabeza...Muy bien, amigo, muy bien, veo que vas entendiendo... ahora, con la punta de los dedos sacarás esa hermosura que llevas allí abajo y me la darás despacio y sin hacer ninguna estupidez. ¿Me has escuchado bien?*

—*¡Sí, sí, señor, lo que usted ordene!* — Responde temeroso el intruso.

Sabe que nada puede hacer; ha sido sorprendido de la manera menos esperada. Este hombre se le había acercado como si fuera un fantasma, en silencio absoluto y además lo hizo en contra del viento para no ser detectado por su olor. Demasiado profesional, pensó y seguramente no tendría chance alguna de sacar su arma y mucho menos de ejecutarla. Entonces, obedeció al pie de la letra y

extrajo lentamente el revólver del estuche y se lo entregó sin decir palabra. Marco, tomó el arma con su mano libre y aún sin verla supo de cual se trataba.

—*¡Epa, epa! ¿qué tenemos aquí? Esto es capaz de matar a un elefante con un solo disparo. Muy bien, amigo, ahora puedes darte la vuelta que quiero verte la cara, nadie que porte un arma como esta puede ser un simple raterito...* —El extraño gira lentamente y Marco le ilumina el rostro con la linterna de su

teléfono celular y entonces lo ve y lo reconoce — Pero, ¿mira quién ha venido a cenar?... Juan “Macho” Gutiérrez, ¿qué haces tú tan lejos de tu terruño?

Juan “Macho” Gutiérrez es un conocido hampón, aunque entrado en años, algo desacreditado luego de algunos fracasos estruendosos en su México natal.

Primero emigró a España y hoy está al servicio de quien le pague unos cuantos billetes por cualquier “trabajo”.

No responde a la pregunta; solo estudia sus movimientos y espera su oportunidad para escapar. Marco también intuye que lo intentará y decide asegurarse de que eso no ocurra. Sin dejar de vigilarlo, extrae del bolsillo derecho de su pantalón un diminuto teléfono celular y marca un número...

—*¡Sofi, enciende todas las luces del exterior, pero no salgas!* — le indicó Unos segundos después, todo el parque se iluminó y Marco le ordenó a que avance por delante de él...

—*Vamos, camina despacio y no intentes nada estúpido...no querrás perder la cabeza, ¿verdad?*

“Macho” miró hacia la casa y calculó mentalmente la distancia que los separaba de ella. *No más de cincuenta metros*, pensó. El sendero es sinuoso y con árboles y arbustos a los costados. No lleva las manos atadas y eso le daría la oportunidad de hacer un último intento para huir, y disimuladamente giró su cabeza y vio que Marco lo seguía de muy cerca y apuntándole permanentemente con su propia arma. Y eso le pareció extraño...

—*¿Por qué me apuntas con mi arma? ¿No confías en la tuya?* —preguntó

—*¡Es que la tuya sí puede disparar!* — Y sonriendo victorioso, le muestra el utensilio de cocina que lleva en su otra mano — *¡Este viejo descorchador solo*

sirve para abrir la botella de vino rojo que disfrutaré más tarde, ja ja ja! ¡Bah, también sirve para atrapar intrusos! —rió descaradamente

“Macho” Gutiérrez volvió a mirar hacia adelante mascullando entre dientes una maldición. Había sido engañado como un niño y si aquello se supiera sería el hazmerreír de todo el mundillo de criminales en que habitualmente se mueve y su prestigio se vería perjudicado. Va en camino a su propia destrucción, ya nadie querrá contratar a alguien que ha sido vencido con un simple quita corchos. Ya no le basta solo con huir...ahora debe evitar que esto se sepa y la única manera de hacerlo es eliminando al único testigo. Debe esperar el momento ideal. La casa está ahora más próxima, las luces de su interior aún permanecen apagadas, pero él sabe que allí está Sofía y que ella está dolida por lo que le hizo a su mascota unas cuantas horas antes. Es astuto y sonrío porque en su mente ha ideado un plan que no puede fallar. Quizás, sus años en la

delincuencia le han enseñado algo de Psicología y ahora ha llegado el momento de poner en práctica sus conocimientos...

—¡Ok, ya llegamos! Imagino que aquí adentro está la golfa de tu novia que me hará un buen fellatio, mientras llora a su “pobre y muertito perrito”, ¿no?

—dijo “macho” en un tono de voz lo suficientemente alto como para que ella lo escuche. Se preocupó de poner énfasis en el comentario despectivo hacia Otto, sabe que de ello depende en gran parte del éxito de su estrategia. Y entonces, la puerta se abrió de repente y Sofía salió enfurecida, blandiendo el cuchillo en su mano derecha, vociferando insultos a diestra y siniestra y se abalanzó sobre él sin medir sus consecuencias. Marco, al verla comprendió de inmediato la gravedad de la situación y quiso interponerse para evitar lo inevitable, pero fue demasiado tarde. “Macho” Gutiérrez la desarmó con un solo golpe y la abrazó desde atrás para usarla como escudo humano. Tomó el cuchillo, puso el filo sobre su cuello y miró desafiante a Marco.

Ahora él tiene el control de todo. De inmediato le ordenó que le arroje el revólver. Marco supo que no tenía alternativas y obedeció. Un corte allí no le daría tiempo para detener el sangrado y en cuestión de minutos Sofía sería un cadáver. “Macho” Gutiérrez tomó el arma y cuando lo tuvo en su poder, apuntó a la cabeza de Marco y sin pensarlo, disparó. Sofía horrorizada al ver que lo apuntaba con el arma, quiso evitarlo, pero ya era tarde...la bala había salido del cañón y buscaba su destino. Una fracción de segundo después el abogado Marco

Mitchell caía derrumbado. No hubo palabras previas, ni advertencias o enojo;

“Macho” Gutiérrez simplemente lo ejecutó y un hilo de sangre comenzó a escapar desde su sien derecha. Todo fue demasiado rápido y Sofía no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Quedó estupefacta y sin poder reaccionar. Su boca, sólo emitía sonidos sordos, estaba abierta con un gesto eterno de horror, pero absolutamente paralizada. “Macho” Gutiérrez tampoco reaccionaba... había sido tan fácil deshacerse de él que dudaba que fuera cierto hasta que vio que el cuerpo, yacía inmóvil. Fue entonces que liberó toda su adrenalina y comenzó a gritar victorias como un desaforado sin siquiera corroborar su deceso. Se volvió a la mujer y sonriendo maliciosamente la tomó por los cabellos y la trajo hasta sí, tan cerca que ella contuvo la respiración para no oler el aliento fétido que escapaba de su boca...

—¡Tú y yo nos vamos a divertir un buen rato, mujerzuela! — Le dijo

—¡Antes muerta, malnacido hijo de puta! — Lo desafió furiosa

—No me tientes a hacerlo...mira que hoy es mi día de suerte y aunque vine por otros asuntos, deshacerme de ti no me costará nada. ¡Quítate la ropa!

—¡No, no lo haré! —se resistió

—¡Que te quites la ropa, he dicho! —Y la sujeta por el cuello de la camisola y de un solo empujón se la arrancó, dejando sus senos solo cubiertos por el sujetador. Sofía intentó cubrirse, pero fue inútil porque el hombre, con una de sus manos la sostiene desde los cabellos y con la otra le arrancó el sostén e inmediatamente después la despojó de su pollera.

Envalentonado ante la imagen desprotegida y desnuda de la mujer, la arroja sobre el sofá. Deja caer sus pantalones y exhibe su masculinidad maloliente al mismo tiempo que ríe a carcajadas. Sofía, desamparada y horrorizada, supo que su destino estaba sellado y poco o nada podría hacer para evitarlo. Sollozaba por lo bajo mientras rogaba piedad. Sus ruegos eran apenas audibles. Él aún blande su revólver en su mano derecha y con la izquierda hacía gala de su desparpajo.

Acercaba su desnudez al rostro de ella y farfullando incoherencias le exige una felación. Se propuso obligarla y ante su resistencia, la abofeteó violentamente arrojándola hacia el piso. La furia dominaba sus emociones, se acercó hasta ella, la tomó con rudeza desde los cabellos y la levantó encolerizado a nivel de su

propio rostro. Y amenazante le dijo...

—¡Maldita perra, creo que no has entendido quien manda aquí...quieras o no, vas a ser mía, todas las veces que me plazca y por donde me plazca...vas a abrir la boca y después las piernas, entonces conocerás a un verdadero hombre!

Tú eliges... ¿lo haces viva...o lo harás muerta? A mí me da igual porque tu cuerpo tarda bastante en enfriarse y si crees que estoy jugando, quizás si te vuelo una de las rodillas, te convenzas de que no lo estoy haciendo, ¿Quieres probarlo? —y baja el arma y apoya el cañón a la altura de sus meniscos. Un fuerte escalofrío le corrió por el espinazo; solo pensar en un dolor semejante hizo que contemplara la posibilidad de claudicar y acceder a sus demandas, más se prometió no darle el placer de escuchar una queja o un solo gemido.

Pero, avergonzada por sus pensamientos facilistas, comprendió de inmediato que su vida depende de su perspicacia y debe tomar riesgos, aunque estos sean excesivos. Así, simuló someterse a sus exigencias. El hombre, por un momento baja la guardia, rendido ante el placer que imagina recibir y ella supo entonces que tenía un plan, azaroso, pero plan al fin.

El olor que emanaba del cuerpo sudado de “Macho” era nauseabundo, pero quizás eso sería lo menos que Sofía debía soportar para salir con vida de allí. Sus dotes actorales, potenciadas por la desesperación que la embarga, persuadieron a Gutiérrez y deja caer hacia un costado el brazo con el que sostiene al arma...

pero, en ningún momento la suelta. Estimulado por la promesa de goce, busca

concretarlo, pero pronto comprendió que Sofía solo actuaba y nunca respondía con determinación y entonces, iracundo por su escasa actividad, la toma desde la cabeza y la empuja hacia sí. Se sentía confiado de su fuerza. Ella vio que aún aferra el arma con fuerza y sus esperanzas se diluyen a cada minuto que pasa y comprendió que debía provocarlo para que se distienda. Le salivó el glande, pero nunca lo tocó con sus labios. Estaba simulando prepararse para darle placer.

Sofía abrió su boca y la volvió a cerrar. “Macho”, al verla, creyó que el gran momento estaba próximo y se dispuso a disfrutar, pero de pronto una luz de alerta lo alertó y al advertir el peligro que corría, nuevamente la aferró desde lo cabellos, le apoyó el arma sobre la sien y le dijo...

—¡Nena, mucho cuidado con lo que haces...si me muerdes es lo último que vas a

hacer en tu perra vida, te lo advierto!

Sofía percibió un fuerte ardor cuando sintió la presión desmedida del arma sobre su cabeza y mientras asentía, fingió sollozar con espasmos. Él, para acentuar su advertencia, la zamarreó con ferocidad, primero con una fuerte tracción a su cabellera y luego derribándola de un violento culatazo sobre la nuca, justo por encima del hueso occipital. Sofía comenzó a sangrar y lentamente una gruesa línea roja le tiñó sus espaldas desnudas. “Macho”

Gutiérrez, jactándose de su accionar basto y elocuente, la asió de un brazo, la levantó con rudeza y la instó a continuar. Amenazante, con la mirada desencajada y expresión impía, alardea arrogante sobre su potencia viril y, es entonces cuando comete su primer error... aparta por un instante el arma; quiere ser un espectador privilegiado de tan esperado momento. Está excitado, ella lo notó y supo entonces que debía ser extremadamente cuidadosa de no cometer ni una sola equivocación. Su vida estaba en juego. Con sus ojos llorosos, levantó la vista hacia él, lo miró temerosa y arriesgándose a un nuevo golpe le apartó, muy despacio, la mano con que aferraba sus rizos dorados. Esbozó una sonrisa fingida y con un gesto delicado le dio a entender que necesita tener movilidad libre. “Macho” Gutiérrez accedió y aflojó la tensión de sus dedos. Sofía, con pasividad, acomodó su cuerpo en perfecto equilibrio. No deja ningún detalle sin cuidar. Una vez más, tomó su miembro con determinación y lo acercó a su rostro; Macho, al verla decidida, estalló en una sonora carcajada e inclinó por un instante su cabeza hacia atrás. Imaginó que Sofi, como ahora la llama, haría un buen trabajo y se entregó al goce. Se había descuidado... jamás esperó de ella una reacción suicida. Sofía, sabe que es el momento de cruzar el Rubicón, se encomendó al cielo y concentró toda su furia en una sola acción... una sola dentellada, una poderosa y feroz, pero única dentellada. Al mismo tiempo y

antes de que él pudiera reaccionar, le quitó el arma y se corrió fuera de su alcance, pero sin dejar de apuntarle. Sólo había necesitado unos pocos segundos para planearlo todo, desde asegurar su postura en equilibrio para no tropezar al apartarse, hasta el instante exacto en que le quitaría el revólver. A “Macho”, aún en shock, le fue imposible entender que le había sucedido hasta que miró su mano derecha y comprendió... sus dedos pulgar e índice ya no existían.

Comenzó a aullar su dolor y llorisqueaba mientras la maldecía de todas las maneras posibles. Furioso quiso atraparla, pero el sufrimiento era tal que, moverse era ahora una tarea titánica. El dominio de la situación había cambiado

de bando y sin dejar de apuntarle, se alejó unos pasos para tener un mejor ángulo y así ver si Marco aún respiraba; su cuerpo yacía inerte, pero vio que había cambiado de posición. Eso podía significar solo dos cosas: o estaba vivo o las convulsiones lo habían movido. No tiene tiempo que perder y debe averiguarlo, pero antes, tiene que asegurarse que “Macho” ya no sea un escollo. Pronto sentirá un gran adormecimiento y eso sería demasiado riesgoso para ella. Se acercó a él decidida a inmovilizarlo. Más nunca supo cuándo ni cómo comprendió lo que iba a hacer, pero tampoco se cuestionó su actitud de inclemente crueldad. No escuchó los ruegos desesperados de Gutiérrez ni vio la desesperación de su mirada cuando levantó lentamente el arma hacia él. Le apuntó cuidadosamente a una de las rodillas y, sin pensarlo, disparó... corrió el cañón hasta la otra y gatilló una vez más. Ya sus gritos eran ensordecedores, pero no era momento de ser misericordiosa. Sofía destrabó el tambor del revólver y advirtió que aún le quedan tres balas... una vez más, montó el percutor y sin siquiera dudarlo, le destrozó ambos codos. La tercera munición la reservó por si acaso. Luego se puso de pie y lo miró llorar desconsoladamente.

Sin inmutarse ni experimentar remordimiento alguno lo dejó allí, contorsionándose por su dolor. Había vengado a Otto.

Corrió hasta el cuerpo de Mitchell y comprobó que aún respiraba, con dificultad, pero al menos vivía. Humedeció un paño con agua tibia y secó la sangre de su herida. Pudo observar que la bala no había ingresado en el cráneo y que solo fue un rozamiento. Marco estaba inconsciente, pero su pulso era constante. De pronto, escuchó el ulular de las sirenas policiales acercarse; los vecinos alertados por los disparos habían llamado al 911. Comprendió que, si no se apresuraba, iba a perder la única oportunidad que tenía de interrogarlo... más iba a hacerlo a su manera. Pocos son los minutos con los que cuenta para averiguar quién lo había enviado. Escuchó sus alaridos de dolor, se acercó a él y le preguntó...

—¿Te duele mucho? Bien, ahora dime quien te envió y te advierto que no voy a jugar. Ya viste de lo que soy capaz y sé que me crees. Habla ya...

—Ya no puedes hacerme más daño...no te diré nada hija de perra... —

respondió “Macho” enardecido.

Sofía no se inmutó, tomó el arma por el caño y con la culata comenzó a golpearle violentamente las rodillas y enseguida siguió con los codos. Y

continuó aun cuando él, ahogado en llanto le rogó a que se detuviera.

—*No escucho lo que quiero oír* — le dijo sin detenerse

—*¡Jooooohn...Jooooohn!* —*Exclamó exageradamente*

—*¡John y que más, dímelo ya!* —*Y levantó el revolver para golpearlo nuevamente.*

—*Patrick Leven...John Patrick Leven*

—*¡Mientes, él está muerto!*

—*¡Noo, te juro que no, eso es lo que debíamos hacerte creer! ¡Él...él está aquí cerca...!* —*se quejó lastimoso*

—*Dónde... dime dónde...*

Pero fue demasiado tarde, la policía y los paramédicos ya habían saltado por encima del paredón que rodea a la casa y Sofía tuvo que asumir el papel de víctima nuevamente. Se arrojó sobre el cuerpo de Marco y fingió romper en llanto. Había destrozado a un hombre a balazos y recordó haber escuchado en las crónicas policiales que los jueces absuelven a los victimarios si se comprueba que actuaron bajo “emoción violenta”. Nada debe quedar librado al azar.

Aún estaba semidesnuda y una de las enfermeras la cubrió con una manta mientras la ayuda a ponerse de pie y la conduce hasta una silla lejos de la escalofriante escena. Pero Sofía, antes de sentarse, le gritó al policía que bregaba por detener la hemorragia de “Macho” Gutiérrez...

—*¡¡Déjenlo morir a ese malnacido...quiso matarnos...!!!*

El policía, al ver a aquel despojo humano con todos sus huesos triturados se sonrió y se contuvo de colocarle las esposas. Este sujeto no podría escapar, aún si se empeñara en hacerlo. Y no pudo evitar hacerle un comentario...

—*Viejo, creíste que era una tierna y suave gatita y te encontraste con una leona en celo, ¿no? ¡Ja, ja, ja!*

La enfermera extrajo gasas de su maletín y las embebió en una solución

desinfectante. Luego limpió las heridas en el rostro de Sofía. Sus movimientos eran casi maternos y con una sonrisa complaciente dibujada en su rostro. Al verla semidesnuda pudo imaginar el infierno por el que esta mujer había pasado.

La camilla de Marco ya ha sido asegurada adentro de la ambulancia y los

camilleros aguardan a la llegada de Sofía que sube y se acomoda a su lado; toma su mano con suavidad. Él aún tiene sus ojos cerrados. El bip continuo y monótono del marcapasos apenas si se escucha. El vehículo se pone en marcha y el conductor enciende la sirena para abrirse paso. Dentro del habitáculo, el sonido es ensordecedor y resulta imposible escuchar algo más que su aullido. De pronto, los ojos de Marco comenzaron a parpadear levemente hasta que finalmente se abrieron. Pero, una fuerte puntada en su cabeza lo obligó a cerrarlos nuevamente. Sofía, al ver que reaccionaba, gritó de alegría y la enfermera, distraída por controlar sus signos vitales, se sobresaltó y le preguntó qué había sucedido. Sofía explicó lo que vio, pero la mujer restó importancia a sus dichos. No quería contradecirla, pero sus experiencias en casos similares indicaban que era imposible que eso sucediera. Le resultaba extraño que volviera en sí tan pronto después de recibir un impacto de bala en la cabeza. Sofía, molesta por su reacción, comenzó a llamarlo en voz alta pero la enfermera le pidió que se calmara que así solo lograría agravar su estado. Ella obedeció a regañadientes, pero sin soltarle la mano a la que apretó con inusitada fuerza.

Abriga esperanzas de que reaccione si le demuestra que está junto a él, y que por esa misma razón debe intentar abrir sus ojos una vez más. Nada de eso sucedió.

El cuerpo de Marco se movió únicamente cuando la ambulancia sorteaba un bache en el camino.

Pronto, las sirenas callaron y el vehículo se detuvo. Intempestivamente se abrieron las puertas traseras y un batallón de hombres y mujeres de blanco entraron en acción. Presurosos, bajaron la camilla. Alguien le extendió la mano a Sofía y la sujetó mientras descendía de la ambulancia. Todos saben que no hay tiempo que perder y a viva voz se abrieron paso entre el gentío que, agolpados en los pasillos del hospital, entorpecían el avance de la camilla. Sofía los seguía desde atrás a poca distancia, pero su marcha era constantemente obstaculizada por personas que se interponían en su camino. A duras penas podía acompañar la camilla que avanzaba rápidamente unos metros delante suyo hasta que vio como desaparecía detrás de dos puertas vaivén que se cerraron justo antes de que ella

pudiera traspasarlas. Intentó empujarlas, pero un practicante algo desaliñado y descortés la detuvo de mala manera y sin decir palabra alguna, señaló con su dedo índice el cartel que rezaba en letras grandes **TERAPIA INTENSIVA, PROHIBIDO EL ACCESO A TODA PERSONA AJENA AL ÁREA**. Algo disgustada, miró en todas direcciones y buscó un lugar donde sentarse, pero todos los asientos de la sala de espera estaban ocupados y en su gran mayoría por hombres jóvenes que parecen demasiado ocupados con las pantallas de sus

teléfonos como para cederle su lugar. Entonces decidió apoyarse de espaldas a la jamba de una de las puertas; al menos así podría repartir en ambas piernas el peso de su dolorido cuerpo.

CAPÍTULO V

Habían pasado unos pocos minutos cuando una mujer de blanco se acercó a ella y le pidió que la acompañe. Sin decir mucho, la guio hasta el ascensor y desde allí a uno de los consultorios.

— *Siéntese en la camilla, por favor*— le dijo mientras descolgaba el estetoscopio de su cuello y se calzaba unos largos guantes de látex. Sofía obedeció sin decir nada... su mente estaba en otro lugar... en el recuerdo de Otto y también en el rostro sangrante de Marco. Todo lo demás había desaparecido de sus registros de memoria.

— *Quítese la camisola, que tengo que ver sus heridas*— le indica la mujer.

Sofía se extrañó porque todos sus golpes habían sido en el rostro y su cabeza, pero luego entendió que la mujer solo intenta curarla y no tenía por qué saberlo.

Se distendió y obedeció. La mujer no habla más que lo estrictamente necesario, *levante los brazos, tosa, otra vez más, ya puede vestirse*. No sonrío y tampoco la mira a los ojos, parece solo concentrada en su trabajo. De una vitrina empotrada en la pared y por detrás del escritorio, extrajo un blíster de color plateado y separó dos comprimidos. Se acercó a la dispensadora, llenó un vaso plástico con agua y se lo acercó a Sofía...

—*Por favor, tome estos comprimidos ahora. No parece tener lesiones internas, pero necesitará relajarse.*

—*Estoy relajada, ¿Qué es lo que me da?*

—Son sedantes, pero no se preocupe que son inofensivos...apenas algo más que una aspirina para bebés.

—Ok —responde Sofía y extrae uno de los comprimidos del blíster.

Accidentalmente, se le resbala y cae al piso...

—No se preocupe, aguarde un momento que busco otro, Señora— dice la médica y vuelve a abrir la vitrina. Sofía la sigue con la mirada y lee la marca comercial del producto...ROHIPNOL 2mg y una luz de alarma se encendió en su cabeza. De pronto vino a su memoria una experiencia pasada cuando le fue recetada esa misma droga cuando padecía de insomnio y en aquel entonces su médico le había advertido que, por su seguridad, jamás debía superar 1 mg diario.

—Doctora, creo que debe haber un error...usted me está suministrando 4 mg de una droga que suele ser riesgosa con 1 mg.

La mujer no respondió, solo se dirigió hacia la puerta y le echó llave. Cuando giró, la apuntaba con un arma y amenazante y sin alzar su voz, le dijo...

— Tómalas, sólo te van a poner a dormir un largo rato, pero no te matarán, si es lo que te preocupa...hazlo ya...

Sofía no puede creer lo que está viendo ... *¿quiénes son ustedes?* Le pregunta

¿Por qué se han ensañado conmigo...qué es lo que les he hecho? ¿qué buscan?

—No te hagas la inocente conmigo...sabes bien quienes somos

—¡Por Dios, créame que no lo sé! ¿Qué quieren de mí?

—Y tú ¿qué crees? ¿Qué es lo que mueve al mundo? El dinero, el bendito dinero...eso que a ti te sobra y...

—No tengo dinero...

—Oh vamos, no creas que soy estúpida... tienes el dinero de tu esposo...

—Mi ex...esposo no me dejó más que deudas...no sé de qué dinero me hablas...

—¡Basta, traga las pastillas ya! —Le ordenó sin decir más.

Sofía imaginó mil maneras distintas de engañarla para evitar ingerir las pastillas. Conocía bien los riesgos de hacerlo, 4 mg es una dosis demasiado elevada y no solo la podían matar, sino que, si por gracia de Dios eso no ocurría, caería en un trance amnésico sumamente riesgoso y eso, para ella es una fatalidad. *¿Quizás, si simulo tragarlas y las guardo debajo de la lengua? O, mejor las retengo en la mano y finjo introducirlas en mi boca...*

—*Sé lo que estás haciendo al demorarte y no creas que me vas a engañar...o las tragas ahora o te despides de este mundo. Soy una médica respetada en el hospital y cualquiera me creerá si digo que quisiste matarme con esta arma, que nos trabamos en luchas hasta que te la quité y se disparó accidentalmente.*

Recuerda por qué estás aquí...vienes de un hecho de sangre, ¿lo recuerdas?

—*¡Si me matas te quedarás sin dinero...sin mí jamás lo hallarán!*

—*Veo que nos vamos entendiendo...acabas de reconocer que sabes dónde está escondido.*

—*Sí, sí, pero si tomo estos comprimidos nunca lo sabrán...recuerda que producen amnesia...*

—*Está bien, vístete que nos vamos, solo tú y yo...me lo entregas y te dejo vivir... en aquel cofre hay ropa de tu talla*

—*Si te lo entrego no duraría con vida ni un segundo; sé más convincente y ofréceme algo mejor: Si no, comienzo a gritar y tendrás que disparar para callarme y...*

—*Basta, me cansaste, si no tomas las pastillas voy a inyectarte la misma droga y nada podrás hacer para impedirlo. Puedo sujetarte a la camilla, ¿lo recuerdas? ¿Dime qué prefieres, salir en silencio conmigo o quedarte aquí para siempre? El dinero lo encontraré... tarde o temprano lo encontraré...contigo o sin ti...*

Sofía, no respondió. Lentamente comenzó a quitarse su ropa y se vistió con algunas prendas que halló en el casillero. Había ganado algo de tiempo y buscaría una oportunidad para escapar. Imaginó a un centinela apostado frente a su casa y entonces, al llegar ahí, lo alertaría. O tal vez en el camino hacia la

mansión se presente alguna oportunidad y halle la forma de huir. Todos sus pensamientos están concentrados en cómo librarse de esta mujer...si llegasen a la casa no sabría cómo reaccionar porque en verdad desconoce dónde comenzar la búsqueda del tan mentado dinero. De su ex esposo no recibió más que deudas y problemas. Su padre jamás le habló de ninguna herencia y en la lectura de su testamento tampoco se mencionó nada semejante. Nunca escuchó a su hermano y tampoco a ninguno de los integrantes de la familia hablar nada sobre dineros escondido u otra herencia que no fueran las deudas que casi los arruina a todos; solo la propiedad del cerro que es la que siempre ocupó Sofía a cambio de hacerse cargo del mantenimiento de sus instalaciones.

Mientras reflexiona en cómo salir de este atolladero, abre las puertas del casillero y descolgó algunas ropas un poco gastadas y también un par de zapatos cerrados de color blanco que imaginó serían de alguna enfermera del nosocomio y que curiosamente son de su talle, algo que agradeció a su suerte. Nada más inoportuno que correr con calzados incompatibles con el tamaño de sus pies, pensó. Las agujetas son demasiadas largas y ella tuvo que hacer un doble nudo para no pisarlas al caminar.

—*Vamos, apresúrate, no tengo todo el día*—la apuró.

Sofía, simula estar atemorizada y se irguió rápidamente. La mujer, segura de su dominación, le hace una advertencia justo antes de salir del consultorio...

—*Bien, voy a decirte esto una sola vez... estoy metida en esto hasta el cuello y nada tengo que perder, asique un movimiento en falso y estás muerta, ¿he sido clara?*

—*Sí, señora*

—*Ok, vámonos*

La mujer la toma por el brazo y mientras caminan por el pasillo, finge reír y disfrutar de la compañía de Sofía. Sofía, en cambio, camina tensa y con un gesto adusto que contrasta con la alegría de su acompañante. La exagerada presión del

cañón del arma sobre sus costillas, le impiden disimular su estado de ánimo y de reojo mira en todas direcciones esperando encontrar su salvación. Unos pasos antes de atravesar la puerta de salida del hospital, vio a dos de los policías que acompañaron a la ambulancia que trasladó a Marco. Aún no habían concluido

con el papeleo y conversan animosamente al lado de la máquina de café.

Ninguno de ellos advirtió que Sofía estaba saliendo del hospital. Ella supo que aquella era su oportunidad y difícilmente volvería a repetirse. La puerta vidriada estaba cerrada con tranca y solo la giratoria central está habilitada. La mujer obliga a Sofía a entrar en primer lugar y allí fue cuando pateó con fuerza el vidrio simulando haber tropezado. El estruendo que provocó captó la atención de los policías que se corrieron para socorrerlas...

—*¿Se lastimaron?* — preguntó uno. Y, entonces, la reconoció...

—*Señora, ¿tan rápido se va... ya se repuso de los golpes?*

Sofía no respondió y ni siquiera levantó su vista hacia él y la mujer que le apuntaba, tardó demasiado tiempo en reaccionar. Por su entrenamiento, el oficial comprendió que algo raro ocurría allí y sin sacar su arma, pero con su mano presta para hacerlo, se interpuso entre ellas y preguntó...

—*¿Qué sucede aquí, señora?* —*Y mirando fijo a la médica, continuó...*

—*Y usted, ¿a dónde la lleva?*

Sofía no lo dudó...la empujó con fuerza y gritó...

—*¡Cuidado, tiene un arma...!*

La falsa médica, atinó a dispararle, pero una fracción de segundo antes, el policía le contuvo la mano y en un rápido movimiento torció su brazo detrás de la espalda mientras le obligaba a soltar la pistola.

—*¡Suélteme que me lastima, bruto!* —*exclamaba mientras forcejeaba para liberarse. El policía titubeó y aflojó la tensión de su mano. Ese fue su error...la mujer se soltó y aprovechó la puerta abierta de una ambulancia recién llegada al playón que estaba con el motor en marcha y con agilidad felina, se subió a la cabina y huyó sin que los uniformados pudieran hacer nada para evitarlo.*

Jamás dispararían entre el gentío.

Sofía, aterrada, se sienta en la escalinata y el policía que la rescató se acerca a ella y la ayuda a ponerse de pie y en silencio la acompaña al interior de hospital.

Su compañero se había adelantado y consiguió ayuda médica para ella y no bien cruza la puerta, un enfermero que le ofrece una silla de ruedas y un vaso de agua. Ella, bebe un par de sorbos y algo repuesta, le pregunta

—*¿Puede indicarme a dónde llevaron al doctor Marco Mitchell?*

—*Sí, acompáñeme que lo averiguo...*—el enfermero se acerca a la

medialuna de recepción, cuchichea algo con la joven que está allí y regresa ...

—*El Doctor Mitchell aún está en el quirófano, si usted quiere la puedo guiar hasta la sala de espera...*

—*Sí, por favor...*

Agotada, se abandonó sobre uno de los sillones que hay allí. Dos horas después, se sobresaltó con sonido seco al abrirse el cerrojo de la puerta del área de quirófanos. Vio asomarse a un joven de guardapolvo color verde y con una cofia del mismo color...

—*¿Familiares del señor Mitchell?*

—*Yo*

—*Acompáñeme, por favor.*

El joven la conduce hasta un consultorio vacío y...

—*El Dr. Mitchell ha sobrevivido de milagro, la bala rozó el parietal derecho y astilló parte del hueso, pero afortunadamente ninguna esquirola lastimó ningún órgano vital. Un par de milímetros hacia la izquierda y su suerte hubiera sido distinto —*

—*¿Puedo verlo?*

—*¡Sí, por supuesto! Quizás no la reconozca porque tiene la visión borrosa y aún está bajo los efectos de los sedantes. Y, por favor háblele en voz muy baja.*

Venga, acompáñeme que la llevo hasta su habitación.

Salen del ascensor, se detienen frente del número 267 y antes de ingresar, ella le

agradece con una sonrisa y se despide de él. Luego, empujó levemente la puerta procurando no hacer ruido. Adentro, el silencio es solo interrumpido por el incesante bip del monitor del pulso cardíaco. Marco dormita, pero advierte de inmediato su presencia. Sonríe apenas e intenta un fallido guiño con su ojo derecho y, por lo bajo balbucea...

—*Hola linda, ¿cómo estás?*

—*Ahora que te veo, muy bien. ¿Duele?*

—*Solo un poco*

—*Descansa que yo estaré aquí. ¿Quieres que avise a alguien?*

—*Sí, a Nelly y ella se ocupará.*

—*Ok.*

Marco cierra sus ojos y procura dormitar. Sofía lo contempla, en silencio, admirando su entereza, su valentía. Aún recuerda el momento en que salió de la casa y como, sin otra arma que un destapa botellas, logró atrapar al asesino.

Pero, ella tampoco salió indemne de aquella odisea y pronto el agotamiento comienza a apoderarse de su voluntad. Acomoda su aún dolorido cuerpo sobre

uno de los sillones y se deja abrazar por la modorra. Pero aún retumban en su mente las atrocidades del infierno que vivió, de los conatos maquiavélicos de

“Macho” Gutiérrez, del enardecimiento de la falsa médica, del tronar de los disparos que se llevaron la vida de su mascota y también del que tumbó a Marco y cualquier ruido, por pequeño que sea, es una detonación que la sobresalta.

Rato después, la puerta de la habitación se abre despacio e ingresa una enfermera que le hace señas para que salga al pasillo. Aún desconfía de todo y de todos, pero tomando precauciones, la sigue.

Afuera está el policía que evitó que la secuestren...

—*Hola Señora, ¿cómo se siente?* — le pregunta

—Ahora bien, muchas gracias por preocuparse. También debo agradecerle lo que usted hizo por mí. No sé qué hubiera sucedido conmigo si no hubiera intervenido.

—Gracias, señora. Sé que no es el momento, pero tengo que llenar el informe y necesito que usted responda a algunas preguntas. Se siente con ánimo para hacerlo ahora o ¿prefiere que venga mañana?

—Ay oficial, si no le es inconveniente, prefiero que sea mañana.

—Ok, señora, mañana regreso, entonces. El policía la saluda con un gesto, se calza el birrete y gira sobre sí para retirarse.

—¿Oficial? —lo interrumpe Sofía

—¿Sí?

—Aún no me dijo su nombre

—Oh, es verdad y le pido disculpas por ello...soy el Subcomisario D'agostino

—¿Es usted italiano?

—No señora, pero mis ancestros son calabreses. Ah, por cierto...he apostado a siete hombres de mi escuadrón en los alrededores de su casa. Nadie podrá entrar ni salir de la casa sin que lo detectemos. Todas las puertas y ventanas están selladas hasta tanto usted disponga su regreso y, además, también habrá un hombre las veinticuatro, aquí, enfrente de esta puerta. Cualquiera que entre, sea médico o enfermero, será acompañado por él. Ustedes podrán descansar y recuperarse sin sobresaltos. Éste es mi teléfono personal y no dude en llamarme si así lo desea, sea la hora que sea y cuantas veces lo necesite...

—Cuanto le agradezco, oficial. Adiós...

—Hasta mañana, señora

Sofía lo ve irse y no deja de mirarlo hasta que se pierde entre la gente.

CAPÍTULO VI

Entre tanto, muy cerca de allí, un fortísimo empujón sobre sus espaldas hace trastabillar a la mujer que atravesó el umbral de la puerta de una sola y larga zancada. El lugar, sombrío, es de dimensiones exageradas y con ventanales ciclópeos. Los pesados cortinados que los cubren están cerrados y un habano mal apagado ahúma los pocos rayos de sol que se filtran por las hendidias. El aire, denso y maloliente, cuesta respirarlo. Las paredes revestidas con un empapelado raído por el tiempo y la humedad y con algunos sectores despegados que caen formando bucles como gigantescos peiot judíos. Todo el mobiliario es antiguo y de gruesas maderas barnizadas con colores ennegrecidos que denotan la ausencia de un lustrado reciente. Apiñados en un rincón hay dos sillones rotos. El color claro y limpio de sus rajaduras son una clara señal que han sido quebradas recientemente, quizás por un ataque de furia descontrolada o quizás por efectos del peso exagerado de quien se sentó sobre ellos.

La mujer se detuvo en el centro del salón; no habla ni gesticula, permanece quieta con la cabeza gacha y su mirada clavada en el piso, con los pies juntos y sus manos hacia atrás con los dedos entrelazados. Su nerviosismo queda evidenciado por el leve balanceo hacia adelante de su cuerpo y también por el insistente restregado de la cutícula de uno de sus dedos con la uña de su pulgar.

Un leve temblor en el mentón, apenas imperceptible, evidencia la proximidad de su llanto, pero se contiene para no demostrar debilidad frente al hombre que la observa en silencio desde la penumbra que, de pronto y en silencio, se acerca, la mira fijo por unos cuantos segundos y sin quitarle la vista comienza a caminar en derredor suyo, lento, amenazante, intimidándola con su sola presencia, hasta que por fin dice...

¡Qué sarta de imbéciles me rodean! Al idiota de Gutiérrez lo envió con una misión simple y fácil de entender, sólo debía atemorizarla y salir de allí..y

¿cómo termina? Con todos los huesos triturados y vivo de milagro, sin olvidar el escándalo que provocó. Ahora es noticia hasta en los periódicos de Japón. ¿Y a ti? A ti te pido que encuentres a Sofía y le apliques flunitrazepam en una dosis baja para que, bajo hipnosis, te diga donde tiene el dinero y ¿qué haces?

Obligarla a ingerir 4 mg que, con suerte, hubiese sobrevivido, pero con una amnesia tan grande que no nos hubiera servido para nada. ¿Cuándo van a entender que el único que piensa aquí soy yo? A ustedes les pago para obedecer y nada más.

—Es que...

—Es que nada, tuviste mucha suerte de poder escapar sin que te identifiquen y por esa razón y porque no tenemos tiempo, voy a darte una oportunidad más...

si fracasas asegúrate de que no te encuentre, ¿me escuchaste?

—Sí

—Sí, ¿qué?

—Sí, Milton...

—Nooo, idiota, nunca menciones mi nombre ... qué estúpida que eres...

—Sí...te escuché... ¿eso querías que responda? ¿qué es lo que quieres que diga?

—Encuentra a Macho y elimínalo...no debemos correr riesgos. Si habla estamos perdidos.

—¿Cómo quieres que lo haga?

Milton respira profundo y pausadamente, como buscando una excusa para no golpearla. Abre y cierra sus puños varias veces y entonces, se acerca a su oído izquierdo y en voz casi inaudible...

—Hazlo como quieras, pero asegúrate de que muera, rápidamente y sin rastros. Si te descubren o fallas, despídete de este mundo... ¿me has escuchado bien?

—Sí, sí, Milt..., señor...

—Bien...vete ya — y agregó —*¡idiota!* (apenas audible) La mujer salió de la habitación tan rápido como pudo; sentía alivio de hacerlo, al menos, en la calle estaría algo más protegida y hasta podría pergeñar una estrategia para huir sin obedecer las órdenes de su jefe. Camina velozmente y cruza de vereda en vereda simplemente para mejorar el ángulo de visión y así notar si alguno de los secuaces de Milton la sigue. No reconoce a ninguno, pero todos los hombres que la miran son sospechosos. No olvida que es una mujer atractiva y supone que ese pueda ser el motivo, pero no perderá tiempo en averiguarlo. Entra en una cafetería y se ubica en una mesa junto a uno de los ventanales. El camarero se

acerca y le pregunta que se va a servir; ella no parece escucharlo y una vez más el hombre insiste, pero esta vez en un tono de voz más alto, con algo de impaciencia.

—Ah, sí, perdón...por favor tráigame un café cortado apenas con un poco de leche fría. —dice ella.

De pronto, alguien a sus espaldas dijo su nombre...

—¡Josefina!

Ella gira y ve a una mujer joven, de cabellos oscuros y con lentes oscuros

que, al acercarse, se los quita. No la reconoce, tal vez por su nerviosismo. Su mirada de extrañeza obligó a la mujer a identificarse...

— Soy Eleonora, la mamá de María José, ¿no me recuerdas?

—Discúlpame, tu rostro me es familiar pero no...

—Del Sagrado Corazón de Jesús, el colegio al que iba Martina, tu hija...

—¡Ah, sí...! Ahora te veo bien...es que el reflejo del sol me dio en la cara y no te veía bien...

Nunca supo por qué había dicho aquello porque el día estaba nublado y además la tarde estaba cayendo. Eleonora la miró con desconcierto, pero le restó importancia...

—Ay, ¿cuánto hace que no nos vemos, dos años, tal vez?

—Sí, o un poco más, no lo recuerdo.

—Por Dios, mujer, qué haces para mantenerte así...estás igual, impecable, los años no pasan para ti...

—Gracias, ¡tú también estás hermosa!

El intercambio de halagos continuó por unos quince minutos, quizás más, pero la insistencia de Josefina en mirar el reloj a cada momento, persuadió a Eleonora de que era un buen momento para por terminado el encuentro.

Josefina aún no ha resuelto de qué manera va a cumplir con la orden de Milton y tampoco sabe si realmente va a tener el coraje de hacerlo. Ella fue inducida a participar en el caso Sofía, tentada por lo succulento de la recompensa.

Necesita imperiosamente del dinero y ésta era una gran oportunidad de ganar mucho y con un mínimo de esfuerzo.

Sale de la cafetería y toma un taxi al azar, pero el taxista lejos de llevarla a la dirección que le había indicado, se detiene en otro sitio...

Un hombre de contextura robusta le abre la puerta y le extiende una mano para bajar. No hay violencia en el acto, pero sí firmeza. Aquella mano la retuvo y Josefina tragó saliva...sabe dónde está y todo lo que eso significa. El hombretón la acompaña hasta el interior de la casona y le acerca una silla que ubica frente a una larga mesa de roble. Luego se retira; quedó en soledad, nadie más que ella está allí hasta que de pronto la puerta se abre...

—Josefina, Josefina, ¿dónde te habías metido? Hace muchos días que te llamo, pero nunca respondes. Por suerte tengo muchos amigos que me dijeron dónde encontrarte y así pude ayudarte a regresar a casa.

—(entre fingidos sollozos) Ambrosio, no voy a mentirte, aún no tengo el dinero, pero lo tendré...sólo necesito unos pocos días más y te pagaré con creces...

—¡Pero Josefina! Eso mismo me dijiste la vez pasada y nunca regresaste...

¿cómo voy a hacer ahora para creerte?

—¡Ambrosio...escúchame por favor...estoy en algo grande...créeme por favor, pero necesito que me dejes salir, sino cumplo con ellos me van a matar y si me matan no te voy a servir!

—Cuéntame...me interesan las historias bien contadas; ponte cómoda y comienza...

—Ambrosio, compréndeme que no puedo hablar...

—Y ¿qué es lo que sugieres que hagamos, entonces?

—Sólo déjame salir ahora...no tengo tiempo...debo hacer algo hoy mismo, sino

no conseguiré el dinero que te debo...

—Ah, comprendo... ¿tú dices que tienes algo que hacer hoy mismo? Y ¿crees que soy estúpido? Tú sabes que no me gusta que crean que soy estúpido... ¿por qué no me cuentas algo...digamos una parte como para que pueda creerte, aunque más no sea un poquitín?

—(Josefina duda unos instantes hasta que toma coraje y...) Está bien...debo eliminar a alguien

—Que debes... ¿Queeé?

—Lo que escuchaste...

Ambrosio está acostumbrado a escuchar excusas inverosímiles de sus deudores, pero esto ha superado todo lo imaginado. Es zorro viejo y sabe que nadie diría algo semejante si no fuera cierto y conociendo a Josefina jamás imaginó que su desesperación la llevara a tanto. Aquello eran palabras mayores y si ella estaba dispuesta a hacerlo, seguro que detrás de eso existe un dinero muchísimo más importante de lo que se imagina...ella es una ludópata, una enferma, pero no una asesina. Ambrosio se quita el saco, desprende el botón superior de su camisa, afloja la corbata de seda kawamata y se arremanga.

Acerca una silla y se sienta en ella apoyando sus brazos sobre el respaldo y enfrentado a Josefina

—Escúchame bien...voy a proponerte un trato... ¿quieres escucharlo?

—...

—Digamos que te ayudo a hacer ese trabajito a cambio de recibir una parte de lo que vas a cobrar... ¿de cuánto estamos hablando?

Josefina vio una oportunidad y el miedo la tentó a ofrecerle todo lo que le habían prometido por su participación, pero la codicia pudo más y ...

—Lo que te debo son treinta y cinco mil más intereses De pronto, Ambrosio dejó de lado toda la ternura con que le había hablado,

la tomó desde los cabellos y de un solo y violento tirón la acercó a milímetros de

su cara...su rostro mostraba una furia incontenida que contrasta con su voz pausada y de tono bajo...

—Josefina, Josefina...comencemos otra vez...dime, ¿de cuánto dinero estamos hablando? Y, por favor, esta vez dime la verdad, no quiero verte sangrar, me comprendes, ¿sí?... bien... bien, muy bien. Pregunto una vez más,

¿de cuánto dinero estamos hablando?

—Trescientos mil...

—Tr... ¿trescientos mil dijiste?

—Sí...

—¡Fiuuu, eso es mucho dinero! Y ¿te pagarán eso por eliminar a alguien?

—No, fallé en el trabajo que me habían encomendado y para redimirme tengo que eliminar al único testigo, que si habla nos arruina a todos...luego me pagarán una parte cuando encontremos el dinero escondido

—Y ¿dónde encontramos al hombre?

—Está internado en un hospital con fuerte custodia policial y la única manera de llegar hasta él es a través mío...soy médica y parte del staff...

—Ok, te ayudo a hacerlo y no me das nada...

—¿Qué? No me hagas reír... ¿me vas a ayudar y no me cobras nada?

—No dije eso...lo que dije es que te ayudo a eliminar al sujeto, pero después me vas a contar de qué se trata el negocio, pero no los trescientos mil tuyos...

¡tooodo el negocio! Si a ti te ofrecen tres seguramente que hay muchísimo más por detrás y eso es lo que quiero.

—No sabes con quien te metes

—¡Ja, ja, ja! A veces creo que eres muy inocente, si no fuera porque te conozco, como te conozco...

Se acerca a la puerta y se asoma detrás de ella, cuchichea algo en voz baja y luego le cede el paso a un hombrecito de aspecto esmirriado, de lentes con armazón de Monel, con estatura baja y ancestros evidentemente nórdicos.

Ambrosio regresa y con una sonrisa demoníaca en sus labios, la toma desde el brazo y la guía con brusca suavidad hasta él...

—Él es Clarens y es quien te va a acompañar a hacer el trabajito; no te dejes llevar por su aspecto porque te sorprendería lo rápido que puede actuar. Si no cumples con tu parte como acordamos, despreocúpate porque jamás sabrás cómo y de qué manera dejaste este mundo. Luego, cuando todo haya concluido irás a tu casa y como todos los días le darás un beso a tu hija, a tu marido y mañana a primera hora te reportarás con Milton.

Al escuchar esto, Josefina no logró evitar un gesto de sorpresa. Ella jamás mencionó antes el nombre de Milton.

—¿Milton? —exclamó como si no supiera de quien habla

—Sí, Milton Silva Garcés, alias “el uruguayo”, tu socio

—No sé de qué me hablas

—“Macho” Gutiérrez, el tipo al que hay que liquidar, trabaja para Milton Silva Garcés y te pido que no sigas insultando mi inteligencia. Hagamos negocios en paz, ¿está claro?, ¿o creías que iba a arriesgar a uno de mis hombres sin saber nada más?

—Sí, discúlpame

—Entendido, ahora váyanse...

Clarens da indicaciones a uno de sus hombres, que abandona la casa raudamente. A pesar de su expresión algo aniñada, Clarens tiene una mirada tan dura y atemorizante que nadie en su sano juicio se atrevería a contradecir. No obstante, sus actitudes corteses confunden y hasta, de alguna manera, menoscaba su fama de asesino implacable. Clarens suele ceder el paso a las damas, les abre la puerta del coche, les dice gracias y por favor y al hacerlo siempre sonrío. Es la viva imagen de un catedrático o desde otro ángulo y a juzgar por la calidad de sus ropas, un clásico bon vivant, pero jamás alguien tan temible. Está claro por qué

Ambrosio lo eligió para esta misión.

El hombrecito conduce prudentemente y sin llamar la atención; ser detenido por una patrulla de tránsito puede arruinar todo el plan. Se estaciona a unos cuantos metros de la entrada del nosocomio, detiene el motor y enciende la radio. No le habla y tampoco la mira; es evidente que está esperando a que algo suceda. Unos minutos después, le entrega un sachet de suero fisiológico que Josefina esconde entre sus ropas. Ambos visten guardapolvos blancos y de sus cuellos penden sendos estetoscopios. Por encima del bolsillo superior izquierdo tienen fijado una placa identificadora y ahora ambos lucen lentes del mismo formato. Clarens observa la hora en su reloj y dice... 21:26. *Hora de actuar*. Le exige a Josefina que repase el plan, luego descienden del vehículo y caminan hacia la entrada. A la vista de todos, son una pareja de médicos tomando su turno de noche.

Ella, al pasar por al lado de una camilla, roba su historia clínica y ambos comienzan a simular una recorrida médica por los pasillos de internación.

Clarens, se acercó a una enfermera y le dice...

—Por favor, enfermera, ¿me puede indicar la habitación de prisionero Juan Gutiérrez? Soy el doctor Beltrán y ella es la doctora Jameson, de la fiscalía de la ciudad. Es solo una visita de rutina para constatar su estado de salud.

—No sé en qué habitación está...acompañeme que lo averiguamos...

Josefina aguarda en el pasillo mientras Clarens acompaña a la enfermera hasta la medialuna de informes; allí, una joven con gesto adusto parece solamente interesarle un mensaje que acaba de recibir en su teléfono celular. La enfermera se acerca a ella y le pregunta...

—Julieta, por favor me decís donde está el paciente...ahmm, ¿cómo me dijo que era su nombre doctor?

—El paciente es Juan Gutiérrez

—Y ¿su nombre?

—Dr. Beltrán, de la fiscalía

La administrativa no levantó su vista del teléfono y tampoco dijo nada, solo tipió rápido el nombre en la computadora, tomó un papel del cubo de notas y escribió algo. Parecía ajena a todo lo que sucede a su alrededor. Luego, sin siquiera mirar a la enfermera, se lo entregó...en él se leía un número, solo un número...258

—Gracias, han sido muy amables —dijo un muy sonriente Dr. Beltrán.

Y va al encuentro de su cómplice.

—Ven, es en el segundo piso

No utilizan el ascensor, solo las escaleras donde no hay cámaras. Clarens observa una vez más su reloj y entonces la toma delicadamente del brazo y la detiene. Fingen conversar animadamente cada vez que alguien se aproxima a ellos.

Mientras tanto, a escasa distancia del hospital, un joven de aspecto estudiantil se acerca a uno de los dos autobuses que, a la par y en el cruce de calles, aguardan la luz verde del semáforo. Cruza por delante mientras le grita algo al chofer que, intrigado, solo corre un poco su ventanilla para escuchar lo que le dice. El muchacho se acerca y le pregunta por un destino y mientras atrae la atención del conductor, adhiere un pequeño explosivo debajo del guardafangos del transporte y sin esperar la respuesta corre hasta el otro vehículo y repite la acción. El semáforo cambia a verde y ambas unidades aceleran ignorando al joven, que con malicia sonriente cuenta en voz baja...

—Diez y ocho, diez y nueve, veinte y pum...

Uno de los artefactos explotó primero y apenas una milésima de segundo después, el otro, provocando que ambos colectivos colisionen. Los estallidos no fueron estruendosos, pero sí lo suficientemente potentes para provocar la voladura de una de las ruedas delanteras. El combustible derramado se encendió

sobre uno de los motores y de inmediato se propagó a la otra unidad. Unos segundos después, la calle se convirtió en un gran caos de tránsito, gritos de angustia y lamentos por doquier. Hombres, mujeres y también algunos niños aterrados se apiñaban en las ventanillas intentando escapar de aquel infierno. El aire olía a combustible y a pintura quemada y muchos temían que el humo los sofocara. Las puertas del hospital se abrieron de par en par y como hormigas emergieron médicos y enfermeras en auxilio de las víctimas y el caos se trasladó,

entonces, al interior del establecimiento sanitario.

Clarens miró a Josefina y le dijo...

—*Vamos, ya es momento...*

Apostado frente al número 258 hay un policía que parece ignorar todo lo que allí sucede. Clarens y Josefina se acercan con decisión e ingresan en la habitación y al pasar a su lado solo lo saludaron en voz baja. El uniformado nada sospechó. Adentro, una mujer joven, estaba dormitando sobre uno de los sillones al lado de la cama del paciente. Se sobresaltó cuando los vio y se puso de pie en posición de firme como si se trataran de un superior.

—¡Soy Candelaria Peres, sargento de policía!

—¡Dr. Beltrán, mucho gusto! Por favor salga de la habitación que debemos revisar al paciente. La mujer obedeció sin oponerse.

“Macho” Gutiérrez estaba dormitando, seguramente por los efectos de los calmantes y por esa razón no vio la cara de los “médicos”, hasta que fue tarde...

Josefina ya había cambiado el sachet de suero fisiológico por otro similar que contenía una droga que le provocaría una arritmia coronaria lo suficientemente grave como para que se activaran las alertas electrónicas en la sala de guardia del piso. Enseguida y como parte del plan, salió presurosa de la habitación y solicitó ayuda para esta emergencia, mientras Clarens simulaba una reanimación cardíaca manual. Así, los galenos que acudieron prontamente, tomaron el control de la reanimación. Solo faltaba el golpe maestro y el crimen quedaría impune. El cardiólogo enciende el desfibrilador y le aplica la primera descarga eléctrica sin saber que, al paciente que intenta reanimar, antes le habían aplicado una droga que se potenciaba así. Macho Gutiérrez hace su primer paro cardíaco...

—*Rápido, Susana...Estreptoquinasa* — grita a su asistente Y sin esperar respuesta de la auxiliar, aplica una nueva descarga. Josefina, sabía que en algún momento ordenaría un anti trombótico, se adelanta y le acerca un frasco para inyectables que simuló extraer del botiquín. La enfermera leyó la etiqueta y satisfecha cargó la jeringa que de inmediato inyectó. Nunca sabrá que su error fue el culpable de lo que sobrevendría unos minutos después.

Aquella ampolla contenía a la muerte misma. Nadie supo jamás que había

ocurrido con Macho Gutiérrez... simplemente se había ido. La mañana siguiente, los periódicos dirán que los médicos habían hecho todo lo humanamente posible y que aun así no se pudo revertir el cuadro de situación.

Clarens y Josefina, salieron del hospital en medio del caos que ellos mismos habían provocado, subieron al automóvil y en silencio dejaron atrás el desconcierto. Para Clarens, había sido un trabajo más; para Josefina la consecuencia de su adicción.

CAPÍTULO VII

Marco emitió una queja apenas audible, pero fue suficiente para que Sofía se sobresalte y se despierte. El sonido del monitor de pulso, las voces de los enfermeros en los pasillos, una sirena que se aleja y el rumor del tráfico de a poco recobran identidad en sus sentidos aún somnolientos.

Un rostro amigable y sonriente la observa desde un rincón de la habitación y entonces se restriega los ojos para ver con claridad...

—*Hola* — le dijo

—*Hola... ¿Quién eres?* —respondió Sofía

—*Francisca y tú*

—*Sofía*

—*¿Eres la novia de mi hermano?*

—*No, solo una amiga*

—*Marco dijo que le salvaste la vida*

—*¿Eso dijo?*

—*Sí*

—*¡Qué amable! Pero no fue así...un error mío casi nos cuesta la vida a ambos... Qué bueno que pudiste hablar con él...*

—*Sí, anoche despertó cuando entré y conversamos unas pocas palabras, pero vi que cabeceabas y no quisimos hacer barullo asi que enseguida volvió a dormirse. Igual, quiero agradecerte por lo que hiciste... (y sonrío mientras piensa) Jáh, me encantó lo que le hiciste a ese desgraciado...*

Y entonces vio la expresión de extrañeza de Sofía y agregó

—*Perdón, pero me lo contó Alessandro...*

—*¿Quién es Alessandro?*

—*El policía que está de guardia allí afuera... ¡pobre, no se movió de allí en toda la noche!*

—*Ah, no sabía se llamaba así y ¿dices que aún está allí?*

—*Sí, creo que sí.*

—*Voy a aprovechar que tú estás aquí para darle mi testimonio. ¿Puedes quedarte un rato más?*

—*Sí, no voy a moverme hasta que Marco se recupere*

—*Gracias, en un rato nos vemos...*

Sofía entró al baño para higienizarse. Se miró en el espejo y sintió vergüenza de su aspecto desaliñado. Se propuso peinar sus cabellos, pero enseguida

desistió; tantas horas sin hacerlo y tanto estrés soportado fue demasiado para su pelo. Solo logró recogerlo y entonces fue a su encuentro.

Para el Subcomisario D'agostino no parecen haber pasado las horas, solo una incipiente barba asoma en su rostro y ese es el único signo de haber estado apostado y despierto por más de veinticuatro horas...

—*Hola Subcomisario*

—*Hola señora*

—*Por favor, llámeme Sofía*

—*Sí, claro*

—*Me dijeron que no se movió de aquí en toda la noche y pensé que ya es hora de que vaya a descansar. A propósito, ¿alguien le trajo algo para comer?*

—*Sí, Sofía, no se preocupe por mí. Creo que es usted quien más necesita descansar y si lo desea puedo arreglar para que uno de mis hombres la lleve en una patrulla hasta su domicilio. Allí la estarán custodiando mientras lo hace.*

—*No es necesario, no temo ir sola, gracias. Pero, ¿y usted? ¿Por qué no pide un relevo? ...no se preocupe por nosotros que estoy segura que aquí, nada nos pasará. El hospital cuenta con protección policial y no creo que nadie se arriesgue a tanto. Si alguien quisiera dañarnos seguramente esperará a que salgamos de aquí.*

—*No voy a alarmarla, pero creo que está equivocada, pero no soy yo quien deba decidirlo. En una hora llega mi relevo y entonces podré retirarme, pero por si acaso quisiera regresar a su casa, aquí le dejo el número del Sargento Palomino. Él es quien está al mando en la custodia que dejamos. Por favor llámelo antes de salir para que esté alertado de su llegada.*

—*Gracias, Alessandro, así lo haré. Ayer quedamos en que hoy me tomaría declaración...prefiere hacerlo ahora o ¿lo dejamos para más tarde?*

—*Seguramente usted lo desconoce, pero anoche falleció el hombre que los agredió y seguramente su expediente cambiará de carátula. En ese caso creo que quien le tomará declaración será el fiscal.*

De alguna manera, escuchar esta noticia le trajo cierto alivio. Ese hombre había jurado venganza y su vida nunca iba a ser tranquila. Pero aún resta conocer quien realmente lo había contratado, recuerda que él mencionó a John Patrick Leven que, según versiones, está diseminado en trocitos por todo el barrio y también está la mujer que intentó secuestrarla y de la que nadie supo más nada.

Mientras tanto y a unos cuantos kilómetros de allí, el teléfono del Sargento Palomino comenzó a sonar...

—Sargento, habla el Subcomisario D'agostino...

—Sí, Subcomisario, lo escucho...

—Sargento, ponga a uno de sus hombres al mando y salga a la calle que estoy llegando con el relevo de sus hombres...

—Sí, Subcomisario, ya vamos...

—No, no deje la casa sin protección...salga usted solo y luego hacemos el cambio de personal...

—Sí, Subcomisario, enseguida estoy con usted...Cabo Romero, hágase cargo que debo salir a la calle. Llegó el relevo...

Aquellos hombres habían escuchado las mejores palabras que un agente que está de guardia puede escuchar... *Llegó el relevo*. Las guardias suelen ser agotadoras, en especial cuando se realizan donde hubo un hecho de sangre; rara vez alguien les da algo de beber y mucho menos algo para comer. Palomino salió a la calle y vio una patrulla estacionada a cincuenta metros de allí. Le extrañó, pero conociendo al Subcomisario D'agostino, imaginó que éste tendría una razón de fuerza para hacerlo. Las luces de la patrulla se encendieron y se apagaron en una sucesión de tres frecuencias y él interpretó que era un mensaje Morse. Palomino no sabe nada sobre el código Morse, pero tampoco iba a delatar su ignorancia y fue a su encuentro, sin prisa, pero a marcha constante. A medida que se acerca al vehículo, observa que sus cristales estaban tintados y eso le extrañó, pero en seguida recordó que muchas patrullas nuevas eran automóviles secuestrados a bandas de delincuentes y dadas para su uso a la policía y seguramente éste era uno de ellos.

La puerta trasera derecha se abrió y sin pensarlo se introdujo en él... aquel fue su error...la fría y oscura boca de una metralleta lo estaba apuntando.

Ninguno de los hombres que había allí, dijo nada, solo se limitaron a hacerle señas, lo desarmaron y le quitaron las esposas y con ellas sujetaron sus manos.

Quien estaba en el asiento delantero, que parecía ser el jefe, se bajó de la unidad y caminó en dirección a la casa. Unos metros más adelante hizo señas a un vehículo estacionado un poco más allá y de él bajaron cuatro sujetos uniformados como policías que lo siguieron a cierta distancia. El hombre,

ingresó en la propiedad y unos instantes después lo hicieron los demás. El Sargento Palomino supo entonces la gravedad de su equivocación. Sus hombres, ajenos a todo, lo vieron entrar y fueron a su encuentro.

—¿Quién está al mando de la unidad? —preguntó con voz autoritaria.

El Cabo Romero, al ver sus jinetas, se cuadró, le hizo el saludo militar de rigor y respondió...

—Cabo Romero se presenta, Teniente, ¡yo estoy al mando!

—Reúna a todos los hombres de inmediato...

—Sí, Teniente...vamos, ya escucharon al Teniente... (y grita) ¡Formación!

Y ante la tropa reunida...

—¡Deescansoo! —ordena el intruso — ¿cuántos de ustedes están desde la primera hora? —preguntó. Todos se miraron porque era una respuesta obvia...

todos — Está bien, usted, usted, usted y usted, rompan formación y retírense a descansar. Mañana al alba los quiero de nuevo aquí... ¡hasta mañana soldados!

El resto, siga al Cabo Romero.

—Pero, Teniente, el Subcomisario D'agostino nos dijo que no dejáramos la propiedad sino hasta tanto haya llegado el relevo...

—Cabo, el relevo ya está aquí y temo que usted está en problemas porque ingresaron a la casa y ninguno de ustedes lo detectó —Y mirando hacia el interior de la casa, dijo... —¡ya pueden salir, soldados!

—Teniente, con el debido respeto... ¡usted me ordenó que forme a la tropa aquí y está claro que así nadie podría ver que sucedía detrás de la casa...los hombres solo obedecieron su orden, Teniente!

—Cabo, si no quiere agravar más su situación, le pido que junte a sus hombres y patrulle el perímetro. Nosotros custodiaremos la casa desde adentro,

¿está claro?

—Sí, Teniente, como usted ordene... Julián, Paco y Fernando... ¡sígueme! (y por lo bajo dijo... maldito hijo de puta)

—Cabo, mis oídos son tan buenos como los de los perros así que le aconsejo ser más prudente la próxima vez...

Romero se detuvo un instante para escuchar lo que su superior le decía, pero nunca lo miró y cuando éste acabó con la reprimenda, continuó con su camino sin decir palabra. Habiéndose alejado suficiente, comentaron entre ellos su extrañeza...

—Cabo, ¿notó que el Teniente siempre nos llamó soldados? Y lo mismo cuando se refirió a los hombres de su propia tropa. ¿No le pareció raro?

—No lo había notado, pero ahora que lo dice...

—Usted está seguro que el Teniente, ¿es realmente un Teniente de Policía?

—No lo sé, pero a éste lo mandó el Subcomisario, según dijo el Sargento...

ustedes escucharon cuando lo llamó por teléfono y también lo vieron cuando salió de la casa y fue a su encuentro...

—No, Cabo, nosotros no lo escuchamos y tampoco vimos que se reuniera con él allá afuera...

—¿No será mejor llamar al D'agostino? — concluyó Paco

—¿Está loco usted? Si el Teniente se entera que dudamos de él nos va a hacer un sumario que nos puede costar la carrera.

—Como usted diga, Cabo...

—Paco, usted y Fernando vayan a patrullar aquel sector, Julián y yo nos quedamos aquí.

El Cabo Romero, en sus fueros más íntimos sabía que Paco tenía razón, pero su temor a ser castigado lo hizo claudicar. No obstante, a través de sus prismáticos vigilará los movimientos de la casa y ante la menor duda hará ese llamado.

Mientras tanto, Sofía comenzaba a sentirte incómoda después de tantas horas sin refrescarse y de usar las mismas ropas. Marco había despertado y Francisca no se ha movido de su lado ni un segundo...

—Francisca, ¿puedes quedarte con Marco mientras me corro hasta mi casa para cambiarme de ropas?

—Sí, claro, ve tranquila...

—Gracias...me siento molesta y necesito una muda nueva. Llamaré a un taxi...

—Sofía, usa mi auto... aquí están las llaves...

—¿Estás segura?

—Muy segura...vete ya

Mientras conduce, recordó que Alessandro le aconsejó llamar al Sargento Palomino antes de entrar a su propiedad y aunque estaba convencida de que el peligro había pasado, decidió hacerlo...

Al secuestrar a Palomino, los impostores le habían quitado su teléfono móvil y cuando el falso teniente lo escucha vibrar, contesta la llamada, pero sin decir nada...

—Hola, ¿Sargento Palomino?

—Sí, ¿quién habla? — mintió

—Soy Sofía, la dueña de la casa que están custodiando...quiero avisarle que en unos minutos estaré allí...

—¿Usted está viniendo? Y ¿en cuánto tiempo estima llegar, señora?

—Cinco o quizás diez minutos, Sargento

—Está bien, señora, la estaremos esperando. Gracias por avisar, señora...

Y corta la comunicación. Aquella llamada no fue prevista por él y su enojo es evidente...

—*Maldición, maldición...*

—*“Pelusa”, ¿Qué pasó?*

—*Era la mujer, la dueña de la casa y dijo que está viniendo y no sé si me conoce, es decir, no sé si conoce al Sargento Palomino. Llama a ese cabo estúpido y dile que vengan todos. Debemos quitarlos del medio antes de que ella llegue... apúrate...*

—*¡Cabo... Cabo Romero... el Teniente dijo que vengan rápido, corra, corra...*

Los cuatro hombres trotan los doscientos metros que los separa de la casa y aunque agitados, se cuadran enfrente del “Teniente”

—*Cabo, acabo de recibir órdenes de “arriba”. Usted y sus hombres deben dejar la casa de inmediato.*

—*Sí, mi Teniente, pero ¿y nuestro relevo?*

—*Vienen en camino y pronto llegarán... Vamos, apúrese que si los ven aquí me van a sancionar... a ustedes debí darles franco mucho antes...*

—*Como usted diga, mi Teniente. “Soldados” rompan filas y salgamos de aquí...*

—*les ordenó Romero a sus hombres poniendo énfasis en la manera en que se dirigió a ellos.*

Los cuatro policías juntaron sus bártulos de fajina y lentamente se dirigieron a la entrada de la finca. “Pelusa” y sus secuaces los observan irse y no bien cruzaron la línea de calle, tomaron posición para recibir a Sofía. El Cabo Romero había logrado un solo ascenso en toda su carrera dentro de la fuerza porque su escasa comprensión de texto le había impedido rendir los exámenes teóricos. Pero lleva tantos años como policía que rara vez se le escapa algún detalle. Su percepción del peligro le ha salvado muchas veces la vida y también la de sus compañeros. Y ahora, un indescriptible cosquilleo interno le advierte que algo anda mal. Se detiene y detiene también a los demás. Sus hombres saben que cuando eso ocurre deben prepararse porque habrá acción. Todos han clavado sus miradas en el rostro de Romero y aguardan a que les diga algo...

—*Muchachos, hay algo que no me cierra... ¿por qué el Teniente nos sacó de allí tan rápidamente? ¿Desde cuándo sancionan a un oficial por no dar descanso a*

*su tropa? Creo que debemos quedarnos por aquí y ver qué es lo que sucede...
¿Quién está conmigo?*

Nadie dijo palabra alguna...Romero se ha ganado el respeto de todos y no lo dejarán solo en un momento como este. Sus proezas lo anteceden y ellos confían ciegamente en su percepción.

Unos minutos después observan un automóvil estacionarse en la entrada.

Una joven y atractiva mujer desciende de él y llama a la puerta.

—*¿Alguno sabe quién es?* — preguntó Romero

—*¿Será la dueña?* —preguntó Fernando

—*No lo creo, si fuera ella hubiera entrado sin llamar...*

Ninguno de estos hombres vio jamás a Sofía y por esa razón nadie la reconoció. Ella, en la emergencia de aquella noche, había olvidado en la casa sus llaves, su cartera, sus documentos, todo...

—*Cabo, llamemos al Subcomisario*

—*Esperemos un poco, Paco. El Teniente la hizo pasar y por lo que vi, la reconoce. Quizás sea la nueva Capitana que vino a supervisar... ¿alguno la vio alguna vez?*

Todos coincidieron en la misma respuesta. Nadie conocía a la nueva oficial a la que llaman Capitana, aunque su rango es el de Comisario Inspector. Estos hombres pasan más tiempo en la calle que en el destacamento y por lo general, después de cumplir con su horario, se retiran a sus domicilios sin pasar por allí.

Tampoco les llamó la atención que vistiera de civil porque con ese grado es muy habitual que no usen el uniforme de fajina.

Entre tanto, en la casa, Sofía ingresa sin siquiera sospechar que quienes la están recibiendo con tanta amabilidad, en realidad, no son policías como ella supone. “Pelusa” y sus secuaces continuarán con la farsa hasta tanto alguien sospeche algo. Ella, gentil, les ofreció café y más tarde subió a ducharse. Jamás imaginó que todos sus movimientos serían monitoreados a través de las cámaras que

recientemente habían dispuesto por toda la casa. Escondidas detrás de la rejilla del aire acondicionado, en las lámparas de techo, en las esferas del barral de los cortinados, detrás de los espejos y hasta en el interruptor de luz, las invisibles cámaras captan todos sus movimientos sin perder detalle. Cuando ingresa al cuarto vestidor y se quita la ropa, cuando la lluvia de la ducha moja su cuerpo desnudo, cuando se recuesta sobre su cama y hasta cuando abre su caja de seguridad disimulada detrás de una repisa en la pared que da al hall que comunica a los dormitorios.

—¡Pero miren dónde guarda las joyas esta preciosura! —Exclamó entre risotadas uno de los hombres del “pelusa” mientras la observa extraer una gargantilla del cofre oculto. Pero de pronto, en el monitor ve algo que le heló la sangre... Julián, “el sacerdote”, estaba subiendo las escaleras con la clara intención de ir al encuentro de Sofía.

—¡Carajo, este imbécil lo va a arruinar todo! —Exclamó por lo bajo

“Pelusa” mientras intentaba acercarse a él y mediante enérgicas señas, hacerlo desistir de su estupidez. Pero Julián, lo ignora; no parece estar dispuesto a renunciar de su objetivo y apura el paso para sorprenderla desde atrás. Sofía,

cierra el cofre y retorna a su dormitorio. “El sacerdote” está muy cerca ya, pero ella, ignorando el peligro que la acecha, cierra la puerta en sus narices y por simple instinto echa llave a la cerradura justo en el momento en que iba a alcanzarla.

“Pelusa”, a empujones, pero en silencio, lo obliga a regresar a la planta baja y allí y en voz baja, procura convencerlo de su error. “El Sacerdote”, obstinado, insiste en querer regresar y obligarla a que *“hable de una buena vez”*.

Envalentonado al ver que otro de los hombres le dio la razón, lo aparta con brusquedad, corre escaleras arriba y se prepara para derribar la puerta con un ariete, pero ambos se detuvieron cuando escucharon a sus espaldas el clásico

“clic” de una pistola amartillándose.

“Pelusa”, con la mirada más fría que jamás vieron, les hace señas con el arma para que bajen mientras que, con un dedo cruzado sobre sus labios, les advertía guardar silencio. Lo conocen y saben que disparará sin dudar. No tiene sentido arriesgarse, ya encontrarán otra oportunidad más adelante. “El sacerdote”

regresa y el otro lo sigue. Ambos bajan las escaleras rumiando sus rencores. “Pelusa” había hecho valer su autoridad y nada más necesita decir.

Sofía, se cambió de ropas y fue al encuentro de los “hombres de Alessandro”. Ella no conoce de jinetas y creyendo que quien tenía enfrente era Palomino, le dijo...

—Sargento, no creo que sea necesario que permanezcan aquí por más tiempo. Yo regresaré al hospital y no voy a volver hasta que el Dr. Mitchell se recupere y allí mi seguridad no estará en riesgo. Si usted quiere puedo hablar con el Subcomisario D’agostino y explicarle...usted lo decide...

—Descuide, señora, no será necesario, yo lo haré personalmente...

estaremos en contacto. Muchas gracias por su generosidad...

—Ok, como usted prefiera. ¿Ustedes salen conmigo o más tarde?

—Aún debemos quedarnos un rato más. Si usted necesita irse, hágalo que nosotros cerramos y arrojamos las llaves por el buzón.

“Pelusa” sabía que ya nada justificaba quedarse allí; lo que habían venido a hacer ya lo habían hecho; ahora solo resta seguirla remotamente. Mientras ella estaba bajo la lluvia de la ducha, aprovecharon el momento, tomaron su teléfono móvil y le modificaron el software para escuchar sus conversaciones y también, a través de su cámara ver sus movimientos. Todos los comandos del teléfono estaban controlados por ellos.

Antes de partir, “Pelusa” marca el número de su jefe...

—Hola Milton...ya está, por toda la casa hay cámaras y micrófonos, si

quiere probarlo, la clave es 6830 y podrá ver en su pantalla todo lo que sucede adentro de la casa. Nosotros le dejaremos un regalito a María y vamos para allá...

—“Pelusa”, dile a la vieja que ni se le ocurra matarlo, que quizás lo necesitemos más adelante.

—Quédese tranquilo, Milton. Ella va a hacer lo que yo le diga.

Afuera, en la calle, el Cabo Romero y sus hombres comienzan a intranquilizarse y más aún cuando vieron a Sofía salir de La Atenea...

—Cabo, mire allá... parece que era la dueña, nomás.

—Y ¿cómo lo sabe, Paco?

—La que entró recién tenía otra ropa, Cabo

—Tiene razón... ya podemos irnos entonces. Ustedes vayan al destacamento que más tarde los alcanzo.

Quizás si hubieran aguardado unos minutos más, verían salir a “Pelusa” y sus secuaces, pero ello no ocurrió.

Mientras tanto, el Sargento Palomino, esposado de pies y manos procura liberarse de sus ataduras en la cajuela en donde está encerrado. Pero todos sus intentos fueron en vano, el reducido espacio impide que pueda moverse lo suficiente como para alcanzar el juego de llaves que siempre guarda debajo de la solapa de su chaqueta. Palomino es afecto a mirar series policiales en televisión y en una ocasión vio una escena donde un policía que estaba en su misma situación había logrado liberarse mediante ese truco, Desde entonces, siempre lleva una copia extra disimulada entre sus ropas.

Pronto, el automóvil se pone en marcha y lentamente avanza unos cuantos metros hasta que se detiene. El Sargento escucha que una de las puertas se abre, alguien ingresa y luego arrancan.

— Vámonos, el trabajo ya está hecho— dice “Pelusa” a su cómplice. Y

luego, un largo silencio, hasta que...

—Jefe, ¿qué hacemos con el gordo?

—¿Dónde está?

—Allí atrás, en la cajuela...

Palomino supo que hablaban de él y prestó especial atención a lo que decían, pero después de eso no escuchó más nada. Un frío sudor le corrió por la

espalda...aquello significaba una sola cosa, en su imaginario vio a un hombre pasar el filo de su mano por el cuello. Por más de una hora estuvieron transitando por distintos caminos, algunos tramos de asfalto y otros de tierra. De pronto, el automóvil detuvo su marcha y unos instantes después se abrió la tapa

de la cajuela; había estado encerrado muchas horas en completa oscuridad porque sus ojos siempre estuvieron vendados. Alguien lo tomó desde un brazo y lo ayudó a salir de su encierro. Aún tiene sus manos y pies esposados que le impiden moverse con libertad. Lo obligaron a avanzar, pero solo podía hacerlo dando pequeños brincos y entonces pidió que le quitaran las amarras de los pies para poder caminar y como única respuesta recibió estruendosas carcajadas. El lugar era un gran descampado y pensó que sus horas estaban contadas. En su mente, ideó mil estrategias distintas para escapar, pero ninguna parecía fiable. A lo lejos se podía escuchar una carretera, pero la maleza del lugar sólo le permitía ver unos pocos metros adelante. Aguzó todos sus sentidos e intentó interpretar a todos los sonidos, a todos los aromas, inclusive aquellos insignificantes y hasta la morfología del terreno que atravesaban, porque eso le permitirá orientarse, acaso lograre escapar de sus captores. De pronto y de la nada apareció ante ellos una cabaña pequeña, algo venida a menos, desvencijada y descolorida; un corto y agudo silbido y la puerta se abrió de par en par y de ella asomó una mujer, algo desalineada, con una prominencia notable en su abdomen que sugería un embarazo en estado avanzado, aunque la flacidez de sus carnes y la palidez de su piel sugería que solo era gordura.

—Hola María, te traigo un cliente; cuídame bien que si se escapa nos mete en problemas...

—Y ¿por qué no le pegamos un tiro y listo? —preguntó la mujer

—Ja, ja, ja, qué raro escuchar eso de Pepita la pistolera, ¿no?

—Sí, la gorda solo quiere apretar el gatillo — dijo otro

—No María, éste es más valioso vivo— y acercándose al oído del Sargento, agregó — ¡salvo que, se crea inteligente y se escape!

—Está bien, Pelusa, mételo en el sótano que después, a este gordito, le llevo la papa para que no se nos muera de hambre, ¡ja, ja, ja! Anda, vete nomás, que de este amiguito me ocupo yo...

—*¡Gracias, María! Si nos sale bien esta, vas a tener tu recompensa*

—*Más vale que sea así...y dile a Milton que sean muchos los billetitos, ¿sí?*

CAPÍTULO VIII

TIEMPO ATRÁS...

Camille Monet parece observarlo desde el lienzo, impasible, obediente y hasta algo agotada por permanecer tantas horas estática para que su esposo Claude pudiera inmortalizarla en sus óleos. Heriberto Salomón no puede quitarle la vista de encima. Subyugado y patitioso, parece hipnotizado ante tanta belleza.

No es la primera vez que la ve y tampoco es la única vez que la ha visitado en la Galería Nacional de Arte de Washington, pero siempre que llega al 85 de la planta principal, sucede lo mismo...queda allí por horas admirando cada pincelada, cada detalle de aquella imagen perfecta que el gran Claude Monet llamó “La Promenade”. Desde los monitores de la sala de seguridad lo observan y no le pierden pisada. Heriberto, en apariencia, no ha hecho nada ilegal, pero en los registros de visitantes su nombre ha llenado demasiados espacios y el director se inquieta ante tanta devoción por un cuadro. Un hombre con lentes oscuros se acerca a él y finge admirar la misma obra. Nada dice, pero cada tanto lo observa por el rabillo del ojo. Salomón se enfada cuando lo hace; sabe exactamente quién es y que hace allí. Se levanta del mullido sillón que, espaldares contra espaldares, hay dispuestos en cada uno de los sectores de exposición y se va. Quizás a la mañana siguiente regrese y entonces, tal vez se repita la misma escena; se levantará y se irá y lo hará tantas veces como lo considere necesario.

Dos días después, Heriberto Salomón camina pausadamente, como si el tiempo no fuera importante para él, pero curiosamente no lo hace observando a las demás obras de arte que se exhiben a su paso. Es más, ni siquiera ha notado a la gente amuchada frente a unos de los más famosos cuadros de Vincent Van Gogh, su auto retrato.

Pronto, uno de los retenes de seguridad lo detiene...

—*Buenas tardes señor, por favor deje aquí su billetera, gafas, si contienen metal, cinturón y todo lo que contenga metales y después pase por debajo del arco...*

Esta es una semana de exposiciones extraordinarias y la galería ha extremado sus medidas de seguridad. Heriberto obedece y pasa debajo de la arcada de inspección y su sangre se congeló cuando escuchó a la chicharra sonar

enérgicamente. Uno de los guardias se interpuso ante él y le preguntó en tono calmo si tiene algún implante corporal que no haya sido declarado. Heriberto responde que no. El custodio le pide que se quite los lentes...

— *Es que sin ellos veo nada —se excusa*

— *Señor, solo serán dos pasos y entonces podrá colgárselos nuevamente.*

Salomón, comprendió que, por el tono de su voz y su mirada amenazante, no era conveniente contradecirlo y accedió. Esta vez la alarma no se activó. Se apuró simulando tantear todo a su paso y pidió los anteojos con insistencia.

Debía evitar que alguno de los custodios los revise.

Poco más adelante, volvieron a detenerlo y esta vez creyó que había sido atrapado, pero pronto comprendió que sus sospechas fueron infundadas...sólo requirieron de él una firma en el acta de visitantes.

Baja las escalinatas del museo y camina lento hasta la 4th y Pennsylvania. Se detiene y extrae de entre sus ropas un mapa de la ciudad y simula buscar una dirección. Es, ante los ojos que lo observan desde las alturas, un típico turista.

Gira sobre sí hacia su izquierda y luego repite hacia la derecha. Sabe que debe continuar con la farsa y parecer desorientado, pero al mismo tiempo se asegura de que nadie lo esté siguiendo.

Con un gesto casi imperceptible, hace una seña al conductor de un Buick Riviera negro estacionado a unos cuantos metros. El auto se pone en marcha y se detiene justo enfrente. Heriberto se ubica en el asiento del acompañante y enseguida desaparecen entre el tráfico.

— *¿Lo tienes?* — le preguntó el conductor

— *Sí, John*

— *Fue la última, ¿no?*

—Así es...

—Ok, entonces ya podemos regresar, ¿verdad?

Heriberto sin mirarlo, asiente con la cabeza. La primera etapa de su plan está cumplida. Se quita las gafas y las guarda prolijamente en un estuche de color fucsia. Luego los introduce en la gaveta del automóvil.

—Déjame en el aeropuerto y luego deshazte del auto. Viajaremos en vuelos diferentes y en tres días nos encontramos en Buenos Aires. Y no olvides los anteojos; recuerda que no pueden atraparte con ellos... ¿me escuchaste?

—Sí, Jefe — dice John con un tono de voz cargado de ironía.

CAPÍTULO IX

Es mediodía y las calles de Buenos Aires son un émulo del mismo infierno.

Es tanto el calor que hasta las cigarras han callado sus timbales. Corre apenas una brisa que no alcanza para enfriar el aire que se vuelve irrespirable por los gases que emanan de los automóviles y también de los motociclistas que zigzaguean entre los transeúntes como las zarigüeyas en la maleza. Los túneles del metro retienen todo el hedor de los trenes con sus motores eléctricos a punto de fundirse y que se confunden con las pestilentes sudoraciones de los errantes que duermen sus pordioseras vidas en los andenes subterráneos. Solo unos pocos afortunados buscan refugio en las galerías comerciales donde los astutos comerciantes ofrecen un ambiente refrigerado a todos aquellos que huyen de la ardorosa ciudad. Salomón detiene a un taxi...

—¡Lléveme hasta Alvear y Rodríguez peña, por favor!

—Enseguida, señor...

Antonio, el taxista, lo observa por el espejo retrovisor e intenta adivinar su estado de ánimo a través de sus gestos faciales. Se considera un experto en esas artes y se jacta de ser el mejor intérprete de humores de toda la ciudad. Rara vez inicia una conversación sin antes asegurarse que su pasajero está distendido y con buen semblante. Por norma y para evitarse disgustos, jamás habla sobre política, sexo o derechos humanos. Es un inmigrante español y su único interés es llevar un digno sustento a su mesa familiar al final de cada día. Heriberto mira

por la ventanilla y a juzgar por su sonrisa giocondesca, *sus pensamientos transitan senderos de paz y buenaventura*, al menos en la interpretación poética del taxista andaluz...

—*¡Hombre, vamos, que con esta caló, fríes un huevo en el asfalto!* —intentó comenzar un diálogo con acento gitano.

—*Así es, es tremendo el calor que hace hoy* —responde Heriberto sin dejar mucho espacio para continuar...*Pero Antonio es un gran conversador y no se iba a amilantar, así como así y entonando un cante de José Antonio Labordeta, insistió...*

—*Arremójate la tripa que ya viene la calor, que luego en el mes de agosto no suelta el agua ni Dios...*

Para su sorpresa, Heriberto conoce aquella canción y continuó con el verso...

—*Evaristo el cuchillero se ha comprado ahora un camión...*

Y riendo a carcajadas, cantaron a dúo...

—*Y pasando el puente en Fraga, desde arriba lo midió...*

Antonio, no cabe en su orgullo y con el llanto a flor de piel, exclamó...

— *Vamos, que usted me ha hecho emocionar...no sabe lo que significa para un “gallego” como nos llaman aquí, que alguien conozca nuestros cantares.*

Mire, ya llegamos y si no fuera porque necesito el dinero, vamos, que no le cobraría el viaje...

Y antes de que sus palabras se malinterpreten, agregó...

— *Son ciento veinte pesos... ¡pero mire usted, ¡cómo me ha alegrao el día!*

Heriberto Salomón desciende y aguarda a que el taxi se aleje. Simula buscar una dirección y cuando se asegura que nadie lo observa, comienza a andar. Tres cuadras después, se detiene frente a un edificio de principios del siglo pasado en pleno barrio de Recoleta. Puerta doble hoja de madera de roble oscuro con un vitraux tallado y llamador de bronce. Del bolsillo derecho de la campera, extrae

un manojo de llaves y selecciona una, la introduce en la cerradura e ingresa. Un pastor alemán le sale al cruce y Heriberto se detiene por un momento. El perro no gruñe, pero tampoco mueve su cola en señal de sumisión, solo huele sus pantalones y también el portafolios que lleva en su mano izquierda. Desde el fondo se escucha un silbido agudo y el perro se aleja de él. Hacia adentro, un largo pasillo con uno de sus laterales con vidrios repartidos y marcos metálicos de color negro y en el opuesto seis puertas dispuestas equidistantes unas de otras.

Todas permanecen cerradas y con sus cortinas corridas. Solo la última, está abierta...ciertamente alguien lo espera adentro.

—*Hola Eric...*

—*Hola*

No hubo ni una sola muestra de afecto en los saludos, solo palabras, solo una formalidad...

Los lienzos estaban enmarcados y expuestos en fila para que Heriberto los examine. Todas obras de reconocidísimos artistas que el holandés se había ocupado de copiar.

—*¿Ya tienes todo listo?* —preguntó Heriberto

—*Sí, ¿quieres revisarlas?*

—*Imagino que hiciste todas las pruebas necesarias, ¿verdad?*

—*Claro, pero quizás no esté de más repetir alguna, ¿verdad?*

—*Solo muéstrame los comparativos... ¿alguien más vio esto?*

—*Herb, si vas a dudar de mi capacidad, olvidemos todo ya mismo...sabes*

cuánto odio que lo hagas. Soy el mejor y trabajo solo. En cuarenta años jamás nadie descubrió un error en mis pinturas...

—*Odio que me llames Herb...y no es cierto que jamás cometiste ningún error... ¿hace falta que te lo recuerde? Hay demasiado en juego como para que metamos la pata en la trampa...*

—Lo sé... está bien... de nada sirve que discutamos. Mira, para que te quedes tranquilo todas soportaron un análisis con la luz de Wood, el microscopio electrónico de 500X, la luz rasante, los rayos X, la reflectografía infrarroja, un análisis con Espectroscopia Ramán y también una infrarroja y el Vermeer pasó la prueba del duroflexímetro... ¿necesitas más pruebas?

—No, eso es suficiente, quizás no las necesitemos, pero es mejor ser precavido...

—¿Y tú? ¿Qué hay de tu trabajo? No creo que te hayas pasado siete meses viajando por el mundo solo para recorrer museos, ¿no?

—No, a todas les modifiqué las firmas...

—¿Sólo las firmas?

—Sí, puse esmero en las de Monet y las de Vincent que son las más difíciles de copiar, pero en el Picasso, el Matisse y el Lucian Freud agregué algunos retoques mínimamente detectables.

Aquella historia había comenzado mucho tiempo atrás, cuando en sus años mozos, Heriberto Salomón, conoció a John Patrick Leven, un joven entusiasta británico, ingeniero electrónico, que se especializó en ultrasonido. Fue en la Universidad Leland Stanford Junior más conocida como la Universidad de Stanford. Ambos cursaron juntos el cuarto año y fue entonces que comenzaron a frecuentarse, primero en las fiestas universitarias y más tarde en viajes de fin de semana. Leven construyó y patentó numerosos aparatos de precisión a excepción de uno que jamás lo presentó en la oficina de patentes...el Mirafondos, un emisor de ultrasonido focalizado de muy alta intensidad y tan pequeño que cupo en una armazón de lentes de carey.

John Leven, desde pequeño, soñaba con idear un artefacto que le permitiera mover objetos sin ser detectado. Largas noches de invierno pasó leyendo novelas de intriga a espaldas de su padre, quien le había prohibido hacerlo por considerarlas material de lectura solo para adultos. Estrictamente conservador y religioso, el señor Leven inculcó a sus hijos una educación fundamentada en valores de respeto y tolerancia hacia los demás, pero cada vez que lo atrapaba con uno de aquellos libros lo azotaba sin piedad, olvidando sus propios preceptos y consideraciones. Aun así, John siempre se las ingeniaba para obtener lectura con su temática preferida: los tahúres y fulleros.

Pero, su vida cambió radicalmente cuando descubrió una novela cuyo personaje principal estafaba a los casinos deteniendo la bola en el casillero deseado, valiéndose solo con un dispositivo disimulado en su reloj pulsera que emitía potentes frecuencias magnéticas. Amante del dinero fácil, pasó gran parte de su vida ideando un artefacto semejante. Pero, la realidad lo golpeaba una y otra vez. Ingresó en la facultad de ingeniería y persiguiendo su sueño se especializó en electromagnetismo. Fue entonces que, por accidente, descubrió el mundo del ultrasonido. Supo así que su gran anhelo estaba a tan solo un paso de distancia; con el ultrasonido era posible ver a través del acero, curar enfermedades y concentrar más energía de la que jamás había soñado. Con ella podría mover objetos a voluntad. Solo debía hallar la manera de reducir su tamaño de tal forma que cupiera en un espacio tan reducido como un bolígrafo.

Finalmente lo logró. Su entusiasmo juvenil lo empujó a pensar en patentar la idea y más tarde hacer lo mismo con el aparato, pero desistió de hacerlo porque su objetivo era otro...ganar dinero en la ruleta. Abandonó la idea del bolígrafo porque ingresar a una sala de juegos con uno llamaría la atención de los guardias de seguridad y rápidamente sería atrapado. Fue entonces que diseñó una armazón de gafas en donde previamente había introducido el emisor de ondas HIFU (High-Intensity Focused Ultrasound) y utilizó los cristales como monitores a los que se les podía reducir la intensidad de luminosidad para evitar ser detectado. Pero John, no acostumbraba a dejar cabos sin atar. Unos días atrás, había entrado por primera vez a un casino, pero su objetivo no fue jugar sino estudiar factibilidades y supo entonces que todas las salas de juego cuentan con sofisticados dispositivos electrónicos para evitar fraudes en sus mesas. Pero necesitaba saber más acerca de sus medidas de seguridad. Fue así como conoció a Sally, una mesera ya entrada en años que amaba tener sexo con jóvenes inexpertos. Fue una noche en un casino de Atlantic City.

Sally y John, por distintos motivos, quedaron atrapados en una telaraña de lujuria y pasión que poco faltó para que los destruyera. Hasta ahora, John solo había copulado con algunas estudiantes bisoñas, pero especialmente con una becaria de medicina que en cada acto parecía estar tomando examen enfrente de una clase de anatomía. Aquellas jóvenes, en su inexperiencia, no lograban permanecer en una misma posición por más de quince segundos mientras que relataban técnicamente y a viva voz todas sus sensaciones. Sally, en cambio, conocía todas las artes de seducción que solo los años pueden dar. La primera noche aceptó beber una copa con John después de su horario de trabajo y con la

condición de fuera lejos de allí. Habían pactado encontrarse en un bar nocturno llamado El Avispero. Ella no podía arriesgarse a perder su trabajo si alguien la relacionaba sentimentalmente con un jugador. Los casinos tienen reglas muy estrictas para con sus empleados y ésta es una de ellas. Pero Sally, de alguna manera, se había sentido atraída por aquel joven y pronto tuvo la necesidad de seducirlo. Y antes de ir a su cita, se cambió de ropas y cuidadosamente eligió las prendas que vestiría. Sally era, por entonces, una hermosa morena de apenas treinta y nueve, con una figura envidiable. De larga y negra cabellera cayendo sobre sus hombros y apenas rozando su cuello liso y mórbido como la brisa del desierto, más el azul profundo de sus ojos que, en su rostro, son una caricia sedosa con la suavidad de una pluma. Una blusa de algodón blanco, con media manga y un escote discreto que apenas disimulaba su prominente busto sin sostén, combinada con una pollera de color índigo, de un largo apenas por arriba de sus rodillas. Una mujer recatada y con un andar grácil y sensual, la combinación perfecta para la ocasión. John quedó impactado por su figura y se imaginó en una habitación de hotel quitándole sus prendas con pasión desenfadada. Pero Sally le dio un baño de realismo y con el filo de un estilete perforó la burbuja de espejismos en la que estaba inmerso. Lo saludó extendiéndole su mano, pero con una sonrisa que cautivó todas sus emociones.

Por entonces, John era un joven veinteañero esbelto, de porte atlético y rasgos aristocráticos. Sus ojos amielados no dejaban de admirarla y su sonrisa de dientes perfectos hechizaron su resistencia. Pero, aquella noche, se despidieron solo con un beso en la mejilla. John la había dejado en el umbral de la puerta de su apartamento y regresó a su hotel caminando por el emblemático paseo marítimo. Los tragos, la música suave y la seducción mutua habían hecho de ésta, una noche inolvidable. Todos sus pensamientos convergían a una sola dirección... Sally.

La mañana siguiente, el timbre de su teléfono móvil no dejaba de repiquetear...

—*Hola...*

—*¡John...John...por favor, sal de allí...huye...rápido! ¡Te van a matar!*

—*¡Cálmate, Sally! ¿Qué estás diciendo?*

—*Es mi esposo... alguien le contó que nos vio anoche... ¡sabe dónde te hospedas y fue a buscarte! Junta tus cosas y abandona del hotel.* —Y aquello,

fue lo último que escuchó de ella.

John no era un cobarde, pero tampoco estaba dispuesto a arriesgarse a una golpiza y mucho menos por alguien que recién había conocido, aunque ésta

fuera tan atractiva como Sally. Él tenía un objetivo y disputarse una mujer a los golpes no estaba precisamente en sus planes. Sin pensarlo bajó los tres pisos por la escalera. Imaginó que quienes lo estaban buscando utilizarían los ascensores y así podría burlarlos. Llegó a la recepción y sin mirar atrás salió a la calle. Y tan pronto como pudo se alejó de allí. Caminó rápido sin una dirección fija; era de madrugada y las calles estaban desiertas, apenas un perro vagabundo persiguiendo a un gato negro o algún borracho penando limosna con su aliento etílico; nada que significara un riesgo verdadero para él, aunque en sus fueros íntimos hasta las sombras eran sospechosas. Estaba intranquilo y hasta algo temeroso y desconfiaba de cualquier alma que se cruzara en su camino y no les quitaba la vista de encima hasta tanto se hubiera alejado lo suficiente. Entonces, una vez más el timbre de su teléfono comenzó a sonar... no respondió, algo atemorizado solo quedó en escucha...

—John —escuchó del otro lado — ¿dónde estás?

—¿Estás sola? —preguntó John

—Sí, sí... y tengo miedo...hui de casa

—¿Estás herida?

—No, él me obligó a decirle donde te hospedas...perdóname, por favor...

—No te preocupes por eso... ¿puedes venir a mi encuentro?

—Sí...sí, dime dónde estás...

—En la esquina de Chalfonte y Pacific

—No te muevas de allí...voy a buscarte

Sally era una actriz sensacional. Tenía en su haber amoroso a muchos jóvenes embaucados. Una vez más, había logrado el efecto que buscaba. Nada mejor que un llanto fingido y una buena historia de esposo celoso para despertar el instinto

protector de los hombres.

El Camaro del '67 dobló la esquina violentamente. El rechinar de los neumáticos y el rugir de su motor de ocho cilindros sobresaltó a John. Su instinto de supervivencia lo obligó a alejarse del borde de la acera y ponerse de espaldas a la pared de un viejo edificio abandonado. El lustroso deportivo se estacionó enérgicamente frente a él y sin detener la marcha del motor, la mujer bajó y corrió a abrazarlo, luego le dice...

—Ven conmigo por favor, si te encuentra aquí te matará. Él es un hombre muy violento y por celos es capaz de cualquier atrocidad...

—¿Tú estás bien?

—Sí, solo me zamarreó un poco, pero no alcanzó a pegarme...sabía que iba a hacerlo y me anticipé; mis gritos alertaron a los vecinos que llamaron al 911 y

entonces huyó, pero antes me obligó de decirle donde estabas...vámonos, sé adónde podemos ocultarnos...

—Conduce tú, estoy asustada y temo provocar un accidente... — dijo Sally secándose las lágrimas de sus mejillas...

—Sí, sí, solo guíame... —respondió John algo aturdido por la situación.

—Hay una cabaña frente al mar en Cape May Point, allí no nos encontrarán... sólo son cincuenta millas y solo mi hermano y yo sabemos de ese lugar...

—Ok, solo guíame, no conozco la ciudad...

Poco después, Sally introduce la llave en la cerradura y abre la puerta de acceso a la cabaña. John, cauteloso, la sigue cerca. Duda de su buena suerte y piensa que, quienes lo buscan, quizás los hayan seguido discretamente hasta allí y será entonces cuando el peligro real los aceche. Delante suyo está la mujer que él debe proteger y sabe que no puede distraerse. Observa en todas direcciones atento a cualquier movimiento extraño, pero allí adentro lo aguardaba otra sorpresa... no bien cruzan el umbral, ella cierra la puerta detrás de sí, se abraza a su cuello y...

—¡Bésame, por favor!

John sorprendido, olvida de pronto todos sus temores y accede a sus demandas. Él es un hombre y ella una hermosa mujer desamparada que demanda cobijo. La besa con algo de timidez, apenas un leve roce de labios rígidos, casi adolescente, sujetándola, con sus manos, desde los hombros, un beso que recuerda más a las viejas películas de bajo presupuesto que al preludio de un encuentro sexual. Sally se aparta ligeramente para poder mirarlo a los ojos. Su expresión fue tan pasional que lo erotizó hasta en la última fibra de su cuerpo...y lo besa; la lengua de Sally serpenteó dentro de su boca y él, atónito, respondió con tanto arrebató que la obligó a poner algo de coto a sus acciones...no quiere que todo termine tan rápido como comenzó...

—*Calma...calma, con ternura...déjame saborearte, déjame guiarte...*

John, algo avergonzado por su inexperiencia, se dejó llevar. Ella, sin dejar de besarle, descalza su camisa del pantalón y muy lentamente la sube hasta que se la quita por encima de su cabeza. John ya tiene su torso desnudo y extasiado, pretende imitarla, pero una vez más, ella lo contiene y solo permite que le desabroche un par de botones de la blusa y que roce apenas a uno de sus senos.

John arde por dentro y vehemente por su juventud, exhibe su ansiedad y si impericia como amante. Pero una vez más, ella lo contiene y antes de que él pudiera reaccionar, se arrodilla ante la hebilla de su cinturón y la suelta con tanta

delicadeza que apenas percibió cuando su pantalón se soltó. Sally, exponiendo todas sus habilidades, le baja la cremallera, despaciosamente y descubre así su prominente masculinidad pujando por entrar en acción. Ya las feromonas inundan el aire y poco a poco el Dios Eros los envuelve en un abrazo del que ninguno pudo ya escapar. Una tras otra cayeron sus prendas y sus pieles se tornaron brillantes, rojizas, deseables. Los pensamientos coherentes, ahora carecen de sentido y de aplicación. Entre ellos solo hay obediencia...obediencia a sus sensaciones, a sus necesidades, a sus deseos. Y entonces, se derrumban en un lecho de placer, de lujuria y de pasión desenfrenada, lógica y total. Sus cuerpos se funden en la concupiscencia misma, adheridos entre sí por la incomprensible magia de la lascivia hasta que la extenuación de sus músculos puso un límite...un final y la resurrección misma de sus espíritus libídines. Rato después se sorprendieron con la vista fija en el infinito, jadeantes, extenuados...

habían hecho el amor una y otra vez y solo se detuvieron, de a momentos, el tiempo necesario para recuperar el resuello.

Sally, una vez más, había logrado su propósito, sentirse capaz de seducir a un hombre joven, aunque para ello hubiere de recurrir al engaño y la mentira; John, en cambio, experimentó por primera vez la exquisita sensación que propone la seducción de la experiencia, aunque en sus fueros íntimos y a efectos de su irremediable vanagloria, imaginó que todo aquello había sido fruto de su propio encanto.

Más tarde, un Jilguero macho, posado sobre la rama más delgada de un gigantesco roble americano, anuncia con su canto el final del día y John, entusiasmado por la proximidad de su hora de la verdad, examina una y otra vez el correcto funcionamiento de las gafas de su invención con las que buscará concretar su sueño esa misma noche.

Pero no advirtió que, en su afán por satisfacer sus deseos sexuales, había olvidado el principal motivo por el que buscó conocer a Sally. Además, y por igual razón, había omitido idear un plan de escape por si la suerte lo abandonaba.

Entre tanto, Sally se maquilla frente a un espejo; en dos horas tomará su turno en el Mocassin Resort Casino. Aún con los recuerdos vivos de aquella jornada grabados en su piel, observa de reojo a su joven y circunstancial amante.

Se extraña de los anteojos que luce y sin preámbulos le pregunta...

—Oye, no sabía que eras corto de vista...

—Sí, especialmente luego de hacer el amor con una mujer hermosa como tú, ¡ja, ja, ja!

—Ven aquí —lo invita a acercarse dejando al descubierto parte de sus largas piernas, algo abiertas, receptivas...

—Mmmmh, parece que mi chiquita aún necesita un poco más de mí... — dice mientras se aproxima jactándose y confiado en su magnificante desempeño amoroso.

—Sí, nada me gustaría más, pero debo irme... ¿qué harás esta noche?

—Esperaré a que regreses o si prefieres puedo acompañarte al Casino Ella le

quita suavemente los anteojos y simulando un juego sensual, se los calza en la punta de su nariz. El dispositivo está desconectado y por esa razón no notó nada extraño. Pero Sally es una mujer experimentada y sabe que aquel encuentro con ella no fue casual...

—John, debo ser sincera contigo...lo que hoy ocurrió entre nosotros fue lo más hermoso que me sucedió en años, pero tengo que ir a trabajar y no puedes quedarte aquí. Tampoco puedo endilgarte una responsabilidad extra sobre mí...

Cuando salga por aquella puerta y la cierre, también cerraré nuestra historia, nuestra corta pero fantástica historia...

Aquello no era lo que John esperaba escuchar, su romanticismo juvenil afloró de pronto y con algo de angustia en sus palabras, respondió...

—¡Noo, Sally, déjame ayudarte...no puede regresar con tu esposo ahora...

imagino la furia con que te esperaré...no vayas con él, por favor!

—John, descuida...no regresaré con él y en el casino nada puede hacerme, créeme...pasaré la noche allí y luego iré a casa de mis padres...mi padre es un ex marine y también allí estaré protegida... —continuó mintiéndole. Y luego, continuó...

—Pero es necesario que sepas que he estado observándote, lo hice ayer cuando nos conocimos y también antes de que hablemos por primera vez. Sé que tú no fuiste al casino a jugar, deambulaste entre las mesas y te detuviste en cada una de ellas, pero jamás hiciste una apuesta. Observabas y observabas todo lo que podías, en todas direcciones, arriba, abajo, a la gente, al crupier. Llevo mucho tiempo en ese lugar y he visto demasiado. Sé que tramas algo. No sé qué es y tampoco voy a preguntarte, pero debo advertirte que si estás planeando algo será mejor que lo olvides... piensa que, si pude verte, también lo hicieron ellos y ya estás marcado...si regresas, te controlarán y tú nunca sabrás que lo están haciendo...

—Sally, ¿qué estás diciendo?

—Ssshhh, no intentes embaucarme...solo quiero ayudarte. Todos los días vienen personas que creen que pueden estafar al casino y no saben que ellos gastan fortunas en investigaciones para evitar ser timados. Nadie conoce, a

excepción de ellos claro está, todos los dispositivos que hay para prevenir un posible fraude o robo...

—Vamos Sally, todo el mundo sabe eso y también que es lo que hacen para evitar los robos... es algo súper conocido...

—¿En verdad crees eso?

—Sí

—Niño, ¿sabes que es un criptógrafo?

John odia que lo llamen niño y especialmente si quien lo hace es una mujer.

Tiene algo más de veinte ocho años y un título profesional. Pero esta vez había escuchado un término, que, aunque conoce su significado jamás imaginó que se podía aplicar a la seguridad en los juegos de azar y por esta vez dejará pasar lo que él considera una ofensa a su persona...

—Sí, claro, pero ¿en qué se relaciona a la seguridad del casino?

—Son tan sofisticados los métodos que utilizan que gracias a la criptografía pueden hacer en minutos un perfil exhaustivo de cada uno de los jugadores y determinar quiénes son potenciales tramposos con un margen de error inferior al 1%... ¿Aún quieres intentarlo? ¿Verdad que no? Hazme caso y olvídale, no sabes con quienes te metes...

John quedó en silencio por largo rato, lo que había escuchado lo afectó más de que está dispuesto a reconocer. Quizás no sea tan sencillo como pensó. Sally, se vistió, lo tomó de la mano y juntos salieron a la calle. Pero John, había recibido un puñetazo en su orgullo y no estaba dispuesto a declinar de su objetivo. Es más, ahora Sally podía convertirse en un escollo para sus propósitos; Sally se sentó al volante de su Camaro y aguardó a que John ocupara el asiento de la derecha, pero la puerta permaneció abierta más tiempo del que ella estaba dispuesta a soportar. No iba a rogarle que subiera; se inclinó sobre el asiento del acompañante, la tomó desde la manivela levantavidrios, y la cerró; John parado sobre la acera con su equipaje colgando de un hombro, escuchó bramar el motor del automóvil y vio cómo se alejaba a gran velocidad. Aquella historia de amor fingido había concluido con la misma rapidez con que comenzó.

Pese a las advertencias, John no desistiría y entonces buscó un lugar donde alojarse por aquella noche. Debía planificar su golpe. En Atlantic City hay muchos centros de juego, algunos con mayor seguridad que otros, pero John estaba dispuesto a demostrarle a Sally que él no era un tahúr como los demás y eligió probar su dispositivo allí, en el casino donde ella trabaja como mesera.

Esa misma noche recorrerá todas las mesas donde se jueguen cartas. Si el emisor de ultrasonido funciona como lo hizo en las pruebas en su laboratorio, entonces verá las cartas del crupier, aunque éstas estén ocultas. Recién entonces ideará una estrategia de juego para no ser descubierto.

Una enorme y ondulante muralla acristalada lo observa desde las alturas presta a devorarlo. Su corazón palpita más rápido que lo esperado. John sabe que eso puede delatarlo si tuviese alguna ficha en sus manos. Las de mayor valor poseen micro chips en su interior capaces de leer su frecuencia cardíaca y hasta detectar su ubicación exacta y en todo momento. Debe ser cuidadoso y relajarse.

Busca un lugar adonde beber una copa. Sabe que lo están observando y más aun estando solo. Se acerca entonces a una mujer que en apariencia no tiene compañía e intenta entablar una conversación. Cree que así evitará llamar la atención de los custodios. Pero la mujer resultó ser una prostituta y en cuanto comprendió que John solo buscaba relacionarse con ella, dijo...

—Ahórrate tus lindas palabras ...trescientos por un fellatio y mil quinientos la noche entera, nada de sadismo, tríos ni ataduras...tómalo o déjalo...

John, avergonzado, se alejó sin siquiera agradecerle la franqueza. Pasó junto a una tragaperras libre y tentó a su suerte, introdujo una moneda y bajó la palanca. Lo hizo con vehemencia como si así fuera posible quebrar su resistencia a entregarle la recompensa; luego introdujo otra y otra y luego otra más. Y en cada vez, las luces se encendían y se pagaban con tanta intensidad que parecían abrigarlo con los largos brazos de la buena ventura. Pero jamás le dieron la respuesta que él deseaba escuchar.

Pronto supo que había perdido noción de las horas que estuvo sentado frente a aquella terrorífica máquina distrayéndose de su objetivo. Comprendió que había caído bajo sus garras y debía huir rápidamente de allí. El tiempo era precioso y debía recuperarlo. Buscó las mesas de juegos de naipes y al acercarse a una de ellas, se colocó las gafas. Pero su aturdimiento hizo que olvidara encender el

dispositivo. Enfurecido por su torpeza, buscó un lugar discreto para hacerlo, pero olvidando los consejos de Sally, las cámaras ya lo habían tomado.

Los sanitarios, pensó y hacia allí se dirigió. De pronto escuchó a sus espaldas una voz conocida que le dijo...

—No te des vuelta, sigue caminando, soy Sally. No entres a los baños, sigue hasta afuera del casino lo más rápido que puedas. Ya saben quién eres y qué tienes en las gafas... hazme caso, por favor... vete... huye antes de que sea demasiado tarde...

John, más tarde comprendería su estupidez, pero al escucharla se detuvo ...

ella ya no estaba allí, en su lugar había dos fornidos hombres, vestidos iguales, de negro... todo de negro, desde la punta de sus lustrados zapatos hasta la corbata. Y lo miraban fijo a través de sus, también negros, anteojos. Uno de ellos se acercó y en un tono bajo, pero extremadamente firme, le ordenó que los acompañe. John tuvo una primera intención de resistirse y quiso escapar, pero una sola mano fue suficiente para detenerlo aferrándolo desde uno de sus brazos.

Por la fuerza con que lo apretaba, aquel hombre parecía tener una llave Stilson en lugar de manos. John comprendió que jamás lo vencería...

—Una estupidez más y te vas a arrepentir por el resto de tus días... que pueden ser muy pocos. Vienes por las buenas o vienes por las malas, elige...

Sally, parapetada detrás de una columna ve como lo llevan hasta uno de los ascensores. Aquello solo podía significar una sola cosa... John está en verdaderos problemas. Pero ella no fue la única que vio aquello...

—¡Mierda, es John! ¿Qué diablos sucede aquí? — Se preguntó en voz alta Heriberto Salomón desde el lado opuesto de la columna.

Sally, al ver el domo que tenía encima de sus cabezas, simuló tomar un pedido de bebidas del misterioso hombre...

—Por favor, disimula y haz como si leyeras este listado de bebidas. Acabo de escucharte y veo que conoces a John. Hay un domo arriba nuestro y debo fingir que estoy asesorándote en la orden. No pueden escucharnos, pero sí vernos y si

se dan cuenta que conversamos, ambos estaremos en dificultades serias.

Sally señala con su dedo índice el menú de tragos, mientras habla...

—Sí, comprendo. John cursó conmigo los últimos años en la universidad, en California. Nunca pensé encontrarlo tan lejos, después de tanto tiempo y mucho menos así. ¿Sabes que le ocurrió?

—Lo atraparon los guardias de seguridad. Sé que intentaba alguna estupidez con sus gafas...creo que a través de ellas puede conocer las cartas de los demás, o algo así, escuché por accidente

—¿Y qué harán con él?

—Con suerte llamarán a la policía y lo entregarán...pero raramente hacen eso...aquí adentro, la ley, son ellos, ¿me comprendes?

—¡Nooo, por Dios, debo impedirlo! Dime cómo llegar hasta donde lo llevaron

—No puedes, a menos que sepas la combinación del ascensor para llegar al Pent-house...

—¡Diablos, no! Debo pensar algo rápido si no lo matarán...

—A veces, los que llevan arriba, no mueren, pero es seguro que les quitarán todas las ganas de volver a intentarlo...mejor olvídale...fue su elección, yo le advertí...

—¿Tu lo conoces?

—Sí

—Entonces debes ayudarme

—No puedo...

—Escucha...solo debes fingir estar aterrorizada y sígueme la corriente...

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a secuestrarte...ven, acerquémonos a aquel guardia que está enfrente del ascensor y no digas nada, solo obedece y llora en silencio...

Sally y Heriberto se acercan al guardia que, desprevenido, no advirtió el riesgo que se aproximaba. Heriberto, con su mano, simula apuntar a la espalda de la mujer, que obediente, solloza en silencio.

—Oye amigo, abre las puertas y llévame con mi amigo. Si haces alguna idiotez la mato, aquí mismo y comenzaré a disparar al primero que se me cruce en mi camino, comenzando contigo...ahora, dame tu arma, sácala despacio y sin hacer estupideces, ¿me entendiste? Ahora, obedece y abre la puerta del ascensor...

El guardia obedece y le entrega su arma, sabe que él jamás saldrá vivo del edificio. Todo, absolutamente todo, se dirimirá allí adentro y tal vez, nunca nadie sabrá qué ocurrió allí.

—Sabes que, si subes al último piso, no saldrás vivo, ¿verdad? — le pregunta el guardia

—Descuida, que mi hora aún no ha llegado...ahora cállate Sally continúa sollozando y tan convincente es que el guardia trata de alentarla acercando su mano para acariciarla fraternalmente. Heriberto, finge ser rudo y la zamarrea al tiempo que advierte...

—Cállate de una buena vez y tú — mirando al guardia *— aléjate de ella o te vuelo los sesos aquí mismo.*

La puerta del ascensor se abre de pronto y una gran vista del mar se asoma ante ellos. Pero el lugar parece desierto y eso desconcertó a Heriberto que, sorprendido, toma por el cuello a Sally y sale del ascensor escudándose en su cuerpo y también en el del custodio que camina delante de ellos con las manos alzadas...

*—¿Dónde están todos? —*preguntó a los gritos simulando perder la razón.

—No los verás, amigo, mejor ríndete y baja el arma...no empeores tu situación

Heriberto sin meditarlo, hace un disparo a uno de los sillones de cuero que

hay en el lugar y advierte a viva voz

—El próximo iré hacia los cristales. Las alarmas se activarán y la policía estará aquí en segundos... ¿hay alguien aquí que quiera darles explicaciones o prefieren salir y arreglar esto de otra manera?

Solo fueron unos pocos segundos pero que parecieron una eternidad. El silencio que se produjo fue atroz hasta que de pronto, una puerta se abrió y de ella emergieron tres hombres, todos de negro y blandiendo sus armas largas para demostrar poderío y autoridad. Por detrás de ellos, un hombre pequeño luciendo un traje blanco con una reluciente corbata del mismo color. En su mano derecha, un gigantesco habano encendido. Se adelanta a los tres custodios y ufanándose del poder que ostenta, se sienta en el mismo sillón que antes Heriberto había agujereado de un disparo...

—Amigo, creo que tú no sabes adónde te has metido y tampoco creo que sabes lo que te espera si no desistes ahora mismo de tu locura. Si disparas a los vidrios, es verdad, se activarán las alarmas y vendrá la policía y para cuando lleguen, tú y tu tramposo amigo estarán muertos. ¿Acaso olvidas que ya disparaste tu arma? Aquí mismo y detrás de mis espaldas están las pruebas de ello; diremos que llegaron hasta aquí y que intentaron matarme. Por eso, mis custodios tuvieron que eliminarlos a ambos... ¿quieres continuar? —concluyó convencido de que Heriberto se rendiría de inmediato

—Tú me has llamado amigo, así que debo creer que lo somos. Creo, amigo, que te olvidas que el arma que disparé es el de tu custodio...yo no vine armado, solo me defendí con mis propias manos y quien disparó fue tu custodio y lo hizo dos veces, en lugar de una sola vez... ¿quieres saber a quién fue dirigida la bala la segunda vez que disparó?

El hombrecito quedó mudo...nunca imaginó que unos de sus hombres mejor entrenados pudiera ser vencido por un idiota desarmado. Además, ese idiota tenía razón...

—Ok, ok, está bien... ¿qué es lo que quieres de mí?

—Veo que me vas entendiendo...entrégame a mi amigo. Nos vamos en silencio, nos llevamos a tu hombre y a la chica por si te arrepientes y los dejaremos libres cuando estemos seguros y lejos de aquí. Y jamás nos volveremos a ver. Si mi amigo te robó algo, lo dejaremos aquí...tú no pierdes nada, y nosotros tampoco.

Ni siquiera se verá afectada tu honra...nadie te robó nada ¿Qué dices?

El hombre de blanco sonríe, pero dentro suyo su sangre hierve a borbotones.

Piensa y permanece en silencio unos segundos hasta que por fin dice...

—*Tráiganlo...*

—*¡Pero señor...!* — dice unos de los hombres de negro intentando convencerlo de su error.

— *Dije, tráiganlo* — repite en un tono de voz un tanto más elevado, pero sin perder la calma...

Unos segundos después, John, con su rostro hinchado y sangrante, aparece caminando con algo de dificultad en medio de dos hombres que lo arrojan al piso de un fuerte empujón...

—*Levántate y ve con tu amigo...pero les advierto...si me los cruzo aquí o en cualquier otro lugar, no dudaré...voy a matarlos, ¿me escucharon?*

Las puertas del ascensor se cerraron delante de sus narices y los cuarenta segundos que tardó en llegar hasta la planta principal, fueron eternos. Nadie dijo absolutamente nada durante todo el recorrido. Los cuatro se dirigieron al estacionamiento cubierto del casino y buscaron el Camaro de Sally. Heriberto abrió la cajuela y obligó al custodio entrar allí; antes, esposó sus manos a la espalda. Sin decir palabra alguna, le indicó a Sally que tomara el volante mientras John se ubicó en el asiento trasero. Arriba, en el Pent-house, Roberto Riglos, el hombrecito de blanco, ya había tomado su teléfono y ordenó...

—*No les pierdan pisada y cuando liberen al idiota de Charlie, los liquidan a todos...*

—*¿Sally también, señor?*

—*Sally también, está vieja y despedirla nos costará mucho*

—*(largo silencio) De acuerdo, señor...*

El hombre, que había escuchado todo desde atrás de la puerta, ingresa con aire

ceremonioso cuando ya nadie más que Riglos está allí. Se acerca hasta los cristales de las ventanas y a través de ellos y en silencio, observa el mar. Hasta que...

—*¿No crees que exageras un poco?*

—*No*

—*No robaron nada y si para liquidarlos alguien comete algún error, deberemos dar muchas explicaciones...no creo que arriba estén muy felices si ello ocurre...*

Riglos, se acerca a su escritorio, abre uno de los cajones y de él extrae un par de gafas negras. Y se las entrega en mano...

—*¿Sabes qué es esto?*

—*No, pero puedo imaginarlo...*

—*Con esto pretendió robarnos...es tecnología que jamás habíamos visto. El*

muy idiota cayó por su inexperiencia, no porque hayamos detectado este dispositivo. Se movió libremente por todo el casino sin que saltara ni una sola alarma, ni siquiera en el ascensor cuando lo trajeron y tampoco cuando ingresó aquí...es perfecto. ¿Sabes lo que podría hacernos una cosa así si cayera en manos equivocadas? Él lo creó y mientras continúe vivo será un riesgo para la industria. Debe ser eliminado...

—*¿Pensaste en reclutarlo y que trabaje para nosotros?*

—*Es demasiado vanidoso y en cuanto tenga acceso a nuestros sistemas, intentará algo más grande...no, es demasiado el riesgo...*

—*Está bien...pero si te equivocas...*

—*... lo sé...*

Mientras tanto y aún en las calles de la ciudad, Sally conduce despacio, en la cajuela llevan un hombre encerrado y si los detiene la policía será muy difícil dar explicaciones de ello.

Toman por la Atlantic City Express, la autopista que lo llevará directamente a Filadelfia. Cincuenta y siete millas los separan de aquella ciudad y si logran cruzar el río Delaware, estarán a salvo. Es otro estado y allí no los perseguirán.

Atrás habrán quedado los sueños fulleros de John y la aburrida vida de Sally tomará otro sentido.

John ha recibido una feroz paliza y su rostro está desfigurado, con su ojo derecho apenas si logra distinguir algunas figuras de color rojo a causa de los derrames internos, el izquierdo está cerrado por completo y aunque lo pudiera abrir, solo vería sombras difusas. Heriberto, cada tanto lo examina, pero a medida que transcurren los minutos, la hinchazón se vuelve cada vez más notoria, deben conseguir compresas heladas para detener su deterioro. A la vera del camino se abre una salida que conduce a una gasolinera y allí se detienen.

Mientras Sally carga combustible, Heriberto consigue hielo que lo envuelve en un paño de tela y lo aplica directamente sobre los ojos de John.

—Sostenlo ahí pero solo unos pocos minutos y luego lo cambias de posición.

Tal vez tuviste suerte y no te rompieron ningún hueso y si es así, entonces esto te calmará —le dice

John apenas balbucea algo ininteligible que Heriberto cree interpretar...

—Si preguntas quién soy, asiente con la cabeza.

John lo hace.

—Ssshhh, más tarde te lo digo, allí atrás hay oídos que escuchan atentos...

Heriberto, aprovecha que Sally está fuera del habitáculo y se acerca a ella y en tono bajo le dice...

—Sally, creo que debemos continuar nuestro camino por separado, no quiero involucrarte más de lo que ya estás.

—Aún no sé tu nombre...

—Heriberto

—*Qué extraño nombre...escúchame Heriberto, seguiremos juntos y nuestra suerte será la misma. Ya no puedo regresar allí, si me atrapan no habrá nada que pueda hacer para evitar un interrogatorio y ya sabes cómo terminan esas cosas, no lo resistiría. Aquel hombrecito que viste allí es la persona más cruel y vengativa que hayas conocido y no se quedará de brazos cruzados, ya debe haber enviado a toda su tropa detrás nuestro. Cuando arribemos a McKee City nos saldremos del camino y liberamos al custodio cerca del centro comercial Hamilton. Él tardará unos minutos en orientarse y cuando lo haga creerá que tomamos la ruta 40 para ir a Wilmington, donde vivían mis padres. Ese dato figura en mi legajo que, ten por seguro, que el maldito ya lo tiene en sus manos.*

Si logramos engañarlos, nos habremos librado de ellos...si no...despídete de este mundo.

—*Vaya, vaya, quien diría que a esta altura de mi vida iba a conocer a una mujer tan sagaz...bien, tú conoces mejor que nosotros el paño de esta mesa, hagámoslo y que Dios nos ampare...*

Nunca supo por qué había utilizado términos afines al juego de naipes, quizás para parecer agradable ante ella o tal vez algo condescendiente. Heriberto, aunque ambivalente, ha quedado eclipsado por su belleza y le costaba mucho disimularlo. Aún ignora que John y ella habían tenido un affaire, aunque si lo supiera tal vez no le importe. Después de todo, solo eran viejos conocidos, pero nunca fueron amigos y si había tomado la decisión de rescatarlo fue más que nada por un acto humanitario... o quizás no.

Retoman la marcha y unos minutos más tarde, se detienen a la vera del camino y Heriberto abre la cajuela...

—*Sal de allí* — le ordena al custodio

El hombre baja despacio, en silencio, pero extrañamente no mira a sus alrededores como era de esperarse. Heriberto, se aleja de él y se asegura que su arma esté presta para disparar. Por su actitud, es evidente que intentará quitársela para después atacarlos. Si lo logra, tiene asegurado un ascenso en su trabajo; caso contrario, será despedido...en el mejor de los casos.

—*Sé lo que piensas, pero te advierto que no me va a temblar el pulso si tengo que volarte los sesos* — le dice mientras se aparta a un costado para dejarle libre el paso y lejos del automóvil. —*ahora, ¡corre!*

El hombre, a regañadientes obedece, más no deja de mirarlo con aprensión.

Heriberto sabe que no debe tentar a la suerte y rápidamente se sube al Camaro y...

—*¡Vamos, rápido, arranca!* — le grita a Sally, que sin dudarlo acelera y los trescientos treinta caballos del Chevrolet V8 comprimieron sus cuerpos contra el respaldo de los asientos y les quitó el aliento por unos segundos...

—*¡Maldición, maldición!* —*vocifera Charlie mientras le da puntapiés a cuanta mata encuentre a su paso. Había sido burlado dos veces y eso es algo que su jefe jamás perdonará.*

Entretanto, los matones de Riglos se acercan velozmente al poblado de McKee y al arribar al centro comercial, se detienen. Heriberto, desconociendo el riesgo que corrían, había cometido el error de no quitarle el intercomunicador personal que todos los custodios del casino llevan en la solapa de sus sacos y la señal que emite estaba siendo monitoreada a distancia por sus perseguidores.

Ellos conocen exactamente su ubicación a cada instante. Entre ellos, quien da las órdenes, va en la primera de las Land Rover que los rastrea.

—*Se han detenido y no están lejos...los alcanzaremos enseguida. Pero, por si nos burlan y escapan hacia la AC, quiero que una camioneta esté lista para interceptarlos más adelante.*

Dos de las tres camionetas siguen a la señal radiofónica y aceleran su marcha. La otra continuó por la autopista Atlantic City. En caso de que falle la primera estrategia, harían una encerrona más adelante. Poco tiempo después, encontraron al guardia recién liberado que caminaba por la banquina y en dirección contraria a ellos. Éste, ofuscado, los vio cuando ya era demasiado tarde para ocultarse. Se lamenta no haber recibido ni un miserable disparo que justifique sus errores y sabe que más tarde implorará piedad solo por el hecho de no haber estado atento. Aun es de noche y si hubiera advertido a tiempo las luces de la camioneta, se habría arrojado entre los pastizales, aunque por la señal de radio lo hubieran hallado igual.

La puerta trasera del lado derecho de la Land Rover se abrió para que suba.

Y antes de que alguien le pudiera recriminar algo, gritó...

—Van por la cuarenta y escuché que quieren llegar a Woodstown, pero hay que ir primero a todos los hospitales, porque logré herir a uno de ellos...

Había mentido, burdamente, pero aquel fue su único recurso para seguir con vida. Creyeron en su versión raudamente las dos Land Rover aceleraron para interceptarlos antes de que lleguen a aquel poblado. Ya no disponían de una señal telefónica para seguir. Ni siquiera la de Sally...su teléfono, como el de

todos quienes trabajan en el casino, quedan en sus cofres hasta tanto termine su turno de trabajo. Iban tras ellos a ciegas y saben que solo los aventajan por tan solo unos cuantos minutos, solo que, pronto descubrirían que van por caminos diferentes. Sally se había desviado para cortar camino y retomar el camino inicial, la autopista AC Expressway. Jamás imaginó que el peligro había estado tan cerca. Pero, aun no estaban a salvo; por desviarse y liberar al custodio, habían perdido tiempo precioso y, sin saberlo, los de la tercera camioneta, se les habían adelantado. Solo será cuestión de tiempo para que los intercepten en algún tramo del camino.

John, gracias a las compresas frías, ha logrado reducir la hinchazón de sus ojos y por primera vez, desde que recibió la golpiza, pudo distinguir algo más que sombras enrojecidas. Y es entonces cuando reconoce a quien va sentado en el asiento delantero. No recuerda su nombre, pero sí su rostro. Heriberto casi lo dobla en edad y aunque cursaron juntos muchas materias, nunca tuvieron más afinidad que la que pudieran tener con cualquiera de los otros novecientos estudiantes de la carrera de ingeniería. Es que John, fue un alumno destacado y muchos de sus compañeros, como Heriberto, sabían de él, conocían su nombre y también su fisonomía, pero su popularidad fue más que nada por las cuantiosas e ingeniosas invenciones que registró a su nombre mucho antes de egresar como ingeniero.

Mientras tanto, la noche llega a su fin. El firmamento se tiñe de celeste y sobre el horizonte aparecen los primeros claros. Los carteles del Farley Service Plaza anuncian que, unas pocas millas más adelante, comienza un territorio densamente poblado y con ello se minimizan los riesgos de una emboscada.

Sally ve cada vez más cerca a la libertad y su corazón palpita agradecido; es entonces cuando se relaja y por primera vez desde que emprendieron la huida, gira su cabeza para mirar a John. Él, recostado sobre el asiento trasero, parece dormir, pero su mente está alerta y en constante vigilia. Quizás, haber estado

tan cerca de la muerte le obliga a mantenerse despierto, o tal vez, su mente inquieta le sugiere que el peligro no ha pasado. Debe pensar como ellos... ¿qué haría si estuviera en su lugar? ¿Olvidarlo todo y correr el riesgo de que se sepa que un solo hombre escapó de las garras del león? No, ellos no harían eso...

irían hasta el fin del mundo para vengarse. Y entonces, no sin alguna dificultad para hacerlo, se sentó y procuró mantenerse erguido. Uno de sus ojos aún permanece cerrado por la hinchazón, pero con el otro puede distinguir algunas figuras a la distancia, pero no con suficiente nitidez. Ya no balbucea al hablar, descubrió que hacerlo pausadamente le permite mitigar el dolor que siente en

todos y cada uno de los músculos de su rostro. Pero su tono de voz es bajo. El esfuerzo para tomar aire es demasiado; los puntapiés y los golpes que recibió en el tórax resintieron sus costillas y hasta es posible que alguna de ellas esté fracturada. No obstante, se acerca al oído de Heriberto y le dice...

—Amigo, no recuerdo tu nombre, pero quiero que sepas que estaré en eterna deuda contigo.

—No es necesario, John, estoy seguro que tú hubieras hecho lo mismo por mí...a propósito, Heriberto es mi nombre...

—¡Ja, ja, ja! No, amigo, yo no hubiera salido en tu defensa...eso lo hacen los muy valientes...o los dementes

—Bueno, no haces más que confirmarlo...tú eres un demente...mira que arriesgarte así sin tener ni la más mínima posibilidad de éxito...

—El dispositivo funcionó a las mil maravillas. Ellos nunca lo detectaron...

fui yo quien cometió errores y eso fue lo que me delató. Jamás debí quitármelos...les llamó la atención que lo hiciera y así pudieron saber lo que tramaba.

—¿Tienes un duplicado?

—No, pero si los construí una vez, puedo hacerlo de nuevo... ¿qué tienes en mente? Te aviso que no pienso volver allí, ya tuve suficiente...

—¡Ja, ja, ja! Noo, no tengo nada en mente, pregunté solo por simple

curiosidad...

—¿Alguien puede decirme hacia dónde nos dirigimos?

—Saldremos del estado...solo así estaremos seguros

—Y, ¿la única manera es por esta autopista? ¿No creen que si nos quisieran atrapar lo primero que ellos harán es controlar las vías rápidas?

—No había pensado en eso... ¿tú que dices Sally? — dice Heriberto

—Es probable, pero por aquí tardaremos menos tiempo y cuanto antes lleguemos a la frontera, mejor.

—Creo que al menos deberíamos cambiar de automóvil

—¿Están locos? Toda mi vida deseé tener un Camaro... fue un amor imposible hasta que lo logré. Ahorré dinero por muchos años para poder comprarlo y ahora no lo voy a abandonar...no, me niego a hacerlo.

—Escúchalo Sally, creo que lo que John sugiere tiene coherencia...ellos buscarán a este vehículo, no a otro...

—Ok, ¿y quién de ustedes robará uno? Y, ¿en un vehículo robado como pasamos los controles fronterizos?

—Los controles están apostados justo antes de cruzar el puente...podemos abandonarlo unos metros antes y cruzamos caminando...

—Es buena idea, Heriberto —afirmó John ante la mirada incrédula de Sally que se negaba a abandonar a su gran amor.

Entre ellos había nacido una amistad que duraría, cuando menos, el tiempo que los secuaces de Riglos tardaran en hallarlos. Saben que, si no logran huir de sus garras, la muerte está a un paso, nada más. Nunca pensaron que sería tan rápido. Se habían descuidado y no advirtieron a tiempo que un vehículo de gran porte estaba por sobrepasarlos. Éste había salido del parador de servicios Farley Plaza, por detrás de ellos cuando pasaron por allí. Curiosamente, la autopista está desierta a esta hora y la camioneta se pone a la par e iguala la velocidad del

Camaro...Sally, a duras penas logró mantenerse en su carril cuando los maleantes los embistieron en el costado izquierdo para quitarlos del camino.

Aquel primer impacto había sido intimidatorio, pero el segundo fue con mayor violencia y ya no logró mantenerlo sobre la cinta asfáltica. Dando saltos y barquinazos, a duras penas logró enderezarlo y de repente y como si hubiera sido impelido por una misteriosa fuerza, el vehículo regresó violentamente a la autopista.

—*Acelera, Sally, ellos no nos alcanzarán...este coche es más rápido...*—

gritó John

Sally jamás había conducido más allá de los límites de velocidad permitidos y aunque el terror la invadía, su impericia impedía que reaccionara oprimiendo el pedal del acelerador. Y un nuevo empujón logró su objetivo...el Camaro saltó de la carretera y después de recorrer más de cien metros dando brincos a mansalva, se incrustó entre los arbustos que pueblan las banquetas. Heriberto aún tenía en su poder el arma que le quitó al custodio, pero, aunque conocía las técnicas para disparar jamás lo había hecho. Desde aquella posición, nadie que pasara por la autopista los podría ver; estaban ocultos por la espesa vegetación y eso les jugaba en contra. Vio que la Land Rover regresaba y supo que debía prepararse para repelerlos; bajó del vehículo para parapetarse y así defenderse de un ataque...

—*Sally, John...huyan y ocúltense entre la maleza que yo los cubro desde aquí... pase lo que pase no se dejen ver...*

No habían terminado de bajarse cuando escuchan el primero de una sucesión de disparos que los obligó a arrojar al suelo. Heriberto no gatilló su arma...

creyó prudente aguardar a que ellos estuviesen visibles y confiados para hacerlo.

El truco dio resultado...los dos malvivientes bajaron de la camioneta a cuerpo gentil y caminaban hacia ellos con la solemnidad de los hidalgos en el frente de batalla. Seguramente pensaron que atraparlos solo sería una mera formalidad.

Heriberto los dejó acercarse mientras repasaba mentalmente todo el procedimiento, quitar el seguro, verificar la recámara, seleccionar un objetivo,

apuntar... y fue entonces cuando les disparó dos veces consecutivas. Ninguno de los proyectiles alcanzó a sus cuerpos, de hecho, impactaron tan lejos que nadie escuchó el sordo y acrisolado sonido de los plomos clavándose en la tierra, pero fue suficiente para que aquellos hombres se arrojaran cuerpo a tierra. Sus trajes de fina confección ya no lucían impecables, el fango y el verdín de los herbajes arruinaron la suntuosidad de sus telas. Ambos se miraron sus manos embadurnadas y los maldijeron sin cesar. Al verse sorprendidos no tuvieron oportunidad de ver adónde se tiraban y para su desgracia el lugar estaba absolutamente enlodado. Atrás, en el tiempo, quedaron los gloriosos días del arduo entrenamiento militar al que se sometieron para ingresar en la logia omnipotente a la que pertenecen los custodios de Riglos y, la suciedad de las charcas, habían desaparecido hasta de sus recuerdos. La confusión los interpela y las dudas invaden sus pensamientos; cómo alguien que parecía tan inofensivo se convirtió de súbito en un guerrero enardecido. Ambos, aún sin consultarse, imaginaron que los disparos habían sido intimidatorios; jamás consideraron la posibilidad de que Heriberto hubiera fallado por semejante distancia. Fue entonces que, viéndose en inferioridad numérica, (ellos eran dos y sus oponentes tres) intentaron una salida desesperada...

— *Oigan, tenemos armas largas y ustedes solo dos pistolas (ignoraban que Heriberto solo tiene el arma que le quitó al custodio cuando lo obligó a subir al pent-house) No queremos matarlos, pero lo haremos si insisten con esta locura...*

Heriberto supo de inmediato que intentan amedrentarlos y eso solo ocurre cuando el miedo se ha apoderado de sus almas. No responde y tampoco se deja ver. Si ellos avanzan, los escuchará y entonces será el momento de hacerlo.

Observa hacia atrás, hacia la maleza y sus amigos ya han desaparecido en ella.

De alguna manera se siente en paz...al menos, si lo matan, no habrá sido en vano...dos vidas tienen una oportunidad de salvarse.

Pasan los minutos y los protervos hombres de Riglos comienzan a impacientarse. La espera les estaba produciendo aprensión. El automóvil de los prófugos está a tan solo unos cuantos pasos de distancia; se miran el uno al otro y en el confuso lenguaje de los comandos, ambos se confabulan con señas para iniciar maniobras de rodeo y así sorprenderlos desde ambos flancos. Uno irá por el frente y el otro atacará desde atrás, así, imaginan que sus enemigos quedarán

entre dos fuegos y la acción no debería durar más de unos pocos segundos.

Inician la aproximación y sigilosos como felinos, arrastran sus torsos por el fango, ensuciando sus costosas camisas y blasfemando por ello en el silencio de sus pensamientos. El vehículo ya está al alcance de sus manos entonces se separan y buscan sus puntos de ataque y se aprestan a dar el asalto final. Un silbido imitando a un Turpial de Baltimore será la señal. Y, se abalanzan sobre el lugar donde esperaban hallarlo, pero... el lugar está desierto. Heriberto los había escuchado avanzar, se replegó unos pocos metros y se ocultó entre los matorrales. Desde allí los ve...están muy cerca de su posición, sabe que debe actuar antes de que comprendan que todo ha sido un engaño y en un acto de arrojo, dio un salto y se paró frente a ellos con la intención de darles la voz de alto, pero los nervios y su estómago en ansias, le jugaron una mala pasada...

antes de decir algo, involuntariamente presionó el gatillo y un proyectil salió disparado impactando en el pecho de uno de los facinerosos. Le había partido el corazón en dos...él nunca supo que le había ocurrido, sus ojos permanecieron abiertos todo el tiempo en que tardó en desmoronarse como un cedro en el obraje. Antes de tocar el suelo, estaba muerto. El otro, aún con sorpresa al ver a su compañero caído, apenas si pudo ver el fogonazo de la pistola de Heriberto, cuando salió el disparo que lo alcanzará una fracción de segundo después. Solo sintió cuando la bala desapareció ingresó en su abdomen y lo empujó violentamente hacia atrás obligándolo a flexionarse tanto, que por un ápice no golpeó su rostro con sus propias rodillas.

Heriberto ha quedado atónito, nunca quiso disparar y mucho menos matarlos, pero la tensión nerviosa y su propio riesgo de vida hizo zozobrar todo viso de cordura y gobierno de sus acciones. Los disparos callaron los sonidos de la naturaleza, no se oyen ranas, ni jilgueros, ni las ramas de los árboles cimbrar.

Todo a su alrededor es silencio absoluto...solo escucha un pitido intenso en sus oídos, por efectos del estruendo de las detonaciones. Parado y quieto, con el arma aún en su mano, humeante y caliente, observa los cuerpos arrumbados como si fueran deshechos humanos de poca valía, pero no experimenta ninguna sensación de arrepentimiento, más sí de poderío, de omnipotencia y hasta de placer, no por haberlo hecho, sino por haber evitado su propia muerte. Está abrumado y se siente incapaz de moverse, pero extrañamente, el olor a pólvora quemada, subyuga a sus sentidos y trastoca sus fibras íntimas convirtiéndolo en alguien que ya no teme a la muerte, sino que la domina. Un ruido insignificante

a sus espaldas lo vuelve a la realidad y gira sobre sí con vehemencia y su mano alzada presta para disparar una vez más...

—*¡Sooo, sooo, amigo, que somos nosotros!* — gritó John

—*Qué idiotas, los podría haber matado también... ¿por qué no me advirtieron?*

—*Tranquilo, tranquilo...* — insistió John

—*Déjense de discutir y tratemos de desencajar el coche y huyamos de aquí... los disparos se deben haber escuchado a varias millas a la redonda y la policía no tardará en llegar...* — acotó Sally

—*Sally tiene razón... ¿alguno sabe cómo hacerlo?* — preguntó John mirando fijo a Heriberto como si fuera el único que a estas alturas de las circunstancias puede responder por algo.

Sin decir palabra, Heriberto se acercó a la Land Rover y vio a través de la ventanilla que las llaves de ignición aún estaban en su sitio. Abrió la puerta trasera y extrajo del compartimento del auxilio, una cuerda de arrastre para emergencias. Encendió el motor y acercó la camioneta a la distancia de enganche. Lentamente y en reversa, desencajó el Camaro y puso sus cuatro ruedas sobre terreno firme. Ya estaban listos para continuar su camino. Pero de pronto, uno de los rufianes se quejó levemente...era a quien la bala le había perforado el estómago. Heriberto se acercó, amartilló el arma y apuntó a su cabeza...

—*¡Nooo, por Dios!, ¿qué haces?* —gritó Sally espantada al ver su mirada de asesino.

Él giró su cabeza hacia ella y mirándola fijo, le respondió...

—*Este desgraciado estuvo a punto de matarnos y tú preguntas ¿qué hago?*

—*Sí, eso hago... basta de sangre... ¿no es suficiente ya con la que se ha derramado?... míralo, no creo que sobreviva una hora más*

—*Si sobrevive, hablará y entonces tendremos a toda la policía de los Estados Unidos detrás nuestro, no quiero correr ese riesgo.*

—Heriberto — intercede John — pienso que Sally tiene razón, si lo encuentran no creo que sea con vida...ha perdido mucha sangre y aunque así sea, sería un milagro que pueda hablar...

—Para ustedes es muy fácil decirlo porque nadie vio sus rostros y tampoco se enfrentaron a la muerte como yo...y no los culpo, pero por favor permítanme cuidar mi pellejo...soy extranjero y desde ahora un extranjero que mató a un estadounidense, ¿alguno de ustedes puede imaginarse que me ocurrirá si me atrapan?

Ni John ni Sally dijeron nada, lo que Heriberto dice tiene más sentido del que estén dispuestos a aceptar. Ambos subieron al Camaro y aguardaron a que

Heriberto concluyera con aquella abominable tarea. Sally ya no quiere conducir y ha dejado libre el asiento de la izquierda. Se tapa los oídos con ambas manos y agacha su cabeza, no quiere escuchar las detonaciones ni presenciar otro homicidio. Pero, nunca escuchó nada.

En eso, la puerta de la izquierda se abre y Heriberto se ubicó en el sitio del conductor, giró la llave de encendido y arrancó. Retoma la marcha por la autopista y sin mirar atrás conduce sin exceder los límites de velocidad, aunque su pie derecho lo incita a oprimir el acelerador hasta el límite de su potencia. De acuerdo con sus cálculos cruzarían el río Delaware en cuarenta minutos.

Ninguno habla y en el habitáculo del coche, solo se escucha el atronador rugido del motor; tampoco se miran entre si y a excepción de Heriberto que lleva la vista fija en la cinta asfáltica, tanto Sally como John simulan observar el paisaje que velozmente dejan atrás.

*— No lo rematé, si eso les preocupa... falleció antes de que pudiera hacerlo...
—remarcó Heriberto antes de que ellos pudieran preguntar algo al respecto.*

—¿Qué haremos con el arma? — preguntó Sally

— Le quité mis huellas y la coloqué en la mano derecha de uno de ellos.

Antes de eso, también fijé las huellas del otro. Sé que la policía no se tragará el engaño, pero al menos los confundirá un buen rato, el necesario para podamos subir a un avión que nos lleve lejos de aquí. Yo regreso a la Argentina...

¿alguien me sigue?

—Y ¿qué haríamos allá? No hablamos español y tampoco conocemos sus costumbres. No, gracias, pero yo vuelvo a California...y, ¿tú Sally?

—Venderé el coche y quizás vaya a casa de mi hermana, en New York.

Dejaré que pase un tiempo prudencial y luego tal vez vaya a visitarte... el sol de California me sienta muy bien (y entonces lo mira a los ojos y le hace un guiño).

— Alguno de ustedes conoce un lugar seguro en Filadelfia, lo necesitaremos al menos por esta noche. —preguntó John. Está claro que no quiere separarse de ella sin antes tener una nueva noche de júbilo y placer. El guiño que le había hecho antes, despertó su instinto sicalíptico y sus jóvenes hormonas entraron en ebullición.

Ninguno respondió y continuaron el camino en el más absoluto silencio imbuidos en sus pensamientos dispares. Ni Heriberto, ni Sally ni John parecen demasiados consternados por los que acaban de vivir hace tan solo unos pocos minutos atrás. De hecho, actúan como si aquello no les hubiera afectado, ni siquiera suponen que esto no ha acabado.

Sally, imagina su futuro buscando un trabajo en la gran manzana, al resguardo del silencio obligado de su hermana Susan. Ella había sido detenida por posesión indebida de estupefacientes cuando era estudiante de medicina y desde entonces su familia no le habla, la desterraron sin siquiera escuchar sus excusas a las que ella consideraba, por entonces, justificativos de su accionar.

John, en cambio, imagina como perfeccionar su invención y hallar, entonces, donde aplicar sus beneficios en pro de agigantar su situación económica, que, por cierto, es deleznable.

Heriberto, por primera vez se siente hombre de verdad, valiente y decidido, pero en el fondo de sus fueros internos, sabe que eso es solo un gran espejismo.

Es tan valiente como los valientes que necesitan de un arma para ocultar su cobardía infinita. No obstante, disfruta de ese momento, percibe que, si ha sido capaz de algo tan trascendente, quizás lo sea para algo más grande, más importante, donde el riesgo sea mayor, pero en directa relación con la recompensa. Entonces, una idea le cruzó por la mente...

—John, dime...esa cosa que tenías en tus gafas, ¿para qué sirve exactamente?

—A través de ellas podía ver las cartas aun cuando estuvieran invertidas...

mediante el ultrasonido puedo distinguir los distintos componentes y entre ellos la tinta con que fueron impresos sus números...

—Y ¿puedes modificarlas?

—Puedo moverlas apenas y hasta quizás modificar los trazos de su numeración, de las ilustraciones y los grabados, si los tuvieran ...

—John, ¿puedes reconstruir ese mecanismo?

—Sí, claro que puedo...soy quien lo diseñó, ¿lo recuerdas?

—Creo que tú y yo podríamos asociarnos y trabajar juntos en una idea que anda rondando mi cabeza desde mucho tiempo...

—Y, ¿de cuánto dinero estamos hablando?

—¿Cuánto pensabas recaudar en el casino?

—Al cabo de unos meses...unos cuantos miles

—Con mi plan, y al cabo de unos meses, unos cuantos millones de dólares

¿te interesa?

—Millones, ¿dijiste?

—Sí, millones dije

—Y tú ¿qué crees? ¡Ja, ja, ja!... claro que me interesa... ¿a quién debemos matar? Ja, ja, ja

—A nadie... ¿sigues pensando en regresar a la costa oeste?

—Oigan, por si no se dieron cuenta, estoy desocupada... ¿hay algún trabajito para mí? —preguntó Sally sin entender de qué diablos estaban hablando sus compañeros de huida. John fue quien respondió y lo hizo con una pregunta...

—Linda, aparte de hacer el amor extraordinariamente bien, ¿qué otra cosa sabes hacer? Ja, ja, ja...

—¿Es necesario saber algo más?

—Uau, noo...por mí está bien, que digo, está muy, muy bien...pero mi amigo Heriberto, ¿qué gana con eso?

—Mmmmh, no sé...pero...

—Pero ¿qué?

—Pero, quizás cuando nos detengamos y hallemos un lugar donde hospedarnos...entre los tres lo podamos averiguar ¿qué me dicen? —Concluyó Sally ensayando su pose más sexy y provocadora...

... (silencio)

... (silencio)

La respuesta de Sally, aunque deseada por ellos en sus fueros íntimos, distaba una infinidad de lo que imaginaban que respondiera; quedaron sorprendidos, en silencio y observándose en sus reacciones, pero ninguno se atrevía a decir nada, hasta que de pronto y divertidos por lo absurdo de la situación, estallaron en una ruidosa carcajada.

CAPÍTULO X

El Airbus A320 de Delta Airlines se columpia en el aire con algunos cabeceos repentinos y pone a prueba los nervios de los doscientos cinco pasajeros que se aferran a los apoyabrazos de sus butacas mientras ruegan en silencio que el vuelo DL 1669 aterrice pronto en el aeropuerto internacional de Miami. El huracán Matthew ha desviado su curso, pero dejó a su paso fuertes ráfagas de viento que sacuden al avión como si fuera una simple hoja de parra cayendo en el otoño. Sally se sostiene con ambas manos mientras que Heriberto y John procuran darle ánimos, aunque poco pueden disimular su propio pavor.

Atrás, y en tierra, han quedado sus ínfulas de gallardía, pero por sus propios preceptos jamás exhibirán sus temores enfrente de una mujer. La aeronave se aproxima a tierra en medio de sacudones y crujidos espeluznantes que arrancan

alaridos y llantos entre el pasaje. El avión a menudo se aparta del eje imaginario de la pista cada vez que una ráfaga lo castiga desde uno de sus laterales, pero la presión justa a los pedales del timón de cola y el Comandante Richard Mirrow endereza la máquina y la vuelve a su curso de aproximación. Este será su segundo intento. El primero fue sobre la pista 27 y ahora probará suerte sobre la 30. El altímetro indica 1900 pies y el velocímetro 157 knots y ambos parámetros descienden proporcionalmente a medida que se acercan a la cabecera de pista.

Este es el último intento antes de buscar un aeropuerto de alternativa. Pero de pronto, y justo antes de tocar suelo, una calma imprevista sorprendió al piloto que hubo de recurrir a toda su pericia para evitar salir disparado fuera de la pista.

La máquina tocó tierra bruscamente y rebotó dando dos brincos seguidos hasta que se estabilizó. Fue entonces cuando Mirrow aplicó la reversa y toda la potencia de sus motores. El rugir de las poderosas turbinas Pratt & Whitney ahogó los sollozos que algunos viajeros no lograron evitar ante la fuerte sacudida de los reactores cuando se posaron en tierra. Unos segundos después, y cuando la nave rodaba pacíficamente hacia el lugar asignado para su detención, todo el pasaje estalló en un aplauso cerrado acompañado de gritos de júbilo, algunos agradecidos con el comandante y otros con los dioses de sus propias creencias.

Muchos de ellos, cuando el avión se sacudió en el aire, creyeron que el momento de verse las caras con el supremo había llegado, pero esta vez ambos postergarán su cita. El avión se ha detenido y apagó sus motores.

En silencio, pero intercambiando miradas cómplices, Heriberto, John y Sally bajan sus bolsos desde los portaequipajes y aguardan a que se despeje el pasillo para descender. Aún no se han abierto las escotillas del avión y los pasajeros se apiñan impacientes a escasos centímetros de las aeromozas que continuamente solicitan espacio para poder realizar las maniobras de apertura de la cabina. El nerviosismo provocado por el accidentado vuelo se manifiesta en los silbidos de algunos pasajeros que desde las filas del fondo increpan a la tripulación por la demora. El huracán ya pasó, pero afuera, la ciudad, se debate en medio de una tormenta tropical de gran envergadura y el tránsito es, a esta hora, un verdadero caos. Heriberto se inclina para ver a través de los cristales y observa con preocupación el vendaval con lluvia y granizo que azota al aeropuerto. Adentro, en el área de arribos internacionales y en primera fila, los aguarda el holandés, que impaciente observa su reloj pulsera con insistencia. Es que sabe que los minutos cuentan y son escasos. Estira su cuello como si así pudiera verlos con

mayor facilidad. Por fin, y entremedio de la muchedumbre, los divisa aguardando recibir sus maletas en el distribuidor de equipaje que gira incesantemente. Ninguno de ellos ha notado aún su presencia allí, a pesar de sus esforzadas señales para que se apresuren. De pronto, fue Sally quien lo vio, pero al no reconocerlo, le restó importancia, solo sonrió e hizo un comentario burlón sobre él. Pero Heriberto la escuchó y miró hacia allí y entonces, su sonrisa desapareció para convertirse en una mueca de preocupación...el holandés jamás haría algo semejante si no hubiera un motivo suficientemente importante que lo justifique. Todos sus sentidos se alinearon en alerta y sin mediar palabra conminó a sus socios a que lo sigan. Sally quiso esperar su maleta, pero Heriberto la tomó del brazo y disimuladamente la arrastró consigo. Ella insinuó una protesta, pero el gesto adusto en el rostro de Heriberto la persuadió y se dejó llevar.

Uno de los guardias vio como salían del sector sin portar ningún equipaje y los detuvo para preguntarles si lo habían extraviado... fue John quien respondió ante el nerviosismo evidente de Heriberto...

—Sí, ahora haremos el trámite en la ventanilla de reclamos de la aerolínea...

¡muchas gracias por su preocupación, señor!

El guardia los miró extrañado, pero al cabo de unos segundos se apartó de su camino y les cedió el paso.

Cruzaron las puertas vidriadas y fueron al encuentro del holandés quien, sin perder tiempo, entregó a cada uno bolsas de papel con estampados de marcas conocidas, mientras que por lo bajo les dijo...

—Apúrense, alguien del FBI viene hacia aquí para arrestarlos. En estas bolsas hay distintos atuendos y algo más. Son disfraces. Es la única alternativa que tienen de salir de aquí. Apresúrense y luego salgan por separado hasta la salida del estacionamiento. Allí los recogeré. Buscan a dos hombres y una mujer, bajo ninguna circunstancia deben mirarse o juntarse. Por aquel sector están los sanitarios... y, por favor, no pierdan tiempos con nimiedades... nos urge salir de aquí.

Sally abrió su bolsa y se encontró con un par de gafas recetadas, un par de bigotes postizos y prendas de moda rastafari de hombre. Su larga cabellera la ocultó debajo de una colorida gorra Tam de punto. Se quitó el maquillaje, se

cruzó un bolso de lana en bandolera y salió del escusado rápidamente. Solo un vistazo en el espejo antes de abrir la puerta y se convenció de que era un jamaquino hecho y derecho. Ahora solo debía caminar como uno de ellos y evitar miradas suspicaces.

Heriberto, se rasuró la cabeza y sobre las mejillas adhirió una barba densa y poblada, esmerándose en darle un aspecto desaliñado con la punta de sus dedos.

Se vistió con una remera blanca y un par de jeans vaqueros y sobre su testa, un sombrero de Fedora que halló plegado en medio de las ropas.

John, en cambio, adoptó una imagen de músico de rock, con una larga peluca rubia, una campera de cuero negra y gafas wayfarers.

Mientras tanto, en el Flamingo Parking, el holandés aguarda en su Pontiac Bonneville, con el motor encendido y presto para huir velozmente justo en el momento en que aparezcan Sally, Heriberto y John.

Sally, alcanzó la salida sin cruzarse con ningún policía ni agente de seguridad y en unos cuantos minutos estaba subiendo al auto del holandés. John, había exagerado su papel y algunos viajeros creyeron identificar a su ídolo y lo detenían para solicitarle una fotografía en selfie. No puede negarse, al menos si pretende no llamar la atención de quienes los buscan. Saludó efusivamente a sus

“admiradores” y apuró su paso hacia la salida. En el camino se cruzó con dos hombres de negro y gafas con montura de carey e imaginó que serían quienes vinieron tras sus pasos; ninguno de ellos se percató del engaño. En cambio, Heriberto, quien más comprometido estaba por la muerte de los dos hombres de Riglos, tuvo un percance al inclinarse a recoger un papel que una regordeta mujer había dejado caer por un descuido; su sombrero se resbaló de su cabeza recién rapada y cayó al piso dejando al descubierto una calva blanca que evidenciaba su muy reciente afeitada. Ese detalle no escapó de la vista de un hombre que simulaba leer un periódico apoyando sus espaldas y también la suela

de su lustroso calzado sobre una columna a escasos metros de la puerta de salida.

Al verlo, el hombre, sin hacer ningún ademán, plegó el periódico y lo trabó debajo de su axila derecha y se encaminó lenta pero decididamente hacia él.

Heriberto no había advertido este movimiento y para cuando lo hizo, el

misterioso hombre estaba frente a él y mirándolo fijo sin sonreír, sin demostrar emociones y tampoco amenazas...

—¿Heriberto Salomón? —preguntó sin inmutarse, pero con una mirada tan fría que helaría un océano solo con un parpadeo.

—No...noo —titubeó Heriberto

—¡Vamos, no es necesario actuar conmigo! —interrumpió y luego concluyó

— venga conmigo...el holandés lo aguarda afuera... —y sin esperar respuesta giró sobre sí y comienza a caminar lentamente hacia la puerta que da al exterior del aeropuerto. No lo mira y no parece prestarle demasiada atención, más sus oídos están atentos a los pasos que detrás suyo debe escuchar. Heriberto duda, pero este hombre sabe del holandés y ese dato solo lo conocían él y el mismo holandés. Algo anda mal, pensó, pero había demasiadas coincidencias y optó por obedecer sus instrucciones. Se calzó el sombrero, alisó su barba con las palmas de sus manos y apuró el paso hasta ubicarse a su lado.

Pero, en seguida, una luz de alarma se encendió en su cabeza...el holandés había dicho que los esperaba en el estacionamiento y ellos caminan en dirección contraria. *Algo anda mal aquí*, pensó, pero no se delataría ante este misterioso hombre. Esperó el momento propicio y con un movimiento calculado se escabulló entre el gentío y corrió hacia el aparcamiento. Su corazón palpitaba fuerte y sumamente agitado cruzó la línea que divide al predio del Flamingo Parking y, entonces, a la distancia divisó el Pontiac azul del holandés que marchaba lento hacia la salida. No podía gritarle y tampoco evidenciarse haciendo señas; con el último aliento corrió tras él aprovechando que el vehículo aún está en zona donde la velocidad máxima no debe superar las seis millas por hora. Aun así, recién lo alcanzó cuando el coche subía la explanada y se estacionó en las afueras del aeropuerto y grande fue su sorpresa cuando vio al misterioso hombre salir por una de las puertas vidriadas del edificio. Heriberto midió la distancia que lo separaba del automóvil y corrió hacia él y subió intempestivamente...

—¡Vamos, acelera! —gritó mirando al holandés

—¡Tranquilo, tranquilo! —respondió él

—¡Apúrate, maldita sea, que aquél tipo me interceptó y a duras penas logré huir

de él! —dijo al borde de la desesperación mientras señala en dirección del hombre de los zapatos lustrados que se aproxima al vehículo sin apuro aparente.

El holandés, sin inmutarse, hace una mueca que parece una sonrisa. Él jamás sonrío, solo hace esa mueca. Pero no arranca, de hecho, parece esperar a que el misterioso hombre los alcance. De pronto, la puerta trasera izquierda se abre y el hombre se acomoda al lado de Sally y sin decir palabra alguna golpea suavemente el hombro del holandés para indicarle que arranque. Heriberto, estupefacto, no comprende que es lo que está sucediendo, hasta que...

—Heriberto, señora desconocida, señor desconocido... les presento a Frank Troncoso... Frank Troncoso, te presento a Heriberto, a la señora desconocida y al señor desconocido.

—Es un placer, soy Sally... —dijo ella sonriente y le da la mano

—Lo mismo digo, soy John... —acotó John

—¡holandés, eres un idiota...debiste advertirme!

—No hubo tiempo.

Troncoso, solo se limitó a mirar por la ventanilla, no sonrío y ni dice nada.

Heriberto no lo saludó y tampoco se disculpó con él, más a Troncoso no le extraña, sabía, por comentarios del holandés, sobre el escaso humor de Heriberto Salomón. Durante todo el trayecto se mantuvo en silencio, solo los observaba cuando alguno de ellos decía algo...

—holandés, ¿por qué diablos nos fue a buscar el FBI? — preguntó extrañado Heriberto

—No los busca el FBI, solo un par de ex agentes amigos de Riglos que suelen hacer estos trabajitos aprovechando la estructura y los contactos que aún les quedan adentro del bureau. Por eso es que ellos no notificaron a inmigraciones del aeropuerto. Si fuera el FBI en pleno, ustedes hubieran sido detenidos antes de bajar del avión y por suerte estos dos quedaron demorados por el intenso tránsito en la autopista.

—¿Y tú, como supiste eso?

—Te presento a Frank Troncoso, ex agente de Inteligencia y real inspector del FBI.

—Ah, comprendo... y, ¿qué pasará con nuestro equipaje? Si lo encuentran sabrán de nosotros...

—Amigo mío, pareciera que no me conoces... sabes bien que muchas personas me deben favores... sus valijas ya están en camino de mi casa, no se preocupen.

—El Holandés lo mira, le sonríe y casi imperceptiblemente acaricia su mano, detalle que no escapó a la vista de Sally que disimuladamente sonrió para sus adentros. Vaya sorpresa —pensó— ahora comprendo por qué se

comportó así esa noche en Filadelfia.

Solo habían transcurrido un par de días desde aquello...

Luego de la emboscada y no bien cruzaron el Río Delaware, Heriberto, Sally y John buscaron un hotel discreto donde hospedarse. Para economizar sus divisas, los tres compartieron un mismo cuarto. La noche los atrapó temprano y el saberse a salvo fue la excusa ideal para dar cuenta de una botella de brandy que poco antes habían adquirido en una gasolinera. Más tarde y cuando esta se acabó, John decidió salir en busca de otra. Sally y Heriberto quedaron en la habitación, solos y algo ebrios; pronto comenzaron un tosco juego de arrumacos que fueron incrementando su intensidad poco a poco. Se reían por cualquier tontería y cualquier motivo era bueno para tocarse, primero en sus manos, después sus rostros y por momentos fingían equivocarse y rozaban sus partes púdicas. John tardaba en regresar y Sally comenzó a desnudarse como parte de un juego sin sentido. Pronto, pretendió hacer lo mismo con Heriberto, que en un primer momento se resistió; después de todo ella era la amante de John y si él regresaba los atraparía infraganti, algo que él pretendía evitar. A pesar de su embriaguez, aún intenta respetar esos códigos que solo hay entre amigos verdaderos. Pero Sally sabía muy bien como doblegar la renuencia de un hombre; pronto Heriberto se dejó llevar por su propio impulso sexual. Primero con cierta timidez y más tarde, ante el beneplácito de ella, liberó toda su faceta sicalíptica y estimulado por la promiscuidad que ella alentaba, la ató a la cabecera de la cama desde las muñecas y comenzó a someterla con sadismo a prácticas sodomíticas que ella, increíblemente parecía disfrutar. Quizás por esa

misma razón, él desistió rápidamente de continuar con el juego y se apartó de imprevisto. Es entonces cuando desata sus manos y ante la incredulidad de la mujer, la incita a autosatisfacerse. John, que había regresado, presenció en silencio parte de la escena que insospechadamente lo excitó de sobremanera y entonces se abalanzó sobre ella como un tigre sobre su presa ante el solaz de impudicia que esta libídine mujer ofrece y sin contemplar la posibilidad de alguna resistencia, la subordina a sus más bajos instintos. Heriberto, apartado y desde un rincón, disfruta de lo que ve, pero su atención está dirigida más al placer de John que al de ella.

CAPÍTULO XI

El sol castiga con furia los ventanales vidriados del apartamento del holandés. Miami se ha poblado de turistas que arribaron a la ciudad para disfrutar de sus placeres. Habían pasado dos días desde que arribaron a la ciudad y el encierro y la monotonía habían hecho mella en el humor de todos. Todos sabían que, al menos por un tiempo debían permanecer ocultos hasta tanto se disiparan los riesgos de ser descubiertos por los hombres de Riglos. La convivencia se había deteriorado y el maltrato entre ellos era ya muy evidente. A excepción de Sally que ignoraba los detalles de lo que allí se estaba cocinando.

Ella mantenía los buenos modales y procuraba animarlos con su conversación

—Dime holandés, ¿cuál es tu verdadero nombre? —preguntó intrigada El holandés la miró, sonrió y continuó con su lectura ignorando por completo su pregunta. John, a su vez, molesto por la soberbia de aquel hombre, acotó...

—Creo que Sally tiene razón... Si vamos a trabajar juntos creo que al menos deberíamos conocer tu nombre. Corres con ventaja porque ya conoces el nuestro y no es justo para nosotros.

El holandés volvió a repetir el mismo gesto y esto despertó la furia del joven John, que saltó sobre él y amenazante le recriminó...

—Sabes viejo, no me gusta tu actitud y si no quieres caer desde estas alturas será mejor que respondas a lo que te preguntamos, ¿me entendiste? —dijo confiado en la fortaleza de sus músculos torneados. Necesitaba demostrar su hombría y más aún en presencia de su amante.

Con su cara a escasos centímetros de distancia, intentaba amedrentarlo, pero

había algo en aquel hombre que lo inquietaba... lejos de sentirse atemorizado, sonreía y su sonrisa despaciosamente se convirtió en una mueca maliciosa. John oteó rápidamente a su alrededor y vio que Heriberto los observaba desde un sillón sin inmutarse, lo mismo que Troncoso, el ex agente de inteligencia. Sally, en cambio, lo hacía con orgullo... aquel joven había salido en su defensa y de alguna manera eso la excitaba. Pero, de pronto su rostro fue cambiando y una expresión de terror reemplazó al gozo. Pronto supo por qué... algo frío y duro se apoyó sobre sus costillas... era un 357 Magnum, quizás el arma más temida del mercado, capaz de tumbar a un elefante, según cuentan las fábulas callejeras. El holandés continuaba sonriendo y en el más absoluto silencio. John comprendió

que debía rever su actitud y de inmediato aflojó la presión de sus manos sobre el cuello del hombre y se alejó muy lentamente. Por fin, el holandés habló...

—*Chico, creo que no será necesario decirte que si quieres trabajar conmigo lo primero que debes aprender son modales...*

—*¡Sí... ssí, señor!* —*Titubeó John sin saber que más decir ni hacer.*

—*Ven, acompáñame...* —dijo el holandés que lo tomó por el brazo, abrió la puerta corrediza y lo condujo con firmeza hasta al enorme y apaisado balcón.

John, temeroso, quiso ofrecer alguna resistencia, pero comprendió que, dada las circunstancias eso era una verdadera estupidez y Sally, sollozando, imploró para impedir que salieran al exterior, pero Troncoso la sujetó desde la cintura.

—*¡Acércate, amigo mío!* — le dijo con exagerado sarcasmo el holandés mientras lo obligaba a asomarse al vacío desde la baranda —*observa bien allá abajo... ¿ves la piscina?*

—*Sí, señor...* —respondió temeroso John

—*Ok, desde aquí son unos treinta metros... ¡salta!*

—*¿Qué? ¿Están locos ustedes?* —gritó Sally al borde de un soponcio El holandés insistió...

—*¡Salta, y si tienes suerte de sobrevivir, entonces me habrás demostrado que eres un verdadero hombre y te respetaré!*

John, aturdido por su situación, intenta dilucidar qué es lo que el hombre pretende. Él está allí porque es parte de una operación donde su invento es de vital importancia, si muere todo quedará en la nada. Su mente recorre a velocidad inusitada las distintas probabilidades y al mismo tiempo calcula cómo realizar el salto. En la universidad estuvo en el equipo de clavados y aunque su record fue solo de diez metros, supuso que, para saltar desde treinta, las técnicas serían similares y solo debería caer de pies. Piensa que, si logra hacerlo con éxito, su posición dentro de la organización sería privilegiada. Pero, la prudencia es buena consejera y además no está dispuesto a arriesgar su vida tan inútilmente. Y entonces, en un acto de arrojo personal, se quita la camisa y también los pantalones. El holandés y Troncoso lo observan con incredulidad y creen que está simulando una bravuconada, pero cuando sube a la barandilla y se para sobre ella, comprendieron que no. Fue Heriberto, quien dio un salto desde el sillón y corrió para abrazarlo desde la cintura y detenerlo.

—*¿Estás loco, muchacho?* — le espetó con enojo

—*¿En verdad ibas a saltar?* — preguntó asombrado el holandés

—*Es lo que querías, ¿no?* —respondió John sin inmutarse

—*Van Der Horst...* — dijo por lo bajo el holandés mirándolo fijo con cierta admiración

—*Perdón, pero no escuché que dijiste...* — insinuó en pregunta John

—*Eric Van Der Horst, es mi nombre. ¡Vaya muchacho, estás más chiflado de lo que creí, pero te has ganado mi admiración! ¡Y tú también, mujer! En una situación tan límite, ninguna hubiera hecho lo que tu hiciste; si otro fuera yo, en este momento estarías volando hacia abajo y rogando embocar a la piscina.*

—*Bueno, bueno, bueno, ahora que ya hemos aclarado quien es macho y quien no, ¿por qué no nos ponemos a trabajar?* — Interrumpió Heriberto La puerta vidriada se cerró detrás de ellos y Sally acompañó a John hasta uno de los dormitorios. El momento había sido demasiado tenso y necesitaban distenderse por unos momentos. Cuando hubo cerrado la puerta, se acercó a él y en voz baja le dijo...

—*¡Diablos John, nunca pensé que fueras tan valiente! Quizás deba*

recompensarte de alguna manera, ¿verdad? — Y lo miró a los ojos mientras bajaba su mano hasta su cintura y acariciaba la hebilla del cinturón aguardando una respuesta que diera luz verde para la acción

—¿Valiente? Ja, Ja, Ja, ¿en verdad creíste que iba a saltar?

—Oh vamos, no quieras parecer un hombre humilde conmigo

—Sally, escúchame... jamás iba a hacerlo... ¿me crees tan desquiciado?

Ellos querían saber hasta donde era capaz de arriesgarme y solo les di la respuesta que necesitaban. Sin mí no pueden llevar a cabo el proyecto y nunca iban a permitir que arriesgara mi vida. El holandés estaba demasiado cerca de mí y la única explicación para ello es que, estaba allí para evitar que me arrojara al vacío a último momento. Pero, ¿qué fue eso que dijiste sobre una compensación?

Sally, lo observa con ojos de admiración y también odio, y entonces responde...

—¡Vete al demonio, estúpido! ¡Eres un embustero, no sabes cuánto me asusté!

— Y salió de la habitación dando un portazo detrás suyo.

En el comedor y alrededor de la mesa, estaban los tres hombres observando planos, haciendo cálculos y ultimando detalles del plan que los había convocado.

Pero el portazo que escucharon fue tan estruendoso que por un momento todos callaron; vieron salir a aquella mujer, con sus ojos enrojecidos, brillosos, caminando aprisa para dejarse caer, ofuscada, sobre uno de los sillones del living. Los hombres se miraron entre sí, se encogieron de hombros y continuaron con sus ocupaciones. Era evidente que la pareja había mantenido una discusión y todos coincidieron en silencio que, en esos casos, lo mejor es dejar que las cosas

decanten por sí solas. Ignoraron su presencia y eso fue un verdadero detonante para que su enojo se traslade también hacia ellos.

—¡John! —gritó Heriberto — *ven aquí, muchacho que debemos tomar decisiones...*

John, abrochándose el último botón de su camisa caminó lento pero decidido hasta el sillón donde se había arrumbado Sally, se inclinó sobre su rostro y la

besó en la mejilla. Fue una caricia suave y colmada de pasión que solo ella pudo percibir. No hubo palabras, solo eso, un gesto. Ella cerró sus ojos y se acurrucó contra el respaldo abrazando sus rodillas desnudas y apretujándolas sobre su pecho. El fuego interno se había encendido y el paroxismo amoroso era ya una promesa. En su íntima introspección, sonrió complacida. Él se incorporó y fue al encuentro de los hombres. El murmullo de las discusiones por momentos elevaba su volumen, tanto que parecía un tumulto callejero. Se oían risas, palabrotas, y por momentos se volvían silencio. Sally no escuchaba nada de aquello, ella no participaba de esas acciones. Sus pensamientos eran otros, en ellos también había risas, quizás alguna palabrota, pero lo que más se oía eran sus gemidos, eran sueños y ofrendas de placer. Para ella, luego todo se oscureció y el silencio fue más silencio, el bullicio mengua su intensidad hasta desaparecer y más tarde la calma, la calma total, absoluta... se ha dormido.

— *Ok, repasemos todo el plan una vez más* —dijo Heriberto

CAPITULO XII

Años atrás, Heriberto supo de una historia que lo inspiró para idear esta aventura que ya, desde su concepción, persigue un solo objetivo: el timo.

Corría el año 1911 cuando el Marqués Miguel Valfierno, con título nobiliario de dudosa legitimidad, hubo de idear un plan para recuperar la fortuna que había dilapidado, como tantos otros, de manera absolutamente irresponsable, con viajes interminables a destinos exóticos, fiestas extravagantemente opulentas con invitados que se jactaban de su verbosidad ampulosa, con palacetes por doquier y lujos disparatados e innecesarios. Hijo de un hacendado argentino que dejó en herencia cuantiosas propiedades agropecuarias que muy pronto se vieron desaparecer en manos de este despilfarrador consuetudinario. Adicto a la fanfarronería y con ínfulas de bon vivant, pronto terminó en la más absoluta ruina. Fue entonces cuando pensó en robar a La Gioconda para recuperar su status de lujos y excentricidades. Pero, a sus casi sesenta años de edad, tanto la idea de trabajar (algo que jamás había hecho) como de arriesgarse en una aventura tan expuesta, escapaba de sus posibilidades. Fue en una de sus largas noches parisinas cuando supo de las ventajas de hacerse acompañar su apellido con el improbable título de Marqués. Eso le permitió rodearse de nobles reales, empresarios poderosos, mujeres hermosas, pero también de borrachos y malandras de toda índole. Así fue que apareció en su vida Ives Chaudrón, un falsificador de cuadros excepcional, tanto que en los corrillos de las galerías se

decía que un cuadro suyo era tan perfecto que hasta un experto era incapaz de notar diferencias con el original. Lo convenció de trabajar para él y con las escasas divisas que aún le quedaban, recluyó a Chaudrón en una casona de campo y lo rodeó de todas las comodidades que aquel le exigió. A cambio, el falsificador debía hacer seis copias de La Mona Lisa. Pero aún faltaba encontrar a quien completara su fantástico plan. Semanas tras semanas ingresó en cuanto bar nocturno cruzó por su camino y aunque todavía no sabía qué ni a quién buscaba, confiaba en su buena suerte y en su capacidad para ver más allá de lo que los demás podían. Noches enteras, borracheras mediante, compartió jaranas con todos los parroquianos que, como él, eran habitués a esos lugares. Poco tiempo le llevó hacerse famoso por sus relatos sobre historias fantásticas e increíbles y también de aventuras de dudosa comprobación, hasta que por fin

conoció a quien tanto había buscado... Vincenzo Peruggia, un italiano que trabajaba en el sector de mantenimiento del Museo del Louvre. El alcohol y la simpatía de Valfierno lograron ganarse su confianza y de ahí en más compartieron muchas veladas nocturnas entre anécdotas mediterráneas y tristes añoranzas de sus pasados italianos. En realidad, Valfierno nada tenía de italiano, pero su verborragia convenció a Peruggia de sus orígenes y también de que el famoso cuadro que le fue encargado a Leonardo Da Vinci por Francesco del Giocondo, debía retornar a Italia, de donde jamás tenía que haber salido.

Valfierno, extremadamente perspicaz como era, supo captar de inmediato los valores patrios de Peruggia y aprovechándose de su ignorancia lo instó a cometer el robo aseverando que esa acción era reivindicatoria del honor de los peninsulares, porque, según su versión, ellos y solo ellos eran los legítimos dueños de las obras de Leonardo Da Vinci robadas por Francia en la época del Rey Francisco I. No tuvo ningún reparo en mentirle, obviando por supuesto, a las versiones que indicaban que, en realidad, Leonardo, harto de sus fracasos para vender sus pinturas en Italia, había decidido emigrar a Francia donde logró hacerse de algunos dineros que lo ayudaron a sobrevivir.

Pero la elocuencia de Valfierno convenció a Peruggia y unos días después quitó el cuadro de sus anclajes y dejó el espacio vacío entre las obras de Corregio y Tiziano que infructuosamente custodiaban a la dama de la sonrisa enigmática como escoltas de su gloria y únicos testigos de su desventura.

Valfierno ya tenía lo que quería, que los periódicos llenaran sus portadas con la noticia de que el cuadro más famoso había sido robado; ahora solo debía reunir a

un puñado de inescrupulosos coleccionistas de América y venderles “el original” que antes, Chadrón había pintado. De la noche a la mañana, Valfierno se había vuelto millonario y disfrutó cada uno de sus millones hasta que, en 1931

la muerte lo sorprendió.

Heriberto Salomón se había obsesionado tanto con esta historia que se proyectó en ella y quiso emularla. Pero a diferencia de aquellas épocas, hoy las galerías de arte cuentan con sofisticados elementos de seguridad que hacen casi imposible salir indemne de ellas con un lienzo bajo el brazo. No obstante, el plan de Valfierno lo había inspirado y confiaba en poder aggiornarlo a los tiempos que corren. Sus víctimas no serían ni las galerías de arte ni los propietarios de las pinturas sino las compañías de seguros que estos habían contratado. Salomón, seleccionó a todas las obras que poseían seguros multimillonarios y luego desechó aquellas cuyas técnicas fueran demasiado complejas de copiar. Eso minimizaría las posibilidades de un error que arruinara toda la operación. Nada

debía fallar... una sola equivocación y quedaría en evidencia.

CAPÍTULO XIII

1

En Buenos Aires el calor continúa arreciando, el termómetro marca ya 36° C

a la sombra y hasta las cucarachas buscan refugio en el fresco detrás de los socalos. La humedad de ambiente ha llegado a valores alarmantes y respirar se hace extremadamente difícil, el aire caliente quema los pulmones y las ropas se adhieren a las pieles provocando a las personas y midiendo su resistencia al malhumor. Algunos logran hacerlo y a otros sirve como excusa para liberar sus odios y desencantos.

Mientras tanto, en la vieja casona de la Recoleta, Eric el holandés da las últimas pinceladas a la Mujer con Sombrilla. Nadie, sea o no un experto en arte, podría distinguir una sola diferencia entre esta pintura y la fotografía del original que sirvió de modelo. Anteriormente, Heriberto había captado en imágenes con altísima resolución a cada una de las obras originales que sirvieron como modelo para el trabajo del holandés. No hubo detalle sin cuidar, desde el largo de los trazos hasta la textura de los óleos, la mezcla exacta de colores y hasta los pigmentos de su composición.

—*¡Extraordinario trabajo, Eric!* —exclamó entusiasmado Heriberto Salomón.

—*¿Uuuu, esto lo pintaste tú?* — preguntó asombrada Sally.

—*Así es, cada uno de los cuadros que ves aquí...*— respondió orgulloso el holandés en un raptó de humanidad poco habitual en él.

En el pasado, hubo errores que le costaron unos cuantos años en la cárcel.

Cuentan quienes dicen saber, que alguna vez utilizó titanio en la composición de sus pinturas blancas, pigmento que no existía hasta 1921 y fue allí cuando lo atraparon, aunque esta equivocación también se le atribuye a otro falsificador contemporáneo llamado Wolfgang Beltrachi, cuando copió Cuadro Rojo Con Caballos. El holandés, de él aprendió muchas técnicas.

Transcurrieron unos cuantos meses desde que Heriberto visitó por última vez la Galería Nacional de Arte de Washington. Día tras día simuló ser un entusiasta del arte y pasó horas frente a cada una de las pinturas, pero no para admirarlas,

sino para modificarlas insignificadamente en algunos detalles. Fue así que, mediante el uso del dispositivo de ultra sonido disimulado en las gafas de carey que había construido John, Heriberto convirtió en falsos a los cuadros originales allí expuestos. Esto era fundamental para que el plan concluya de manera exitosa. Antes, y a modo de ensayo, había practicado en obras de otras galerías hasta que logró dominar la técnica de estropicio. En ocasiones calibró mal el

“Mirafondos”, (así había bautizado al dispositivo) y terminó arruinando algunas de ellas. Y cada vez que ocurría, rápidamente se esfumaba del lugar y jamás volvía a pisarlo. Nadie debía vincularlo con el daño producido. Pero, en las últimas sesiones, urgido por el tiempo, cometió algunas equivocaciones que llamó la atención de los guardias de seguridad y cada vez que él se ubicaba enfrente de alguna de las obras, a las que previamente había seleccionado, uno de ellos se acercaba a él y vigilaba especialmente sus movimientos. Los custodios, a veces, se disfrazaban de simples visitantes y procuraban entablar alguna conversación amena, pero Heriberto ya conocía sus rostros y se cuidaba de hacer nada que pudiese despertar sospechas. Era un juego del gato y el ratón donde siempre ganaba el ratón, y por el mismo motivo que en la vida animal, siempre están alertas y desconfían hasta de su propio entorno.

No obstante, aquellas fueron sus últimas apariciones en las galerías porque ya había logrado modificar más de once obras de arte y tenía suficiente material para ejecutar su plan. Ahora solo resta instruir a sus aliados para concretar la operación a la que había denominado Operación Rigoletto en honor al bufón del Rey Francisco I que, según las crónicas de la época, fue quien finalmente compró La Mona Lisa y aquella historia inspiró a Heriberto para orquestar este atraco.

2

—¿Milton?, habla Heriberto, necesito que me hagas un trabajito...

—¡¡¡Tano!!!, ¿cómo estás tanto tiempo?

—Bien, necesito documentos buenos, ¿me los podrás conseguir?

—¿Documentos nacionales o pasaporte?

—Pasaportes y algunas otras cositas...

—¿Dónde quieres entrar?

—EEUU...

—¡Ah, ok! Entonces te voy a conseguir los de Israel...con esos entras como por un tubo...

—No tengo cara de judío...

—No te preocupes que eso también te lo puedo proveer...conozco una mujer que hace magia con sus máscaras, podrás agarrarte a trompadas contra un ejército que no se te va a salir ni la nariz.

—Milton, sabía que podía contar contigo...

—Milton no... llámame uruguayo, que es mejor, tú sabes...

—Sí, claro...

—Llámame en un par de días y te digo cuando tendré lo tuyo...

—Ok.

Milton Silva Garcés, alias “el uruguayo”, inescrupuloso gestor de ilegalidades, es capaz de conseguir en tiempo récord desde tarjetas de crédito hasta documentos de identidad a prueba de cualquier detector que se conozca, también sicarios, drogas, mujeres o una simple botella de licor. No importa la cantidad ni el monto de la transacción, según su razonamiento, todo es trabajo.

Lo que le piden, lo consigue, cuida a su negocio y a sus clientes y en su legajo delictivo la palabra traición jamás apareció, salvo, claro está, que el precio lo justifique. Siempre rodeado de hermosas mujeres y vistiendo trajes finos, suele concurrir a restaurantes caros y su talante denota pasividad. Los camareros aman sus propinas y su buen trato, cuando se dirige a ellos jamás eleva su tono de voz, aunque estos confundan su orden. Las féminas adoran su dinero, su protección y la fogosidad que manifiesta en los encuentros sexuales. De modales delicados, hablar pausado, algo verborrágico, pero de conversación culta, seduce a todos por igual, hombres y mujeres. Es la viva imagen de un verdadero caballero y,

aunque su número de teléfono lo conocen muy pocas personas, los contactos en

su agenda ocupan varias de sus páginas, hay políticos, fuerzas policiales, funcionarios gubernamentales, del clero y hasta profesionales del servicio secreto. Pero, detrás de aquella máscara de buen hombre, se esconde una personalidad devastadora, un ser vil y sin códigos de ninguna naturaleza, capaz de matar por tan solo cinco céntimos. Milton tiene además un especial olfato para adivinar el lugar y el momento justo en que se producen las mejores oportunidades para ganar dinero fácil. Y sospecha que detrás del pedido de Heriberto hay una de ellas. Pero Heriberto conoce su taima y hasta de sus cuitas sabe, cuando de averiguar algo se trata y se cuida de eso. Dos días después, Silva Garcés le comunica que ya tiene su pedido. Heriberto, conociéndolo, procuró no cruzarse con él, se excusó y le dijo que en su lugar enviaría a alguien para pagar y retirar los pasaportes. Evitará así un interrogatorio del que sería muy difícil escapar sin dar datos que lo pudieran comprometer.

El uruguayo, molesto, refunfuñó para sus adentros y aceptó.

Sally, puntual, toma el ascensor y sube hasta el piso 32. En el palier la aguarda un hombre alto, elegantemente vestido, pero de aspecto sombrío que la guía hasta una recepción donde una joven asistente le pide su nombre y la anuncia. Es un piso alto del Madero Tower Luxury y con una excepcional vista del Río de la Plata. Mientras aguarda, Sally se asoma a uno de los enormes cristales y se deslumbra ante semejante paisaje, pero solo pudo disfrutarlo unos pocos segundos porque, sin que advirtiera su presencia, Silva Garcés le habló a sus espaldas sorprendiéndola. La voz ronca y serena subyugó a sus oídos y no pudo evitar darse vuelta sin antes percibir un extraño cosquilleo en su piel. Un hombre cautivador y sonriente le extiende su mano. Sally experimentó en el saludo la vitalidad de un hombre poderoso, pero al mismo tiempo la delicadeza de un caballero.

—Hola María Belén, Herb me avisó que vendrías. Por favor, acompáñame a mi estudio, por favor...

Sally se sorprendió al escuchar cómo la llamó, pero nada dijo. Está segura de que, si Heriberto le dio ese nombre, tendría sobrados motivos para hacerlo.

Milton abrió la puerta de su despacho y le cedió el paso acompañándola con un gesto de mano, le ofreció asiento y también algo para beber. Era una tarde calurosa y Sally optó por una bebida tónica...

—¿O acaso prefieres una copa de Champagne? —preguntó Silva Garcés, sonriendo con picardía.

—*Agua tónica está bien para mí...* —respondió Sally cortando todo intento de seducción en el uruguayo, pero con la sugestión iluminando su rostro.

Él se encogió de hombros y sin dejar de mirarla ni de sonreír, tomó el teléfono y ordenó a su asistente la bebida para su invitada. Sally conoce a los hombres y sabe que, alguien como él, es como un predador de la sabana africana que valora más a la presa escurridiza y combativa que a las borregas mansas y apacibles. Necesita pelear por ella y cuánto más resistencia encuentre, más disfrutará cazarla.

Mucho tiempo pasó desde que Sally y John arribaron a Buenos Aires y la falta de un horizonte claro y la monotonía diaria hicieron mella en su íntima relación. El fuego de la pasión que en otro tiempo los unió, se fue extinguiendo, quizás porque Heriberto y John pasan demasiadas horas juntos planeando cada detalle de la Operación Rigoletto o quizás porque, por el mismo motivo, las miradas que cruzan entre ellos encierran mensajes inocultables contra los que ella, como mujer, difícilmente pueda competir.

Muchas veces los escuchó hablar del plan, pero jamás en su presencia, es la única mujer entre estos hombres y cada vez que pregunta, como toda respuesta recibe frases sin sentido. Ambos se escudan en evasivas espurias con argumentos bifurcados cuyo único objetivo es generarle más confusión. Aunque Sally, que pasó gran parte de su vida entre individuos con oscuros presentes y pasados aún más turbios, aprendió de ellos que, en este ambiente, todas las respuestas se obtienen con sagacidad y jamás deben evidenciarse sus intenciones de averiguar.

Es sabido que en estos escenarios una mujer que parezca tonta vive más que una perspicaz.

Pero ahora, lo único que la une a John es el interés económico por la promesa de una participación en los dividendos que se obtengan por el golpe que traman. Ya había olvidado lo que se siente cuando un hombre, con su sola presencia, le devuelva la sensación de verse atractiva. Y en su vida, ahora aparece Milton Silva Garcés, desde su óptica un hombre fascinante y de perturbadora belleza gitana y es quién le acerca su bebida y se sienta a su lado en el enorme sofá. Es muy cuidadoso y aún no muestra sus cartas, pero su conversación es estudiada y

pareciera que con el único propósito de seducirla.

Sally entendió que el juego había comenzado y de ella depende hasta donde le permitirá llegar. La vestimenta que eligió para aquella ocasión es formal, pero al momento de sentarse, su falda se corrió, como al descuido, apenas por sobre sus rodillas. Ella sabe lo que sus piernas generan y no duda un instante en utilizarlas para sus propósitos, pero procura que sus movimientos sean en extremo femeninos y carezcan de vulgaridad. Como toda mujer que se precie de tal,

domina las artes de observar sin mirar y vio que los ojos de Milton se habían posado sobre sus muslos con movimientos rápidos y furtivos y en contadas oportunidades. Supo entonces, que el objetivo se había cumplido y era el momento de volver las cosas a su lugar. Con la punta de sus dedos tiró desde el ruedo de su pollera y la bajó con discreción sin dejar de perder su esencia hechicera. Milton cambia de posición una y otra vez...cruza y descruza sus piernas, su brazo derecho se apoya sobre el respaldo del sillón y amaga con alcanzar la larga cabellera de Sally, pero de pronto se detiene de su tentativa y enseguida se irgue para alcanzar su café, bebe un sorbo y retoma la conversación. Sus movimientos denotan intranquilidad y algo de nerviosismo.

Sally, fascinada, imaginó que aquella manifestación adolescente se debía a su sola presencia y se hinchó de orgullo. Su instinto maternal afloró de repente y, por un momento, a duras penas resistió a la tentación de abrazarlo sobre su pecho para animarlo a más. Jamás imaginó que la alteración que mostraba Milton era causada más por la intranquilidad de no saber cómo sonsacarle datos a esa mujer sin demostrar debilidad. Alguien como él siempre conoce todas las respuestas y nada escapa a sus dominios y jamás se mostrará vulnerable ante nadie y mucho menos una mujer. Pero necesita de ella para saber qué hará Heriberto con sus pasaportes. Lo conoce bien y sabe que la fortuna de Heriberto no proviene de sus actividades lícitas y tampoco de la herencia de su ex esposa, Sofía Thorsen. Al igual que él, Heriberto tiene una pantalla legal y otra no.

Pero, pronto descubriría cuan cerca está de conseguir lo que busca. Sin saberlo, su actitud inocente y hasta cuasi infantil, había enternecido a esta fascinante mujer. Ella ya se muestra accesible, ha dejado atrás su postura de formalidad y da señales claras de receptividad. Pero Milton no desea una nueva mujer para tener sexo, quiere información...

De pronto, adopta una postura que la sorprende...

—Bueno, María Belén, tu conversación es atrapante y eres muy seductora, pero el tiempo es tirano y debo continuar con mis actividades...

Por su actitud, supo que detrás de esta mujer había una gran ambición y la pondría a prueba; relacionarse íntimamente con ella sería el último recurso al que apelaría.

Milton se dirigió hasta su escritorio, abrió un cajón y extrajo los pasaportes que Heriberto le había encomendado. El hombre había interrumpido de golpe el fascinante juego de seducción que se traslucía entre ambos. Sally, estupefacta por su reacción, no sale de su asombro. Un zarpazo de oso sobre su rostro le hubiera hecho menos daño. Quedó sin palabras, inmóvil, mirando el piso con

una sonrisa dibujada en su boca cargada de perplejidad. Hasta que, por fin, se levanta del sillón y camina lento hacia él. Toma su cartera y saca un sobre blanco de su interior...

—Aquí está el dinero que Heriberto le envió... por favor verifique que esté completo —le dijo sin mirarlo a los ojos

—¿Cuánto hay allí? — preguntó Milton como si ignorara ese dato.

—No lo sé, Heriberto solo me dijo que debía entregárselo a usted...

—Ok, cuéntalo, por favor — dijo Milton sin dejar de mirarla a los ojos

—¿Está seguro?

—Sí, claro, hazlo por favor...

Sally abre el sobre y observa que en su interior solo hay dólares americanos...

—Pero... ¡son dólares!

—Claro, estamos en Argentina y aquí los negocios importantes los hacemos en dólares...

—Ok... cien, doscientos... cinco mil seiscientos... (cuenta en voz baja) ... y veinticinco mil...

Milton toma el dinero, pero no lo guarda, lo sostiene en una de sus manos...

la mira a los ojos y ella baja la vista...

—*Dime María Belén, Herb, ¿para qué quiere los pasaportes?*

—*No lo sé, supongo que para viajar...*

—*¡Ja, ja, ja!... comprendo, comprendo... veamos, aquí hay...Mmmmh...tres mil, tómalos por favor...* —y coge delicadamente su mano, la abre con suavidad de caricia, apoya el dinero en ella y luego le cierra los dedos sobre el dinero, todo sin dejar de sonreír y mirándola fijo a los ojos.

Sally no lo suelta, pero sabe que debe aparentar desinterés...

—*¿Qué hace, Milton? ¡Si Heriberto se entera de esto me mata!*

—*Y, ¿por qué habría de enterarse?*

—... (Sally medita en silencio y sin mirarlo)

—*Está bien, creo que me lo merezco... sé que están por viajar a EEUU por negocios...*

—*¿qué negocios?*

—... (silencio)

—*Ok, aquí hay otros tres mil...*

Sally no esperó a que Milton cierre sus dedos sobre el dinero... lo hizo instintivamente, era la primera vez en su vida que estaba ganando tanto dinero y tan fácil... pero sabe que esto no es un juego, que debe darle alguna respuesta satisfactoria, nadie paga tanto por nada...

—*No sé qué negocios van a hacer, solo que hablan de mucho dinero, no sé cuánto...*

—*Ok, ok, ok... creo que tú y yo nos vamos a entender muy bien... tengo algo que necesitas y tú puedes conseguir lo que yo quiero...*

—Milton, no sé si pueda ayudarlo... ellos no confían en nadie y mucho menos en una mujer...

—Mira, María Belén, entre Herb y yo hay una gran diferencia... intuyo que eres capaz y que puedes averiguar cuánto dinero hay en juego y cómo piensa conseguirlo... si lo logras... todo lo que hay en este sobre será para ti... no, mejor digamos...te doy el doble de lo que hay aquí ¿qué me dices?

Milton no tiene ni la menor intención de cumplir con su promesa, pero su actitud es tan convincente que hasta el más escéptico creería en su palabra. La suntuosidad de aquel despacho, el halo omnipresente que emana de su figura, su pulcritud y personalidad enigmática conspiran para que Sally opte por hacerlo, le sonríe e instintivamente lo besa en la mejilla al tiempo en que le susurra al oído...

—Prepara tu dinero... ¡tendrás noticias más pronto... muy pronto!

Sin esperar respuesta giró sobre sí misma y salió de allí.

Pero, cuando cruzó el umbral de la puerta, comprendió el error que había cometido y tuvo una primera intención de regresar, devolverle el dinero y huir.

Más, supo que ya era tarde, grande era el riesgo que, de hacerlo, despertara la furia de un hombre que se siente poderoso y que se considera traicionado. Apuró el paso y buscó el ascensor con velada desesperación. El mismo hombre de traje oscuro que la recibió al llegar, la acompaña hasta el elevador. Las puertas demoraron en abrirse solo unos cuantos segundos, pero para Sally fueron eternos. No bien se cerraron, se dejó caer sobre sus talones y en cuclillas tomó su cabeza entre las manos como si así pudiera, mediante fuerzas extrasensoriales, reeditar los últimos minutos que pasó con Milton. Salió a la calle y paró al primer taxi que vio; nunca imaginó que esta maniobra había sido prevista por Milton y que el taxista que había detenido era un cómplice más; ni siquiera advirtió cuando vio cuando otro chofer, a quien le habían birlado un pasajero, se puso a la par y gesticulaba su queja con enojo.

Sin advertirlo, Sally había sido el señuelo para guiar al hombre de Milton hasta el comando de operaciones de Heriberto. Ahora, Silva Garcés sabría dónde colocar micrófonos y cámaras de video.

Pero ella tenía un motivo importante que justificaba su distracción; ahora se

encontraba en una verdadera encrucijada, si cuenta lo sucedido con Milton, habría perdido la confianza de Heriberto, pero si no lo hace sería aquel quien se considerará estafado y las consecuencias de ello, catastróficas para su integridad física.

—*Hola Sally, veo que tu gestión fue exitosa...*— dijo John cuando la vio ingresar a la casona.

—*Sí, aquí están los pasaportes* —respondió ocultando su nerviosismo.

—*Excelente, aquí tienes el tuyo... desde ahora tu nombre es María Belén Zamora.*

Heriberto, se lo da en mano y agrega — *Graba en tu memoria este nombre porque esto podría salvar tu vida cuando regreses a EEUU.* —

—*¡Ja, ja, ja! Y, ¿quién dijo que iba a regresar?*

—*Yo... Troncoso y tú irán a Chicago a negociar y recoger los pagos.*

Seguirán mis instrucciones y solo actuarán cuando termine de preparar el terreno para la acción.

—*¿Y John?* — preguntó Sally algo tensa.

—*John vendrá conmigo, luego y a su momento, nos reuniremos todos en Washington.*

—*Y ¿estás seguro de que no corro riesgo al regresar? Sé que viajo con otra identidad, pero en EEUU hay rastreadores faciales en todos los aeropuertos y allí jamás dejan de buscar a nadie, si hubo una orden judicial seguirán buscando siempre.*

—*Sally, Frank ya se comunicó con sus ex colegas de la CIA y del FBI y no existe ninguna orden de captura a nombre tuyo y tampoco de John. Nadie te busca a excepción de los hombres de Riglos. Solo debes evitar cruzarte con ellos. Y sabemos a ciencia cierta que en Chicago no operan. Y, además, si todo sale conforme lo hemos planeado, ambos estarán allí solo tres días... luego, con tu parte, elijas el lugar del mundo donde quieras vivir y... ¡ja disfrutar, ja, ja, ja!!*

—Ah, y ya que mencionaste mi parte... ¿de cuánto dinero hablamos?

—Preciosa, no debes preocuparte por ello... tendrás suficiente para olvidar tus penurias por muchísimo tiempo...

—Heriberto, dime por cuánto dinero voy a arriesgar mi vida... — insistió Sally procurando mostrarse firme de convicciones.

—No lo sabemos, dependerá del monto que Frank negocie con la aseguradora

—Al menos ¿puedo saber de qué estamos hablando?

Heriberto nada dijo, miró a cada uno de los hombres que lo rodean buscando su aprobación para revelar detalles. Es la primera vez que Sally vio que su liderazgo no era tal. Con sus reclamos lo había puesto en aprietos y supo así que su participación es determinante para el éxito de la operación y entonces arriesgó...

—Veo que dudas demasiado en responder... ¡entonces no voy!

Probablemente Milton pague mejor. ¡Adiós!

Se puso de pie, se cruzó un morral en el pecho y buscó la salida. Pero en la puerta, Troncoso se interpone a ella, le cruza el brazo y la detiene. Ella lo miró a los ojos y aunque sonreía, solo lo hacía con la boca. La dureza de su mirada la intimidó. Pero, antes de que ella pudiese determinar qué hacer, Troncoso le dijo...

—Quinientos mil dólares es tu parte, quizás algo más, quizás algo menos...

Sally jamás había visto tanto dinero junto, ni siquiera podía imaginarse siendo dueña de él. Pero creyó que estaba escuchando el canto de las sirenas y preguntó...

—Para hacer, ¿qué?

—Entregar un paquete cerrado en una recepción y retirar otro de un lugar que aún no se ha determinado... — concluyó Troncoso

—Y, ¿por hacer eso me van a pagar medio millón de dólares?... ¿Ustedes creen

que soy estúpida?

—No, creemos que es un justo precio porque si cometes un error y te atrapan, irás tras las rejas por muchos años. Si haces exactamente lo que te digamos, no correrás ningún riesgo... — agregó el ex agente

—Quiero un millón — exigió Sally

Los hombres se miraron entre sí y pocos, pero tediosos segundos después, el holandés se puso de pie y lentamente se acercó a ella, y con ambas manos la tomó desde los hombros para que ella lo mire directo a los ojos. Lo hizo con extrema suavidad, pero con la misma firmeza con que respondió...

—¡Sally, Sally, Sally! Esto, que parece un juego para ti, en realidad, de juego tiene nada y, si tú estás aquí, entre nosotros, es porque Herb y John te trajeron... ellos sabrán por qué lo hicieron y voy a respetar sus motivos. Pero, si veo, sospecho o intuyo que puedes arruinar mi negocio, quiero que sepas que, quien te encuentre, va a tardar mucho tiempo en poder identificarte. ¿Fui suficientemente claro?

El tono de voz usado por el holandés fue bajo; habló pausado y se mantuvo calmado, pero fijó en ella su mirada amenazante, tanto que podía sentir la presión

que ejercía sobre los suyos. La contundencia e intensidad del mensaje la sobrecogió de tal manera que sin saber cuándo, había comenzado a trepidar y a duras penas logró asentir con la cabeza como toda respuesta. Comprendió al fin, que cuando un año atrás dijo sí a lo que por entonces consideró una divertida aventura, nunca imaginó en qué se estaba metiendo. Ya es demasiado tarde para atriciones.

—Bien, ahora que hemos aclarado todas nuestras dudas, pongámonos a trabajar.

Heriberto, de alguna manera respiró confiado en que ya nada interrumpirá el plan. Y continuó...

—Aquí están los pasajes y las llaves del apartamento donde se alojarán.

Viajarán después de mí, pero sólo cuando culmine con los preparativos en el museo. Llegado ese momento, les daré la venia para hacerlo.

Sally toma las llaves y los pasajes y se lo entrega a Frank Troncoso, después de lo que acaba de sentir, nada quiere saber de responsabilidades extras.

Mientras tanto, Heriberto continúa ordenando las acciones...

—*Tú holandés, sabes lo que tienes que hacer. John, prepara los embarques.*

Pongamos manos a la obra.

3

El vuelo AA996 de American Airlines había hecho escala en Fort Worth, Dallas y estaba arribando a Washington DC veintidós horas después de haber partido de Buenos Aires. Es el final de la tarde del 3 de enero y las temperaturas en la urbe son en extremo bajas, pero Heriberto tiene la piel curtida por el frío de los inviernos en San Carlos de Bariloche, su ciudad natal y poco y nada le afectan. Observa la hora en su Piaget Altiplano... faltan cinco para las diez y ocho, hora ideal para saborear una Soupe à l'Oignon en el Bistró Cacao de la avenida Massachusetts.

Dos horas más tarde y en la intimidad de su habitación, enciende su computadora portátil e ingresa en la página web de la galería Nacional de Arte e inspecciona las actividades curriculares del día siguiente.

La ciudad amanece blanca y soleada; durante la noche cayó una copiosa nevada que cubrió con una espesa capa de nieve a toda la zona. El asfalto de sus calles lentamente va apareciendo debajo de las enormes palas de las barredoras de nieve que a toda velocidad corren de un lado a otro. Por momentos, parece que chocarán entre sí, pero sus avezados y algo biliosos conductores se esquivan justo a tiempo y con milimétrica precisión. Algunos automovilistas impacientes hacen oír sus bocinas pretendiendo apurarlos y solo consiguen a cambio un rosario de insultos irreproducibles. Y allí, concluye todo; las máquinas continúan con su labor y los automovilistas se resignan, apagan sus motores y aguardan a que las calles estén libres de nieve.

Heriberto, enfundado debajo de un grueso abrigo, espera mansamente a que el semáforo peatonal lo habilite para cruzar. A estado muchas veces en esta ciudad en invierno y sabe que debajo del manto níveo se esconde una trampa fatal para los peatones... el hielo. Sabe cómo identificarlo y evitará bajo cualquier motivo pisar las partes más oscuras del pavimento porque, aunque suele utilizar un

calzado específico para estas ocasiones, éstos no son tan efectivos para transitar sobre lo que los concedores denominan “hielo negro”.

Un error, una estruendosa caída. Y, en esta etapa del plan, no puede permitirse el lujo de una fractura que desbarate tanto esfuerzo. Pero, en esta ocasión, además, Heriberto viste ropas y calzado de mujer. Su disfraz es vital para no ser identificado con las cámaras de seguridad del complejo. Su imagen es tan falsa

como los documentos que acreditan su identidad. Cruza la calle y cuando alcanza la acera de enfrente, procura caminar por las áreas soleadas que suelen ser menos propensas a causar accidentes. Pronto y a pocas cuadras de allí, se erige el imponente edificio del museo de Washington. Se detiene por un momento y en su teléfono móvil marca el número de John...

— *Estoy por soltar la bomba, ¿ya enviaste el paquete?*

— *Sí, Herb, está guardado y esperando*

— *Ok.*

Observa la hora, faltan apenas unos minutos para que inicie el nuevo recorrido de la visita guiada en la que se inscribió y apura el paso por la avenida Constitución y busca la entrada sobre la 6th para acceder al edificio por el Oeste.

Ese será el punto de encuentro con los guías del tour. Esta es la primera vez que exhiba su pasaporte falso y la prueba efectiva sobre su validez. Poco rato después, respira aliviado; los documentos que les proveyó Milton son tan perfectos que aun cuando los sometió al escáner de documentos de EEUU, jamás activó la alarma.

La guía, una mujer joven de treinta y tantos, reúne a los visitantes en un círculo a su alrededor y explica cuáles serán los parámetros de la visita, qué se puede hacer y qué no, dónde tomar fotografías, donde tomar un refrigerio, dónde guardar silencio. Heriberto conoce al dedillo cada sector de la galería, pero mira en todas direcciones como si estuviese maravillada con todo lo que observa a su alrededor. Debe disimular y sabe cómo hacerlo. Por momentos parece una mujer adulta que padece algún grado de desorientación, pero cuando le hablan reacciona de inmediato, sonríe y se disculpa por su torpeza. Es a todas luces una mujer de avanzada edad que disfruta su primera vez en una exposición de arte.

Camina detrás de todos y cada tanto alguien le recuerda que no debe distraerse ni perder el ritmo de la visita. Un poco más de media hora después, reconoce el lugar donde debe concentrar su atención: la galería N° 85.

Y entonces, la vio, allí estaba ella, Camille con su hijo Jean y su gracioso sombrero safari en la cúspide de la loma de la campiña de Argenteuil aguardando ambos, su ansiado regreso.

— *He aquí algunas de las obras más reconocidas de Claude Monet.* —dice la guía— *El Estanque de Nenúfares, El Jardín del Artista en Vétheuil y mi preferida, “La Promenade” . Soy una mujer romántica y creo que este cuadro es un maravilloso testimonio de amor porque fue su propia esposa la modelo de esta y tantas otras obras, algo poco común en aquellos años donde las manifestaciones sentimentales solo se reservaban para los momentos de*

intimidad. Antes de continuar con el relato, quisiera recordarles que pueden interrumpirme para evacuar cualquier duda que tengan. Por favor, no duden de hacerlo... no será molestia. Bien, continúo entonces... aquí a la derecha tenemos un cuadro de Auguste Renoir a la que el autor tituló La Niña con una Regadera...

—*Excusez moi mademoiselle...* — dijo Heriberto forzando su voz de manera tal que parezca femenina.

—*Sí, ¿quién me habló?*

—*Je fus...perdón, olvidé que no estoy en Francia...quisiera preguntarle algo...*

—*Sí, señora, lo que usted desee...*

—*Ahmm, me pregunto ¿por qué en una galería de tanto prestigio no exponen las obras auténticas?*

—*¡Oh sí, señora, todas las obras que usted ve son auténticas!* — respondió asombrada la guía de la galería.

— *Mmmmh, ¿me permite acercarme a ese cuadro?* —insiste Heriberto

—*Sí, claro, pero recuerde que no puede tocarlo...*

—*Oui, oui, conozco las reglas...*

Heriberto, lentamente se abre paso entre las personas del grupo que lo observan avanzar con paso inseguro como lo haría cualquier mujer de avanzada edad. Está caracterizado como una septuagenaria, con una peluca de cabello cano, abrigada con un gorro de lana de tejido grueso y un sobretodo largo con doble abotonadura en solapa, un pantalón de gabardina azul y zapatos de tacón bajos. Se acerca a la pintura y se toma algo de tiempo para colocarse los anteojos. Entonces se inclina sobre la firma del autor, justo donde antes había trabajado para modificarla y luego de unos segundos de observación se irgue simulando alguna dificultad para hacerlo y meneando la cabeza en claro gesto de negación, dice...

— *No, no, no... esta pintura no es original...*

—*¡Discúlpeme señora, pero temo que está usted equivocada... todas son obras originales, puedo asegurárselo!* — responde la guía ya con un dejo de fastidio en sus gestos.

—*Señorita, no quiero ser descortés con usted y tampoco conozco a todos los autores cuyas obras están expuestas aquí, pero como francesa que soy, puedo asegurarle que este Monet no es auténtico... por favor acérquese que voy a explicarle por qué se lo digo...*

El énfasis puesto en las palabras de Heriberto hizo vacilar a la guía que no sale de su asombro. Para ella, la anciana habla con tanta seguridad que ahora duda hasta de sus propios convencimientos; para sus adentros maldice el momento en que comenzó el recorrido con este grupo de visitantes. Aquella longeva señora ha puesto en tela de juicio la honorabilidad del museo y no encuentra el modo de salir airoso de esta comprometida situación. Mira hacia todos lados buscando en quien apoyarse para resolver el meollo. No ve a nadie, solo uno de los guardias de seguridad que por la distancia en que se encuentra no ha advertido lo que allí sucede, pero que además está demasiado lejos como para prevenirlo; si alza su voz, seguramente será reprimida por alterar la paz del lugar, y si se acerca a él dejando al grupo solo, también. Ante este calamitoso escenario, accede a escuchar los argumentos que la dama expone. Se acerca a ella dispuesta, pero por lo bajo le solicita no hacer de todo esto un escándalo, le pide que hable bajo y pausado para entender mejor.

— Sí, claro jovencita, despreocúpese. Vea aquí, por favor... ésta es la firma de Claude Monet...fíjese justo aquí, en la letra "M" de Monet... el ángulo conformado por dos rectas imaginarias que pasan por el centro geométrico de los plenos de las letras "M" deberían tener 13° y ésta es más que evidente que tiene más de 20° . Todas las firmas de Monet tienen ese distintivo, ninguna de las firmas indubitadas varía en el ángulo de 13° . Además, el espaciamiento entre las palabras Claude y Monet debe ser igual al de los plenos de la letra "M" y usted puede observar que en esta firma claramente hay un espaciamiento exageradamente mayor. ¿Me entiende por qué insisto que esta firma no corresponde al autor auténtico? Estoy segura que si inspeccionamos el resto de la pintura hallaremos otras irregularidades.

El grupo de visitantes escucha con tanta atención que nadie se atreve a moverse ni un ápice de su lugar. Probablemente estén presenciando algo histórico y toda su atención está puesta en lo que esta anciana mujer explica con tanta seguridad. Algunos observan los gestos de asombro de la guía e intentan interpretarlos para entender algo de lo que la anciana dijo. Nadie le quita la vista de encima, todos quieren saber qué hará, hasta que se acerca a ellos y con vos temblorosa les dice...

—Amigos, vamos a interrumpir por un momento la recorrida. Por disposición de los reglamentos del museo no puedo abandonar al grupo hasta tanto hayamos concluido la gira. Pero deben saber que, esto que todos acabamos de escuchar, sin dudas debo informarlo. Les pido que, en silencio y completo orden, me acompañen hasta la galería contigua.

Nadie se atrevió a contradecirla y todos la siguieron a prudencial distancia.

Vieron cómo se acercó al custodio y trataron a escuchar lo que le dijo al oído antes de que éste tomara su radio para informar la novedad. Un minuto después, se acercó un hombre que, sonriendo exageradamente intentó disimular su nerviosismo. Preguntó quién era el visitante que cuestiona la autenticidad del cuadro y cuando vio a la anciana, pretendió, con un gesto sobreactuado, deslucir sus argumentos. Pero, su sonrisa desapareció de pronto cuando vio la firma en cuestión. Él es un experto en arte y supo que lo que la mujer decía, era verdad.

Con toda cortesía se disculpó ante los visitantes y les ofreció una colación en otro sector del museo a modo de compensación. Necesitaba alejarlos de allí cuanto antes. Inmediatamente después, clausuró la galería N° 85.

Heriberto supo que la semilla había sido plantada y ahora solo resta esperar a que germine. Disimuladamente y antes de que alguien lo advierta, se alejó del grupo y discretamente salió del museo. Sabe que sus movimientos deben ser en extremo cuidadosos de ahora en más. Salió a la calle y subió a un taxi, le indicó al chofer una dirección, pero al llegar a destino, en lugar de bajarse, le dijo que se había arrepentido y cambió de rumbo. Cada tanto miraba hacia atrás para ver si alguien los seguía. Una y otra vez le indicaba una trayectoria diferente. Pronto la paciencia del taxista se colmó, detuvo el automóvil y le exigió un destino en concreto. Heriberto (la anciana) supo que ya no correría riesgos innecesarios y entonces le pidió que tomara la calle K en dirección al Hamilton Hotel, en pleno Downtown y al ingresar al túnel que pasa por debajo de la Rotonda Washington llevó su mano a la boca y dando golpecitos al respaldo del asiento, le hizo señas para que se detenga. El hombre la miró extrañado y le dijo que no podía detenerse en ese lugar. Heriberto, simuló arquearse y próximo a desaguar su estómago. En un veloz y coordinado movimiento, el hombre encendió las luces intermitentes de emergencia al mismo tiempo en que, con desesperación, pisó el pedal del freno. Heriberto le arrojó un par de billetes al asiento delantero y rápidamente bajó del vehículo. El taxista, arrancó aprisa. Poco le importó la descompostura de la mujer. Era su oportunidad de deshacerse de un problema y no la desaprovechó. Lo que el taxista nunca supo fue que todos estos movimientos habían sido ensayados hasta el hartazgo por Heriberto; durante meses simuló vómitos sobre los asientos de los taxis hasta que descubrió que ese era uno de los actos más temidos por ellos y son muy pocos los que actúan solidariamente con los pasajeros y mucho menos si estos son ancianos; eso lo consideran un doble y gran problema y lo mejor es alejarse de él cuanto antes.

Quizás, si el chofer no hubiese estado tan preocupado en inspeccionar el asiento trasero, habría visto por el retrovisor cuando aquella anciana que, segundos antes

estaba por vomitar, se despojaba de su peluca al mismo tiempo que en que ascendía al Honda Odyssey que los venía siguiendo desde que salieron del museo.

—*¡Listo, vámonos! ¿Dónde está mi ropa?* —dijo Heriberto ni bien se ubicó en el asiento trasero de la van.

— *Toma, ¿te cambias aquí o quieres ir a otro lugar con más espacio?*

— preguntó John

—*No hay tiempo que perder, a propósito, apagaron las cámaras 360° de este túnel, ¿verdad?*

—*Herb, quédate tranquilo que somos profesionales. Las cámaras dejaron de funcionar unos minutos antes de que el taxi ingrese a él y estará así por unos cuantos minutos más. Nuestros amigos se ocuparon de eso.* — acotó Frank

—*Ok, ya saben lo que tienen que hay que hacer. Vayamos a la Galería de Arte antes de que llamen a la policía.*

Rápidamente Heriberto cambia de ropas y adopta una nueva identidad.

Ahora es un respetable agente del FBI, de gruesos bigotes Walrus, gafas Alain Mikli, con un ambo de tweed color gris y sobretodo de lana.

—*Herb, aquí tienes la insignia... ¡No olvides que ahora somos agentes de la Oficina Federal de Investigaciones, ja, ja, ja!*

—*¡Ok, John, aprieta el acelerador! Continúa por la calle K hasta la 14th y por esa hasta la avenida Pennsylvania.* —Le indicó Los neumáticos de la van negra rechinan estrepitosamente cuando dobla en la calle 6th y aún más cuando se detiene justo en el acceso al ala oeste. Ingresan y de inmediato son interceptados por dos guardias armados de la policía estatal.

Frank Troncoso es quien posee la única credencial auténtica, se adelanta y...

—*FBI, señor* —y exhibe su chapa —*¿quién está a cargo de la seguridad de la Galería?*

—*El Sargento Williams, señor*

—*Dígale que queremos hablar con él*

—*Sígame, señor*

Unos cuantos metros a la izquierda está la escalera que lleva a la planta principal, luego traspasan el lobby D, rodean el patio del jardín e inmediatamente sortean el lobby C hasta llegar a la galería N° 85, que aún permanece cerrada al público. Justo enfrente, en el hall de esculturas, la presencia de al menos cinco policías, unos pocos custodios de piso y directivos

del museo, han quebrado la monotonía del lugar. En el aire se respira nerviosismo y algunos visitantes, ante la evidente tensión, comienzan a

agolparse para ver qué sucede allí. Detrás de las cintas policiales, que restringen el acceso a la galería N°85, puede verse a una mujer gesticulando frenéticamente y con evidentes signos de malhumor. Mientras habla, camina dos pasos hacia adelante y luego regresa al mismo punto; es innegable que descarga su angustia regañando, entre otros, al Sargento Williams...

—*Sargento, por favor, acérquese... estos hombres son del FBI y quieren hablar con usted...* — dijo el policía que los acompañó

—*Ok, ya estoy con ustedes...* — responde el uniformado, algo molesto como todo policía que sabe que deberá recibir órdenes de *petulantes de oficina que creen que son superiores a todo el mundo*, como suelen ellos describir a los agentes del FBI. Entonces, de mala gana se acerca al límite demarcado para resguardar la escena del crimen.

— *Soy el agente Frank Troncoso y de ahora en más el oficial a cargo de la investigación del robo. Sargento, saque a toda esta gente de allí. Nadie ingresa al lugar sin expresa autorización mía, ¿me entendió?* — Ordenó, Frank Troncoso...

—*Agente Troncoso, ¿cómo es que el FBI se enteró tan rápido del hurto?*

— replicó Williams

—*Recibimos dos alertas, uno informando del hecho y otro que no puedo por el momento revelar. Debemos preservar el lugar... Sargento, no pierda más tiempo... ordene salir ya a todo el mundo.*

La mujer, al escuchar esto, se acercó a ellos y...

—*¿Perdón? ¿Qué es lo que está sucediendo aquí?* — Preguntó mientras comprime bajo su brazo la carpeta de cuero azul con el logo en dorado que identifica a la Galería Nacional de Arte de Washington.

—*Soy el agente especial Frank Troncoso y ellos son los agentes Leven y O*

Neal del FBI.

Al escuchar la sigla FBI, cambió su actitud y adoptó una postura más conciliadora. Ella siempre sostuvo que aquella fuerza era la más representativa de entre todas las que simbolizan al poderío de los EEUU de América y que si un hombre era lo suficientemente íntegro y capaz de sortear el duro entrenamiento que recibe como aspirante a agente, se merece toda su devoción.

Pero, más allá de esta exagerada declaración de respeto, en la intimidad de sus pensamientos se oculta la verdadera razón de tanto fervor: en el legajo de su juventud figura el nombre de un agente veinteañero que murió en acción poco después de que le robara sus secretos de castidad. A pesar de los años que lleva en matrimonio, su piel aun reclama el recuerdo de aquella tarde de verano y

cuando miró el rostro de Heriberto creyó volver al pasado. Aquel joven pareció revivir enfrente de sí.

—Mi nombre es Grace Bremen, y soy la directora suplente a cargo.

Acompañenme, por favor.

Pero antes cruzó a Williams y le ordenó ...

—Sargento, que nadie ingrese a esta área y mucho menos que toquen algo.

Estaré en mi oficina...

Grace Bremen ingresa a su despacho y les ofrece asiento y café para beber.

Ella se ubica enfrente de ellos en una poltrona de pana verde, cruza sus largas piernas y se apresta a escuchar. Heriberto, el único de los tres que ha ocultado su verdadero rostro para no ser identificado, permanece parado, algo separado del resto y en silencio mientras simula admirar algunas estatuillas que hay sobre una repisa. Grace, cada tanto lo observa de reojo y al hacerlo percibe como sus bellos corporales se alzan en clara señal de excitación reminiscente. Pero al notarlo, adopta una postura más profesional y no se permite disfrutar de sus sensaciones; se recuerda a sí misma que es una ejecutiva con responsabilidades y que no debe distraerse con nimiedades mundanas. Entonces, se deshace de sus remembranzas juveniles y...

—Señores, estoy tan intrigada como el sargento Williams, no entiendo cómo el FBI tomó conocimiento de algo que ocurrió hace tan solo unos minutos. ¿Me lo

pueden explicar?

Troncoso tomó la posta y respondió.

—Sí, por supuesto. Estábamos destacados en la casa blanca cuando recibimos un aviso de la superioridad y por nuestra proximidad con este lugar nos ordenaron llegarnos hasta aquí para constatar la veracidad de la denuncia.

Hubo dos llamados que provinieron de aquí y que alertaron sobre el robo de un cuadro. ¿Es eso verdad?

—No sé quién pudo hacer esas llamadas... ni siquiera tuvimos tiempo de comprobar algo irregular. Los agentes de policía que ustedes vieron allí afuera son parte del cuerpo permanente de seguridad que poseemos y ellos tampoco informaron a sus superiores. Cuando ustedes llegaron recién habían sido notificados de una anomalía.

—Ok, ¿entonces debo entender que fue una falsa alarma?

—No dije eso... lo que descubrimos fue un cuadro de Monet cuya firma está en duda. Según me informaron, durante una visita guiada alguien del grupo de visitantes cuestionó su autenticidad y más tarde uno de nuestros curadores verificó lo dicho por aquella mujer...

—Y, ¿podemos hablar con ella?

—No, desapareció...la guía a cargo de ese grupo informó que la extraña mujer permaneció en silencio todo el tiempo y solo habló para referirse al tema en cuestión...

—¡Qué insólito! — acotó Heriberto desde atrás de ella.

—¿Por qué dice eso? — preguntó la directora Bremen

— Alguien viene, participa de una recorrida y solo habla para arrojar la bomba. Luego desaparece. ¿No le parece raro? Es como si todo hubiera sido adrede, ¿no cree?

—Sí, coincido, ella dijo que, solo conocía muy bien, como francesa que es, la obra de Claude Monet. Esta no es la primera vez que nos sucede. Hay quienes

creen que, por haber estudiado a un artista en aparentemente profundidad, eso los capacita para determinar la autenticidad de sus obras.

—Ok, entiendo, pero aún no me respondió ¿hubo o no un faltante?

—Sí, no entendemos cómo sucedió, pero esa pintura tiene una firma que no es auténtica y debemos considerar la posibilidad de que alguien hurtó la original y cubrió el delito con una obra falsa. No obstante, debemos realizar más pericias antes de denunciar el hecho. En estos momentos nuestros peritos están haciendo, una evaluación preliminar.

No había concluido de decir esto cuando un hombre ingresó al despacho y por lo bajo le habló al oído. Heriberto lo miró de reojo, supo de inmediato que le había dicho y sonrió para sus adentros. El rostro de Grace Bremen se desdibujó en una mueca de fastidio...

—Señores, lamentablemente debo informarles que la obra es ilegítima. La sometieron a estudios de rigor y todos dieron positivo. Debo denunciar el delito.

—dijo con voz compungida.

—Está bien, imagino que la tendrán asegurada, ¿verdad? —preguntó estúpidamente Troncoso ante la mirada incrédula de John y Heriberto.

—Claro que sí, todas las obras que están expuesta en la galería poseen un seguro contratado por nosotros, además, los cuadros que no nos pertenecen también están cubiertos por aseguradoras contratadas por los mismos dueños.

— respondió Bremen sin siquiera sospechar que detrás de estos hombres se esconden los verdaderos culpables de su incordio.

—Necesitaremos los datos de las empresas aseguradoras y también los montos en que fueron asegurados. Será parte de la investigación. — dijo con seguridad John, siendo esta su primera participación en la reunión.

— Sí, por supuesto, en un momento les consigo esa documentación.

Grace Bremen, obnubilada por los eróticos recuerdos de su pasado juvenil, había cometido dos errores que le costarían caro. Nunca verificó la identificación de estos hombres y además les proveyó datos cruciales al copiar en un archivo

electrónico el listado completo con los montos exactos por los que están aseguradas la totalidad de las obras de arte que se exhiben en la Galería. Los hombres se miraron entre sí sin comprender el porqué de tanta suerte. Sin saberlo, ella les había ahorrado tiempo y ahora tenían en sus manos la información precisa para negociar con las compañías de seguros. Se ponen de pie, le agradecen la colaboración y salen del despacho. Saben que no deben tentar a la providencia; en sus manos tienen oro en polvo y ella aún no se percató del error que cometió.

—Nos mantendremos en contacto ante cualquier eventualidad. Aquí tiene mi número por si recuerda algo más que pudiera asociarse a la investigación.

Troncoso no dudó en entregarle su tarjeta. No corre ningún riesgo, aún pertenece a una de las principales fuerzas de los Estados Unidos y nadie sospechará si ella se comunica con él. Pero antes de retirarse de la oficina, Heriberto agregó...

— Es evidente que todos desconocemos desde cuando falta, pero imagino que no será tan difícil dar con el paradero de esta obra. No son muchos los que pueden hacer un “trabajo” así en todos los EEUU. Creo que en muy poco tiempo tendrá noticias nuestras y por el momento le sugiero que mantengamos las cosas como están. No hable con nadie de esto y mucho menos con la policía.

No queremos alertar a nadie. Haremos nuestras propias pesquisas y probablemente la recuperemos antes de lo que usted imagina. Notificaremos a las empresas de seguros que, lógicamente querrán tener la confirmación de parte de la galería. Responda a ellos y solo a ellos, por favor.

Naxos Insurance & Co reza el rótulo luminoso en las alturas del lujoso edificio vidriado de la calle North Moore de North Rosslyn, Arlington, Virginia al otro lado del río Potomac. Entero, el piso veintiocho, está ocupado con las oficinas de los directores y por sobre ellos, el despacho de Olaff Rudolph Rasmusen. Dos golpecitos delicados a su puerta y Cecil, su secretaria privada, ingresa con discreción...

— Señor, desde la recepción en la planta baja dicen que hay un paquete para entregar personalmente a su nombre. Dicen que solo usted puede recibirlo.

¿Llamo a la policía?

—Los de seguridad ¿ya lo escanearon?

—Sí y no detectaron más que una nota, no hay rastros de químicos ni

electrónicos. La tinta conque está escrita es común...me dicen que posee una composición química de Polímeros y Copolímeros de vinilo y también cloruro de...

—Está bien, Cecil, está bien...no necesito una clase de química ahora. Diles que ya bajo...

—¡Sí, Señor!

Unos minutos después Rasmusen recibe el misterioso sobre. Por precaución, se aleja del mostrador de la recepción y lo abre. La atenta mirada de los custodios, que a prudencial distancia observan la escena, no pierden detalle de sus movimientos. Están prestos a socorrer al ejecutivo en caso de que la carta contenga algún tipo de explosivo desconocido por ellos. Pero nada de eso ocurrió. Adentro del sobre solo hay un papel con una única línea escrita: “*Esté atento al llamado de la Reina Isabel*”. Rasmusen, se encogió de hombros, guardó el papel en su bolsillo derecho y regresó a su oficina. Ingresa al ascensor y oprime el botón del pent-house, allí donde está su despacho. Avezado para los negocios y acostumbrado a lidiar a diario con estafadores, restó importancia a la misiva, pero no había llegado a la mitad del recorrido cuando extrajo el papel de su bolsillo y volvió a leerlo; había algo en él que captó su atención...Reina Isabel...Reina Isabel. Su esposa se llama Isabel y ella suele hacerle bromas para sacarlo de la cotidianidad de sus problemas. Imaginó, entonces, que esta sería una de ellas. Se sonrió y una vez más guardó el papel en el mismo bolsillo. “*Ja, ja, ja, ¿qué se traerá entre manos ahora?*” *¡Quizás sea el prelude de una noche pasional!* — pensó mientras imaginaba la escena.

Poco tiempo después, Cecil le comunica que tiene un llamado de la Reina Isabel por la línea 3. Se recuesta sobre el respaldo de su sillón ergonómico, oprime el botón que parpadea y...

—*Hola mi amor, ¡qué buena sorpresa, ja, ja, ja!* —dice Rasmusen

—*Gracias por llamarme amor, pero no creo ser la persona que imagina.* —

respondió una voz femenina desde el otro lado de la línea. Era Sally que estaba haciendo su parte desde un punto lejano del país.

Al escucharla el rostro de Rasmusen se desdibujó y rápidamente se irguió en su asiento y lo acercó al escritorio. Por simple instinto tomó su lapicera Mont Blanc Meisterstück LeGrand y tomó un papel para tomar notas. No obstante, oprimió el botón grabador de llamadas y respondió...

—¿Quién es usted?

—*¿No le dijo su secretaria quien le habla? Soy la Reina Isabel y si no quiere perder muchísimo dinero será mejor que me escuche con atención. Sé que me está grabando asíque desconecte el grabador ahora...*

Rasmusen, sorprendido por el profesionalismo evidente, obedeció y desconectó el grabador.

—*Ok, ¡veo que nos vamos entendiendo, Sr. Rasmusen! Imaginará ya que no somos novatos. En recepción, lo aguarda un nuevo mensaje. Sí, deberá bajar a la planta baja una vez más. En él encontrará un listado de las obras de arte que Naxos ha asegurado. Nombres de las obras, nombres de sus titulares de dichas obras y los montos que deberán afrontar si estas fueran robadas. Búsquela y corrobore con sus propios archivos sobre la veracidad de lo escrito...sólo con sus propios archivos, no lo olvide. Más tarde volveremos a llamarlo. Es importante que se grabe esto...de lo que escuche y vea, no debe hablar con nadie, no debe llamar a la policía y tampoco a sus investigadores. Le aconsejo que obedezca, caso contrario tenga por seguro que perderá mucho dinero. Y usted sabe que eso no le conviene. ¿comprendió lo que dije?*

—*Sí, comprendí... ¿qué es lo que pretenden?*

—*Volveremos a llamarlo...*

Y la comunicación se interrumpió antes de que Rasmusen pudiera preguntar algo nuevamente.

Durante unos cuantos segundos quedó con la mirada clavada en el aparato sin poder reaccionar. Supo de inmediato que estaba ante algo desconocido y muy riesgoso para su empresa, pero aún no lograba discernir cuánto. Cecil vio cuando, raudo, salió de su oficina y sin mediar palabra subió al ascensor y se perdió detrás de sus puertas.

Una vez más, un sobre de color blanco lo aguardaba en la recepción del edificio. Sabiendo que, aunque fuera inútil, preguntó quién había traído estos sobres para él y casi pudo adivinar la respuesta que le dará la recepcionista detrás del mostrador, *“un joven que dejó su bicicleta apoyada en la pared y que no se identificó”*. Era demasiado obvio que ese muchacho había recibido un par de billetes por el encargo. Infructuoso sería dar con su paradero y preguntarle con quien había hablado para hacerlo.

Esta vez, Rasmusen tomó el sobre y no observó su contenido. Rápidamente regresa a su oficina. Ya en el elevador, lo abrió. Adentro solo encuentra un listado con once obras, algunas del Renacimiento, una cifra en dólares americanos escrita al lado de cada título y el nombre de los dueños de las pinturas. Los montos eran demasiado elevados como para corresponder a un pedido de rescate. Más tarde lo corroboraría, aquellas cifras coinciden con las sumas aseguradas. Todas estas pinturas se exhiben en la Galería Nacional de

Arte de Washington.

Rasmusen no esperó al próximo llamado, de inmediato envió a sus peritos a revisar con discreción cada una de las obras. Sin saberlo había cometido un error que a la postre le daría dolores de cabeza. Una hora más tarde, Cecil le avisa de un llamado sin identificar. Rasmusen toma la comunicación en su escritorio. La voz, esta vez es de tono grave...

—Señor Rasmusen, creí que había entendido que no debía hablar con nadie hasta tanto lo llamáramos nuevamente. Haga regresar de inmediato a Berger y a Correa. No crea que estamos bromeando, todos sus movimientos están siendo monitoreados.

—Ok, entiendo. Al menos dígame qué es lo que pretenden de mí.

—Dinero, por supuesto

Y luego de decir esto, la comunicación volvió a interrumpirse.

Rasmusen tomó su teléfono móvil y ordenó a sus expertos regresar sin darles explicaciones. Nadie cuestiona sus órdenes y él lo sabe. Está sorprendido por el profesionalismo de los extorsionadores, pocas personas conocen los nombres de sus peritos. Aunque, para Heriberto no había sido difícil hacerse de esos datos porque figuraban en la documentación que Grace Bremen les dio antes de salir

de la galería y eran parte del listado de obras aseguradas por esta compañía. Los peritos Berger y Correa fueron quienes constataron la autenticidad de las pinturas que Naxos Insurance & Co. iba a salvaguardar contra todo riesgo.

Unos minutos después, alguien llama a la puerta de su despacho.

—Pasen por favor —dijo Rasmusen y continuó... — esto que van a escuchar no puede salir de estas cuatro paredes bajo ningún concepto. Es de vital importancia que nadie, a excepción de nosotros tres, sepa algo de ello.

—Sí, señor, cuente conmigo — respondió Correa mientras Berger asintió con su cabeza sin necesidad de repetir lo que el otro había dicho.

—Es altamente probable que seamos víctimas de una extorsión y también de que la Galería de Arte haya sido, a su vez, damnificada con el robo de, al menos, una de sus pinturas. Los chantajistas conocen los nombres de ustedes dos y quizás hasta de vuestras fisonomías. Deben ser precavidos y no delatarse ante ellos, seguramente los estarán vigilando día y noche. Actúen con total normalidad y no cambien en nada sus costumbres habituales. Trabajen como todos los días, regresen a sus casas como todos los días y salgan a divertirse como lo harían habitualmente. Pero quiero que sus teléfonos estén libres para cuando precise llamarlos, sea la hora que sea, ¿entendieron?

—Sí señor... —respondieron al unísono.

Rasmusen les hizo un gesto con la mano para que salgan de la oficina al mismo tiempo en que se llevaba un dedo a la boca recordándoles su compromiso de silencio. Ambos comprendieron que la reunión había concluido y no precisaron de nada más para levantarse de sus sillas y encaminarse hacia la puerta.

Rasmusen imaginó que pronto recibiría un nuevo llamado, pero pasaron las horas y el teléfono solo sonó dos veces y ninguna de aquellas llamadas se correspondieron con la extorsión. Comenzó a preocuparse, necesita saber más para coordinar una estrategia de defensa.

A medida que pasan las horas su angustia crece. La espera agravó su aprensión. Se considera un ganador y no teme a los desafíos, pero aún los más intrépidos, para ganar, necesitan herramientas, datos; sin estos, nada pueden hacer. Al menos, se consuela, ya sabe que no es una broma y de alguna manera lo excita lidiar con personas que considera en un grado de intelecto similar al suyo. Son

educados, listos y no pierden la calma con facilidad. Ellos han logrado lo que pocos, que la ansiedad domine a sus instintos. Está fastidiado porque ni siquiera recuerda cuando fue la última vez que perdió en una disputa de poder.

Rasmusen siempre creyó que era un ser omnisciente y ahora estos malditos están poniendo en dudas su liderazgo. Necesita desahogarse. Y, como tantas veces antes, recurre al único método que le despeja la mente. Cecil vio cuando se cruzó el saco por encima de uno de sus hombros y salió de la oficina presuroso, tanto que ni siquiera respondió cuando le preguntó si quería que le transfiriera las llamadas a su teléfono móvil. Se dio por respondida y volvió a sus quehaceres.

El empresario fue en busca de su Porsche Panamera y arrancó tan velozmente que poco faltó para que arrollara a un transeúnte que cruzaba por la acera. Las calles de Arlington empequeñecen a su paso. Temerario, conduce sin respetar los límites de velocidad y tampoco a los semáforos que se empeñan en demorar su avance. A su paso, las infracciones de tránsito se apiñan una sobre otra. Pronto llega a su destino. El gigantesco pórtico de la entrada se corre automáticamente para franquearle el paso y conducirlo entre añosos robles hasta su parada final. Frenó enérgicamente su alocada carrera dejando, con los neumáticos, dos profundos surcos sobre el jardín central al frente de su mansión.

Se baja precipitado del coche e ingresa desaforado a la casa, llamando a viva voz a Isabel, su esposa. El ama de llaves, sorprendida de verlo entrar así y a deshora, se interpone en su camino para recibir su abrigo, pero solo obtuvo unos billetes que Rasmusen le arrojó a su paso.

— *Nooo, otra vez, no... ¡pobre señora Isabel!* —exclamó la mujer

— *¡Esa será su opinión, quizás no lo lamente tanto como usted cree!* —dijo riendo el jardinero que la había escuchado.

Todos, en el servicio doméstico saben que cuando los billetes vuelan por los aires y él ingresa en ese estado deben desaparecer de su vista.

Rasmusen sube las escaleras sorteando escalones de dos en dos y a cada paso grita el nombre de su esposa...

— *¡Isabel...Isabel...!*

Ella, desde algún lugar de la casa lo escucha y no puede evitar esbozar una

sonrisa. Sabe lo que eso significa. De ella depende que esta vez sea una aventura excitante o simplemente un trámite lenitivo para calmar su arrogancia y nada más. En ocasiones como ésta, él suele comportarse como un toro de lidia al que le han abierto las puertas de la plaza en donde se hará la corrida. Y, como tal, irrumpe insolente en las arenas en busca de su víctima. Con los años Isabel aprendió a encausar en su propio beneficio aquellas bravuconadas y se convirtió de la noche a la mañana en la más temible de las matadoras. Domina las artes del rejoneo, sabe cómo azuzarlo para incrementar su excitación, dónde ponerle trampas y escollos para entorpecer su camino o jugar con él a las escondidas valiéndose de la ceguera que lo impulsa. Ella se oculta, cambia de posición permanentemente, no se deja ver ni escuchar, cada tanto, adrede, voltea algo a su paso, pero siempre habiendo previsto una vía de escape para no ser atrapada; aún no es el momento. Este es un juego sexual en el que todo vale, ella se sirve de cualquier método para estimularlo, desde enviarle desde su teléfono móvil una fotografía suya en actitud sugerente hasta encender el hidromasaje de la piscina para provocar su distracción. Es una travesura que puede durar unos cuantos minutos o más de una hora; del enojo o la excitación que le produzca a su esposo depende. Olaff Rasmusen ama a esta mujer, por su inteligencia, pero mucho más por su humor, pero es un hombre cerril y a veces hasta brutal y si se ve superado, según vayan pasando los minutos, la rudeza con que la penetra puede superar los límites de la impiedad. Isabel, lo sabe mejor que nadie y entonces lo llama por teléfono y le propone un juego; Olaff se toma unos segundos en responder. El juego consiste en que ambos deben quitarse una prenda a la vez y quien acabe último comandará las acciones en el lecho de amor.

Olaff cuenta rápidamente cuantas unidades trae puestas y toma a su traje como una unidad de cinco piezas...

— *Ok, amor, acepto... ¿quién comienza?* —dijo él

— *Te daré una ventaja...comenzaré primero, pero...prométeme que no harás trampas...* — respondió Isabel, riendo para sus adentros.

—*Tienes mi palabra...*

Él pronto comprendería su error...Isabel sale desde adentro del vestidor con tres sweaters uno por encima del otro, el pantalón debajo de una pollera, dos pares de medias, un gorro de lana y una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

Olaff supo que había sido vencido, pero aún le queda una posibilidad de redimir su competitividad: su resistencia física y su pasión amorosa.

Rato después, con la respiración agitada y su cuerpo aún desnudo, ella pregunta...

—¿Crees que alguna vez podamos hacerlo como las demás parejas?

—Y, ¿cómo es eso?

—Después de una velada romántica y con seducción de por medio.

—¿Por qué siempre encuentras un motivo para quejarte?

—No me quejo, pero algo de romanticismo no estaría mal, ¿no lo crees?

—Soy romántico...

—Sí, sí, claro, mucho... está bien, ya veo que nunca entenderás...dime ¿Qué ocurrió esta vez?

—Aún no estoy seguro, pero creo que nos van a robar y no lo voy a poder evitar.

—Oh, vamos, eso es imposible... ¿cómo es que te van a robar? ¡Si aún no lo hicieron seguro que puedes impedirlo!

—No es tan simple. Me enviaron un listado de once óleos que tenemos asegurados y con datos que solo nosotros o nuestros asegurados conocen y eso solo puede significar una cosa, que alguien robará las obras o ya lo hizo. En cualquiera de los casos los únicos que pierden somos nosotros.

—Olaff, ¿y por qué no los denuncias?

—Porque quizás no sea la mejor idea...

—¿Por qué? ¿Porque lo dije yo?

—No seas tonta mujer... mira, mejor déjame resolverlo a mí manera...

Y, molesto por la inquisición de Isabel, Olaff se levanta de la cama y comienza a vestirse. Isabel, a su vez, con fastidio por la manera en que la ninguneó, se cubre

con una bata, ingresa al tocador y abre los grifos de la ducha.

Entre tanto, Olaff responde una llamada de Cecil...

—Señor, hay unos agentes del FBI que quieren hablar con usted...

—Dícales que no estoy allí...

—Ya lo hice, pero insisten en que no importa lo que usted tarde en llegar, que lo aguardarán aquí.

—Está bien...

No transcurrió ni un minuto cuando su teléfono móvil vuelve a sonar...

— Dime Cecil, ¿qué ocurre ahora?

—Señor, le transfiero una llamada...es el Príncipe Carlos

—Ok, ahora es el Príncipe Carlos — farfulló por lo bajo mientras oprime el botón del grabador de llamadas y al mismo tiempo activó la función manos libres para tomar notas...

—Señor Rasmusen, imagino que no pensará que todo esto es una broma y que tiene usted tiempo para arrumacos con su esposa, ¿verdad?

—¡Escúcheme desgraciado, déjese de dar tantas vueltas y dígame que es lo que quieren! — estalló Rasmusen al sentirse vigilado.

—Por favor, señor Rasmusen, no es necesario enervarse tanto... cuide su presión arterial y tenga paciencia...le diré qué debe hacer ahora...en su oficina los aguardan dos agentes del FBI; seguramente fueron advertidos desde la galería por una pintura de Monet que descubrieron con algunas irregularidades.

Escuche lo que ellos tengan para decirle, pero no nos mencione y tampoco mencione nuestras conversaciones, ya verá como ellos serán de mucha utilidad para usted y también para nosotros. Déjelos actuar y no interfiera con sus acciones. Mientras tanto, sobre su escritorio hallará un nuevo sobre. En su interior está el mismo listado que le enviamos antes pero ahora agregamos las fallas que descubrirán sus técnicos en las pinturas que aún están exhibidas en la

galería. Todas las pinturas que están allí, son falsas...las originales las tenemos nosotros. Si quiere recuperarlas deberá pagarnos un porcentaje del valor asegurado. Es un buen negocio para usted y buen negocio para nosotros. El pago lo hará en diamantes cuya nomenclatura técnica le informaremos más adelante. Cite a sus peritos, deles el listado y enséñeles donde deben observar para determinar la falsedad de las pinturas. Así usted sabrá que estamos diciendo la verdad. La Galería cierra a las diecisiete, tienen tiempo suficiente para hacerlo...

—Escúcheme, si cree que le voy a pagar, así como así, sin antes verificar completamente la autenticidad de las pinturas, está muy equivocado. Nuestros técnicos necesitarán varios días para hacer su trabajo.

—Por favor, señor Rasmusen, no insulte mi inteligencia. Los artistas de los que estamos hablando tienen sus firmas casi iguales, más allá de las tan mentadas micro firmas que se hallan diseminadas en todas sus obras. Las que ustedes constatarán difieren en algo, nuestro mago del pincel se ocupó de hacerlo. Recuerde que todos los cuadros que ustedes peritarán parecen originales, pero no lo son. Cuando contrataron sus servicios, fueron sus propios

técnicos quienes verificaron la autenticidad de las obras a asegurar, ¿verdad?

Bien, ahora es el momento de comprobar que aquellas pinturas ya no están allí.

Sus propietarios, sean los galeristas o las familias coleccionistas, aún desconocen que sus pinturas fueron cambiadas. Si se enteran de ello, ¿qué cree que puede ocurrir? Naxos Insurance & Co deberá pagar nada más y nada menos que setecientos sesenta millones de dólares americanos... ¿me equivoco?

Ellos...por ahora, sólo creen que una obra de Monet tiene diferencias en su firma.

—Ok, ok...supongamos que usted dice la verdad y que realmente tiene en su poder once de las más cotizadas obras que se exhiben en la galería... ¿por qué entonces se conformaría con un monto tan ridículamente bajo en comparación de lo que lograría vendiéndolas en el mercado negro?

—Sencillamente porque no es tan fácil vender tantas pinturas y salir indemne. Lo que le estamos proponiendo es mucho más rápido y seguro, aunque hablemos de menos dinero.

—¿Y qué pasa si no accedo?

—Nada, solo que los dueños de las obras se contactarán con usted y le reclamarán el total de la suma asegurada. Nosotros, en cambio, nos tomaremos el tiempo necesario para vender los originales a coleccionistas inmorales, así de simple.

—Y ¿cómo sé que las obras que usted me restituye a cambio del pago son las originales?

—No lo sabe, deberá confiar en nosotros.

—No confío en ustedes...

—Como prueba de nuestras buenas intenciones vamos a entregarle la obra que le reclamará la galería sin costo alguno. Usted podrá verificar su autenticidad y para ello contará con veinticuatro horas. Después de eso nos entregará los diamantes y cuando los verifiquemos, le indicaremos dónde hallará el resto de las obras.

—No soy el dueño de la empresa y no puedo disponer de sus dineros, así como así. ¿Cómo imaginan que el consejo administrativo autorizará la liberación de fondos para poder pagarles?

—La Galería le reclamará el pago del riesgo asegurado y el consejo administrativo no tendrá otra alternativa que liberar los fondos, pero antes de que usted transfiera ese dinero a sus cuentas, la pintura aparecerá intacta y nadie tendrá derecho a exigirle nada. Solo que la administración de la compañía tardará en enterarse...usted se ocupará de ello. Para entonces tendrá

justificada la operación. Aunque, en algún momento, indefectiblemente esto se sabrá y usted se encontrará en problemas...será entonces cuando les informe que por hacer eso evitó que la compañía pierda setecientos millones de dólares.

Y usted se convertirá en un héroe, así de simple.

—... y con los agentes del FBI ¿qué hago? — Rasmusen simula seguirle la corriente mientras piensa cómo lograr anticiparse a sus movimientos. Precisa ganar tiempo y encontrar un error. No cree en nada de lo que este hombre dice...

sabe que, si falla, su legajo quedará afectado para siempre.

—Usted les dará libertad para que actúen y ellos hallarán la pieza faltante de la galería. Nosotros nos ocuparemos de que así sea...luego de esto, usted deberá retenerla para verificar su autenticidad, esa será la condición que les impondrá a los agentes, pero todo con la más absoluta discreción. Mientras tanto, ni los galeristas ni nadie deberá saber que la obra apareció, solo los del FBI y usted. Esa será su carta mayor. Recuerde que estos agentes lo ayudarán a recuperar las demás obras de arte... ellos estarán felices, los directivos de la galería estarán felices y usted estará feliz... se habrá ganado un muy buen bono de fin de año, créame.

—Está bien, ¿cuándo volveremos a hablar?

—Cuando lo llamemos...

Olaff no alcanzó a hacer ningún comentario y tampoco tuvo oportunidad de repreguntar nada. La comunicación se había cortado. De pronto, escuchó a sus espaldas...

—Imagino que no harás nada de eso, ¿verdad?

Isabel había salido de la ducha y escuchó gran parte de la conversación.

Olaff, necesita pensar, concentrarse para hallar la manera de resolver este problema y cualquier comentario, por bien intencionado que sea, lo distrae...

solo atinó a decir...

—Isabel, mi amor, ¿por qué no te ocupas de tus cosas y me dejas los temas de la empresa a mí?

—Porque creo que estás por cometer la peor estupidez de tu vida. Si ellos en verdad tienen los originales que pueden vender en un valor cinco veces mayor al que obtendrán contigo, ¿por qué diablos se conformarían con tanto menos?

Además, si realmente robaron todos esos cuadros, ¿cómo es que nadie lo notó?

¿Tan fácil es hacerlo?

—No lo sé, pero no puedo correr el riesgo. Si mintieron lo voy a saber cuándo me entreguen el cuadro desaparecido. Si los peritos determinan que el cuadro es bueno será prueba suficiente de que alguien logró hurtarlo y no me

preguntes cómo lo hicieron, porque no lo sé y dudo mucho de que ellos me lo digan.

—Ok, haz lo que te parezca. Yo que tú no me entregaría tan fácil...piénsalo por favor.

Los comentarios de Isabel lo habían sacado de quicio porque fue como escuchar a su propia conciencia. No quería rendirse, pero ellos lo están acorralando de la peor manera, con movimientos pensados, con inteligencia y sin darle pistas de su próximo paso. Tomó las llaves de su Porsche y dando un portazo salió de la casa y condujo hasta su oficina. Durante el trayecto, las palabras de su esposa aun retumban en su cabeza, sabe que ella está en lo cierto, pero ¿de qué manera podría evitar caer en la trampa? Quizás los agentes del FBI que lo aguardan puedan guiarlo. Pero, ¿cómo evitar que los extorsionadores se enteren? Han dado muestras sobradas de que todo lo ven y todo lo escuchan. Si detectan su traición será fatal... desaparecerán, así como así, dejando a la empresa a merced de los reclamos por todas las obras desaparecidas. “*¡Mierda, no! Naxos con problemas financieros y yo en la calle*” pensó con desesperación.

Cecil recibe su abrigo mientras señala a los agentes que lo aguardan en la sala de espera. Él le agradece con un gesto de cabeza y va al encuentro de los hombres. Camina con seguridad y sonriente extiende su mano a modo de saludo y...

—Señores, mi nombre es Olaff Rasmusen, ¿en qué puedo servirles?

—Soy el agente Frank Troncoso y él es mi ayudante

—¿Me permite una identificación, por favor?

—Por supuesto — dice Troncoso y exhibe sus credenciales. Todo estaba planeado hasta el último detalle, ellos sabían que Rasmusen no sería tan descuidado como lo fue la directora del museo y por esa misma razón fue que presentó a John como ayudante y no como agente. De esta manera no estaría obligado a mostrar chapa alguna. Era de esperar que Rasmusen corroborara los datos con el FBI y debían estar preparados.

Y así ocurrió. Unos minutos después, los hizo pasar a su oficina.

—Señores, ¿a qué debo el honor de vuestra visita?

—Tenemos entendido que esta empresa emitió las pólizas de seguros de la mayoría de las obras de arte que se exponen en la Galería de arte de Washington, ¿verdad?

—No sé si de la mayoría, pero sí de algunas de sus pinturas y esculturas de renombre.

—¿" La Promenade", de Monet, ¿por ejemplo?

—Así es...

—¿Fueron notificados ya de la desaparición de esa obra?

—No señor ¿por qué lo pregunta?

—Ok, seguramente los expertos aún no concluyeron con el peritaje.

—Agente, ¿por qué no se explica mejor? ¿qué es exactamente lo que quiere de mí?

—Recibimos un llamado anónimo que informaba del robo de una pintura valiosa y cuando concurrimos al lugar para constatarlo, la directora...emmh, no recuerdo bien su nombre... — Troncoso simula no recordarlo y pide ayuda con un gesto a su ayudante

—Bremen, Grace Bremen... — acotó Rasmusen

—Sí, exacto, la señora Bremen... nos confirmó que el cuadro que está allí no es auténtico. Al parecer lo sometieron a un riguroso estudio y los resultados arrojaron que la pintura es falsa.

—Es extraño, porque de ser así, Grace me hubiera llamado de inmediato...

—Nosotros le pedimos que no divulgue el faltante y también lo haremos con usted. Una pintura tan valiosa no es fácil de transportar de un lugar a otro y salvo que haya sido un encargo específico, venderla tampoco es algo sencillo.

Creemos que podemos dar con ella antes de que se venda. Son pocos los que pueden realizar un robo de estas características y pocos son también quienes pueden adquirirla. Imagino que, si no salió de nuestras fronteras, encontrarla será cuestión de horas y en cuyo caso solo será un mal recuerdo para todos.

—Ok, ustedes hagan su trabajo y yo haré el mío. Enviaré a mis técnicos a corroborar sus sospechas.

—No puedo obligarlo, pero le agradecería que nos dé, aunque más no sea, veinticuatro horas para hallarla. Si no lo logramos, entonces envíe a quien usted quiera para hacer sus peritajes. Pero, por ahora, es preferible ser discretos y hacer el menor alboroto posible para no alertar a los delincuentes. Tenga en cuenta que, si ellos hubieran querido, hurtaban el cuadro y dejaban el espacio vacío. Sin embargo, no fue así. Es evidente que quieren mantener el robo en el mayor secreto hasta tanto puedan cobrar su botín. Para nosotros será más fácil atraparlos si no están prevenidos.

—Está bien, veinticuatro horas nada más. Después, actúo en consecuencia.

—Como usted quiera, es su dinero, no el mío...

—No dije que iba a pagar...usted no tiene por qué saberlo, pero esto no es tan simple. Primero debo verificar que realmente hubo un robo y luego buscamos la pintura con la ayuda de la policía y nuestros propios

investigadores. Si no la hallamos en treinta días, entonces pagamos la suma que corresponda.

—Está bien...veinticuatro horas

Frank y John dejaron la oficina de Rasmusen y fueron al encuentro de Heriberto. La semilla había sido enterrada. Todo el plan había sido calculado hasta el mínimo detalle, tenían lugares específicos de reunión y nadie podía correrse ni un ápice del libreto. Las llamadas que harían a Naxos o a sus directivos serían rotativas y nunca sería desde un mismo lugar. Siempre deberían utilizar teléfonos públicos y con vías de escape cercanas, por si fuera necesario huir de la escena. Fue así que Sally, identificándose como la Reina Isabel, llamó la primera vez desde Los Ángeles, California y el holandés, cuando se su turno, lo hará desde Méjico DF. No deben correr riesgos. Si algo falla y hacen un seguimiento de llamadas, se encontrarán con que estas provienen de puntos tan distantes entre sí

que sería casi imposible relacionarlas unas con otras.

Frank Troncoso y John Patrick Leven offician de agentes del FBI y también de la CIA si así fuera necesario y Heriberto sería el único interlocutor de negociación con Rasmusen. Para entonces, Sally ya está viajando desde Los Ángeles y aguardará el momento de entrar en acción una vez más.

Olaff Rasmusen, haciendo caso omiso a las sugerencias de quienes supone agentes del FBI, reúne con carácter de urgencia a toda junta directiva de la empresa.

—Debo informarles que existen serios indicios de que se produjo el robo de al menos once obras de arte de la Galería Nacional de Arte. Y todas están aseguradas por nosotros.

Las palabras de Olaff produjeron un murmullo generalizado entre los hombres y mujeres que componen el directorio de Naxos Insurance. Victoria Langdon, azorada, fue quien hizo la primera y fatídica pregunta: “¿de cuánto dinero estamos hablando?” Ella, particularmente, es la más interesada en saberlo porque de su firma depende la autorización para el desembolso de los pagos de siniestros.

—Si se confirmara que fue un robo, setecientos setenta millones. Algo más, algo menos, dependiendo del monto que negociemos con los damnificados. Pero, hace tan solo unos minutos, recibí un llamado de quienes se dicen los autores del robo, que nos proponen un pago por el rescate de todas las pinturas.

—¡Nosotros no negociamos con terroristas! — Exclamó un hombre desde uno de los extremos de la gigantesca mesa ovalada. Olaff lo miró con desdén y le respondió...

—Joseph, el hecho de que seas mi hermano no te autoriza a decir estupideces. ¡Son ladrones, no terroristas! Además, y esto va para todos, estamos atados de pies y manos y si no accedemos a sus demandas, afrontaremos el pago de la totalidad del seguro y lo que ellos proponen apenas si supera al 10% de esa cifra. Dicen, como muestra de sus “buenas intenciones”, que nos devolverán una de las pinturas para que la peritemos junto a la imitación que dejaron en su lugar. Esa será toda su prueba. Al parecer, hurtaron las once obras, pero ocultaron el robo, dejando una imitación casi perfecta, a cambio. Desde la galería nadie nos notificó por indicación del FBI, que ya está detrás de esta

investigación. Hace unos momentos estuvieron reunidos conmigo y aseguran que en menos de veinticuatro horas la hallarán. Y

les creo, no porque sean tan profesionales, sino porque los chantajistas me adelantaron por teléfono que se valen de ellos para regresarnos la pintura. Esto es parte de la operación.

—¿El FBI es parte de esta operación? — volvió a interrumpir Joseph intentando hacer algún comentario inteligente para obtener algo de protagonismo en la discusión.

—Joseph, por favor... no dije eso... — dijo Olaf mirando a su hermano con un gesto de fastidio.

—Olaff, ¿dices que los chantajistas nos devolverán una de las obras robadas? Y, ¿a cambio de qué?

—De nada, es solo para que entendamos que hablan en serio. Y, además, el monto en que esta pintura está asegurada será el dinero que nos exigen. El cuadro en cuestión es “La Promenade”, de Monet.

—¿Qué? ¡No puede ser! Esa pintura debe estar cubierta con al menos setenta millones...no podemos ceder a tamaña extorsión.

—Así es... ¿prefieres que paguemos diez veces más? — concluyó Olaff

—Y ¿tú crees que vamos autorizar el pago de setenta millones, así como así?

¿No crees que al menos deberíamos intentar otra cosa?

—No soy tan estúpido...ellos pretenden que el dinero lo convirtamos a diamantes. Seguramente nos indicarán donde dejarlos y allí los estaremos esperando. Pero no podemos correr riesgos...si sospechan algo, se quedarán con los originales y avisarán a los galeristas y también a los demás propietarios y entonces sí que estaremos en serios problemas. Esta es la única manera que tenemos de recuperar las obras a tiempo y con un costo relativamente bajo.

Cuando tengamos en nuestro poder a “La Promenade” y al momento de devolver esta pintura al museo, tendremos que renegociar con ellos las

condiciones de los contratos. Si probamos que les han robado once pinturas y que luego nosotros recuperamos, lo que se incrementen las primas de las nuevas pólizas será muy significativo. Y todo sin costo para nosotros, porque recuperaremos los diamantes y también las pinturas. Señores, no tenemos mucho tiempo y a menos que alguien tenga una mejor propuesta, debemos votar ahora si seguimos esta estrategia.

—Creo que Olaff tiene razón, pero también creo que debemos extremar las precauciones para no ser timados al momento de recuperar los diamantes porque si ellos perciben que los estamos siguiendo, probablemente jamás recuperemos los demás cuadros. Hay que hallar la manera de verificar que realmente haya existido el hurto de todos los cuadros sin despertar sospechas en la galería.

—Solo los haremos seguir para conocer su guarida, pero, aun así, debemos mantener la calma y esperar a que se sientan seguros y nos entreguen el resto de las pinturas. Recién entonces podremos atraparlos.

—Señores, nos estamos olvidando de algo importante...los técnicos en conservación de la Galería Nacional de Arte de Washington están entre los profesionales más respetados del mundo. ¿Creen ustedes que pasará mucho tiempo antes de que detecten las obras falsificadas? De una u otra manera, debemos recuperar todas las obras robadas, caso contrario, prepárense a pagar... y eso, si ellos no consideran a nuestro proceder como un intento de fraude y nos inicien otro juicio. No olvidemos este detalle.

—Así es — acotó Olaff —por eso es imprescindible que tengamos cuanto antes a “La Promenade” en nuestras manos. Eso no dará la oportunidad de acercarnos con nuestros técnicos y revisar todas las obras del listado sin despertar sospechas. Así ganaremos tiempo, caso contrario, la galería no exigirá que tomemos cartas en el asunto antes de lo previsto.

Unos minutos después, ingresaron al salón de reuniones dos hombres uniformados. Son expertos en seguridad y quienes comandan las operaciones de investigación cada vez que Naxos Insurance requiere de sus servicios. Ambos tienen aspecto fornido, cabello corto en extremo y con una cabeza, que, por su proximidad con los hombros, pareciera que se apoya directamente sobre ellos.

Verlos caminar presupone un entrenamiento militar exhaustivo. Rígidos, parcos

y algo exóticos, y en presencia de Rasmusen exageran sus expresiones condescendientes y nunca terminan una frase sin el agregado riguroso de la palabra “señor”.

—*Pasen señores, tomen asiento, por favor.* — dijo Olaff

Rápidamente son informados de la extorsión y enseguida abandonan el lugar, no sin antes cuadrarse y saludar con la venia militar. Olaff ha perdido la cuenta de las veces que les pidió que no lo hicieran, pero esta costumbre parece arraigada tan profundamente en sus convicciones que siempre lo olvidan.

—*Oye Olaff, si estos son los vigilantes que deben perseguir sigilosamente a nuestros rateros de guante blanco estamos en problemas...se les huele el uniforme a dos millas de distancia por más que vistan de traje, que, dicho sea de paso, podrían haber elegido colores diferentes, ¿no?... todo negro, corbatas negras, zapatos negros, gafas negras...*— comentó Peter Woods, quien hasta ese momento se había mantenido en silencio observando y escuchando lo que los demás dijeron, pero sin intervenir.

—*No, Peter, descuida, ellos solo serán los estrategas del plan, pero quienes van a seguir a los diamantes son actores entrenados especialmente para esos fines.*

Mientras tanto, Heriberto, John y Mark aguardan a la llegada de Sally en el apartamento que eligieron como base de operaciones.

A media mañana del día siguiente, Mark se apersona en la Galería Nacional de Arte y es recibido por la directora Bremen...

—*Agente Troncoso, ¿qué lo trae por aquí?*

—*Señora, tengo buenas noticias para usted...hemos hallado la obra robada...*

—*¿Queé? ¡No puedo creerlo! Fantástico, estoy sorprendida...*

—*Ja, ja, ja, algunos creen que llevarse una pintura de estas es tarea fácil, ¿verdad?* — dijo Mark intentando mostrarse seductor e implacable.

—*Y, entonces, ¿cómo fue posible atrapar a los ladrones tan rápidamente?*

—En realidad no logramos atraparlos...huyeron cuando se vieron rodeados pero lo más importante es que recuperamos la pintura sin un solo rasguño.

Estaba lista para ser sacada del país. Nuestra oficina en Miami detectó movimientos sospechosos en gente vinculada a uno de los mayores ladrones de obras de arte del mundo y solo tuvo que seguirlos.

—¡Extraordinario, señores! Y, ¿dónde está ahora?

—Está viajando en un vuelo privado y estimamos que en un par de horas podremos entregársela...

—Qué pena que no me notificaron antes...hubiéramos tomado precauciones para su traslado. Son obras delicadas que necesitan de un trato especial. Espero que llegue sin daños. Pero, le diré que haremos...dígame en que vuelo llega y nosotros la recibimos en el aeropuerto y nos ocupamos de traerla hasta aquí.

Mark quedó sin palabras, esta reacción de Bremen no estaba prevista. El cuadro jamás subió a un avión, sino que está escondido en un lugar secreto de la ciudad para continuar con la parodia. Comenzó a titubear y en su desesperación, por decir algo coherente, solo logró que una luz de alerta se encendiera en la mente de la directora del centro de exposiciones. La mujer, al sospechar que algo no estaba bien, entró en pánico; solo imaginar que la pintura sufría algún daño por la inoperancia de estos hombres, la aturdió.

—¿Qué es lo que ocurre? ¡Agente Troncoso, dígame que ocurre!

Mark supo que había cometido un error y si no lo resolvía rápido, el plan se iría por la borda. Todo había sido pensado para que nada saliera mal, inclusive, el hecho de fingir una equivocación al entregarle la pintura a la galería en lugar de hacerlo a la compañía de seguros, como acordaron con Rasmusen, era de vital importancia para alejar sospechas de complicidad entre los “agentes” y los

“extorsionadores”. Es fácil creer que en la mente de Rasmusen esta posibilidad existiera, es un hombre perspicaz y es posible que fingiera dejarse engañar para hallar la manera de vincularlos. Entregar, “por error o inoperancia” la pintura en la galería, alejará todas dudas al respecto, no tiene sentido pretender cobrar un dinero entorpeciendo la operación. Pero, como todo plan perfecto, puede fallar.

La sugerencia de Bremen no estuvo prevista y puede arruinar todo. Mark simula

hablar por teléfono con sus superiores, pero en realidad lo hace con Heriberto a quien le informa de su desliz. Luego de un minuto, Troncoso guarda su teléfono en el bolsillo interno de su saco y mirando a Bremen hace una mueca de preocupación y le dice...

—Pido disculpas en nombre de la institución por nuestra falta de profesionalismo. Debimos ser más cuidadosos con estos detalles. El cuadro ya llegó y está en poder del FBI. Con gusto la llevaremos hasta allí y así usted podrá constatar su estado de conservación.

Y, antes de continuar, adopta una postura sobria y...

—Quiero aclararle que solo podremos llevarla a usted...ese es un lugar secreto y su ubicación no puede ser difundida bajo ningún pretexto, es todo lo que puedo ofrecerle para enmendar nuestra equivocación...

—Está bien, no es lo que esperaba de ustedes, pero lo entiendo...

Cualquier persona en su sano juicio sabe que le FBI tiene protocolos que no se deben alterar bajo ningún concepto, pero Bremen jamás sospechó que estaba siendo parte de un fraude gigantesco y nunca dudó de las buenas intenciones de los agentes cuyo “profesionalismo había resuelto el robo de una de sus más preciadas obras y en menos de veinticuatro horas”.

Al verlos llegar, John finge custodiarlos hasta el ingreso al edificio y presuroso cierra la puerta de acceso. Al llegar al apartamento donde los aguardan Sally y Heriberto, John llama a la puerta dando dos golpecitos con sus nudillos y luego otros dos, en señal de código de identificación. Mark lo miró socarronamente y para sus adentros pensó “John, has visto demasiadas películas clase B”, más nada dijo y solo se limitó a seguirle la corriente con el simulacro.

—¿Recuerda al agente O’Neal? —preguntó Mark dirigiéndose a Grace Bremen.

— Sí, claro — respondió la mujer sonriendo complacida de volver a verlo.

Heriberto, aún con la caracterización que oculta su verdadero rostro, es un hombre extremadamente atractivo. Rara vez alguna mujer olvidó la profundidad de aquellos ojos azules, y esta vez no será la excepción; Grace Bremen experimentó un extraño y casi olvidado cosquilleo que por momentos la abstrae de sus propios pensamientos. Pero una voz a sus espaldas, la trajo a la realidad.

Sally acaba de aparecer en escena y Mark se apura a presentarla antes de que ella diga algo impropio.

— *Señora Bremen, ella es la agente Zamora y fue quien custodió el cuadro hasta aquí.*

Todos, quizás, esperaban que al escuchar esto, Bremen expresara un agradecimiento especial hacia Sally, pero solo la saludó con un gesto de cabeza, sin sonreír al hacerlo ni estrechar su mano. Sally la imitó al tiempo que disgustada, pensó — “¡machista!”—. Enseguida, Heriberto la condujo a la habitación contigua y le señaló el atril donde, levemente reclinado hacia atrás, han apoyado a “La Promenade”. La mujer se acercó decidida al cuadro y emocionada, tuvo una primera intención de abrazarla, pero guardando postura, se contuvo y solo se limitó a estudiar algunos detalles que identifican la originalidad de la majestuosa obra de arte que tiene enfrente de sí. Avezada y ducha, solo precisó observarla por unos pocos segundos a través de lentes especiales para determinar la autenticidad de la pintura. Y entonces, dijo...

— *Habré que estudiarla en profundidad, pero a simple vista parece ser la original. Tiene además la identificación de la galería y sobre ella no tengo dudas. Por favor, con sumo cuidado, ayúdenme a cargarla en la camioneta y regresemos cuanto antes a la Galería.*

En el trayecto, Bremen llama desde su teléfono móvil a Rasmusen.

— *Creo, señor Rasmusen, que tengo que darle una muy buena noticia...*

hemos recuperado la pintura que nos habían robado días atrás...

— *Señora Bremen, no sé de qué me habla. Por favor sea más específica.*

— *Perdón, intuí que usted sabía que, hace unos días, descubrimos que una de nuestras más preciadas pinturas había sido sustraída.*

— *Intuyó mal, ¿por qué no se me informó antes de esto?*

— *Íbamos a hacerlo, pero por consejo del FBI, esperamos a ver los resultados de sus investigaciones y ahora con gran satisfacción puedo informarle que ellos la recuperaron sin un solo rasguño.*

—¿Puede usted ahondar más en el tema? Estoy en ascuas y no sé de qué me habla...

—Señor Rasmusen, ya habrá tiempo para eso...por el momento solo quería avisarle que ya nada hay de qué preocuparse. En unos días vuelvo a llamarlo...

Adiós...

Rasmusen, sorprendido, no sale de su extrañeza...el acuerdo con los agentes del FBI fue que él sería el primero en enterarse si tenían éxito y no comprende por qué no lo hicieron. Anonadado, no logra discernir que hacer...si llama al agente Troncoso, que seguramente estaría viajando en el mismo vehículo que Bremen, corre el riesgo de que ella escuche la conversación y entonces se pondría en evidencia. Si no lo hace jamás entenderá por qué ellos no cumplieron con su parte del trato. Pero, su teléfono móvil vuelve a sonar y lo sacó de sus pensamientos. Era Cecil, su secretaria, que le trasfiere una llamada del Príncipe Carlos...Oloff suspira y se pone en escucha...

—Como verá, hemos cumplido con nuestra parte...el cuadro fue restituido.

Tiene veinticuatro horas para peritarlo y para verificar las otras diez falsificaciones. Mañana a esta misma hora lo estaremos llamando para darle las instrucciones sobre el pago y demás...Le aconsejo no perder tiempo en nimiedades y, por favor, ni se le ocurra traicionarnos, recuerde que, nosotros, nada tenemos que perder...ustedes...bueno, no creo necesario tener que recordarle cuanto, ¿verdad? Una mínima sospecha y desaparecemos con las diez obras de arte, que, por supuesto usted deberá pagar...

Y luego, solo escuchó silencio.

—Ho...hola...hola... —dijo

Rasmusen supo que, de ahora en más, solo tiene una opción, seguirles la corriente y aguardar una oportunidad para actuar. Ejecutivo como es, no perdió tiempo y de inmediato envió a sus técnicos a la galería con expresas indicaciones de constatar la falsedad de las obras que figuran en el listado mientras llamaba a una reunión de urgencia a los principales accionistas de la empresa. Él y su familia tienen el mayor porcentaje de poder, pero el consejo de administración, por estatutos, debe ser notificado de cada irregularidad que afronte la firma. No

bien él comenzó a hablar, los asambleístas, azorados, les recriminaron a los gritos su falta de previsibilidad y una tras otra aparecieron las acusaciones y las injurias personales. Olaff, jamás escuchó a su consejo y mucho menos lo haría ahora; solo se limitó a complimentar con las directivas que lo obligan por su cargo. Concluyó con el informe y salió del salón haciendo caso omiso a las advertencias.

Más tarde, y a solas en su despacho, hizo un llamado...

—Estoy en problemas...necesito de tu ayuda —dijo

*— Ok, ven a verme...sabes cómo encontrarme —*respondió una ronca voz desde el otro lado de la línea.

CAPÍTULO XIV

1

Quienes lo conocen, pocas veces lo han visto tan apesadumbrado y la gélida tarde que languidece sobre el horizonte, potencia aquella sensación de abatimiento. Los celajes del crepúsculo poco a poco decoloran sus pigmentos y la tarde noche se hace noche abruptamente. Nublos rosados anuncian el ocaso del día y las luces de la ciudad se encienden de pronto. El rostro compungido de Olaff Rasmusen alterna matices al ritmo de la cartelera luminosa de la ciudad.

Con la mirada perdida en el infinito, observa sin mirar las luces de la gran urbe.

Su mente vuela en un viaje imaginario sin destino, en soledad con sus pensamientos y con el temor de ser vencido crispando los músculos de sus espaldas. Con sus manos hacia atrás y con los dedos entrelazados, a menudo los comprime tanto que crujen estrepitosamente. No halla respuestas, jamás ha sido sorprendido tan desprevenido y ahora debe confiar en las habilidades de otros para no perder. Pero no sucumbirá sin pelear y lo hará de todas las maneras que conozca, legales o no. No ha llegado hasta donde llegó siendo tibio ni moderado.

FBI, su propia tropa y, por si fuera poco, Lorenzo Mattos, un ex compañero de escuadrón que salvó su vida en Gardez, Afganistán aquella vez que las tropas enemigas derribaron su helicóptero MH47-Chinook. Por entonces, Lorenzo era célebre entre los combatientes por la ferocidad con que enfrentaba a los talibanes, tanto que los árabes aliados los llamaban Alnamar (tigre), aunque sus excesos de guerra fueron los causantes de su baja dos años después de aquella heroica proeza. Hoy, sin pensión ni empleo estable, sobrevive gracias a

“trabajos” que realiza para sus “amigos”. Más, eso a Olaff poco y nada le importa, Lorenzo es su amigo y más que amigo, su camarada de armas a quien le debe la vida.

Pronto y sin percatarse de ello, la noche se esfumó y las luces del día lo sorprendieron en el mismo lugar, justo allí, enfrentando a su imagen reflejada en los cristales que lo vieron toda la noche de pie y sosteniendo sobre sus hombros la pesada carga de la irresolución.

Una vez más, sus cabildeos son interrumpidos por el timbreo incesante del

teléfono...Olaf observa la hora antes de atender...9:40

— *Señor Rasmusen, el reloj comenzó su cuenta regresiva... en unos minutos recibirá un paquete con tres bolsas de terciopelo de color marrón en su interior.*

¡Preste atención a lo que le voy a decir...! en cada una de las bolsas colocará noventa diamantes iguales con estas características: Redondo Brillante, de 5

quilates cada uno, color F, VVS1 de pureza y talla Ideal de 57 facetas, con sus respectivos certificados GIA más un reporte de calificación de diamantes. Hoy a las 15:30 horas abordará un taxi en la esquina de Pennsylvania y la 18th y le indicará al chofer que se detenga en la 18th st y la Q st. Durante el trayecto, en el piso y justo detrás del conductor, dejará la primera de las bolsas con diamantes. Exactamente a la misma hora deberán depositar la segunda de las bolsas en el cesto de papeles que hallarán frente al Holy Trinity Church en el 1315 de la 36th st. Y, por último, en la esquina de Leonard Street y W Broadway de Manhattan, NY, y también a las 15:30 dejará la tercera bolsa con diamantes en el cesto de papeles que está apoyado en el indicador de calles en frente del Starbucks. Recuerde, es muy importante que todo se haga exactamente a la misma hora. Si detectamos cualquier anomalía en los alrededores, cualquier persona sospechosa que nos esté esperando o que nos siga, prepárese a pagar diez veces más. Si ingresa en la página web de la Galería de Arte de Washington verá que no bromeamos. A la izquierda del logo hemos incorporado un pequeño reloj digital. Cuando el contador llegue a cero, si usted no cumple con lo pactado, se dispararán automáticamente a todos los medios periodísticos del país el listado de las diez obras falsas que se exponen allí y que su compañía ha asegurado contra todo riesgo. Además, detrás de cada una de las pinturas hemos colocado un pequeño explosivo que se activará destruyéndola si alguien mueve la pintura, la toca o simplemente la someten a rayos x. Podrá usted corroborar lo que le estoy diciendo simplemente acercando un contador Geiger a cada una de las pinturas. Éste captará los rayos Gamma que emite la radiación electromagnética del dispositivo que colocamos detrás, pero recuerde, tanto el disparador de la página web como los dispositivos explosivos, solo se pueden desactivar mediante un código que le entregaremos una vez que estemos a salvo con nuestros diamantes.

Mientras escuchaba esto, Rasmusen hizo señas desesperadas a Cecil y le mostró lo que había garabateado en un papel ... **“haga regresar de inmediato a**

los peritos que están en la galería y adviértales que nadie debe tocar a ninguna de las obras del listado... ¡¡pueden explotar!! Y que nadie pregunte nada, solo que obedezcan” —resaltó.

Entre tanto, continuaba escuchando en el auricular del teléfono...

Recuerde que, para los de la galería, todas esas obras son originales. De usted depende encontrar las auténticas a tiempo.

—Malditos, eso es más de lo que acordamos y además no puedo reunir esa cantidad de diamantes en tan poco tiempo. Son operaciones que deben ser homologadas y nadie puede modificar sus plazos. — los emplazó Olaff.

—Señor Rasmusen, una vez más... ¡no nos tome por estúpidos! Usted tiene una caja de seguridad en cuyo interior guarda suficientes diamantes de estas características y no creo que sea necesario que le recuerde como los obtuvo

¿verdad? El tiempo que usted tarde en recomprarlas con los dineros de la empresa, no son nuestro problema. ¡Ah! Lo olvidaba... si detectamos cualquier dispositivo rastreador entre los diamantes... bueno, creo que no necesito recordarle que puede ocurrir, ¿verdad? Apresúrese, tiene cinco horas y media.

Rasmusen quedó sin palabras, jamás imaginó escuchar esto. A excepción de su operador de inversiones y de muy pocas personas de su más íntimo círculo de amistades, nadie sabe que es dueño de una de las colecciones de diamantes más importantes de América del Norte. Había perdido el primer round.

2

John, miró asombrado a Heriberto.

—Mierda, Herb, ¿cómo diablos sabías eso?

—¿Qué cosa?

—Que este tipo tenía esos diamantes en una caja seguridad...

—No lo sabía, alguien me contó, una vez, que estos ricachones aman a los

diamantes porque es la mejor manera de huir con dinero si los atrapan en alguna trapisonda. Alto valor y fácil de transportar, además de que es moneda corriente en cualquier parte del globo terráqueo.

—Sí, pero ¿cómo sabías que él tenía justamente piedras de estas características?

—Tampoco lo sabía, pero sé que son de las más comunes en estos niveles de riqueza. Las de menor peso ocupan más lugar y son más fáciles de detectar en los aeropuertos.

—Ok y ¿cómo sabremos que son realmente diamantes y no imitaciones?

—Para eso es que le exigí el certificado GIA.

—Pero, qué diablos haremos con doscientos setenta certificados.

—No seas tonto, en su momento él debe haber adquirido canastas de diamantes y en ese caso seguramente hay un certificado para cada canasta.

Bueno, basta de cháchara... ahora hay que prepararse, hoy será el día más importante de nuestras vidas y nada puede salir mal.

Rasmusen, mientras tanto, reunió a su tropa y cuidadosamente seleccionó a los tres responsables de dejar las bolsas con los diamantes siguiendo estrictamente las indicaciones de los extorsionadores.

Unos minutos después, Cecil ingresó a la oficina con un envoltorio que alguien había dejado en recepción a nombre de Olaff Rasmusen. Es rectangular y de unos treinta centímetros de largo por seis de ancho. Olaf, mirando a su secretaria, preguntó si los guardias de abajo lo habían sometido a una inspección mediante scanner; ella asintió con la cabeza y entonces lo abrió. Adentro, halló las tres bolsas de tela de terciopelo y también un tubo porta planos con tapa roscada en cuyo interior descubrió un papel escrito con una máquina de tipos con un recordatorio de las instrucciones. Al final del texto, una nota aparte donde se leía: **en este adminículo, deberá introducir los certificados GIA y**

arrojarlo al río Potomac y recuerde: todo debe hacerse a la misma hora, 15:30.

—Carl, tú serás quien tome el taxi, tú Cecil, quien arroje la segunda bolsa en el cesto de la Iglesia de la Santísima Trinidad. ¡Si sientes temor de hacerlo, por favor dímelo que designo a otra persona!

—Sí, señor, puedo hacerlo sin problemas...cuente conmigo

—Ok, gracias por tu arrojo...continuamos entonces... tú Maurice, quiero que salgas de inmediato para Manhattan y ubiques la zona donde deberás depositar la tercera bolsa con los diamantes. Estudia bien el lugar y encuentra un lugar desde donde tomar fotografías de todas las personas que hurguen en el cesto de papeles. Preocúpate de que sea un sitio donde nadie pueda verte. Si nos descubren... adiós a todo, ¿me comprendiste?

—Sí, señor, descuide...

—Ok, yo arrojaré el tubo porta planos al río. Estaremos comunicados por handie. Nadie usará sus teléfonos móviles, pueden estar tomados. Cecil, por favor, comunícame con el inspector García...

—¿García, señor?... ¡creí que no debíamos dar parte a la policía de esto!

—No diremos nada, solo voy a pedirle un par de agentes para los custodie hasta tanto hayan entregado las bolsas en los lugares designados. Solo será para protegerlos a ustedes. Por si no lo saben en cada una de las bolsas habrá piedras por valor de más de veinticinco millones... ¿quieren andar solos en la calle con esa responsabilidad?

—¡noo, señor! — respondieron al unísono

—Ok, manos a la obra, entonces...

Entre tanto, Carl y Cecil preguntaron si ellos también debían capturar imágenes fotográficas...

—No, ustedes solo hagan las entregas y desaparezcan de la escena de inmediato. Ya tengo designado a quien lo hará.

Olaff, habló por teléfono con el policía y después tomó su abrigo del perchero, se cruzó una bufanda de alpaca detrás del cuello y fue en busca de su automóvil a la cochera del edificio. Las puertas del ascensor se abrieron, emerge de él y

comienza a caminar por el pasillo central del estacionamiento subterráneo. Unos cincuenta metros antes de llegar a su Porsche, oprime un botón en el control remoto y enciende su motor. Fue entonces cuando un automóvil, que estaba estacionado enfrente, arranca despaciosamente y comienza a andar en dirección suya. El coche avanza lento y con sus luces altas encendidas...eso lo encandila y le impide ver a su interior, pero en el momento

en que se cruzan, Olaff alcanzó distinguir el rostro del conductor, que, sonriente, lo saludó alzando su mano derecha. Instintivamente, Olaff respondió de igual manera, pero hubo algo que lo alertó, nadie jamás lo había saludado en ese lugar...

—*¡Mierda, son ellos!* —exclamó mientras corrió hasta su coche.

—*¡Acelera, creo que se dio cuenta!* —dijo John.

Heriberto, oprimió el pedal derecho y subió velozmente la rampa de acceso.

Buscó la salida y se perdió en medio del tráfico. Olaff, había reaccionado de manera desmedida y eso los alertó. Esa fue su equivocación y poco tardó en comprenderlo. Para cuando asomó en la calle, no había ni rastros de ellos.

— *Ok, Herb, ahora ¿me puedes explicar qué diablos fue eso?* —preguntó John visiblemente enojado.

—*¡Solo quería verle la cara de desesperación a ese malnacido!*

—*¿Para qué?*

—*Para verlo sufrir como sufrí yo.*

—*Creo, Herb, que me debes una explicación... ¿este sujeto te conoce?*

—*No lo creo, pero no me digas que no lo disfrutaste tanto como yo.*

—*¿Te das cuenta de que esta estupidez tuya puede arruinarnos, además no pensaste que pudo reconocerme?*

—*No, él es un engréido y piensa que es más inteligente de lo que realmente es y a ti no puede reconocerte... mírate en el espejo... cuando fuiste a verlo ¿no*

recuerdas que fuiste disfrazado con anteojos oscuros y sombrero?

—Espero que tengas razón, pero imagino que este tipo no ha llegado hasta allí siendo un idiota. Por lo pronto, sugiero que no vuelvas a hacerlo.

—John, si tienes miedo, puedes abandonar todo aquí mismo. En mi mundo no hay cabida para cobardes.

—Noo, ¡no te daré el gusto! Si piensas que voy a dejarte mi parte después de que te serviste de mi invento para lograrlo, estás muy equivocado. Solo estoy pidiendo que no lo arruines... deja de lado tu estúpida venganza, vas a ponernos en riesgo a todos y si el holandés y los demás saben de esto, no creo que se alegren mucho. Y, quizás, en ese caso, no sé de cuanto te servirá tu magnífica valentía.

—Vamos, John, no puedo creer cuan marica eres.

—No digas que no te lo advertí

Olaff, conduce sin rumbo fijo por largo rato; intenta despejar su mente y al mismo tiempo despistar a quien pudiera estar siguiéndolo. A cada momento ojea por el retrovisor, pero nada extraño ve. Todos los automóviles que circulan

detrás de él, se han desviado de su camino o se han detenido. Se acerca a la intersección de la 18th y Q y se estaciona frente al 1545, a pesar de la prohibición que rige en el lugar. Está a tan solo veinte metros de la Q st, apaga el motor y aguarda. Allí, deberá bajarse Carl, siguiendo las expresas instrucciones de Heriberto. Observa la hora: 15:20

En diez minutos más comenzará todo y debe estar alerta.

15:30 — *Carl, en este momento debería estar subiendo al coche y en no más de cinco minutos llegar aquí* —piensa Rasmusen mientras observa por su espejo lateral para distinguir el coche de alquiler que abordó su hombre. Lo llama por radio...

— Carl, dime de qué color es tu coche

—Cobre y gris y estoy bajando en este momento...

—Ok, camina hasta aquí... ya sabes adonde estoy

Carl apura el paso para subirse al Porsche y no perder al taxi de vista. Una elegante mujer lo tomó no bien él bajó. Ahora solo deben seguirlo. El taxi, continua por la 18th hasta la R st y por ésta hasta la avenida Connecticut en dirección norte que, al llegar a Kalorama road, se detiene.

—Se detuvo, que alguien revise el taxi, nosotros seguiremos a la mujer —

ordenó Rasmusen por radio.

Unos segundos más tarde, escucha...

—Señor, la bolsa con los diamantes sigue ahí...

—Ábrela y compruébalo...

—Sí, señor, las piedras siguen allí

—Déjalas ahí y sal pronto del auto...

—Maldición—gritó Rasmusen al comprobar que se había equivocado con la mujer — *ustedes sigan al taxi que nosotros iremos hasta la iglesia. Cecil, ¿estás allí?* — preguntó visiblemente ofuscado

— *Sí señor Rasmusen, acabo de dejar la bolsa adentro del cesto y me estoy alejando, tal como ordenó, señor*

—Ok, bien hecho.

Rasmusen aceleró y en minutos estuvo allí. Dos transeúntes intentan separar a un hombre finamente vestido y a una anciana con evidentes signos de abandono, sus ropas raídas, un gorro de lana ennegrecido cubriendo su sucia cabellera, con uno de sus pies descalzos y suciedad por doquier. Olaff, reconoció al hombre y apuró el paso para ver qué es lo que ha ocurrido allí.

—*Esta mujer estuvo revolviendo el cesto y de seguro se llevó nuestra bolsa señor...* —dijo el hombre no bien lo vio venir.

—*Maldito seas, desgraciado, búscate tu propio sustento en otro lado... a este lo*

vi primero y además es mi zona... vete de aquí maldito... mírate nada más, como vistes... y quieres aprovecharte de mí... te caerá la desgracia sobre tu cabeza, miserable mal nacido —vociferaba la anciana mientras intentaba alcanzarlo con sus golpes de puño una vez que se viera liberada.

—*El cesto...fíjate adentro...*— le ordenó Olaff

El hombre, estupefacto, levanta la bolsa lo suficiente para que Olaff pudiera ver que aún estaba allí.

—*Imbécil... déjala y vámonos, ya hemos cometido demasiados errores por este día...* — le gritó furioso.

Olaff, con la ira enmarcándole el rostro, comienza a caminar hacia el Porsche, pero en un momento se detuvo y volvió sobre sus pasos... se acercó a la mujer y mirándola fijo a los ojos, le dijo...

—*Vete, vieja, esta no es tu zona como dices...es la mía* —y la toma por el brazo y la obliga a caminar alejándola del lugar...

— *Ya, ya, está bien... ya me voy... qué vergüenza como le roban a los pobres... qué vergüenza, señor Dios* — concluye la anciana mientras camina renqueando y mirando al cielo como si se estuviera hablando directamente con Él.

Maurice, en Manhattan, permanece atento sin perder de vista al cesto en donde instantes antes dejó la tercera de las bolsas con piedras preciosas. Presto y con su cámara fotográfica lista, observa a cuanto peatón se acerca desde una mesa ubicada contra el ventanal del café. En eso, un linyera se asoma por encima del cubículo y observa su interior. Nada de lo que ve adentro parece de su agrado y amaga continuar con su errante vagar. Pero algo atrajo su atención... regresa e introduce parte de su cuerpo adentro y luego de hurgar unos cuantos segundos, extrae una botella de licor de cuello ancho y a medio llenar. Maurice, lo fotografió, pero al ver la botella empinada sobre su boca, se encogió de hombros y continuó con la vigilia. Pronto, recibe un llamado de radio...

—*Sí señor, aún estoy aquí y sin novedades...*

—*¿Alguien se acercó al cesto?* —preguntó Olaff

—*Sí, un pordiosero, pero siguió su camino con una botella de licor que sacó de*

allí...

—Ve a ver si la bolsa aún sigue allí

—Enseguida, señor

Un momento después...

—Señor, la bolsa aún está allí y nadie más se acercó al cesto de papeles

—Ok, continúa allí...

Olaff, sabe que algo está mal, pero no logra discernir qué. Se acerca a la orilla del río Potomac y arroja el tubo porta planos al agua. A unos metros de allí y corriente abajo, una pequeña embarcación con dos hombres a bordo, simulan pescar pacíficamente. Al ver que el cilindro plástico se acerca a ellos, levantan discretamente el ancla y se dejan arrastrar por la corriente. Cada tanto y con uno de los remos, retrasan el avance de la chalana para dejar que el tubo los adelante y así evitar delatarse. Pero, pasan los minutos, la población se aleja y el río pronto se ensancha con orillas de campiña.

—Señor, ha pasado más de media hora, estamos lejos de la ciudad... aún nadie apareció y el tubo sigue flotando a la deriva... ¿qué hacemos?

—Regresen, algo no está bien aquí.

Entretanto, no muy lejos de allí, Mark Troncoso enciende su segundo cigarrillo. Apenas han pasado cinco minutos desde que arrojó por la ventana la colilla del anterior. Observa su vaso vacío y vuelve a llenarlo de Gentleman Jack, su bourbon preferido. Inquieto camina de un lugar a otro, sabe que todos ya deberían haber llegado. Han transcurrido más de treinta minutos de la hora estipulada para hacerlo y lentamente comienza a limpiar todas las huellas dactilares que pudieran comprometerlo en la causa. Observa una vez más la hora, decide que esperará diez minutos más y luego abandonará el lugar. Bebe un sorbo de bourbon y da una pitada a su cigarrillo, mas no traga el humo, lo deja escapar de su boca procurando formar, infructuosamente, anillos en el aire.

Cada tanto se acerca a la puerta y observa por la mirilla, pero la vista que le devuelve es siempre la misma, el color blanco de la pared del pasillo. Apoya el oído sobre la puerta para escuchar anhelando detectar el sonido de la puerta del

ascensor cerrándose, pero nada, el silencio es absoluto, solo quebrado por el llanto lejano de un bebé que se resiste a ser bañado. Con dos dedos, descorre el puño de su camisa y descubre su reloj pulsera, una vez más controla la hora...

ahora restan cinco minutos. Algo salió mal y no aguardará a que lo atrapen.

Arroja la bebida por el excusado y lava cuidadosamente el vaso, embolsa los residuos y limpia los ceniceros. Toma su abrigo y mansamente se dirige a la puerta de acceso. Hecha una última mirada hacia atrás repasando mentalmente cada cosa que tocó y corroborando que nada haya quedado sin higienizarse.

Extrae un pañuelo de algodón de su bolsillo trasero y abre la puerta cuidando especialmente de no dejar rastros de su estancia allí. Se asoma. No ve a nadie y presuroso oprime el llamador del ascensor. Los segundos son eternos, el ascensor parece tardar más de la habitual. Mark escucha que se detiene en otros

pisos y que luego continúa ascendiendo hasta que finalmente se detiene allí. No puede correr riesgos de ser visto y se oculta en la escalera de emergencia y aguarda por si alguien baja en ese nivel. Nada, la puerta no se abre. Está seguro entonces, pensó. Sale de su escondite y justo en el momento en que lo hace, un hombre y una mujer de aspecto menesteroso se interponen ante él, sombríos, hoscos. Mark adopta rápidamente una posición de defensa ante la amenaza que percibe en sus movimientos, pero de pronto, ambos y al mismo momento, descubren sus rostros y a carcajadas se arrojan sobre él palmeándole la cabeza y sus espaldas. Ya distendidos y en el interior del apartamento, Sally y John se arrojan sobre uno de los sillones y minutos más tarde, llega Heriberto, caracterizado como una elegante dama entrada en años.

—*Buen trabajo... buen trabajo, amigos... Sally... queremos ver tus diamantes...*

— dijo complacido Heriberto.

Ella, con paso de comedia, se acerca a él y sonriente se quita el gorro de lana, arrojándolo al piso. Acto seguido y sin dejar de mirarlo a los ojos, le toma ambas manos y en un rápido movimiento de cabeza y deja caer sobre ellas la sucia y maloliente peluca. Heriberto, la gira y debajo de ella aparece, entonces, la bolsa de color marrón con su preciado contenido. Satisfecha gira sobre sí y regresa al sillón.

— *Brillante, Sally, realmente una muy brillante actuación...te has ganado con creces tu parte. John, es tu turno...*

John, se pone de pie simulando dificultades para hacerlo. Tropieza con todo lo que encuentra a su paso... es evidente su estado de ebriedad. Con su botella bajo el brazo, se acerca a él y repite la acción de su amante. Toma las manos de Heriberto y vuelca en ellas el contenido de la botella... noventa brillosos diamantes.

—*¡Bravo, John, bravo!* —exclamó entusiasmado Mark —*pero ahora faltan las de la dama de azul, ¿no?* — dijo riendo al tiempo que miró hacia Heriberto.

— *Sí, claro, Herb...queremos ver qué hiciste adentro de ese taxi* —Dijo Sally entusiasmada como una colegiala ante su primera salida de noche.

John, haciendo gala de una voz privilegiada, sorprendió a todos cuando comenzó a entonar *you can leave your hat on...*

—*Nena quítate el abrigo... muy lentamente...quítate los zapatos...yo te quitaré los zapatos...*

Heriberto, se ubicó en medio del salón y comenzó a quitarse una tras otra cada prenda, siguiendo el ritmo de la balada, mientras contonea sus caderas emulando a Kim Basinger en Nueve semanas y media, hasta quedar

semidesnudo enfrente de ellos. Entonces gira y les da la espalda, se quita el sujetador y lo arroja hacia atrás... fue John quién lo atrapó en el aire y riendo a carcajadas mostró lo que había en uno de sus tazones...la tercera bolsa de terciopelo marrón.

—*Si alguien sospechaba de mí, no creo que tuviera estómago suficiente para revisar allí a una anciana como yo, ¡ja, ja, ja!... Hey, Mark, trae aquí esa botella de bourbon...creo que tenemos algo que festejar, ¿verdad?* — agregó al culminar con su show

—*Brillante plan...brillante plan...* —exclamaba Mark Troncoso mientras llenaba los vasos.

—*Y, ahora, ¿qué sigue? ¿haremos la repartija?* —preguntó Sally.

Heriberto, que se estaba comunicando con el holandés en la ciudad de México la escuchó y unos segundos después, le respondió...

—Sally, tú conoces el plan tanto como nosotros y no nos apartaremos de él.

Mañana volaremos a Tucson y desde allí nos embarcamos directamente hacia Argentina. La repartija se hará allá y solo después de los seis meses en que los diamantes permanecerán ocultos, tal como convenimos oportunamente. Todos sabíamos que esto iba a ser así. No nos dejemos vencer por la ansiedad... puede ser muy peligroso...

—¿Tucson? Ese aeropuerto ¿no es cívico militar? ¿No será muy arriesgado?

—Es un aeropuerto estratégico y altamente custodiado, pero ¿cómo creen que los militares que recibirán a una aeronave del FBI en misión reservada?

3

Entre tanto, en el pent house de Naxos Insurance & Co, Olaff observa el reloj adjunto al logo de la Galería Nacional de Arte en su página web. Pasan los minutos y el conteo decreciente se aproxima rápidamente al cero y cuando eso ocurra, sobrevendrá la hecatombe para su empresa. Atemorizado por las consecuencias que tendría para él y su empresa desobedecer las órdenes que les habían impartido, ha seguido al pie de la letra todas las instrucciones de los extorsionadores y aguarda impaciente ese tan ansiado llamado de quien le dará las instrucciones finales para detener el maldito conteo. Por momentos siente la tentación de llamar a Grace Bremen para advertirle, pero se contiene haciendo un descomunal esfuerzo. Mantiene las esperanzas de que en estos hombres haya una pizca de piedad y no destruyan las obras de arte ni divulguen el robo sin antes darle la oportunidad de restituirlos a sus dueños. Pero, el tiempo pasa y su teléfono permanece mudo. Apenas restan dos minutos y treinta y cinco segundos para que venza el plazo y se disparen las alertas de robo a todos los medios informativos del país. Observa su reloj pulsera e imagina que, para entonces, ellos ya habrán recogido su botín. Toma el handie y llama a todos los hombres que han quedado custodiando los diamantes para confirmarlo, pero para su desgracia todos responden la misma palabra: nadie se llevó las bolsas.

El conteo continúa y aún quedan treinta segundos para detenerlo, mas nada de eso sucede...pronto y ante su espanto, el reloj llega a cero. Pero, contrariamente a lo que suponía, el contador desapareció de la página de internet. Se tomó la cabeza con ambas manos y rojo de ira se auto infligió golpes contra su escritorio.

Angustiado, encendió un televisor. Durante más de quince minutos estuvo

cambiando de un canal a otro, buscando informativos, pero para su sorpresa ninguno menciona nada sobre robo de obras de arte. Sabe que, si se produjera un robo masivo en la Galería Nacional de Arte, todos los medios lo informarán en primeras planas. Entonces Llamó a Bremen...

—Dígame si ha ocurrido algo extraño en la galería en los últimos minutos...

—No, absolutamente nada...sus técnicos nos advirtieron que no toquemos ninguno de los cuadros, pero jamás nos dieron explicación alguna...

—Sé que fue así y pido disculpas por eso...más tarde podré explicarle con detalles el motivo por el que ordené hacerlo...

Y ya no le dio oportunidad de seguir hablando. Olaff había cortado la comunicación. Toma nuevamente su radio-comunicador y ordena...

—Esta orden va para todos por igual...recojan los diamantes y regresen de inmediato a la empresa...

Luego, dirigiéndose a Cecil ...

—Cecil, no bien lleguen, toma las bolsas con los diamantes y las guardas en la caja fuerte. No las mezcles con las demás...es muy importante, quiero contarlas antes.

Olaff, rojo de ira, se dirigió a toda prisa a la Galería de Arte. Lo acompañaron sus técnicos en arte y un especialista en explosivos. La directora Bremen, por precaución, la mantuvo cerrada al público y nadie, a excepción de algunos empleados, está adentro del edificio. Al llegar, ella los conduce rápidamente hasta las pinturas en peligro. Deben desactivar los explosivos antes de que estallen. Robert, un hombre de máxima confianza de Olaf y también ex compañero de combate, será quien lleve a cabo tamaña proeza. Desde la cintura hasta la cabeza tiene protegido el cuerpo con la indumentaria militar con la que desactivaba las minas anti personales en las calles de Bagdad cuando ambos participaron de la Operación Tormenta del Desierto. Mediante un contador Geiger ubica la exacta posición desde donde provienen las señales de peligro.

Sin siquiera rozar el marco del cuadro, acerca una cámara de video en miniatura y procura observar su parte posterior. Y, entonces, ve lo que había disparado la alerta. Robert toma el cuadro y ante el estupor todos, lo descuelga y desde atrás

despegó una tira de unos cinco centímetros de cinta adhesiva. Y dijo...

—*Oloff, quien te hizo esto, es al menos un gran conocedor de física.*

Cualquier cinta adhesiva, como ésta, al desenrollarse produce rayos X y aunque esté inmóvil, los residuos que quedan son suficientes para que el contador Geiger los detecte. Amigo, te han engañado como a un niño. Aquí no hay ningún explosivo y estoy seguro que en las demás pinturas hallaremos una cinta igual.

Oloff Rasmusen, confundido y atónito, escudado detrás de la incólume convicción de que pertenece a un selecto grupo de hombres invulnerables, comienza a preguntarse si en realidad su creencia no es más que una simple y atroz utopía. La operación fraudulenta de la que está siendo víctima es un signo inequívoco de eso; en ocasiones anteriores a esta, hubo de enfrentarse a delincuentes que fallaron en sus propósitos de estafarlo gracias a sus precisas tareas de coordinación, pero esta vez ha sido distinto, todos sus movimientos fueron anticipados por los chantajistas que, de hecho, parecen conocer muy bien algunas facetas de índole personal con las que desestabilizan todos sus intentos

de defensa. Es entonces cuando comienzan a asaltarle ciertos temores; sospecha, por las evidencias, que el enemigo está adentro de su organización y ahora, para evitar males mayores, deberá encontrarlo. Entre tanto, ordena a los técnicos que analicen con sumo esmero a cada uno de los cuadros mientras él regresa a su oficina. Bremen lo observa en silencio y aliviada luego de haber salido indemne de lo que podría haber sido una catástrofe, se apiada de su abatimiento y le ofrece la colaboración de sus propios especialistas. Oloff, fingiendo esbozar una sonrisa y sin decir palabra alguna, se calza un sombrero, le agradece con un gesto de cabeza y se va.

Inquieto por lo que pudiera descubrir, procura ordenar sus pensamientos; de pronto, un escalofrío le recorrió toda la espina dorsal. Todo es demasiado confuso, irreal. Lo extorsionan para cobrar un abultado rescate y nadie retira el pago, lo amenazan con volar los cuadros, si no cumple con las demandas y en lugar de explosivos solo encuentran unas inocentes cintas adhesivas y por si esto fuera poco, el fatídico reloj que al llegar a cero dispararía las noticias del robo a todos los vientos, de buenas a primeras desaparece de la página sin ocasionar ningún daño. Parece una brutal broma, pero algo le hace sospechar que esto no es precisamente así. Apura el regreso, una vez más, sin respetar las señales de tránsito.

Cecil, a duras penas logró atrapar en el aire el abrigo que él le arrojó al ingresar. Algunas personas que lo estaban aguardando en la recepción, se pusieron de pie al verlo, pero él no se detuvo y sin siquiera mirarlos, cerró detrás de sí y de un portazo, el acceso a su despacho. Un solo grito fue suficiente para que Cecil comprendiera que debía acudir a su llamado.

—*Cecil, tráeme los diamantes...*

—*Enseguida Señor...*

Ella abre la caja fuerte, de su interior extrae los brillantes y los extiende sobre el enorme escritorio. Enseguida, se retira dos pasos hacia atrás, y en completo silencio. Lo conoce y sabe que él está en esos días en que nadie debe hablarle. Solo lo observa. Olaff toma uno de los diamantes y lo examina con su lupa de diez aumentos, frunce el entrecejo y lo posa sobre la mesa; toma a otra de las piezas y luego a otra y a otra y entonces comprendió. Lentamente se pone de pie y apoya sus nudillos sobre el escritorio con la vista fija hacia abajo. Su rostro se tiñe de enojo y sus ojos pugnan por salirse de sus órbitas. Toma con aparente calma a un puñado de las piedras y las arrojó furiosamente contra la pared. Fue con tanta violencia que, algunas, quedaron incrustadas en la madera del revestimiento. Cecil, dio algunos pasos hacia atrás, giró sobre sí y enfiló

hacia la puerta de salida, pero al hacerlo se cruzó con uno de los técnicos que recién había regresado de la galería. Casi inadvertida, le hizo una seña previniéndolo sobre el estado de ánimo de su jefe. El joven experto no se atrevió a cerrar la puerta detrás de sí y solo atinó a permanecer inmóvil unos pasos atrás, en silencio y aguardando su reacción. Y entonces, Olaff levanta su cabeza y en voz muy baja le dice...

—*Hijo, por favor, dame una buena noticia...solo eso te pido...*

—*Sí, señor...examinamos todas las pinturas y de acuerdo a los anál...*

—*Ahórrate las explicaciones... ya, lárgalo de una buena vez, maldición...*

—*Las pinturas son auténticas... todas son auténticas, inclusive La Promenade*

Olaff, se enderezó y sin decir palabra lo miró fijo por unos instantes, auscultándolo con la mirada...y entonces dijo

—*Repite eso...*

—*Todas las obras son originales...nadie robó nada...señor. No sabemos cómo, pero solo tenían modificadas algunas partes de las firmas y otros pequeños detalles, pero son auténticas y en esto coincidimos todos los técnicos, inclusive los de la galería...*

Suspiró largamente y pensó en cómo había sido posible que lo atraparan tan fácilmente.

—*Gracias...vete ya*

Olaff Rasmusen, había sido engañado. Le quitaron doscientas setenta piezas de su más preciado tesoro y delante de sus narices. Los infames habían sustituido a los diamantes por burdas piezas de cristal tallado que seguramente habían adquirido en una casa de bisutería. Y, además, los cuadros jamás salieron de la galería. La furia lo consume de a poco, aunque aparenta mantener la calma.

Toma su teléfono móvil y marca el número de Lorenzo Mattos...

—*Voy para allá...*

CAPÍTULO XV

Tucson, Arizona, 11:35

El comandante del Bombardier Global Express se comunica con la torre del Aeropuerto Internacional de Tucson y solicita autorización para aterrizar.

Anuncia que es un vuelo de KTM Aviation, un código que los identifica con el FBI y de inmediato se alistaron dos vehículos militares en la cabecera de la pista 29R que, no bien el avión detuvo su marcha, se aproximaron hasta su escalinata.

Dos uniformados abordan el avión y son recibidos por el comandante de la aeronave. Se identifica ante ellos y les informa que solo van a reabastecerse de combustible y les muestra su hoja de ruta para vuelo internacional. Mark Troncoso se acerca a ellos exhibiendo su credencial de agente del FBI y la documentación oficial que autoriza el vuelo.

El militar pide identificar al resto de los pasajeros y Mark le responde que están

en misión oficial y que no puede revelar sus identidades. El uniformado insiste y fue entonces cuando Heriberto se levantó de su asiento y se acercó a ellos exhibiendo de manera notoria la cadena que lleva esposada a su muñeca izquierda y que lo une al maletín.

—*Agente Troncoso, ¿qué es lo que sucede aquí?* —preguntó enfáticamente.

El militar, ante la sospecha de estar frente a una autoridad de rango superior, se cuadró y lo saludó como si estuviera ante el mismísimo presidente de los EEUU. No obstante, unos minutos después, insistió con registrar la aeronave y también conocer el contenido del maletín. Mark le explicó que, tal como indica la documentación que le exhibió, éste es un vuelo considerado secreto de estado y por lo tanto nadie, a excepción de los destinatarios en Argentina, tiene autoridad para abrirlo. Debe evitar bajo cualquier pretexto que el oficial continúe con su propósito. En el interior del maletín se esconden los diamantes.

El hombre en un oficial con rango de Coronel y poco faltó para que pidiera autorización a sus mandos superiores, pero un cabo que hasta ese momento era un simple espectador, se acercó al Coronel con un teléfono móvil y se lo entregó.

El oficial solo se limitó a escuchar y segundos después selló la documentación y autorizó el vuelo.

Una hora después, despegaron con rumbo a Buenos Aires en vuelo directo y sin escalas. El cabo en cuestión, se llama Rosendo Troncoso y el teléfono móvil en donde recibió la llamada era de su propiedad.

Mientras tanto, lejos de allí, Olaff sube hasta el piso diez y seis del Citylights Building en la 48th y Center Boulevard en Long Island. Las puertas de ascensor se abren y entonces lo ve, sonriente y algo despeinado esperando con ansiedad su llegada.

—*¡Lorenzo, amigo mío, cuanto tiempo sin verte!* —lo saludó al tiempo en que ambos se funden en un eterno abrazo de camaradas.

Lorenzo Mattos, con la voz ronca de tanto fumar habanos, palmea sus espaldas y procura responderle, pero una inoportuna carraspera le impidió hacerlo. Ruidosamente aclaró su voz...

—Oloff, viejo pirata, ¿qué te trae hasta aquí, tan lejos de tu guarida?

—Alamar...ja, ja, ja ¿recuerdas cuando los pakistaníes te llamaban así?

—Sí, pero aún no me has respondido

—Tienes razón...necesito que atrapes a los malnacidos que me robaron setenta y tres millones de dólares...

—Ok, ¿ya sabes quiénes son?

—No, pero tengo la sospecha que puedo identificar al menos a dos de ellos.

Creo que me saludaron desde un automóvil y debo revisar todas las cámaras de seguridad del área para poder hacerlo.

—¿Ya tienes las grabaciones?

—Aún no, pero las tendré...

—Ok, eso será lo primero que debemos hacer...después llamaremos a unos amigos que nos ayudarán a identificar sus rostros y su identidad...lo demás será fácil, nadie escapa, así como así y sin dejar rastros. Entre tanto, me serviré de algunos contactos de la calle que ven y escuchan mucho más que la mejor tecnología de la NASA puede. Pero, ahora, dime... ¿con cuánto dinero vas a recompensarme si los atrapo?

—¡Oye, creí que éramos amigos! —lo espeta

—Lo somos, Oloff, pero quienes colaboren conmigo no y ellos querrán algo de dinero por su trabajo...

—Estaba bromeando, amigo... por supuesto que voy a pagarte y, por cierto, muy bien. Dime cuanto precisas para comenzar

—Unos cuantos miles serán suficientes, por ahora

—Los tienes... ¿cuándo puedes hacerlo?

—Ven adentro que ya tengo listo el almuerzo. Comeremos, beberemos y después nos calzamos los borceguíes y nos lanzamos al fango.

CAPÍTULO XVI

La mañana siguiente, amaneció helada como tantas otras en el crudo invierno de Washington. Isabel acaba de despertar. Explora con sus manos el lado derecho de la cama, justo allí donde Olaff siempre duerme, pero solo encontró sábanas frías. Posiblemente nunca se acostó, o tal vez se levantó temprano. En cualquiera de los casos, poco le importa. Sabe que él enfrenta dificultades y como tantas veces antes, siempre le hizo sentir que era un estorbo. Esta vez no interferirá, va a dejar que se cocine en su propio hervor. Ella le había advertido.

Apenas despezó en algo a sus músculos y bajó sus piernas fuera de la cama; y allí quedó por unos instantes, sentada, en silencio, pensativa. Más tarde se puso de pie, se cubrió con una robe de chambre y estuvo lista para bajar a desayunarse, pero antes de pisar el primer peldaño de la escalera se detuvo a escuchar: ruidos y conversaciones provienen de la planta baja. Se asomó por la barandilla y vio a cinco hombres parloteando mientras beben café en sendos jarros metálicos, rememrando sus pasados en las trincheras de combate. Un poco más allá, Olaff observa videos con otros tres y cada tanto congela las imágenes mientras reflexionan sobre lo que ven en ellas. Isabel jamás los había visto antes, pero puede imaginar por qué están allí. Conociendo a su esposo, cambia sus planes. Regresa a la habitación, busca un traje de baño y se dirige a la piscina cubierta. Los cristales empañados le aseguran total intimidad, aunque ella nunca esperó que Jack, su Rhodesian Ridgeback, con su hocico inquieto, abriese la puerta de par en par permitiendo que los ojos curiosos de dos fornidos ex combatientes se deleitaran con las sensuales imágenes de ella nadando. Olaff, aunque ocupado en sus menesteres, los escuchó hablar entre sí al tiempo que los vio reír y disimular tapándose la boca con las manos y comprendió lo que allí sucede. Vio la puerta abierta y no lo dudó...su mente desquiciada creó la sintaxis perfecta de sus eternas sospechas... *“ella lo hizo adrede, para exhibirse descaradamente ante estos hombres”*. Desencajado y preso de los celos, decidió escarmentarla porque *“Isabel nunca debió hacerle eso”*. Quizás, en lo más recóndito de su intelecto le excita pensar que haya sido así, quizás bajo otras circunstancias hubiera actuado diferente, pero es un hombre calculador, sin escrúpulos y supo que tenía ante él una oportunidad de congraciarse con los soldados y no la iba a desaprovechar. Se acercó sigilosamente a ellos y a tan solo dos pasos de distancia, los sorprendió a viva voz...

—¡Soldados! ¿Por qué en lugar de babearse desde aquí no se quitan la ropa y

nadan con ella? Vamos... sin miedo... a ella le apasiona pavonearse delante de mis amigos y no la vamos a defraudar, ¿verdad?

Isabel lo escuchó y quedó atónita. Conoce por demás su brutal grosería y su habitual falta de tacto, pero jamás imaginó que la humillaría así. Sale de la piscina, se cubre y busca la salida, sin decir palabra, avergonzada y con la vista fija en su camino. Él quiso detenerla, pero ella lo apartó con su mano

—Oh, vamos, querida, ¿a dónde vas? ¿No quieres compañía, acaso?

No respondió, tampoco lo miró cuando pasó a su lado y mucho menos a los hombres que lo secundaban. Pero, por el rabillo de los ojos, vio sus expresiones de libidinosa raíz, sus sonrisas solapadas y su rusticidad bastarda y no pudo evitar un escalofrío de solo pensar que hubiera ocurrido si no reaccionaba así.

Rasmusen había mostrado, al fin, su identidad cínica, oculta por años debajo de tantas victorias comerciales y desmesurados éxitos económicos, pero esta vez había sido vencido y la derrota expuso sus peores facetas. Ha renacido el salvaje de aquellas guerras pasadas y su lado bestial afloró sin enmiendas. Isabel subió rápidamente las escaleras, quería encerrarse en su habitación. Se sentía desbastada, vilipendiada y más aún cuando escuchó a lo lejos las risotadas burlonas de aquellos hombres. Ella había perdonado muchos de sus abusos, pero ahora había llegado demasiado lejos. Quizás, fue solo una bravuconada para jactarse de su machismo enfrente de sus ex camaradas de armas; quizás nunca estuvo en su espíritu entregarla a los brazos de aquellos salvajes, pero no iba a quedarse mucho tiempo más para averiguarlo. Una tras otra introdujo todas las prendas que deseaba llevarse consigo para cuando llegara el momento de partir.

Cerró la maleta y la introdujo en su vestidor privado. Echó llave a la puerta, se vistió y bajó. Al verla descender por la escalera, todos hicieron silencio, inclusive Olaff. La observaron extrañados, pero ella los ignoró cuando preparó su desayuno, lo hizo cuando se sentó a la mesa para beber su café negro apenas endulzado con dos gotitas de aspartamo y también cuando, por lo bajo, alguien hizo una broma estúpida pretendiendo ser original.

Entonces, Olaff hizo un gesto despectivo hacia ella y encendió la gigantesca pantalla que instaló específicamente para proyectar películas, aunque jamás vio otra cosa que los partidos de la liga mayor con sus ruidosos amigos. Pero esta vez no habría baseball ni football, sino las imágenes que habían capturado todas

las cámaras de seguridad de su empresa, desde la recepción hasta el estacionamiento subterráneo.

Isabel los observa con disimulo, aborrece la ordinariez y aún más cuando se multiplica por tantos. Decidió, entonces, alejarse de allí y buscar la paz de un centro de compras. Se alistó para salir. Se colgó un morral en el hombro derecho y se encaminó hacia la puerta de salida. Pero, de pronto, vio una imagen que la dejó estupefacta. En la proyección de video había reconocido aquel rostro. Pero nada dijo. Continuó su camino hasta la cochera, tomó su automóvil y se alejó de allí.

Horas después, regresó. Olaff, aún sigue repasando aquellas mismas imágenes una y otra vez. Está solo, luce desaliñado, con sus cabellos revueltos y grasos, camina descalzo y va de un sitio a otro, pero su vista permanece fija en la pantalla. Sobre una mesa ratona, en el centro de la habitación, cuantiosas latas de cerveza y un par de botellas de whisky es la prueba fehaciente de lo que allí ocurrió durante su ausencia. Con solo observar su aspecto supo que había bebido y aunque no parece ebrio, sabe que el alcohol suele potenciar su natural agresividad. Ella no iba a quedarse allí para comprobarlo y continúa su camino hacia la habitación, pero fue entonces cuando la vio y entonces procura detenerla en voz baja y sin violencia ostensible ...

—Isabel...

—¿Qué es lo que quieres ahora? —le respondió ella con manifiesto enfado.

—Disculparme contigo... hoy fui un idiota...

—Sí, tú lo has dicho mejor que nadie... ¡un verdadero idiota! Creo que esta vez pasaste de la raya y aunque íntimamente deseo aceptar tus disculpas, también necesito que acabes con tantas estupideces de una buena vez.

Piénsalo...

Isabel sabe que, si se muestra benévola y conciliadora, él interpretará esa actitud como una muestra de debilidad y poco tardaría en olvidar su arrepentimiento y en un abrir y cerrar de ojos acabará desnuda sobre la alfombra y sometida sin su consentimiento. Pero, esta vez, él había reaccionado de manera poco habitual, sin enojo y hasta algo pesaroso; no intentó justificarse y tampoco la interrumpió.

—*Sí, tienes razón* —y nada más dijo, solo permaneció en silencio mirándola con ternura, una ternura desconcertante, hasta algo sospechosa. Isabel, quizás, hubiere preferido que reaccionara como lo hace siempre, iniciando una discusión monologuista, donde él es amo y señor de todas las respuestas y ella una simple y obediente becaria de su altruismo, pero no, esta vez algo sucedió que la desestabilizó. Intuye que está actuando, pero reconoce que es la primera vez, en tantos años a su lado, que vio aflorar en él un sentimiento de culpa. Parte de su

yo interno le aconseja descreer de sus palabras, pero en el fondo es una mujer que, aunque nunca fue madre, mantiene intacto su instinto de tal y se compadece de su desgracia.

—*Ven, siéntate junto a mí*

Sus palabras muestran cierta compunción, se oyen verosímiles, pero Isabel tardó unos cuantos segundos en hacerlo. Permaneció de pie, a prudente distancia, observándolo, indagando en el interior de su mente para comprender sus intenciones reales. Finalmente accedió, después de todo ella le había exigido que cambie y él estaba dando muestras de ello. Olaff, le deja suficiente espacio y no intenta tocarla, de hecho, hasta corrió su mano que estaba apoyada sobre el respaldo del sofá. Y entonces, una vez más, pone a correr el video que tantas veces ha visto en este día hasta que apareció la imagen de un rostro y fue entonces cuando pausó la reproducción.

—*¿Por qué lo detienes?* — preguntó ella

—*Tú dímelo...* — responde Olaff

—*¿Qué es lo que quieres que diga?*

—*Hoy vi cómo te paralizaste cuando viste a este hombre y quiero saber por qué...*

—*Olaff, tienes demasiada imaginación...solo me detuve por un momento para ver qué es lo que ustedes estaban haciendo, nada más...*

—*Vamos, Isabel, me extraña que después de tantos años aún creas que soy estúpido... dime... ¿quién crees que son los dos hombres que muestra el video?*

—*No sé quiénes son y debes creerme...*

—Y ¿por qué te sorprendiste al verlos?

—Porque me pareció reconocer a quien conduce, pero ahora que lo veo bien me doy cuenta de que estaba equivocada...

—Ah, ¿y quién creíste que era?

Ella supo así que todas sus sospechas estaban bien fundadas; aquel fugaz arrepentimiento perseguía un solo objetivo, sonsacarle datos; un tierno corderito que oculta al lobo hambriento detrás de su máscara. Un nuevo agravio y ella no lo iba a pasar por alto.

Aunque hastiada por su permanente manipulación, el recelo mutuo parece ser el acicate que, como pareja, los mantiene vivos. Pareciera que las chuzas con carámbanos abriendo sus carnes es lo único que los excita y cuando sangran sus heridas se curan con apósitos de sal. Es un juego perverso que ambos juegan de igual manera. Ese permanente batallar los desune, aunque si uno cae, el otro lo levanta, son dos polos opuestos que buscan infructuosamente repelerse y jamás

lo logran. Pero, así como Olaff no dejó pasar aquella oportunidad en la piscina, ella tampoco dejará pasar esta. Decidió, entonces, aguijonearlo donde más le duele y respondió...

—Ahora que lo veo bien creo que no... no, no...definitivamente no es él...

—¿No? Está bien, pero aún no me dijiste quién creíste que es...

—Alguien que no conoces...

—Y ¿por qué crees eso?

—Porque no lo conoces...

—Pruébame...

—Herb... mejor dicho Heriberto

—¿Salomón?

—Sí, ¿cómo sabías su apellido?

—Te lo dije... no creas que soy estúpido. Pero... ¿en realidad crees que ese idiota tiene la capacidad para planear esto?

—Sí, ¿por qué no?

—Porque es un imbécil, un fracasado y bueno para nada

—Un imbécil sí, un fracasado... puede ser, pero un bueno para nada...

emmh, no estaría tan segura, ¡ja, ja, ja!

—¿De qué diablos te ríes?

—De ti... de tu cara de asombro

—Ok, dime, ¿bueno para qué? ¿mejor que yo?

—Imagínatelo...

Le había asestado una estocada mortal y no se iba a quedar allí para socorrerlo, se levantó y subió a su habitación. Olaff quedó pensando en sus palabras; su orgullo ha sido lacerado, pero más tarde habrá tiempo para lamentarlo, ahora solo necesita hallar una fotografía de ese maldito para compararla con las imágenes del video. Por un momento se vio tentado a pedir ayuda de Isabel, pero su orgullo pudo más. Llamó a un conocido de las fuerzas públicas que le debe favores...

—Oye, necesito que identifiques a unos tipos cuyas imágenes te voy a enviar...

—Sí, claro

—¿Cuánto tiempo te llevará hacerlo?

—Lo que tarde la lectora de rostros

—Ok, ahí van...

Cinco minutos más tarde...

—El que conduce se llama Robert O'Neal y el otro es John Patrick Leven.

—¿Estás seguro que el que conduce se llama así?

—Sí, entró al país proveniente desde Argentina y el otro también, aunque en fechas diferentes.

—Hazme otro favor... ¿puedes enviarme una fotografía de Heriberto Salomón?

—¿Tienes su pasaporte?

—No

—Entonces, si es americano o existe algún registro de entrada al país bajo ese nombre, sí puedo, pero serán de todos los Heriberto Salomón que lo hayan hecho.

—Inténtalo

—Dame algo más de tiempo, no será sencillo hacerlo sin despertar sospechas...

Dos horas después...

—Bingo... solo tres personas ingresaron bajo ese mismo nombre. Uno ingresó al país desde baja California un año atrás y su fotografía coincide en rasgos con Robert O'Neal, no obstante, sin bigotes mostachos, solo habría que tomar sus huellas dactilares para estar cien por ciento seguros.

—Envíamela...

Olaff, se derrumbó sobre un sillón y por algunos minutos quedó allí, pensativo, con un semblante de pasividad que confunde, aunque aquella imagen de serenidad era, por dentro, un volcán a punto de entrar en erupción. No lograba quitarse ese rostro de su cabeza, el maldito no solo le había robado más de setenta millones, sino que, mucho antes había seducido a su esposa y, en apariencia, dejado huellas imborrables en su piel. Siente que el odio se apodera de él y necesita desahogarse, pero esta vez sabe que, hacerlo como habitualmente lo hace, sería de gran riesgo. Por su estado anímico es difícil que pueda lograr una performance amatoria óptima y suficiente para salir victorioso en las comparaciones y eso es algo que Olaff Rudolph Rasmusen no puede permitirse. Necesita una ducha caliente que descontracture sus músculos. Sube a la habitación y no bien abre la puerta vio a su esposa con los ojos cerrados y

tendida sobre la cama. Tres botones superiores de su blusa desprendidos, la falda subida a media pierna, con sus cabellos desordenados, su piel brillante y con gotitas de sudor empapando su rostro. Olaff quedó paralizado y su mente perversa solo aceptó una explicación: aquellas imágenes de Heriberto revivieron recuerdos que vencieron a la resistencia pudorosa de Isabel y doblegaron a sus instintos de mujer. Olaff resopló con furia e ingresó al baño y por detrás cerró la

puerta con tanta violencia que hizo añicos la cerradura. Al verlo tan crispado, ella sonrió satisfecha, secó su rostro con una toalla, acomodó sus ropas y les dio prolijidad, luego se levantó. Minutos antes, había planeado aquella escena a sabiendas que en algún momento él ingresaría a la habitación: se abrió la camisola, despeinó sus cabellos, roció agua con un vaporizador aún por encima de sus ropas y enfáticamente sobre su cara. Debía dar la imagen de haber transpirado. Lo conoce bien y sabe que su mente solo iría en un sentido. Tenía que ser paciente y aguardar el momento justo para actuar. Había logrado castigarlo. *“Pobre Olaff, ¿si tan siquiera supieras que ahora tú me vengarás de ese malnacido que arruinó mi vida cuando se fue con Sofía Thorsen?”* pensó Isabel con un dejo de tristeza en su rostro...

CAPÍTULO XVII

1

—Dime Heriberto... perdón, ¿puedo llamarte Herb, como los demás? —

preguntó Sally

—Claro Sally, te has ganado mi respeto...

—Ok, Herb... cuando planeaste todo esto, ¿cómo sabías que nadie iba a descubrir que, los cuadros que tú asegurabas como falsos, en realidad eran auténticos? ¿Nunca pensaste en que los inspeccionarían y se descubriría la farsa?

—No lo sabía, pero hay algo de lógica en ello...

—Un tanto arriesgado, ¿no?

—Sally, imagina que tú eres Olaff Rasmusen... ponte en su lugar, tienes una empresa aseguradora de gran prestigio que ha cubierto de riesgos a más ochenta obras de arte, a las que previamente tú y tus técnicos verificaron de punta a rabo. De pronto alguien te dice: he robado once de tus cuadros y los cambié por imitaciones. La galería en donde están expuestos aún lo ignora, pero si no quieres que lo sepan y ejecuten tus seguros, deberás pagar el diez por ciento de la suma en que los tienes asegurados. Y luego rematas: si no me crees, envía a tus técnicos y verifica las firmas de los autores y verás que no miento, pero debes ser discreto porque nadie debe saber que lo estás haciendo, y además tienes los minutos contados. Dime, Sally... tú, en su lugar, ¿qué harías?

Sally quedó sin palabras, comprendió que ella haría exactamente lo que hizo Rasmusen, corroborar las firmas y nada más. Esa simple tarea se puede hacer a simple vista. Para estudios pormenorizados deben llevar las pinturas a un sitio específico y para eso necesitan la anuencia de los directivos de la galería.

Además, para realizar esos estudios necesitan de mucho tiempo, algo que no tienen.

—Y ¿La Promenade, también era verdadera?

—Sí, pero el holandés trabajó arduamente y durante más de un año para hacer una pintura idéntica a la original. Fue tan perfecta que en las veinticuatro horas que les dimos nunca pudieron descubrir que lo era.

Había sido un golpe maestro y todo gracias a la perfección con que fue

planeado. Pero, a excepción de John, ninguno sabía que Heriberto había cometido un grave error; nunca debió caer en la tentación de ver el rostro de Olaff en aquellas circunstancias. Las cámaras de seguridad han inundado cada rincón del globo terráqueo y para estar a salvo de ellas, debes ser invisible.

Pronto, el avión toca tierra en Buenos Aires y una vez más todos se preparan para continuar con la misma parodia que permitió que salieran de los EEUU con más de setenta millones en diamantes adentro del maletín que Heriberto lleva esposado a su muñeca. Sobre la pista, un automóvil que ingresó con documentación falsificada de la AFI, los aguarda con dos hombres uniformados en su interior. La agencia, recientemente creada, se rige por la Ley de Inteligencia Nacional y por lo tanto el maletín jamás será escaneado por los agentes de seguridad aeroportuaria. El salvoconducto que exhibieron así lo exige.

Una hora más tarde, en el viejo edificio de Recoleta, Eric, el holandés, salió recibirlos...

—Vengan, pasen por favor, bienvenidos... —dijo con júbilo en sus expresiones.

Heriberto apoya el maletín sobre una elegante mesa ovalada de madera de cedro inglés que alguna vez fue testigo mudo de reuniones entre honorables congresistas que otrora debatieron sobre los destinos de este país. Mientras tanto, John abre las esposas y lo libera...

—¡Vamos, abre ese maletín de una buena vez, quiero ver a esas bellezas...!

— exclamó el holandés impaciente.

Complacidos por el trabajo realizado, todos rodean a la mesa expectantes por ver aquel espectáculo brillante. Heriberto se quita la cadena y levanta el maletín para marcar el código de apertura. Fue entonces que, sin inmutarse preguntó...

—¿Quién tiene el código?

Todos se miraron entre sí, asombrados. Suponían que el único que lo conoce es él. Ya ninguno ríe y el silencio es total.

—*Oh, vamos Herb, ¡déjate de bromas y abre ese maletín de una buena vez!*

—*dijo con el semblante serio Mark Troncoso*

Fue entonces cuando Heriberto, al ver sus expresiones, estalló en carcajadas y corrió los pestillos al mismo tiempo y se escuchó el ruido seco de la cerradura al abrirse. De pronto había surgido su faceta bromista, pero al mirar las caras de sus socios, comprendió que había sido un error.

Abre las tres bolsas de terciopelo marrón y libera al tanpreciado tesoro.

Todos quedaron embelesados por la refulgente imagen de las doscientas setenta piezas rodando por encima de la mesa. Nadie las había visto hasta ahora, solo John y Heriberto, que oportunamente tomaron algunas piezas para verificarlas.

Largos minutos quedaron deleitándose con esa representación de riqueza, sonrientes, satisfechos. Estas piedras significaban el fin de sus penurias económicas y ahora solo deben esperar la fecha prefijada para la repartija. Según el plan original, eso ocurrirá luego de seis meses porque una sola de aquellas piedras que saliera ofrecida al mercado sería un imán para atraer a Olaff y sus matones. El mercado de diamantes, como el del petróleo, lo dirigen muy pocas personas en el mundo y cualquier movimiento sería rápidamente detectado y eso significa lisa y llanamente la pena de muerte para todos. Olaff ya tendrá a todos sus sabuesos trabajando arduo para detectar cualquier operación de venta de diamantes de este calibre.

—*Amigos, mañana por la tarde esconderemos las piedras en un lugar seguro. La mansión de mi ex esposa está en refacciones y será el lugar ideal para tal propósito. Aún conservo una llave para entrar y después de las diecisiete, cuando salga de allí el último de los operarios, ingresaremos nosotros. Imagino, holandés, que tienes la ropa preparada, ¿verdad?*

—*¿Qué ropa?* —preguntó Sally con su habitual confusión

—*En los alrededores siempre habrá mirones que seguramente han visto ingresar albañiles, pintores y quizás hasta algún carpintero. Y la mejor manera de pasar*

desapercibidos es vestir como tales. Si alguien nos pregunta, seremos los operarios del segundo turno.

2

Mientras tanto y no lejos de allí, alguien se sorprende con las imágenes que le devuelve la pantalla de la computadora.

—*Vaya, vaya, vaya, pero ¿qué tenemos aquí?*

Milton Silva Garcés, finalmente había obtenido lo que tanto esperó. Durante más de seis meses estuvo monitoreando la casona con las cámaras que instaló aquella vez que siguieron a Sally. Ella les había mostrado, sin saberlo, la guarida desde donde se planeó todo el golpe. Milton carece de escrúpulos y para él los tan mentados códigos entre hampones, solo son estupideces que identifican a los débiles y cobardes. Nada sabe de piedras preciosas, solo que le gustan y que las desea. El monitor le devuelve una imagen seductora de cuantiosas y brillantes gemas diseminadas sobre la mesa. Desconoce cuánto valen, pero intuye que mucho y eso es suficiente motivo para querer apropiárselas.

Al día siguiente, Heriberto y John, se estacionan en las cercanías del acceso a La Atenea, la mansión de Sofía Thorsen y detienen el motor. El furgón blanco, en que llegaron, había sido modificado con plotters en sus laterales con la inscripción de una empresa constructora; era la máscara perfecta para ocultarlos de los ojos indiscretos de los vecinos. Heriberto observa su reloj: faltan cinco minutos para las diecisiete y pronto comenzarán a salir todos los trabajadores. Y

entonces, puntualmente, se cumplen sus pronósticos. John, abre la puerta para bajarse, pero Heriberto lo detiene...

—*Aguarda un momento, quizás haya quedado alguien adentro. Esperamos unos minutos más y luego entramos.*

Y no se equivocó, de pronto la puerta volvió a abrirse y otros dos hombres salieron a la calle, se despidieron con un “*nos vemos mañana, amigo*” y separaron sus caminos. Antes, uno de ellos cerró con llave la puerta de acceso y esa era la señal inequívoca de que, en la mansión, ya no queda ningún operario.

No obstante, y por precaución, Heriberto baja del furgón y llama a la puerta de entrada y guarda; debe cerciorarse de que no hubiere ningún sereno de guardia.

Volvió a insistir y nadie respondió, entonces hizo señas a John para se aproximase con el vehículo hasta el portón de acceso que él ya había abierto. Ingresó y cerraron nuevamente las puertas. Un furgón de esas características en la calle y fuera de horas, atraería la atención de cualquier patrullero que pase por allí y eso

es un riesgo que deben evitar. Rápidamente descargaron las herramientas y se internan en la casa. Adentro, bolsas de cemento y cal hidrófuga apiñadas por doquier, algunas máquinas mezcladoras y los baldes de albañil aún mojados, despedían el típico vaho pestilente de una obra en construcción. Heriberto, observa la magnitud de la obra y entonces exclama...

—¡Uau, parece que a mi ex mujercita no le han ido tan mal las cosas! Mira cuánto dinero está gastando aquí, ¡ja ja ja! Ven, subamos a la alcoba que allí está la caja de seguridad.

—Imagino que no pensarás meter los diamantes allí, ¿verdad?

—¡No seas idiota! Sólo la vamos a usar de referencia...detrás de ella vamos a construir un encofrado para introducir las piedras — respondió Heriberto y enseguida le ordenó —Vamos, alcánzame una maza y los cinceles. Tenemos que romper el muro que está detrás. Esta casa tiene paredes dobles y usaremos la cámara de aire que hay entre ellas para esconder los diamantes. Si nos apuramos, terminaremos enseguida y para mañana, cuando lleguen los operarios, el cemento estará oreado y nadie sospechará nada. Además, observa aquí —y señala un sector donde el revoque aún permanece fresco —parece que ellos ya estuvieron trabajando en esta área.

Heriberto se había costeadado los estudios siendo albañil y realizar un hueco en la pared, depositar la caja metálica con las piedras en su interior y luego sellarlo, no le sería difícil. Aún recuerda cómo hacerlo y una hora después dio los últimos retoques a su “obra de arte”, como suelen llamar los albañiles a un buen alisado de cemento.

Nadie sospechará que en la casa de la persona que más lo aborrece se esconde un tesoro de algo más de setenta millones.

Los días subsiguientes, Heriberto siguió yendo a la mansión y cada vez que los operarios se retiraban del lugar, él ingresaba para constatar que, el escondrijo, no hubiere sido alterado por los avances de obra. Y lo hizo aun después, cuando ya habían concluido los trabajos y sabiendo que Sofía había regresado de sus

vacaciones. Ella jamás sospechó nada. Todas las veces que salía de la casa, él ingresaba, se dirigía al muro donde habían escondido los diamantes y golpeaba con sus nudillos suavemente en el lugar exacto donde los dejaron. El sonido debía ser hueco, algo metálico. La caja de hojalata había quedado cubierta con escasos nueve milímetros de revoque y la vibración de los golpecitos repercutía en ella. Mientras no cambie el sonido, Heriberto está seguro de que todo sigue igual. Otto, el perro faldero de Sofía, se había familiarizado con él y cada vez lo recibía con saltos de alegría y algunas veces dejaba marcadas sus patas en la pared. Heriberto se percató de ello, pero nunca las limpió porque esas marcas cumplirían una función esencial para sus propósitos: mientras estuvieran visibles, tendría la certeza de que nadie había modificado esa pared.

CAPÍTULO XVIII

Días después...

—Señores, ha llegado el momento de separarnos. Cada uno de ustedes sabe ahora dónde están enterrados los diamantes, pero debe quedar muy en claro que nadie, por ningún motivo, debe acercarse a la mansión. Es probable que en algún momento los sabuesos de Olaff descubran la identidad de alguno de nosotros y entonces comenzarán a buscarnos y si nos encuentran van a seguir nuestros movimientos día y noche hasta dar con este lugar. No creo que tenga que explicarles lo que ocurrirá si eso sucede, ¿verdad? Para repartirnos el botín todos conocen el punto de encuentro, la fecha y también la hora. He separado algo de dinero para que puedan vivir durante todo este tiempo, pero a ti, Sally, te daré tu parte ahora.

—Y ¿por qué a mí y no también a los demás?

—Es lo más justo... tú parte es de quinientos mil dólares y por ese dinero no tienes por qué esperar tanto tiempo.

Ella, quedó sin palabras y no sale de su asombro; su participación fue fundamental para sellar el éxito de la operación y como pago a ello apenas recibirá una ínfima compensación mientras que todos los demás se repartirán el grueso del botín.

— John, Herb, ¿creen que es justo que reciba tan solo quinientos mil por mi trabajo?

—Sally, quizás tú no lo veas como justo y puedo entenderte, pero ya habíamos hablado de esto y aquella vez aceptaste estas condiciones.

—No John, no acepté estas condiciones... Herb, tú me prometiste que, si de la negociación se obtenía un monto importante, me darían más de los quinientos y creo que la cifra que hay allí es suficiente para eso, ¿verdad?

John no responde. Heriberto tampoco. Una vez más, y por igual motivo que entonces, el holandés intercede entre ellos...

—Sally, ya te expliqué que si tú estabas entre nosotros era porque ellos, John y Herb te trajeron y yo respeté la decisión de mis socios, pero debes aprender que cuando uno da su palabra, debe cumplirla. Tu recibirás estos quinientos mil y ni un céntimo más... y agradece que te damos eso y no una bala en medio de tus cejas; o lo tomas... o lo dejas, tú eliges...

Sally vio la dureza en su mirada y aunque duda de que vaya a cumplir con su amenaza, no quiso arriesgarse más; tomó los cincuenta fajos de billetes, los introdujo en su bolso y se dirigió a la puerta de calle, pero antes de que tomara el pestillo para abrir, escuchó a sus espaldas...

—No creo necesario recordarte que debes mantener la boca cerrada.

Recuerda que, en esta época del año, las aguas del Río de la Plata suelen estar muy frías. ¿Necesito explicarte más?

—No

Al escucharlo, un escalofrío le corrió por la médula espinal, cerró la puerta por detrás de sí y comenzó a caminar por las calles sin rumbo fijo y sin percatarse que a poca distancia un automóvil con los cristales tintados la sigue con discreción. Mastica su enojo, aún flotan en su mente las imágenes de John que ni siquiera había atinado a defenderla y de Heriberto, que, hundido en la avaricia, timó su confianza. Conoce los motivos que los forzó a hacerlo, pero, aun así, abrigaba las esperanzas de que reaccionaran diferente. Desde aquella noche en Filadelfia, donde comenzaron todas sus aventuras de a tres, jamás se separaron. Noches de diversión y lujuria se sucedieron en el tiempo y perduró hasta unas pocas semanas antes del gran golpe. Se habían abandonado al desenfreno de una vida licenciosa. Pero la excitante obscenidad que otrora los abrazó, poco a poco se fue diluyendo y dio paso a situaciones sin sentido.

Entonces, ella comprendió que aquella cama era demasiado pequeña para tres y, así de rondón, abandonó el lecho, más no el apartamento. La amistad perduraba, pero la pasión, solo entre John y Heriberto. Ahora, todo cambió, se siente defraudada, aunque las tenebrosas palabras del holandés desbarataron toda intención de vengarse. Se imaginó regresando a su país natal, pero el temor a ser atrapada la hizo desistir. Tampoco podía llamar a sus padres, seguramente tendrían intervenidos sus teléfonos. Fue entonces cuando se imaginó dorando su piel bajo el sol del caribe, en las playas de alguna remota y paradisíaca isla hasta que no le quedara ni un céntimo para gastar.

Pero, al doblar la esquina, todos sus pensamientos se esfumaron de golpe; el frío y oscuro caño del revólver con el que le apuntaban directo a los ojos la regresó a la realidad. Enfrente, un hombre de aspecto sombrío que le indicaba por señas que obedeciera sus indicaciones. Tétrico e indescifrable, no dijo nada, solo blande su arma para señalarle que suba en el asiento trasero del automóvil que se ha estacionado contra la acera en un sitio prohibido. Un agente de policía, apostado a tan solo diez metros, vio la escena y atinó a dar la voz de alto, pero la mirada del facineroso fue tan convincente, que solo logró hacerlo cuando el

coche había arrancado y pasaba enfrente de él.

—Hola María Belén, ¿cómo has estado? —Preguntó un sonriente y al mismo tiempo amenazador Milton Silva Garcés — O, ¿debo llamarte Sally? Sí, no te sorprendas tanto, pequeña, conozco tu verdadero nombre también. Pero no te asustes, que no voy a hacerte daño, solo quiero que seamos amigos, nada más.

El hombre, sentado a su lado y recostado sobre la puerta izquierda, intentaba ser amable, tanto como le permitía su pasado oscuro y sus maliciosas intenciones.

—Sabes... aún escucho a tus palabras retumbar en mis oídos cuando aquella vez me dijiste que pronto tendrías noticias para mí, pero... amiga mía... ya ha pasado mucho tiempo desde entonces. Imagino que no olvidaste tu promesa,

¿verdad?

Sally, instintivamente, aprieta sobre su pecho el bolso de cuero en donde guardó los quinientos mil dólares que obtuvo del atraco. Si este hombre lo descubre, quedará sin nada y su futuro estará signado por la desgracia. Idea en su mente mil respuestas, traza en su imaginación un sinnúmero de excusas que la exculpen de sospechas, pero sabe que un error será fatal. Pondera los riesgos y asume que

si algo sale mal seguramente alguien la hallará muerta en algún zanjón. La tentación de vengarse de Heriberto y John es muy grande pero tampoco confía en este individuo. Fue entonces que, en un raptó desesperado por sobrevivir, expuso todas sus dotes actorales y rompió en llanto. Tan axiomática fue su actuación que hasta el mismo Milton quedó sin palabras y, conmovido por su pesar, extrajo un pañuelo de su bolsillo y secó las lágrimas que descendían por sus mejillas. Sally había sorteado el primer escollo, pero sabe que no debe exagerar y fue entonces cuando fingió pequeños espasmos de llanto que sucesivamente decrecen en intensidad hasta que finalmente se detienen. Y

entonces, habló...

—Perdóneme, Sr. Silva, quise hacerlo, pero ellos vigilaban mis movimientos y también mis llamadas telefónicas.

Sally, con la espontaneidad de su llanto ganó tiempo para pensar, el suficiente para comprender que, si este hombre sabía dónde hallarla, también debe saber que nadie va a pedir tantos pasaportes falsificados si no es para algo pesado, riesgoso y, por ende, muy redituable. Imaginó que Milton había estado vigilando el lugar por mucho tiempo y seguramente los vio regresar eufóricos. Y

eso, en la mente de un criminal solo puede significar una cosa: que festejan el éxito. No puede mentirle, pero tampoco decirle toda la verdad. Solo debe hallar

la manera de ser creíble y no demostrar que sabe todo; en este rubro, saber mucho es peligroso. Secó sus lágrimas y continuó...

—Sé que ellos hicieron algo grande, de mucho dinero, pero a mí no me dejaron participar... (y, fingiendo enojo) ... los muy malditos me discriminaron... dijeron que era mujer y que aquello era cosa de hombres. Me dejaron fuera y, solo porque fui la amante de John, me permitieron conducir el automóvil cuando huyeron. John me dijo que habían sido millones, pero cuando llegamos a Buenos Aires... me dejó...dijo que no me quería más... (seca sus lágrimas) ... ¡desgraciado, malnacido!

Por el rabillo del ojo observa la reacción de Silva Garcés. El hombre no se inmuta, tampoco dice nada, solo la mira, con recelo y supo que debía continuar con la farsa...

—No sé más, señor... no sé más.

—Y, ¿dónde está el dinero? —preguntó Milton

—No lo sé... nunca lo vi

—¿Nunca viste el dinero?

—No, señor...

—¿Ni siquiera cuando huyeron?, como dijiste...

—No, al auto subieron sin nada en sus manos...

—¡Qué raro! —dijo Milton mirando socarronamente a uno de los hombres que están en el asiento delantero del automóvil.

—No sé qué decirle, Milton... no sé qué decirle...

—Por lo pronto dime cómo conseguiste el dinero que traes en ese bolso y después... después, por favor... me cuentas la verdad... —y puso énfasis en estas últimas palabras y las reafirmó acariciándole el cuello, aunque la rudeza de sus caricias, más que caricias fueron advertencias.

El mensaje había sido claro, extremadamente perspicuo. No podía imaginar cómo hacer para salir indemne de allí. Solo un milagro le permitiría seguir con vida... ni siquiera piensa en el dinero que tiene escondido, sabe que deberá entregárselo.

—Tómelo, es tuyo, se los robé antes de irme... —fue todo lo que atinó a decir mientras descuelga el morral de su hombro y se lo ofrece. Pero para su sorpresa, Milton lo rechaza...

—No quiero migajas... quédatelo, pero a cambio quiero información que me darás ahora mismo. Sally, seamos amigos... y tú sabes, los amigos no se mienten. Sabes lo que eso significa ¿verdad?

—Sí...

—Ok, comienza a contarme todo de nuevo...

—Ellos hicieron una estafa y cobraron con diamantes

—Sí, eso ya lo sé... ayer los vi, pero hoy ya no están y quiero saber dónde los escondieron. Si lo que me dices me satisface, entonces podrás bajarte del auto aquí mismo, con tu dinero y mi más absoluta gratificación. Pero quiero que sepas que, si descubro que me has mentido, no habrá lugar en el mundo dónde puedas esconderte.

—Herb dijo que los habían enterrado en la mansión de su ex esposa

—Ahá, y ¿en qué lugar los enterró?

—Le juro que no lo sé. A la mansión solo fueron él y John y nadie más. Se hicieron pasar por albañiles porque la casona está en refacciones, pero nadie más sabe dónde los escondieron. Antes de separarnos, Heriberto nos reunió a todos y nos dijo: “Cada uno de ustedes sabe ahora dónde están enterrados los diamantes, pero debe quedar muy en claro que nadie, por ningún motivo, deben acercarse a la mansión.” Él temía que el hombre a quien estafaron hubiera descubierto sus verdaderas identidades y que mandara a seguirnos.

Silva Garcés quedó observándola por unos cuantos segundos, pensativo, como si hurgara en su mente para saber si ella le había mentido, hasta que...

—Está bien, te creo, pero voy a hacerle caso a mi madre cuando me decía que las personas siempre mienten, hasta que se demuestra lo contrario. Sé que te dije que quedarías libre, pero no soy de correr riesgos inútiles. Vendrás conmigo a pasar unos días en mi casa hasta que podamos comprobar que lo que dijiste es verdad. Luego podrás irte. Creo que sabes que es lo único que puedo hacer, ¿verdad?

Sally tragó saliva y asintió con la cabeza. Mientras estuviese con vida, abrigará esperanzas de salir ilesa de allí.

Milton se acercó al hombre que estaba sentado en el asiento delantero y le susurró algo al oído. Luego, con delicadeza, tomó por el brazo a Sally y le dijo...

—Tú vienes conmigo... — Y bajó del coche con ella para luego subir a otro que los seguía de cerca.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sally algo temerosa

—Ya te dije, iremos a mi casa —respondió él

Ella no se atrevió a preguntar más. Está prisionera de un hombre que inspira temor, aunque sus modales indiquen lo contrario. Milton, desde su rusticidad, es atractivo, gusta vestir con elegancia, pero sin ostentar riqueza. Es alguien que puede confundirse tanto en una multitud de empresarios como así también entre una reyerta de jóvenes revoltosos y en ninguno de los casos destacará como diferente. Difícil es calcular su edad, puede rondar los cincuenta, aunque la rugosidad de sus manos indique más.

Rato después, el coche ingresó en un largo pasillo oculto detrás de un portón levadizo que se abrió unos segundos antes. Al final, un gran patio interno en forma circular que rodea a una fuente mediterránea con sus vertederos arrojando agua hacia los costados. Milton desciende primero y sin siquiera mirarla, le hizo señas para que lo siga. Ella obedece sin decir palabra. Ingresan a una habitación cuyas ventanas está protegidas detrás de un grueso enrejado de hierro. La recámara es de dimensiones exageradas, pero el mobiliario solo se limita a una cama de dos plazas, una mesa de noche y un viejo ropero de dos puertas. A la derecha, una puerta entre abierta deja entrever un baño. En su interior las luces están apagadas e impide ver más. Milton abre las puertas del ropero y quita toda la ropa que allí hay. Se la entrega a una mujer que en silencio los acompaña. Ella sale de la habitación y cierra la puerta detrás de sí. Milton, se parta un poco y le dice...

—*Quítate la ropa...*

—*Oh, vamos, Milton... creí que usted era distinto* —dijo Sally sin considerar que sus palabras podían desatar la furia del hombre.

—*Quítate la ropa y no voy a repetirlo*

Ella supo que hablaba seriamente y no se atrevió a insistir con su protesta.

Luego de unos segundos comenzó a desprender uno a uno los botones de su blusa mientras con un movimiento sensual se descalzó. Duda sobre cómo actuar, no quiere cometer otro error. De reojo lo observa, lo imagina desnudo y con su cuerpo encima del suyo. La imagen que formó en su mente no le desagradó y hasta percibió cierto cosquilleo en sus partes íntimas. Intenta ser sensual y ejecuta movimientos lentos y ondulantes, pero de pronto él se acercó y de un tirón arrancó su blusa, el sostén y luego hizo lo mismo con su pollera y sus bragas. Supo así que no habría seducción en el acto, solo será una cópula

mecánica y bestial. Se sentó sobre la cama y aguardó a que él la arrojara de espaldas y la sometiera. Cerró sus ojos y esperó ese momento. Pero, de pronto, escuchó el sonido de la puerta al cerrarse y también cuando alguien le echó llave. Sally abrió sus ojos y vio que estaba sola; Milton había recogido su ropa y se la llevó consigo. Y entonces, comprendió todo: si quisiera huir, deberá hacerlo desnuda. Se dejó caer sobre la cama y no pudo evitar avergonzarse por lo que había hecho.

CAPITULO XIX

“Macho” Gutiérrez ingresa a su despacho y se detiene en silencio a escasos centímetros del enorme escritorio de cedro. Milton, aún no levanta la vista de la pantalla de su computadora portátil. Pasan los segundos y parece ignorarlo hasta que, por fin, dice...

—*Busca a tres de nuestros hombres y encuentren a esos dos. Cuando los tengan me avisan...*

—*Sí, patrón...*

—*Ah, lo olvidaba...Macho, escúchame bien...a esos los interrogo yo, ¿me entendiste?*

—*Sí, patrón*

—*Vete ya...*

Heriberto y John, acaban de salir de la ducha. Sus miradas libidinosas auguran una noche de pasión. Ambos secan sus cuerpos y en un acto de seducción se cubren con sendas batas de toalla y bajan hasta el living de la vieja casona donde conviven. Sobre una mesa ratona John extiende un mantel blanco con figuras rosas caladas en sus bordes y sobre él, despliega un sinnúmero de platillos para entremés y bebidas blancas. Heriberto, entretanto, abre una botella de espumante y llena dos copas de pie. De fondo, se escucha música suave y con volumen bajo. Ambos se preparan para una velada romántica.

Entonces, suena el timbre de calle.

—*Ignóralo, por favor...*— dijo Heriberto

—No, debe ser el delivery... pedí un postre que te va a encantar. Tú, mientras tanto, aguárdame... enseguida regreso.

John se dirige a la puerta y la abre. “Macho” Gutiérrez se cruza un dedo en los labios y a punta de pistola lo insta a permanecer en silencio. John, sorprendido, camina hacia atrás, pero sus babuchas marroquíes se trabaron en la alfombra, tropieza y cae estrepitosamente. Esto alertó a Heriberto, que, al escuchar el ruido, corrió presuroso para socorrerlo, pero lo que vio lo paralizó, hizo una genuflexión y juntó sus manos a modo de ruego...

—Por favor, no nos hagan daño, llévense todo, pero no nos hagan daño, por favor —lloriqueó al verlos.

—¡Cierra la boca, maldito marica! —le gritó Gutiérrez — *Vamos para adentro así se visten. Iremos a dar un paseo...* — les ordenó mientras a empellones los arrían hasta la alcoba.

John y Heriberto, obedecen y simulan estar aterrorizados. De hecho, exageran sus finos modos para parecer más convincentes. La superioridad numérica de los atracadores los obliga a ser prudentes y aguardar el momento justo para reaccionar. Mientras tanto, “Macho” Gutiérrez telefonea a Milton.

—Ya los tenemos, señor.

—Ok, llévalos a la quinta de Largher y no te confíes de ellos; esos dos no son idiotas, en cuanto te descuides van a escapar y si eso ocurre eres hombre muerto, ¿me escuchaste?

—Sí, señor, descuide que eso no va a ocurrir

“Macho” ordena a sus secuaces que los esposen de pies y manos y también que les venden los ojos. Más tarde, los arrastran hasta el furgón estacionado justo enfrente de la puerta de la casona. Al verlos salir de la casa, el conductor del vehículo que hacía de vigía, baja presuroso y abre de par en par las puertas traseras. Sin contemplar delicadezas, los empujan adentro y en un abrir y cerrar de ojos, arrancan velozmente. Treinta minutos después, entran a la quinta Largher, los bajan presurosos y luego los encierran en una habitación. “Macho”

ordena que les quiten los vendajes de los ojos y fue entonces cuando Heriberto

vio que no estaban solos allí. Un hombre y tres mujeres estaban maniatados a sus sillas y con evidentes signos de haber sido torturados.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó

— *Yo soy Simón Largher y ellas son mi esposa Gertrudis y mis hijas Amalia y Azucena.*

—*Hola, yo soy Heriberto...*

—*Sabemos quién es usted* —lo interrumpió antes de que pudiera concluir—
es el maldito desgraciado culpable de que nosotros estemos en esta situación.

—*Perdón, pero no comprendo*

—*Ah, ¿no comprende? ¿Me puede decir que diablos hace en la quinta de mi vecina Sofía todas las tardes cuando ella se va? Llamé a la policía y de resultas aparecieron estos delincuentes y nos encerraron aquí. Creyeron que sabíamos dónde escondió usted el dinero.*

Heriberto, supo que, si salía ileso de esta situación, debería sacar los diamantes cuanto antes de allí y cambiarlos de escondite. Este hombre podría delatarlo y adiós botín.

Unos minutos más tarde, escuchan voces al lado. Milton Silva Garcés había llegado. Su vozarrón se escucha nítido y Heriberto se sorprende cuando lo

reconoció. De inmediato supo que alguien los había traicionado y la primera imagen que le vino a la memoria fue la de Sally.

—*John, John...* —lo llamó por lo bajo

—*¿Qué?*

—*Ese que está allí es Milton, el que nos hizo los pasaportes. El muy desgraciado sabe algo y seguro que la maldita de Sally nos delató.*

—*¿Sí? No debimos pagarle tan poco...*

—*¿Qué dices? Esa desgraciada no hubiera traicionado igual. Creo que nunca*

nos perdonó...

—No importa eso ahora, debemos pensar en cómo salir de esta...

Pero ya un hubo tiempo, la puerta se abrió de repente y ambos fueron obligados a salir. Los amarraron espaldas con espaldas en dos sillas. No podían verse las caras, pero sí tocarse con sus manos. Milton, arrimó una silla y la colocó con el respaldo hacia ellos. Se sentó con las piernas abiertas, apoyó sus brazos sobre el peinazo superior y los mira fijo a los ojos. Fueron unos cuantos segundos de hacerlo sin mosquearse, hasta que por fin dijo...

—¡Licenciado Heriberto Salomón y supongo que tú debes ser John Patrick Leven!, ¿me equivoco? Me pregunto por qué todos mis amigos, a quienes ayudo con todo lo que me piden, a quienes respondo con mi talento para que ellos puedan cumplir sus sueños, me ignoran y evitan cuando la diosa fortuna les sonrío. Heriberto, amigo mío... ¿qué pecado cometí para que tú no me hayas tenido en cuenta en tu proyecto? Quizás, si hubieras confiado en mí y me contabas, ahora no estarías en esta triste situación. No sabes la pena que tengo; odio verte así, tan desamparado, tan amilanado. ¡Por Dios... cómo detesto la violencia! Por lo que más quieras, evítame un disgusto y no me obligues a hacer algo que, seguramente, luego me arrepentiré. Solo...solo dime dónde están los diamantes y esto acaba aquí. Créeme... me llevo las piedras y tú y tus amigos se van a sus casas sin resquemores.

Heriberto nada dice, John comienza a inquietarse, toma su mano con fuerza y le oprime sus dedos en un claro mensaje de rendición. Teme ser lastimado. Él suelta su mano y permanece estático, con la vista fija en el infinito. Milton lo observa y aguarda, sabe que su posición no es cómoda y más tarde o más temprano hablará. Pero, unos segundos después su paciencia comienza a agotarse y desenfunda su arma y lo amartilla. Se lo muestra delante de sus ojos y le dice...

—Amigo mío, si no hablas tú, lo hará él. Tú eliges a quien disparo primero.

Heriberto, inmóvil sigue sin decir palabra y con la mirada clavada hacia adelante. Fue entonces que Milton le apoyó su arma en la sien.

—Si me disparas, jamás sabrás donde están los diamantes. Solo yo conozco el lugar exacto. No creerías que iba a ser tan idiota de mostrarles a todos dónde

escondo mi tesoro ¿verdad? — Dijo por fin Heriberto.

—*Ok, entonces dile adiós a tu amante* —respondió Milton corriendo el caño hacia la cabeza de John.

—*Si le disparas a él, tendrás a toda la mafia americana buscándote y no creo necesario decirte lo que ocurre cuando alguien mata al hijo de uno de los capos.*

Milton, duda y deja de apuntarle. Guarda su arma, se levanta sin decir nada y sale del lugar. John, sorprendido por lo que había escuchado, vio que los secuaces de Milton estaban alejados y por lo bajo le preguntó...

—*¿Cómo se te ocurrió decirle eso?*

—*Él no sabe quién eres y todos estos hampones han visto demasiadas películas y creen que si te metes con la mafia no hay lugar en el mundo donde esconderse.*

—*¿Puedes soltarte?*

—*No*

—*Maldición, ¿Qué haremos?*

—*Esperar y ver cuáles son sus movimientos. Si hablamos estaremos muertos antes de que terminen de contar las piedras. Por lo que más quieras, resiste...*

Rato después, Milton regresa. Camina decidido hasta ellos, corta las ataduras del brazo derecho de John y lo tuerce hacia atrás. Solo precisó un solo y preciso golpe con el filo del Escorpión, su cuchillo de garra, y la mano quedó pendiendo de un solo filamento de carne que no fue seccionado en el hachazo. John tardó varios segundos en comprender que es lo que le sucedió y para entonces la sangre había cubierto de rojo sus ropas y por proximidad, también las de Heriberto. El ardor fue tan intenso que lo inmovilizó. Quiso gritar y sus fuerzas flaquearon, lo mismo que su conocimiento. La vista se le nubla y sus pensamientos se confunden. El dolor, agudo y penetrante, se traslada por reflejo hasta su codo. Sus tendones se han contraído y paralizaron sus movimientos, lo que tiene allí es ya una extremidad flácida, colgante, flexionada. Heriberto, aterrado, no logra reaccionar. No sale de su asombro. Jamás imaginó que Milton pudiera ser tan cruel. Vio su mirada desquiciada y su sonrisa absurdamente trastocada cuando se paró frente a él y escuchó atónito cuando en un tono muy

bajo le dijo...

—*Lo pensé bien y comprendí que tienes razón...no debo matar a un hijo de*

la mafia porque eso puede ser muy peligroso para mí... pero nadie dijo nada sobre si le corto una mano... o quizás dos... de ti depende Heriberto imaginó que el próximo podía ser él, o quizás, aún peor, podría dispararle a John, pero también sabe que, si habla, indefectiblemente firmará su sentencia de muerte. Fue entonces cuando afloró todo su egoísmo y su personalidad calculadora; ya no escucha las quejas de John y supuso que se había desmayado y pensó “*si le dispara ahora, él no sufrirá... a mí no puede matarme y si me tortura será levemente, no puede correr el riesgo de que pierda el conocimiento*”. Y entonces...

—*Sabes que no diré nada...no te creo. Si obtienes lo que deseas mi vida no valdrá nada. Y tú lo sabes...*

—*Ok, eres tú quien está lastimando a tu amigo...no yo* Y no dudó, cortó las ataduras de la otra mano de John y de igual manera y con la misma y sanguinolenta frialdad de antes, se propuso segmentarla. Pero, algo ocurrió entonces. Uno de los hombres de Milton entró corriendo y a viva voz dijo...

—*La policía está rodeando la manzana...alguien nos batió* Milton supo que por esta vez había perdido. Deben abandonar el lugar cuanto antes y mientras tengan una oportunidad de escapar. Pero antes de huir, lo miró a los ojos y le dijo...

—*Esto no termina aquí... ten por seguro que nos volveremos a ver* Milton nunca supo que la policía jamás entraría allí. Los vecinos habían visto movimientos sospechosos y alguien llamó al 911 pero equivocaron al dar la dirección. Los patrulleros se concentraron en un sitio a cincuenta metros de allí.

Heriberto, mientras tanto, logró zafar de sus ataduras y de inmediato buscó reanimar a John, pero pronto comprendió que estaba demasiado débil, aunque no podía dejarlo allí...lo cargó sobre sus hombros y lo llevó hasta los límites del terreno, precisamente en el cerco que colinda con la propiedad de Sofía. Procura alejarse de la casa por si la policía irrumpe en ella. Sabe que debe evitar dar explicaciones. Con una toalla de cocina procuró detener la hemorragia, pero el tiempo apremia y si quiere salvar su vida debe llevarlo a una guardia de hospital cuanto antes. Los Largher aún están encerrados en el sótano y son su única esperanza. Ellos, seguramente poseen un vehículo y no dudó en liberarlos a

cambio de las llaves de contacto. Largher y él arrastraron el cuerpo inerte de John hasta el coche y lo acostaron a todo lo largo en el asiento trasero, pero en el traqueteo, la mano que hasta entonces colgaba de un hilo de piel, se desprendió y cayó al piso. Ninguno lo advirtió.

—Gracias, señor Largher. Por favor, no nos delate. No soy un asesino, pero no me obligue a tomar represalias con usted. Voy a abandonar el coche en un lugar seguro y podrá recuperarlo sin problemas.

Arrancó y condujo con lentitud procurando alejarse de los policías, que corren de un lugar a otro, confundidos por no saber qué es lo que buscan. De pronto, a una cuadra de distancia vio a un retén de la policía que, con un patrullero atravesado, les cortaba el paso. Ellos no lo habían visto aún y entonces dobló en U y se alejó de allí. Nadie lo detuvo porque el automóvil que buscaban ya había sido detenido. Milton logró escapar, pero sus secuaces no. Pero esto, Heriberto, aún no lo sabía. Se detuvo en explanada del primer nosocomio que encontró en el camino y pidió ayuda para John. Un joven médico, fue quien lo recibió y de inmediato lo derivó a cirugía; debían intervenirlos sin demoras.

Heriberto, aprovechando la confusión que se generó en el hospital, escapó antes de que alguien pregunte algo. John estaba bien cuidado. Ahora, tenía otra prioridad, debe alertar al holandés. Aún a riesgo de que tuviera intervenidas las líneas, lo llamó por teléfono.

—Hola Herb, ¿qué diablos les pasó? — dijo el holandés

—Milton

—Qué desgraciado... ¿y los diamantes?

—Aún están allí. John perdió una de sus manos, tuve que llevarlo a un hospital.

—Ok, vayamos a buscarlo.

—No, Eric, la zona estará infestada de policías... además estoy seguro que Milton dejó a alguien de vigía.

—Ok, entonces vayamos por las piedras y después rescatamos a John.

—Eric, si sacamos los diamantes ahora estaremos haciéndole un gran favor a

Milton...él solo tendrá que esperarnos, seguirnos un trecho y luego asaltarnos.

Necesito esconderme por unos días hasta que pase esta locura. Él sabe que solo yo conozco la ubicación exacta de donde están. Es a mí a quien buscará.

—Ok, ¿puedes llegar hasta mi casa?

—Sí

CAPÍTULO XX

1

Mientras tanto, Sally, que había quedado dormida, despertó de pronto al escuchar tres golpecitos a la puerta. Alguien intentaba llamar su atención, pero sin hacer alboroto. Se acercó despacio hasta allí y procuró escuchar apoyando su oreja en ella. Y otra vez, los tres golpecitos.

—¿Quién es? —preguntó por lo bajo

—*Josefina*

—¿Te conozco?

—No— y hace una pausa — ¿estás bien?

—*Sí, gracias, pero estoy desnuda... Milton se llevó mi ropa. ¿Puedes traer algo para abrigarme?*

—*Haré algo mejor que eso... voy a liberarte. Milton aún no llegó y si no aprovechamos ahora, después será tarde. Él no va a dejarte ir.*

—*Abre, entonces...*

Sally escucha como Josefina descorre el cerrojo y ve como la puerta se abre.

—*Rápido, vístete que no hay tiempo que perder.*

—¿Sabes dónde está mi dinero?

—*Sí, Milton lo guardó en su caja fuerte pero no hay tiempo de abrirla.*

Olvídate de él, por ahora.

—¿Adónde vamos?

—*Tengo un amigo a quien le debo muchos favores. Se llama Ambrosio. Él te cobijará. Pero antes debo hacer algo... apártate, por favor...*

Josefina, con la ayuda de un destornillador destruye la traba de la puerta.

—Yo debo regresar, pero así, él creerá que rompiste la cerradura y escapaste.

Sin saberlo, Sally estaba huyendo de la madriguera de un lobo para caer en los brazos de una hiena. Josefina conduce a toda velocidad, debe llegar rápido hasta Ambrosio, convencerlo para que la proteja y regresar antes de que Milton llegue para no despertar sospechas.

Ambrosio, al verla, vio en ella un potencial económico nada despreciable; imaginó cuántos de sus clientes estarían gustosos de acostarse con ella. Sally, a

pesar de los años, es todavía una mujer sumamente atractiva y sexy, con sus carnes firmes y su piel sedosa. Ella sintió cuando sus ojos recorrieron cada centímetro de su cuerpo y supo de inmediato cuál sería su destino si no huye rápido de allí, pero ahora debe seguirle la corriente para no despertar sospechas, sino su vida correrá peligro. Debe fingir y ella sabe cómo hacerlo...

—Josefina me habló maravillas de usted y quiero que sepa que puedo ser sumamente agradecida. Todos los hombres que cayeron en mis brazos, piden por mí una y otra vez. Puedo hacer que ellos abran sus billeteras encima suyo y usted sabe lo que eso significa ¿verdad?

Ambrosio quedó pasmado por la naturalidad con que habla. Es la primera vez que tiene entre sus “chicas” a una mujer elegante y educada. Y, viéndola, nadie sospechará de su verdadera edad. Por su mente pasan nombres de personalidades que gustosos pagarían muy bien por su compañía. Pero, antes de que pudiera responder, ella continuó...

—Traiga un fotógrafo; voy a posar para él como nunca nadie lo hizo. Sé exactamente lo que los hombres quieren de mí y voy a dárselos.

Sally había dado la primera puntada y el hilvanado tomaba forma, pero Ambrosio es un hueso duro de roer y no caería tan fácilmente en la trampa.

—Ok, ve a mi habitación y espérame allí. Enseguida estaré contigo.

Ella sabe lo que eso significa, más debe ganarse su confianza y ese es el precio que debe pagar por su libertad...

2

Entre tanto, en La Atenea, Sofía sale de la ducha y se recuesta en su cama boca arriba. Aquel día fue agobiante, tanto por las temperaturas como por sus ocupaciones. Necesitaba relajarse bajo la lluvia tibia y así distender sus músculos agotados por el duro trajinar.

Al llegar al barrio, se sorprendió de ver a tantos efectivos de la policía rondando por las calles aledañas. “*Debe haber venido alguna personalidad importante*” pensó. Nunca imaginó que tan cerca de allí se había producido un hecho de sangre que los involucrara tanto a ella como a su ex esposo Heriberto.

En eso, oye que Otto, su fiel compañero, salta sobre la pared del pasillo contiguo a la alcoba. Sofía, va a su encuentro y lo reprende...

—*¡Otto, por Dios! Mira nomás, cómo estas manchando la pared recién pintada. Vete de aquí.*

El perro, por su tono de voz, supo que ella no estaba feliz y los intentos por captar su atención, habían caído en saco roto. Su amiga no entendió el mensaje y, según su lógica, lo mejor en estos casos es subirse a la cama de su ama y acurrucarse contra las almohadas. Poco después, y luego de limpiar la pared, Sofía se recostó junto a él y ambos se entregaron a los brazos de Morfeo.

3

Washington DC, 15:40

—*Olaff, acaban de avisarme que un hombre con rasgos iguales a John Patrick Leven apareció sin una mano en el Hospital Central de San Isidro, muy cerca de Buenos Aires. Creo que los tenemos.* — Es la voz de Lorenzo Mattos.

—*Ok, prepara a los muchachos que salimos de inmediato para Argentina.*

Olaff, restriega sus manos y tan alegre como un niño en Navidad, prepara su equipaje. Isabel, al verlo, pregunta...

—*¿Vas a viajar?*

—Sí

—¿Te molestaría mucho decirme a dónde?

—Ja, Ja, Ja, no... no me molestaría. Voy a Buenos Aires a encontrarme con tu ex noviecito y a recuperar mis diamantes.

—Ok, pero prométeme algo...solo irás a recuperar lo que te pertenece y nada más. No quiero dormir al lado de un hombre con la conciencia negra por el resto de mis días.

—¿Temes quedarte si su recuerdo, mi amor?

—Qué bruto eres, ni siquiera sabes hilvanar una frase correctamente.

Aunque lo mates, jamás me quedaría sin su recuerdo. Y, no...no temo eso...solo quiero que cuando regreses lo hagas en una sola pieza, tanto física como mental. Que cada vez que sueñes lo hagas con alegría y no que las pesadillas del fantasma de Heriberto te persigan en tus noches. ¿Puedes entender eso?

—Aunque lo mate, no tendré ninguna pesadilla. Solo serán placenteros sueños que me llevarán a horcajadas de las molicies carnes de la victoria y disfrutaré hasta el hartazgo verte llorar sobre el cadáver de tus evocaciones hedonistas del pasado. ¿Está bien hilvanada esta frase, mi amor?

—¡Vete al carajo, Olaff!

—Ok, eso haré. Nos vemos a la vuelta.

—No te confíes tanto...quizás no me encuentres.

4

Ya en Buenos Aires, los cinco hombres con Rasmusen al frente, se reúnen con el Coronel Francisco Mateos en un hotel céntrico. El militar es miembro de la AFI y les había dado un nombre y cargo falsos, no podía correr riesgos de que el organismo al que pertenece descubriera que estaba colaborando con civiles de otro país para un caso de venganza personal.

—¡Le agradezco su amabilidad, Coronel! Su ayuda será de gran ayuda para

nosotros y por supuesto que tendré mucho placer de recompensarlo debidamente por su trabajo. —Dijo Olaff mientras estrecha su mano

—Gracias, señor Rasmusen, igualmente lo hice porque no soporto a los “putos”.

—Perdón, no entiendo que es eso...

—Aquí, en Argentina a los homosexuales les llamamos “putos”

—¡Ah, ja, ja, ja! Ahora comprendo. Creo que usted y yo nos vamos a entender muy bien... ambos tenemos el mismo sentimiento... Bien, no perdamos más tiempo, por favor condúzcanos hasta el hospital donde dice que encontró a nuestro “amiguito”

Treinta minutos después, Olaff y el Coronel ingresan al nosocomio aparentando ser médicos, pero su suerte no fue la que esperaban porque un guardia de seguridad los detuvo al no reconocerlos como integrantes de la planta permanente.

—Buenas tardes, señores, ¿puedo saber hacia dónde se dirigen?

—Sí, venimos de la fiscalía a ver al paciente Leven en la habitación 218 de terapia intensiva.

—¿Me permiten una identificación por favor?

—Sí, por supuesto — respondió Rasmusen al tiempo que simulaba buscarlos en el bolsillo trasero de su pantalón y ante la atenta mirada del Coronel que esperaba a su reacción para imitarlo en la estrategia de evasión. Era evidente que el guardia no sería fácil de engañar y probablemente deberían abortar su misión.

—Oh, por Dios, creo que los olvidé en el coche. Iré a buscarlos. Usted, Doctor Mateos, mientras tanto, ¿sería tan amable de conseguirme algo para comer que aún estoy con el estómago vacío?

—Sí, claro, Doctor Rasmusen — Y por lo bajo y mirando al guardia de seguridad, le dijo —¿Escuchó su acento al hablar? ¿Lo reconoció?

—*¡No, no sé quién es!* —respondió el uniformado

—*¡Oh, vamos, no me diga que usted no mira TV!*

—*Sí, pero no sé quién es...*

—*No puedo creerlo... el cirujano más famoso del mundo está frente a usted, le hicieron notas en todos los canales de televisión del país y ¿me dice que no sabe quién es...? Mire, mejor espéreme aquí, voy a buscarle un café a esta eminencia y enseguida regreso...*

—*Pero...y ¿sus documentos?*

—*Enseguida regresamos con sus malditos documentos.* —le respondió fingiendo fastidio y se aleja de él gesticulando su malhumor y farfullando protestas...— *Cómo diablos vamos a crecer en este país si hay gente así... ¡qué vergüenza... qué vergüenza!*

Seguramente aquel guardia jamás imaginó que esa tarde había evitado que secuestraran al paciente de la habitación 218, pero que, al día siguiente, otros dos falsos médicos, lo engañarían presentando documentación apócrifa que certificaba corresponder a la obra social del paciente ordenando su traslado hacia otra clínica. No sospechó de ellos y tampoco lo hizo John, que aún bajo los efectos soporíferos de los calmantes, se dejó llevar hasta la vieja casa colonial de la calle Bartolomé Mitre, frente al río Tigre en la ciudad homónima. Allí, luego de unas horas, comenzó a recuperar la conciencia y lo primero que vio al abrir sus ojos, fue a Olaff.

—*Veo que mi amigo el agente John Patrick Leven ha despertado, ¿cómo están sus colegas del FBI?* —lo saludó irónicamente Olaff.

John creyó morir. La única persona en el mundo que jamás esperó encontrar en este país, estaba de pie frente a él. Sabe que está perdido y que, si sobrevive, estará tan dolorido que difícilmente quiera seguir con vida. Con alguna dificultad, miró a su alrededor...uno, dos, tres...seis hombres fornidos lo rodean y por sus aspectos, el que menos, seguramente mató a diez. Cerró sus ojos y aguardó en silencio. Imagina que el muñón de su brazo derecho sería de lo que se valdrían primero para torturarlo y de alguna manera eso lo calmó porque esa zona del cuerpo aún permanece algo insensible luego de que le seccionaran su mano. Extrañamente, allí percibe algo de dolor, pero no el faltante de la

extremidad.

Pero, pasaban los segundos y nadie hacía nada. Solo escuchó una pregunta...

—*¿Dónde están los diamantes?*

John, tuvo una primera reacción de no responder, pero antes, por hacerlo, había perdido parte de su humanidad y esta vez no iba a cometer el mismo error.

Comprendió que ni todo el oro del mundo justifica el sufrimiento.

—*Está empotrado detrás de la caja fuerte en la mansión Atenea. Allí, en una caja metálica están todas las piedras y los certificados...*

—*¿Dónde está Heriberto?* —fue la segunda pregunta que escuchó

—*No lo sé, me dejó abandonado en el hospital y huyó...*

—*Cobarde, como todos los putos* — afirmó el impostado Coronel John lo escuchó y por un momento se vio tentado a replicarle, su orgullo gay había sido ofendido, pero estaba en inferioridad numérica y tonto sería reaccionar así. No obstante, íntimamente coincidió con él en que abandonarlo allí había sido un acto de cobardía. Jamás imaginó que Heriberto lo había hecho justamente para resguardar su integridad física por sobre todas las cosas. En un hospital, salvarían su vida y tiempo habría después para rescatarlo.

Rasmusen tenía la información que necesitaba, podía recuperar sus diamantes, pero aún falta algo antes de regresar a los EEUU: vengarse del ex amante de su esposa.

—*Coronel, usted ha sido de mucha utilidad y le estoy muy agradecido por ello, pero ahora me veo en la obligación de pedirle un nuevo favor: encuentre a ese malnacido y juro que jamás se arrepentirá de ello. Soy un hombre de fortuna y sé reconocer a quienes me ayudan a alcanzar mis objetivos.*

—*Cuente conmigo, señor Rasmusen. Antes de lo que imagina va a tener noticias mías*

Mientras tanto, Milton Silva Garcés había instruido a “Macho” Gutiérrez para

que espíara a Sofía Thorsen convencido de que ella no era tan inocente como creían. Fue cuidadoso al darle indicaciones, solo debe infiltrarse en la propiedad, estudiar sus movimientos y si no obtiene información válida, entonces comenzaría un plan para lograr que ella se asuste y abandone la propiedad. Solo así podrán revisarla completamente y sin despertar sospechas.

Pero algo saldría mal y el hombre terminó muerto en el hospital.

CAPÍTULO XXI

—*Hola Sally, discúlpame por haberme demorado.* — se excusó un extrañamente amable Ambrosio

—*Descuide, Ambrosio. A propósito, ¿llegó el fotógrafo?* — respondió ella intentando demostrar condescendencia

—*No, eso lo haremos después... ahora nosotros dos tenemos que discutir algo más importante, preciosa.*

Sally tragó saliva, sabía que el momento había llegado. A duras penas pudo sonreírle; si imaginarlo desnudo le produjo una sensación de asco, figurarse teniendo sexo con él le repugnó tanto que poco faltó para que expulse por la boca lo que había ingerido las últimas veinticuatro horas. Es obeso, de cabellos grasos y mal olientes y los habanos que continuamente fuma han impregnado su piel de un pestilente olor a rancio que se confunden con los que emanan sus sucias ropas. Cerró sus ojos y lentamente comenzó a desprenderse los tres botones de su falda. Sus movimientos eran suaves y todo lo lentos que le permitían las nauseabundas imágenes que rondan su mente. Pero, de pronto, él posa su mano sobre la suya y la detiene...

—*Deja eso para otros. Tú me debes alguna explicación...*

—*Perdón, Ambrosio, pero no entiendo...*

—*Chiquita, soy un hombre de negocios y puedo detectar dinero a cientos de kilómetros de distancia y tú no tenías quinientos mil dólares encima si no hubieras participado de algo sustancioso. Cuéntame, por favor...*

—*¿De verdad que no quiere hacer el amor conmigo?* —preguntó ella para ganar tiempo y pensar en una respuesta conveniente.

—Déjate de sonseras... puedo tener a cualquiera, donde quiera y como quiera. No, creo que tienes algo muchísimo más interesante para mí...eso es lo que me interesa. Cuéntame, pero por favor, no me tomes por tonto y no me hagas perder el tiempo...odio eso...

Sally entendió que, si él disponía de aquella información, Josefina no había sido honesta con ella; su interés por ayudarla iba más allá de una mera manifestación de hermandad femenil. Seguramente ella habría usado su dinero para pagarle sus deudas. Algo raro había en sus palabras cuando le dijo que no había tiempo para abrir la caja fuerte.

Pero, otra vez se encontraba en la misma encrucijada, hablar no garantizaba su vida y no hacerlo no significa morir, solo son riesgos comunes a la vida vilipendiosa que eligió vivir.

—Sé dónde hay escondidos más de setenta millones, pero creo que merezco una parte. ¿Cree usted lo mismo?

—No, no creo eso... pero si lo que dices es verdad, entonces consideraré recompensarte debidamente... desembucha

Sally, desconociendo que, con Ambrosio, ahora serán tres los grupos de mafiosos que se encontrarán persiguiendo el mismo objetivo; habló, aunque nunca pudo dar la ubicación exacta de la mansión, solo su nombre: La Atenea.

Ambrosio, escuchó atentamente el relato de Sally, pero de pronto hizo una mueca de fastidio que la puso en alerta y ante la duda, se detuvo...

—¿Por qué te detienes? — le preguntó

—Por que dije algo que evidentemente lo molestó...

—Sí, pero no es tu culpa... solo mencionaste a alguien que me irrita de solo escuchar su nombre.

Sally trató de recordar a quien había nombrado justo antes de que él hiciera el gesto, pero fue en vano. Habían sido muchos nombres citados al azar y la mayoría ficticios. Supo que debía ser más cuidadosa al hacerlo. Mentir, en esta situación puede ser muy peligroso. Ella intentaba ser creíble, pero a la vez, procuraba resguardar los nombres de sus cómplices. Aún abriga esperanzas de

que, si todo sale bien, ellos sean generosos. Sabe a ciencia cierta que, ni Milton ni Ambrosio compartirán el botín. Fue entonces, cuando concluyó...

—*Eso es todo lo que sé, Ambrosio.*

—*Está bien...te diré que haremos...si es verdad lo que me contaste, entonces voy a ofrecerte protección a cambio de nada...serás libre de hacer lo que te plazca...*

Al escucharlo, recordó que estas palabras tuvieron el mismo significado que las de Milton, una promesa al principio y luego...la prisión...

—*P...pe...pero usted me dijo que...*

—*Yo no te dije nada, nena, solo que iba a considerar recompensarte debidamente... y lo estoy haciendo...*

La confirmación de sus sospechas había llegado antes de lo imaginado, pero más allá de afligirse, sintió algo de alivio: había ganado tiempo y la posibilidad de huir está a solo un paso de distancia. Él tendrá la atención puesta en el dinero que busca y seguramente va a descuidarse y cuando lo haga, solo deberá encontrar sus quinientos mil dólares, hacer un llamado anónimo a la policía y salir del país tan rápido como pueda.

2

Ambrosio, al escuchar en el relato de Sally, el nombre de Milton Silva Garcés, comprendió de inmediato que ella estaba diciendo la verdad. Antes, Josefina, le dijo que Milton estaba detrás de un botín semejante y solo tuvo que relacionar los datos que ella expuso para comprender que ambos estaban detrás del mismo objetivo.

Debe ser cuidadoso y a su vez, no exponerse ante el mundillo del hampa del que a menudo se vale. Otros serán a quienes recurrirá esta vez. Jamás escuchó algo sobre La Atenea y debe encontrarla.

Para esta misión, reunió a un grupo de ex policías que, en el pasado, habían sido exonerados de la fuerza por corruptos. Ellos, ya no pertenecen a la institución, pero aún cuentan con contactos que, ante la promesa de un dividendo del botín, son capaces de encontrar el Tesoro de Lima, el naufragio más valioso del

universo jamás hallado.

—*Muchachos, necesito esta información, pero cuando la encuentren solo deben notificarme, y nada más. No se pasen de listos, del resto me ocupo yo,*

¿me entendieron?

—*Sí, don Ambrosio, como usted diga.*

Poco tardaría en comprender el error que había cometido, ellos jamás considerarían obedecer sus órdenes. Solo necesitaron un par de horas para obtener la dirección de la mansión y obran en consecuencia. Antes de ser expulsados de la policía, habían hurtado algunos plotters que a la postre les sirvieron para enmascarar vehículos y hacerse pasar como patrulleros. Ahora les darían utilidad. Solo les resta descubrir que es lo que se oculta en esa casa que tenga tanto valor para Ambrosio. Saben que él no se arriesgaría por poco.

Pero antes, deben buscar información y eso fue lo que precisamente consiguieron en el destacamento policial que había respondido al llamado de los vecinos el día en que Milton seccionó la mano de John. Aquella noche, cuando fueron rescatados de su encierro, los Largher contaron historias reales y otras imaginadas. Ellos, desde el lugar donde estaban amarrados, jamás pudieron ver nada... solo escucharon lo que sucedió en la cocina de la casa, detrás de la puerta que siempre permaneció cerrada. Estas historias, formaron corrillos entre los policías y, aunque jamás hallaron cuerpos ni restos humanos, la sangre que

había perdido John fue tan exuberante que, entre ellos se suscitaron comentarios extravagantes, desde que habían seccionado por completo a un hombre, hasta que entre ellos se habían trezado en riña por un botín del que nadie halló ni vestigios. Coincidencia o no, todo eso había sucedido en el predio vecino a la propiedad que Ambrosio busca y eso interesó a los ex policías. Algo oscuro se oculta allí y deben averiguar qué.

Simón Largher, en su declaración, dijo que escuchó los nombres de los dos hombres que luego desaparecieron y aquella información les serviría para tratar de ingresar a la propiedad sin despertar sospechas. Los ex policías se estacionan enfrente de La Atenea y uno de ellos bajó con un portafolios bajo el brazo.

Oprimió la tecla del llamador...

—Sí, ¿quién es? — respondió Sofía desde adentro

—¡Policía, Señora! Necesito hacerle unas preguntas...

—¡Un momento, por favor!

Sofía, luego de ver sus credenciales y creyendo que estaba ante un oficial verdadero, abrió la puerta de calle...

—¡Tenga usted muy buenos días! ¿Le molesta si grabo sus respuestas?

— preguntó el ex policía

—¡Sí, no veo el motivo por el que usted deba hacer eso, señor! Dijo que necesitaba hacerme unas cuantas preguntas, no que me iba a interrogar.

—Está bien, señora, está usted en su derecho. No lo voy a encender, entonces.

— Le pido que sea breve, por favor. —Lo apuró Sofía.

— Está bien, señora —Respondió el falso oficial.

Antes de ser exonerado de la fuerza, aquel hombre había sido un policía eficiente, sumamente perspicaz y se había ganado el mote de “Aguilucho”

porque nada escapaba a sus ojos. Y esta, no iba a ser la excepción: solo necesitó de un rápido y apenas perceptible vistazo para detectar la mano cadavérica de John que el perro había hallado horas atrás y que ahora custodiaba celosamente entre sus patas delanteras. Pero nada dijo de ello. Le hizo unas pocas preguntas más y se retiró. Insistir, sería evidenciar sus intenciones y aún deben averiguar que se esconde detrás de aquellos muros.

—Cacho, ahí pasa algo muy raro... el perro de la mina tenía una mano entre sus patas y te aseguro que no era de juguete. Ella no me dejó grabarla y tampoco revisar la propiedad. Creo que tenemos que armarnos de paciencia y vigilarla día y noche. Se me ha ocurrido una idea... los viejos de al lado, con el susto que tienen, seguramente nos dejarán entrar para custodiarlos y de paso

vigilamos los movimientos de esta quinta ¿qué te parece?

Esa misma tarde, tres hombres haciéndose pasar por policías dijeron en lo de los Largher, que la superioridad los había enviado como protección hasta tanto se esclarecieran los hechos en los que se habían visto involucrados. Desde allí mantendrían vigilada a Sofía.

CAPÍTULO XXII

Han transcurrido cinco días desde que el Sargento Palomino fue secuestrado.

María, su carcelera, jamás le quitó las esposas, ni siquiera cuando él reclama libertad para evacuar sus deshechos corporales. Ella, de mala gana, se acerca a él, desabrocha sus pantalones y coloca un recipiente plástico entre sus piernas. Y

eso fue todo. Convivió con ello todos los días, pero al tercer día el aire allí estaba tan viciado que se dificultaba respirarlo.

Palomino, muchas veces intentó extraer la llave que aún guarda en la solapa de su chaqueta y así liberarse de las esposas, pero ésta se ha trabado en un doblez de la tela rústica de su uniforme y nunca pudo quitarla de allí. Pero, a pesar de sus penurias, no perdió la calma y aprovechó cada instante para estudiar los movimientos de María. Su prisión, en completa oscuridad, no le permite determinar si es de día o de noche. El sargento debe valerse solo de dos de sus sentidos para ello: el olfato y el oído. A veces, un fuerte aroma a café se filtra por la tapa del sótano y él supone entonces que es de mañana y determina los mediodías cuando huele los guisados que María se prepara como única comida; jamás los comparte con él.

Una vez al día, desde arriba, le arroja una bolsa de polietileno con una pasta de maíz tibio y a medio cocinar o arroz blanco sin salar. A menudo, la bolsa se estrella en el piso y derrama su contenido sin que él pueda evitarlo y cuando sucede, para ingerir su alimento, debe esperar al día siguiente y adivinar dónde caerá la bolsa para detenerla en el aire, aunque esto se torne una tarea titánica teniendo los miembros esposados.

Ella vive sola y nadie la visita. Cada tanto, escucha sus conversaciones telefónicas con alguien a quien ella llama por el apodo de “Pelusa”. Rara vez hablan por más de diez minutos, a excepción de la última vez que duró apenas unos pocos segundos...

—*Escúchame, Pelusa, ¿hasta cuándo tengo que tener al “gordo” en el sótano?*

—....

—¿Queé? Ni en joda... yo a éste le pego un balazo ahora y listo...

—...

—Y, ¿para qué lo querés?... ¿te sirve de algo?

—...

—Bueno, está bien... dos días, Pelusa, ni un solo minuto más, ¿me entendiste? ...luego... ya sabes...

La siguiente noche escuchó como María ahuyentaba con tres disparos de pistola a merodeadores que habían osado acercarse a la cabaña y se recriminaba por no haberle acertado a ninguno. Aquello fue suficiente prueba de que ella era de armas tomar y no dudaría un instante en acribillarlo si lo consideraba necesario.

Los sonidos del arma se escucharon nítidos en un sector del sótano y Palomino se acercó a tientas hasta ese lugar. Fue entonces cuando descubrió que provenían de un conducto de ventilación y que hasta el momento no había detectado. Por el aire fresco que emanaba de allí supo que este provenía desde el exterior de la casa y pensó que quizás allí esté la vía de escape que tanto anhela.

Fue entonces cuando comenzó a idear un plan, pero antes debe quitarse las esposas. Recordó que, días atrás, procurando ponerse de pie, tropezó con lo que supone es una vieja mesa para fabricar chorizos. Sus maderos aún conservan el olor característico de las tripas de ovejas y del relleno conque las embuten y, además, en uno de sus extremos, descubrió a una máquina de picar carne que había sido fijada con clavos, uno de los cuales sobresale de su clavadera, algo oxidado y curvo. Quizás le sirva para extraer la llave, pensó. Algo nervioso, comenzó a buscarla en medio de la oscuridad hasta que por fin la encontró; ahora, palmo a palmo, debe hallar la máquina de picar carne que lo guiará hasta el clavo. Azarosamente enganchó una manga en él y esto trabó todos sus movimientos. Por varios minutos luchó para desengancharse, pero hacerlo sin hacer ruido fue una tarea titánica. Solo le resta introducirlo en el doblez de su chaqueta para destrabar la llave, aunque por su posición, la picadora entorpece todos sus intentos. Sin embargo, por las sacudidas para liberar del enganche, la llave cayó al piso. El tintineo metálico lo guió hasta ella. La tomó entre dos dedos y con sumo cuidado se liberó. Por tantos días amarrado, sus músculos

entumecidos tardaron en recuperarse. Se irguió, pero con dificultad. Lentamente hizo flexiones de piernas y brazos durante varios minutos hasta que sintió que pudo moverse sin percibir dolor. Debe ser cuidadoso y procura no hacer ruido; se acercó a la escalera y la subió despacio. Procura abrir la tapa del sótano sin delatarse, pero esta no se mueve ni un ápice, está trabada desde afuera. Imaginó, que para abrirla haría demasiado ruido y María lo acribillará antes de que pueda evitarlo. Palomino sabe que debe descartar esa vía de escape; baja lentamente las escaleras y busca el conducto de ventilación que descubrió antes. La única guía que tiene es la corriente de aire que llega desde el exterior, solo debe seguirla.

De pronto, tanteando la pared, una de sus manos palpó algo con apariencia de tejido metálico. Está algo herrumbrado. Imaginó que el conducto tiene dos tejidos, uno interno y otro externo; son para contener las alimañas que se sientan atraídas por el aroma a chorizos recién hechos.

Al tacto, parece estar muy deteriorado y será fácil quitar sus anclajes de la pared. Solo debe moverlo de un lado a otro y así aflojar la mampostería que lo sujeta. Pronto, los herrajes ceden. Ahora solo debe determinar si su cuerpo cabe en el ducto y para medirlo utiliza sus manos. El diámetro es de cinco cuartas, suficiente para deslizarse en él con sus brazos extendidos, aunque sabe que con esa medida no tendrá espacio para girar ni ejercer mucha fuerza si el tejido externo le ofrece resistencia; si falla en su intento, quedará allí, atrapado. Acerca la mesa hasta la pared; ésta le servirá de apoyo para ingresar en el ducto. Con sus brazos hacia adelante, introduce primero sus manos, pero rápidamente las retrajo. Un escalofrío le corrió por la espalda; el lugar está lleno de telarañas y probablemente también esté infestado de arácnidos. Palomino odia a las arañas.

Quedó inmóvil por unos cuantos segundos hasta que tomó coraje y se introdujo de golpe, en un solo y enérgico movimiento hasta tocar el otro extremo. Había cerrado sus ojos, aunque por puro instinto, porque allí adentro nada puede ver. El lugar está inmerso en las tinieblas más absolutas. Quería que todo termine rápido, sin pensar en las consecuencias. Se aferró al tejido con determinación y en un solo movimiento, lo arrancó de cuajo. Sin medir riesgos, emergió y sin mirar atrás comenzó a caminar; sabe que debe ser cauto, pero también que tiene que alejarse de allí todo lo rápido que su medida le permita. Está descalzo y atravesar aquellos matorrales espinados, se tornó una tarea lastimosa, pero son tantas sus ansias de libertad que de pronto se volvió inmune al dolor.

Es noche cerrada y para orientarse solo cuenta con unas pocas estrellas, pero su infancia en el campo le permitieron hacerlo sin dificultades. Miró hacia arriba y sonrió. Estaba agradeciendo al cielo haber tenido un padre que le enseñara desde pequeño aquellas artes. Ahora debe encontrar rápido un centro poblado y buscar un destacamento policial o al menos un teléfono para advertir al Subcomisario D'agostino.

CAPÍTULO XXIII

Solo se escucha un leve siseo cuando el Dr. Marconi camina por los pasillos del área de internaciones del hospital General de Agudos. A su lado, Azucena, una enfermera de treinta y tantos que camina en silencio atenta a sus indicaciones. Dos golpecitos a la puerta del número 267 e ingresa...

—*¡Buenos días! ¡Qué bien, veo que ya está listo para el alta! ¿Cómo se siente?*

—*Bien, doctor, ya no siento ninguna molestia...*

—*Ok, déjese el vendaje por un día más y luego se lo quita con cuidado.*

Recuerde que el proyectil astilló el hueso parietal, ínfimamente, pero lo astilló y debemos cuidarlo. ¿De acuerdo? Y dentro de una semana lo veo en mi consultorio.

El abogado Marco Mitchell, se pone de pie y camina lentamente hacia la salida de la habitación y justo en el momento en que va a tomar la perilla para abrir la puerta, escucha el timbre de su teléfono móvil...

—*Dr. Mitchell, habla el subcomisario D'agostino...*

—*Amigo mío, ¿cómo está?*

—*¿La señora Thorsen está con usted?*

—*No, ella ya debe estar llegando a su casa... mi hermana y yo estamos yendo para allá...*

—*Oh, por Dios, no...no...oiga Marco, ella no responde a mis llamados y tengo que advertirle que no entre... puede estar el peligro...si usted logra hablar con ella díglele que es importante que salga inmediatamente de allí.*

—Sí, descuide, voy a llamarla a su teléfono privado...

—Gracias. Ya envié una patrulla y ojalá lleguen a tiempo.

—Gracias...

—Francisca, alcánzame la agenda por favor

Marco Mitchell busca el número privado de Sofía y lo marca, pero nadie responde. Intenta entonces con su móvil, pero sin resultados.

—Fran, ¿puedes conducir?

—Sí, claro...

Entre tanto, en La Atenea, Sofía prepara un pocillo de café y cuando abre la alacena para bajar el cubo que contiene a las galletitas dulces, escucha el timbre de puerta

—Sí, ¿quién es?

—Policía, señora, tenemos orden de relevar a la custodia...

—Aquí no hay nadie que me esté custodiando...

—Sí, y le debo una disculpa... por el tráfico nos demoramos en llegar,

¿Podemos pasar?

—¿Quién los envía?

—El Subcomisario, señora...

—¡D'agostino?

—Sí, señora

—Enseguida les abro

Sofía, después de aquella vez cuando “Macho” Gutiérrez le disparó a Marco

Mitchell y luego pretendió violarla, quedó marcada por el odio y tener gente rondando adentro de su casa es algo que prefiere evitar. Pero la policía y en especial el Subcomisario D'agostino, fueron extremadamente amables y considerados y creyó que era una grosería rechazar la custodia a través de la frialdad de un intercomunicador. Sin dudar, ni mirar por la mirilla, abrió la puerta. Fue entonces cuando comprendió su error. Milton Silva Garcés, sabe que no tiene tiempo que perder y de nada sirven ahora las estrategias que primen su anonimato; debe encontrar los diamantes ahora. Sus hombres atrapados en el retén policial, pudieron haber hablado y cada minuto que pasa cuenta.

A punta de pistola obliga a retroceder a Sofía, que sorprendida, quiso gritar y pedir auxilio, pero sus cuerdas vocales, inesperadamente se paralizaron y no responden a sus estímulos. Está sola y lejos de todo y aún tiene fresca en la memoria la vez que necesitó de alguien cuando acribillaron a su amado Otto, sabe que hacerlo será inútil y solo agravará su situación. Jamás había visto a este hombre y creyó que era un simple ratero, aunque la calidad de su vestimenta desmentía esas presunciones, más no tardaría mucho en averiguarlo.

Milton la empuja descaradamente y sin guardar compostura le ordena entrar a la casa. Cerró la puerta y antes de que ella pudiera decir algo, le aplicó un golpe en la cara con el revés de su mano derecha y la derribó. El mensaje había tan claro como contundente: no debe jugar ni intentar alguna estupidez.

—Voy a preguntártelo una sola vez y no pienso repetirlo. Si respondes algo incorrecto, simplemente te mueres ¿me entendiste?

Ella asiente con la cabeza

—Bien, ¿dónde están los diamantes?

—En mi caja de seguridad...no me haga daño, por favor, le daré la combinación para abrirla...

—No te hagas la inocente... no quiero tus estúpidas joyas, quiero los diamantes que robó tu marido y que enterró aquí...dime ya dónde las enterró...

muéstrame el lugar

Y para reafirmar sus dichos, volvió a aplicarle un puñetazo, con tanta violencia

que, de su nariz brotó un torrente de sangre que tiñó de rojo su blusa color turquesa. Por el impacto, trastabilló y golpeó su cabeza contra la pared y tan fuerte que comenzó a perder el conocimiento. Milton supo que se había excedido y para reanimarla, buscó agua en la cocina; de nada le servirá si se desvanece. Llenó un vaso y se lo arrojó al rostro, pero Sofía no reacciona, volvió a llenarlo y repitió la acción... la cabeza de Sofía bambolea y su mirada expresa descoordinación. Milton, apremiado por el escaso tiempo del que dispone, la tomó desde la cintura y la levantó. La arrastró hasta la piscina y sin dudar lo hundió su cabeza en el agua y la retuvo así por unos cuantos segundos.

Sofía, que en el trayecto había recobrado sus sentidos, simuló vahídos; pensó que así ganaría tiempo para urdir una táctica de escape, aunque, de reojo, pudo ver hacia donde se dirigían y poco le llevó entender que es lo que pretendía hacer con ella. No desesperó porque, hasta unos pocos años antes, ella había practicado apnea como deporte y aunque esta vez no tendría oportunidad de realizar ejercicios previos de inmersión, fácilmente podía suspender la respiración por más de cuatro o quizás cinco minutos, tiempo suficiente para parodiar un ahogo. Creyó que así, posiblemente salvaría su vida.

Milton, al ver que había perdido el conocimiento, la abandonó allí mismo sin siquiera constatar si aún respira y apurado comenzó a recorrer todo el parque en busca de algún sector con tierra recién removida. Aún retumban en su cabeza aquellas palabras en el relato de Sally: *Cada uno de ustedes sabe ahora dónde están enterrados los diamantes*".

Mientras tanto, cuando lo imaginó lejos, Sofía tomó algo de aire y mientras recupera el resuello, oteó su alrededor. Fue entonces, cuando lo vio; iba deambulando con la vista clavada en el suelo hasta que se detuvo. Milton, parado enfrente de la tumba de Otto, dedujo...

—“Mmmmh, demasiado evidente, no creo que sea aquí”

Y entonces, gira sobre sí y regresa sobre sus pasos.

Ella, al verlo acercarse, se hundió una vez más, pero lo hizo con suma lentitud para no generar ondas en la superficie que pudieran delatarla. Él se acercó y al verla allí no pudo resistir la tentación de levantar su cabeza asiéndola desde sus cabellos, aunque sospechaba que aquello sería inútil, nadie puede

sobrevivir sumergida por tanto tiempo. Los ojos abiertos, inanimados, y su

expresión inerte, probaron sus sospechas. Disgustado consigo mismo, la devolvió al agua, pero lo hizo con tanta furia que el cuerpo de ella cayó adentro y comenzó derivar lentamente por la superficie. Sofía había logrado su objetivo, ahora solo debe aguardar a que su agresor se aleje lo suficiente para poder salir de allí y para ello debe ver u oír y se dejó caer hacia uno de sus costados, sin perder su expresión cadavérica.

Silva Garcés, vio como aquel cuerpo exánime se alejaba de él; había arruinado su única fuente de información y ahora está desorientado, no sabe por dónde comenzar a buscar. El lugar es gigantesco y los diamantes podrían estar en cualquier parte. Piensa y repiensa y duda ahora que su interpretación de tesoro

“enterrado” haya sido correcta... quizás, Sally le mintió o simplemente equivocó los términos elegidos para expresarse. Fue entonces que regresó al interior de la casa y revisó todos los lugares que él hubiera elegido para esconderlos sin ser descubierto. Pensó que Sofía, evidentemente no sabía dónde estaban y seguramente jamás supo de su existencia. Y, aunque lo hubiese sabido, de nada vale ahora... ella está muerta.

Heriberto y ella estaban divorciándose y sería ilógico que él le contara sobre sus travesuras. Revisó los cielorrasos, los armarios, la buhardilla, detrás de los cuadros y nada, ni un solo indicio de los diamantes. Tan centrado en sus pensamientos estaba, que ni siquiera imaginó que alguien podía estar vigilando sus movimientos. Desde la quinta de Largher, los ex policías están atentos a todos sus movimientos. Lo observan con prismáticos desde todos los sitios posibles. Y aunque no siempre ven qué es lo que hace, solo les interesa lo que lleve en sus manos cuando salga. Dos hombres apostados afuera, aguardan ese momento para actuar.

Sofía sabe que no tendrá ninguna oportunidad de huir y decidió quedarse allí, quieta, atenta.

Pero de pronto, vio que un nuevo actor se suma al escenario.

Subrepticamente, Ambrosio se desliza entre los arbustos, deteniéndose y ocultándose para observar y luego avanzar sobre seguro. Había logrado que Josefina sonsacara de Sally datos para encontrar lo que sus secuaces no. Nunca imaginó que ellos estaban tan cerca.

Sofía, desde su mirador privilegiado, supo que una vez más debía montar la

misma escena. El hombre ya ha visto su cuerpo flotar en la piscina y se acerca.

Escucha sus pasos aproximarse y comienza con la actuación. El hombre se detuvo a tan solo un metro de ella, allí permaneció inmóvil largo rato, hasta que por fin se alejó sin hacer ruido.

Ver ese cuerpo inerte, lo puso en alerta; alguien la había asesinado y podía estar oculto en cualquier lugar. Debe ser cuidadoso.

Fue entonces cuando una sombra se deslizó en el interior de la casa y esto no escapó a los ojos de Ambrosio. A pesar de su regordeta humanidad, se movió con rapidez, sin tropiezos y con paso seguro. Sigiloso, empuja la puerta entre abierta e ingresa. Desde la planta alta, se escuchan ruidos, aunque no puede determinar qué los provoca. Lentamente, sube las escaleras, se asoma por el balcón que da al living y se deja guiar por sus oídos. Y allí está, es su gran contrincante, el hombre que más detesta... desenfunda su pistola y...

—Quédate quieto, no muevas un solo músculo y date vuelta muy despacio, sin trucos, sin estupideces... al menos, si quieres seguir con vida...

Milton obedece... ha reconocido su voz y sabe que no bromea. Ese hombre no dudará en dispararle, de hecho, la única vez que una bala perforó su estómago, provino de un arma que empuñaba él.

—¿Qué haces aquí? — le preguntó

—Lo mismo que tú

—Y ¿lo has encontrado?

—¿Crees que estaría aquí si lo hubiera hecho?

—Ok, te diré qué haremos

—Soy todo oídos

—Primero vas a introducir dos dedos debajo de tu chaquetilla y con sumo cuidado vas a sacar tu arma la dejarás en el piso. Luego harás lo mismo con la que llevas debajo de la botamanga izquierda y si la memoria no me falla hay

una tercera, más pequeña, en la espalda. ¿Estoy en lo cierto?

Milton no responde, ya fue demasiado desdoro verse superado con tanta facilidad por un solo hombre, aunque este sea Ambrosio. Y obedece, luego se irga y espera en silencio lo que sigue.

—Muy bien, ahora, que estamos parejos, vamos a buscar cada quien por su lado y quien lo encuentre, se lleva el ochenta por ciento del botín. Y no te amarro porque el tiempo apremia y necesito que me ayudes a encontrarlos.

—No me parece justo... tú aún conservas tu arma

—Y ¿crees que por eso no voy a cumplir con mi palabra?

—Exactamente, eso creo

—Bueno, es el precio debes pagar por haber perdido.

—Está bien, no siempre se puede ganar... al menos me llevaré una buena tajada
—dijo con resignación Milton.

Ambos saben que ninguno cumplirá con su palabra, ni Ambrosio le dará el veinte por ciento, ni Milton está resignado, solo está buscando tiempo.

—Ok, quiero que estés al alcance de mi vista en todo momento... si por alguna razón dejas de verte, tan solo un segundo, te busco y te disparo... y sabes que voy a hacerlo ¿verdad?

—Está bien, Ambrosio, déjate de vueltas y comencemos a buscar. No creo que tengamos mucho tiempo. Alguien se preguntará por qué la dueña de casa no responde sus llamados. Ya escuché el teléfono muchas veces.

—Tenías que matarla, ¿verdad?

—Fue un accidente

—Sí, un accidente... está ahogada, pelotudo...

—Te digo que fue un accidente, le di un sopapo y pegó la cabeza contra la pared... el agua era para reanimarla, pero no pude...

Mientras tanto, en la calle y enfrente de la puerta de entrada, se estaciona una van con cristales tintados desde donde bajan seis hombres fuertemente armados y camuflados con uniformes militares de color caqui. Olaff y el Coronel Mateos encabezan el grupo y utilizan señas para dar instrucciones a los subalternos que, de inmediato, toman posiciones estratégicas. Un minuto después, Olaff abre la puerta corrediza de la van y desciende un hombre que tiene las manos amarradas a sus espaldas y con la cabeza cubierta con un saco de tela oscura. De un tirón descubre su cabeza y lo obliga a identificar el lugar. El prisionero es Heriberto que, a juzgar por su aspecto, ha sido torturado salvajemente. Sangre en la camisa, sangre en su rostro y sus ojos hinchados lo mismo que sus pómulos. El hombre asiente con su cabeza y en seguida lo vuelve a cubrir y lo introdujo en la van nuevamente. Un hombre, lo custodia. Olaff y sus hombres, ingresan en la propiedad y despliegan sus fuerzas con rapidez y profesionalismo. Dos minutos después, rodearon la mansión y se aprestan a ingresar, pero de pronto se detuvieron porque vieron las enérgicas señas que uno de ellos comenzó a hacer; habían detectado intrusos en el interior. El Coronel, responde a las señas con más señas y entonces avanzan sigilosos, de dos en dos y con las armas prestas. Y se adentran en la mansión. Ni Ambrosio ni Milton, supieron nunca cuándo ni cómo fue que los rodearon y desarmaron tan rápidamente. Concentrados en las búsquedas descuidaron sus espaldas y de imprevisto, sintieron sobre sus nuca el frío metal del cañón de las Heckler & Koch MP5 y segundos después estaban esposados de pies y manos y con sus mejillas apoyadas sobre el piso. Uno de los marines, informa por radio y apenas un minuto después, ingresaron Olaff y Heriberto, quien aún continúa con sus manos esposadas a la espalda.

—*Ok, Herb, dime dónde están mis diamantes* —dijo Olaff Heriberto, sin decir nada, fue hasta el pasillo y señaló con su mentón la pared detrás de la caja de seguridad.

—*Apoya la cara exactamente en el lugar —le espetó su orden Olaff a milímetros del oído y enseguida agregó —Ok, si mentiste... ya sabes... te despides de este mundo. Llévenselo* —ordenó en tono militar al hombre que tenía a su derecha. Éste, lo tomó por el cuello y lo condujo fuera de la casa.

Olaff, tomó un ariete y comenzó a dar golpes en lugar indicado, pero para su sorpresa, la pared cedió rápidamente, solo tuvo que quebrar una fina placa de revestimiento. Y por detrás, apareció un hueco abierto y en el fondo, una caja metálica que contiene en su interior las tres bolsas de terciopelo color marrón más el tubo de planos.

Olaff sonrió al verlos y de inmediato abrió una de las bolsas; satisfecho con lo que vio, la cerró nuevamente y la guardó junto con las demás en una alforja de campaña que llevaba colgando de su cuello.

—Ok, soldados, es todo... nos vamos

Y tan rápido con entraron a La Atenea, así también salieron.

Pero nunca imaginaron que, afuera, en la calle, los aguardaban cinco uniformados apostados en posición de tiro que, a la voz de alto, les apuntaron y les ordenaron arrojar sus armas y arrodillarse con las manos en la nuca.

El Coronel Mateos, al reconocer sus uniformes, quiso interceder, pero a cambio recibió un golpe en el rostro y con ferocidad absoluta lo arrojaron de cara al piso. A pesar de su entrenamiento, nadie se resistió y todos obedecieron las directivas que les impartieron con tanta autoridad. Ninguno de ellos pensó en un final semejante. Habían sido sorprendidos y superados en cuestión de segundos y aunque su armamento era de mayor poder de fuego, por sobre todas las cosas eran ex militares y jamás responderían con violencia contra ninguna fuerza policial. Quizás, si hubieran prestado atención a lo burdo de sus comentarios, sabrían que estos, de policías poco tenían.

“Aguilucho” toma el morral que cuelga del cuello de Olaff, lo abre y descubre lo que todos ambicionaban y mirando a uno de sus “subalternos”, le muestra el interior del saco y le dice...

—Cabo, venga aquí —el “cabo” se acerca y sonríe por lo que vio.

“Aguilucho”, entonces, simula una orden que la acata sin protesta —lleve esto al patrullero. Es prueba secuestrada de este operativo. Los demás, esposen a los prisioneros.

Y, en seguida, se da vuelta y simula hablar por radio en voz clara y alta para que todos escuchen lo que dice...

—Comisario, la operación fue un éxito. Aguardamos órdenes...

Entre tanto, Sofía, nota que han pasado algunos minutos y en los alrededores reina un silencio absoluto, decide arriesgarse y sale de la piscina, cautelosa y

observando en todas direcciones.

Ignoraba lo que estaba ocurriendo en la calle; la distancia que la separa de ella más los histriónicos ladridos de los perros del barrio le impidieron escuchar las órdenes impartidas por los falsos policías. Había visto ingresar a los hombres uniformados y del mismo modo el momento en que salieron, más nunca supo lo que sucedió con ellos adentro de su hogar. Se acercó cautelosa hasta la puerta y se asomó sigilosamente. Fisgoneó a través de la hendija entre el marco y las bisagras, y solo se adentró cuando comprobó que allí no había intrusos; entonces avanza, lo hace despacio y procurando no delatar su presencia, pero sus ropas aún chorreantes, entorpecían la pesquisa. Pensó en quitárselas, pero solo las estrujó un poco y continuó su inspección. Subió las escaleras y al llegar al pasillo, los vio: Ambrosio y Milton luchando con desesperación para librarse de sus ataduras. Ensimismados por liberarse, ninguno detectó su presencia y Sofía prefirió no mostrarse. Ellos la habían dado por muerta. Se alejó despacio, procurando no hacer ruido, necesitaba hallar su teléfono para dar aviso a la policía, pero fue entonces cuando escuchó el ulular de las sirenas acercarse y bajó raudamente; necesita salir a la calle para alertarlos. Pero, justo en el momento en que tomó el picaporte, escuchó gritos y órdenes por doquier...

—*ALTO, POLICÍA...ALTO, DETÉNGASE... DETÉNGASE O DISPARO...*

Y enseguida, el infierno mismo; ráfagas de metralleta por aquí, por allá, gritos y más gritos, gemidos de dolor, y otra vez más disparos, que pronto cesaron, más no el vocerío...

—*¡Al suelo, manos en la espalda...obedezca...!*

Sofía, aterrorizada, se cubrió detrás del muro y de espaldas a él. Aún escucha a gente correr de un lado a otro. Entonces, una de las voces le resultó conocida y abrió la puerta de golpe. Afuera, todo es caos, hombres caídos, otros gimiendo sus quejas, órdenes y más órdenes, y policías por doquier. Uno de ellos, al verla aparecer de pronto, no dudó en apuntarle mientras vocifera una advertencia...

—*¡Usted, arrójese al piso, sus manos a la cabeza...rápido...obedezca!*

Marco, que recién había llegado, se interpuso entre ellos y evitó que la intempestiva reacción del uniformado causara una desgracia.

—*¡No, noo, ella es la dueña de esta casa!* —lo detuvo El policía miró al

Subcomisario D'agostino buscando su aprobación, y

cuando la obtuvo se alejó sin decir nada. Solo había cumplido con su deber.

*—Por Dios, Marco, ¿qué diablos está sucediendo aquí? Adentro, en la casa, hay dos más que si no se apresuran van a soltarse y escaparán...—*preguntó Sofía con la voz temblorosa...

D'agostino, la escuchó y sin mediar palabra corrió hasta la casa. Ingresó intempestivamente y un rápido vistazo bastó para saber que el camino estaba libre. Tres grandes zancadas y subió hasta las habitaciones; allí los vio.

Ambrosio había logrado liberarse, pero la pronta respuesta de D'agostino impidió que escapara. Minutos después, salió con Ambrosio y Milton esposados uno al otro.

Sofía, al verlos, se ocultó y le hizo señas a Marco para que se acerque...

—Por favor, que no me vean...ambos creen que estoy muerta y quiero que sigan creyéndolo.

—Claro, ocúltate aquí

Y la toma desde el brazo y la conduce a la camioneta en que llegaron.

— No te asomes hasta que te avise...

En la calle, las sirenas policíacas han callado sus voces. Decenas de médicos y enfermeros preparan a los heridos y los cargan en las ambulancias que una a una parten con rumbo a algún hospital cercano. Los curiosos se asoman tímidamente desde las casas vecinas y algunos se aventuran acercándose para preguntar sobre los hechos. No obtienen respuestas y no conformes, comentan entre ellos sus propias interpretaciones. Se inventan historias que crecen en su estupidez a medida que se retransmiten, cada cual agrega algo diferente y cada vez con mayor fantasía e irrealdad.

Milton y Ambrosio son subidos en un camión celular, lo hacen en el más absoluto mutismo, pero con el reproche en sus miradas. Ambos saben que dirimirán sus diferencias en la cárcel.

Entre tanto, sentados con sus espaldas contra el muro y un centinela que no les pierde de vista, Olaff y sus hombres aguardan la respuesta a un salvoconducto de dudosa procedencia que presentaron al momento de ser arrestados. Un hombre que se identificó como funcionario de la embajada norteamericana se apersonó una hora después y luego de cuchichear algo al oído del fiscal, se acercó a ellos y los liberó.

—*Gracias, señor...* — dijo Olaff

—*No me agradezca tanto... allá deberán responder por esto y creo que va a necesitar muchos de sus billetes para seguir en libertad, y usted lo sabe... El avión que los trajo los aguarda en el aeropuerto. Y, llévese esto, antes de que me arrepienta...* — y le entregó el morral .

Olaff sabe que estas oportunidades no se dan dos veces en la vida, se puso de pie y sin darse vuelta, subió a la van, pero antes, miró a los ojos de Heriberto y cerró la puerta. Sabe que no logró su venganza, pero al menos había recuperado sus diamantes.

Sofía, habiendo pasado el peligro, bajó del vehículo y pidió hablar con D'agostino.

—*Quiero agradecerle lo que hizo por mí. Aún no sé cómo hizo para adivinar que estaba en problemas...*

—*Por favor, Sofía, nada tiene que agradecer... recibimos un llamado al 911*

que nos alertó sobre lo que estaba sucediendo aquí. No dijo su nombre, pero su acento era extranjero, diría que norteamericana. Además, el Sargento Palomino logró liberarse de sus captores y también me llamó para advertirme. Pero aun no comprendo ¿por qué se ensañaron tanto con usted, Sofía.?

—*Creo que la respuesta está allí, en aquel hombre...* — y lo señaló Sofía, al pasar por detrás de una de las ambulancias, vio cuando asistían y curaban las heridas de Heriberto. Supo que, si él estaba allí, no era precisamente por ella.

—*¿Lo conoce?*

—*Sí, claro, es mi ex esposo.*

—*Gracias, seguramente la molestaré en otro momento para toarle declaración oficial... A propósito, ¿va a levantar cargos?*

—*Sólo contra los que quisieron ahogarme y sus cómplices. Quiero que se pudran en la cárcel.*

—*Y ¿contra su ex esposo?*

—*No, creo que ya tiene suficiente castigo y creo que después de esto, va a caminar mirando en todas direcciones porque nunca sabrá en qué esquina lo estarán esperando para cobrarle lo que debe...*

—*Está bien, es su decisión. La llamaré más adelante, entonces...*

—*Cuando usted lo desee, Alessandro, cuando usted lo desee...*

Al fin, la pesadilla había terminado. Ya las calles se fueron despejando y poco a poco la normalidad vuelve a su curso. La última ambulancia enciende su sirena y raudamente se aleja del lugar, solo quedan dos patrulleros y la camioneta en que llegaron Marco y su hermana Francisca.

Sofía regresa a la mansión, lentamente recorre el largo sendero de pórfidos que la conduce a la casa. Con sus manos extendidas, roza algunas flores que han abierto sus pimpollos tardíos. Sonríe, está en paz, ya sus miedos se han disipado

y solo piensa en su futuro. Llega hasta la puerta de entrada, pero desiste de entrar... antes debe rendirle un homenaje a su último gran amigo: Otto.

Largos fueron los minutos que permaneció allí, parada enfrente de su tumba y aunque sonríe al recordar sus travesuras, una lágrima que escapa de sus ojos rueda por sus mejillas...

—*¡Si tan siquiera pudiera tenerte conmigo! ¡Te extraño, amiguito, cuánto te extraño!*

Una mano se posó sobre su hombro y otra la tomó de la suya. Marco y Francisca se habían acercado para acompañarla en su dolor.

CAPÍTULO XXIV

Dos horas después, Olaff Rasmusen y sus hombres embarcan en el mismo Cessna Citation Latitude que los había traído desde los EEUU, tan solo treinta y cinco horas antes. Olaff, no habla, de alguna manera se siente conforme, está regresando con el botín intacto y sin bajas en su personal. Pero, al pensar en ello, le asaltó una duda... ¿estarían todas las piezas? Las había visto pero nunca las contó. Un frío presentimiento lo asaltó de pronto; abrió el morral y lo vació arriba de una mesa y comenzó a contarlas. Recién cuando llegó al brillante número doscientos setenta, aflojó tensiones. Quedó observándolas por largo rato y satisfecho bromeó con sus hombres. Se sirvió una medida doble de vodka y mofándose de la situación, se quejó de su falta de frío y fue entonces que tomó tres de las piedras preciosas y las arrojó adentro del líquido.

—Estos son algunos gustos que suelo darme, el hielo es muy vulgar para un hombre como yo, ¡ja, ja, ja!

Levantó su copa y por unos segundos quedó observándola, deleitándose con aquella vista. Pero, de pronto, su risa se fue apagando y su sonrisa desapareció.

Los diamantes habían desaparecido de su vista y eso solo puede significar una cosa... que aquellos diamantes, no son diamantes.

Un diamante verdadero no se mimetiza con el líquido en que está inmerso.

Su corazón comenzó a latir apresurado; metió sus dedos en la copa y extrajo con desesperación a las tres piedras y las secó con un pañuelo. Con sus manos temblorosas, las apoyó sobre la mesa, justo encima de un sector donde las vetas de la madera son más evidentes. Y su rostro se desdibujó en una mueca de espanto y entonces gritó con tanta vehemencia que uno de los pilotos salió de la cabina de mando creyendo que le había dado un ataque al corazón. Su piel había cambiado de color, sus ojos parecían querer saltar de sus órbitas, uno tras otro tomó a todos los diamantes y los posó sobre la misma veta y los resultados fueron exactamente los mismos... la veta se ve a través de la piedra. Había sido engañado una vez más... alguien había cambiado los diamantes verdaderos por un puñado de circonitas de mala calidad. Estas carecen de valor, aunque en apariencia sean iguales.

El odio se apoderó de él y comenzó a gritar el nombre de Heriberto. Estaba convencido que él y solo él era el culpable de su desgracia. Nadie más pudo

hacerlo, nadie más sabía el lugar en que estaban “enterrados” los diamantes. Otra

vez lo había timado y no descansará hasta atraparlo y hacerle pagar por ello.

Mientras tanto, en La Atenea, Sofía sonríe al imaginar lo que en el avión estaba sucediendo y se regodea por ello. Se despide de Marco y también de Francisca. Se sirvió un trago y se sentó en uno de sus sillones favoritos. Sobre ella, y desde el techo, pende una gran bola de cristal. Tiempo atrás, en ocasión de algún festejo, la hizo instalar. Cada vez que se enciende, comienza a girar y despide haces de luz hacia todos lados. Y se dijo para sí: *“hoy es un buen momento para festejar.”* Y la encendió...todo el lugar se inundó con millares de reflejos que pintaron de mil maneras cada rincón. Jamás antes había brillado como ahora. Levantó su copa y brindó por Otto, que con sus patas traviesas manchando aquella pared, le había mostrado el lugar exacto donde más tarde encontraría los doscientos setenta diamantes que ahora decoran el interior de la bola.

A lo lejos y desde algún lugar del éter, se escuchan sus ladridos de alegría.

Otto había vengado a su propia muerte.

FIN